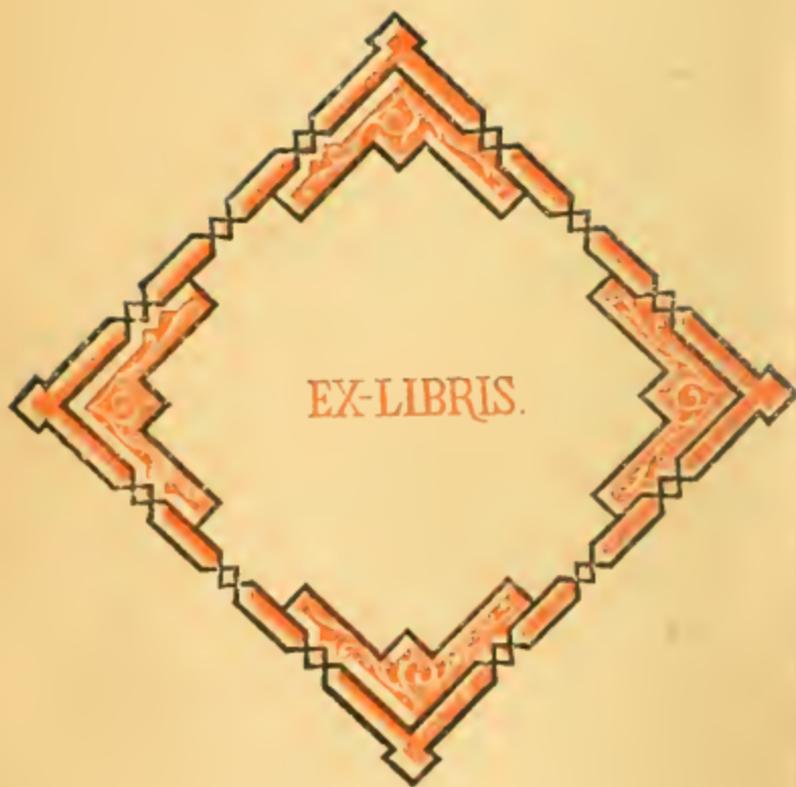




COLECCIÓN
DE
ESCRITORES CASTELLANOS
—
CRITICOS



EX-LIBRIS.

ESTUDIOS

DE

CRÍTICA LITERARIA

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares en papel de hilo, del.....	1 al 50.
10 » en papel China, del.....	1 al X.

M54268

COLECCION DE ESCRITORES CASTELLANOS

ESTUDIOS DE CRÍTICA LITERARIA

POR EL DOCTOR DON M. MENÉNDEZ Y PELAYO

Catedrático de literatura en la Universidad de Madrid, individuo de número de las Reales Academias Española y de la Historia, y Correspondiente de las de Buenas Letras de Barcelona y Sevilla.

SEGUNDA SERIE.



MADRID EST. TIPOGRÁFICO (SUCEORES DE RIVADENEYRAS) Paseo de San Vicente, núm. 20

1895

CRITICOS

QUADRADO Y SUS OBRAS.



QUADRADO Y SUS OBRAS.

 I la nombradía universal fuera, como debía ser, compañera inseparable del mérito eminente y positivo, rarísimos nombres, entre los de nuestros contemporáneos, sonarían tan alto como el de D. JOSÉ MARÍA QUADRADO, cuya vida literaria de más de medio siglo puede presentarse como dechado de alta cultura y de vigoroso esfuerzo intelectual aplicado con igual fortuna á las materias y á los géneros más diversos. Ser á un tiempo pensador genial, controversista político, apologista religioso, historiador de alto vuelo, arqueólogo y crítico de arte, poeta y escritor elegantísimo en prosa, es triunfo concedido á muy pocos; y sin embargo, el nombre de QUADRADO, aunque se pronuncie con veneración

por los pocos fieles que entre nosotros conserva la buena y sólida literatura, dista mucho de ser un nombre popular. El caso no es único, pero rara vez se ha presentado con circunstancias tan agravantes. Á otros puede dañarles el haber escrito poco, el haberse aislado, por sistema, del vulgo de los lectores, el haber cultivado raros conocimientos ó ejercitándose en recónditas investigaciones que á pocos importan, el haberse desentendido del movimiento de su época y haber remado contra la corriente, ó bien el haber carecido de aquellas condiciones de exposición y estilo, sin las cuales el pensamiento más profundo, la verdad más importante, difícilmente llegan á abrir surco en los entendimientos. Pero QUADRADO ha escrito muchísimo, y en obras y publicaciones de interés capital, que han tenido extraordinaria difusión; ha dicho su parecer sobre todas las cuestiones de su tiempo; ha sido por largo espacio de su vida periodista militante; los estudios que ha cultivado, ya de historia, ya de arte, ya de ciencia social, son por su índole los más amenos y los que pueden interesar á mayor número de lectores; su pensamiento político fué, y es todavía, el de una parte muy numerosa y muy sana del pueblo español; en

crítica estética fué un iniciador; sus libros descriptivos y arqueológicos han educado á dos generaciones, y parecen hoy tan ricos de lozanía y juventud como el primer día; casi todos nuestros arqueólogos son en mayor ó menor grado, confesándolo ó no, discípulos suyos por lo tocante á la Edad Media, cuyo estudio él fué de los primeros en renovar con aquella intuición de artista que tuvieron los grandes historiadores románticos; y finalmente, lejos de faltarle dotes de escritor, su prosa viril, nerviosa, sobria, llena de vida palpitante y densa, es de las que con más seguridad pueden presentarse como modelo, con no ser el castellano la lengua nativa del autor. Infunde respeto esa labor inmensa, continuada sin el menor desfallecimiento desde la primera juventud hasta la vejez, con inquebrantable firmeza en los propósitos y serena mansedumbre en el estilo. La literatura de QUADRADO es fiel reflejo de la rara excelencia de su alma, fecunda en buenas acciones y loables pensamientos. *Vir optimus* le llamó Hübner, y óptimo es en verdad como ciudadano, como amigo, como cristiano, además de serlo como escritor. Mucho se parecía á él mi difunto maestro D. Manuel Milá y Fontanals, y tengo para mí que Alejandro

Manzoni debía de parecerse no poco en su vida y costumbres y en el temple de su alma, al uno y al otro.

La historia literaria del siglo XIX en España está mal sabida y mal entendida por casi todos, y además llena de injusticias y de olvidos que es preciso reparar. No parece sino que la cercanía de los objetos engaña los ojos y extravía el juicio de los contemporáneos. Vivimos sin conocernos unos á otros, por lo mismo que nada creemos conocer mejor. Una sarta de nombres, invariablemente los mismos, han adquirido, no se sabe por qué, el valor de tipos representativos de la cultura española moderna, y fuera de ese catálogo ó *canon* (que no es el de Alejandría), no hay redención para nadie, aunque sea un literato tan consumado y cabal como QUADRADO. Nunca habrá más poetas que A. B. y C., más pensadores que F. y H., más historiadores y eruditos que G. y R., más novelistas que Z. y X. Los demás, á lo sumo serán aficionados de provincias que tienen el mal gusto de emborronar papel, en vez de postrarse en supersticiosa adoración ante ciertas celebridades aparatosas y rimbombantes, que llenan con sus nombres las columnas de la prensa periódica.

Pero consuéllese el SR. QUADRADO (si á un espíritu tan elevado como el suyo pueden importarle tales cosas) con la consideración de que, si no es de los escritores más citados, es en cambio de los más saqueados, lo cual prueba que no ha sido de los menos leídos. Sería curioso hacer el catálogo de las historias de provincias y ciudades, de los artículos y monografías arqueológicas que se han compaginado á expensas de QUADRADO. Pero aun en esto le ha perseguido la mala fortuna. Unos no le citan, y otros suelen hacerlo de esta peregrina manera: «como dice *Parcerisa*», «según la respetable opinión de *Parcerisa*». *Parcerisa* fué un excelente dibujante, que *no dijo nada* en letras de molde: suya fué la idea de los *Recuerdos y Bellezas de España*, y suya la brillante ejecución artística; pero en la parte literaria no tuvo ni pudo tener parte alguna.

¡Y he aquí cómo QUADRADO, después de haber hecho la historia y la descripción arqueológica de media España; después de haber escrito en *Forenses y Ciudadanos* uno de los más notables estudios de historia social que tenemos; después de haber continuado el *Discurso* de Bossuet sobre la *Historia Universal*, y haber refundido á Shakespeare; después de

haber combatido al lado de Balmes en las grandes batallas políticas de 1843 á 1848; después de haber redactado él solo periódicos y revistas con cuyos artículos puede formarse un cuerpo de doctrina sólida y perenne, se encuentra, al fin de vida tan aprovechada y fecunda, con que se le escatima su personalidad, como si fuese sombra ó fantasma, y se le confunde con el dibujante que hizo las ilustraciones de sus libros! No conozco caso igual en la historia literaria. Afortunadamente la historia es gran justiciera, y tarde ó temprano da á cada cual lo que merece. Para facilitar en algo su tarea, se escriben estos breves apuntes al frente de la edición de las obras del SR. CUADRADO.

Conviene advertir, ante todo, que esta edición dista mucho de ser completa. No tienen cabida en ella los escritos históricos y arqueológicos, que por sí solos ocuparían gran número de volúmenes, y que en parte acaban de ser reimpresos por una casa editorial de Barcelona. La colección se reduce á los opúsculos, ya religiosos, ya políticos, ya literarios, que esparcidos en varias publicaciones, difícilísimas de hallar, ó inéditos hasta el presente, vienen ahora á formar por primera vez una serie ordenada.

Pero antes de razonar más especialmente sobre ellos, conviene decir algo acerca de las obras que aquí no se reimprimen, y que tanta parte tienen en la gloria de QUADRADO.

El nombre de éste es inseparable de la magna empresa de los *Recuerdos y Bellezas de España*. No la inició él, sino Parcerisa con Piferrer, de quien fué, no obstante, único verdadero colaborador, en cuanto convivieron y trabajaron juntos en su respectiva tarea, desde 1844, en que principió QUADRADO su tomo de Aragón, hasta 1848, en que aparecieron los primeros cuadernos del de Castilla la Nueva, mientras atendía Piferrer á su segundo tomo de Cataluña. Fallecido el fundador, entraron, á fuer de continuadores, Pí Margall inmediatamente para terminar de cualquier modo el incompleto volumen, y en 1852, por retirada del anterior, Madrazo (D. Pedro), escribiendo aquél un tomo de Andalucía, y éste dos; pero de QUADRADO es la mayor y en concepto de muchos la mejor parte de la obra. Hasta diez y siete provincias fueron exploradas y descritas por él; el principado de Asturias, el reino de León, la mayor parte de Castilla la Vieja, toda Castilla la Nueva, y el reino de Aragón. También le pertenecen las dos terceras partes por

lo menos del magnífico y enorme volumen dedicado en la segunda edición á las Islas Baleares, puesto que el primitivo texto de Piferrer aparece como anegado en el inmenso piélago de sabiduría histórica con que su continuador le enriquece y realza.

Los *Recuerdos y Bellezas de España* son como el centro de nuestra arqueología romántica, á la cual pertenecen también los trabajos de Caveda, Carderera, Assas y Amador de los Ríos, posteriores casi todos al primer volumen de Piferrer sobre Cataluña, publicado en 1839. Cuando Piferrer comenzó á escribir de arquitectura, apenas tenía delante de sí más que algunas páginas elocuentes de Jovellanos en sus memorias sobre Mallorca, y las observaciones de Capmany acerca del arte gótico. Por un triunfo memorable del instinto crítico y de la espontánea admiración contra la doctrina oficial y académica, habían llegado ambos insignes escritores, en medio de la pesada atmósfera del siglo XVIII, á adivinar y á presentir algo de la estética futura, dando muestras de sentir profundamente aquellas bellezas que el rígido preceptismo de su tiempo les vedaba admirar de un modo franco y resuelto. Pero la regeneración del sentido artístico no podía venir de los

eruditos ni de los arqueólogos, sino de los artistas mismos, y especialmente de los poetas, cuya obra, por más universal y accesible á todos, trasciende en sus resultados á las demás artes y suele precederlas en sus evoluciones críticas. Antes que la arqueología de la Edad Media se constituyese como ciencia y pudiese alternar sin desdoro con la arqueología clásica, única hasta entonces conocida y cultivada, vivió como obra de arte, como presentimiento y adivinación poética; y antes que los arquitectos y los pintores se internasen en la nueva senda, dando de mano á las rutinas de una técnica degenerada, ya la buena nueva había llegado á todas las almas capaces de sentir y entender lo bello, en las novelas de Walter-Scott, en algunos escritos de Chateaubriand, y especialmente en aquel célebre capítulo de *Nuestra Señora de París*, con el cual Víctor Hugo hizo brotar del suelo de toda Europa una legión de arqueólogos y de enamorados del arte gótico. Aquellas páginas apocalípticas, en que alternan los relámpagos de genio con las sombras y extravagancias de un talento enfático y viciado por el hábito de la antítesis, obraron con la eficacia de un talismán sobre todas las imaginaciones, y nunca sin la existen-

cia de tal libro hubiera sido posible la propaganda científica y doctrinal de un Caumont ó de un Viollet-le-Duc.

Entusiasmado Parcerisa, segun él propio declara, con la descripción de los monumentos de Granada que leyó en *El Último Abencerraje*; y fascinado luego por el intenso calor y prestigio que brotaba de las páginas de *Nuestra Señora*, concibió el grande y audaz pensamiento de aunar las artes del dibujo con el arte literaria, para lograr de este modo una completa y adecuada descripción artística de España, en el modo y forma en que habían hecho las suyas los grandes ingenios románticos, es decir, en la forma que menos se pareciese al árido estilo de inventario que tienen los Viajes de Ponz y de Bosarte, únicos libros donde hasta entonces podía encontrarse alguna razón ó noticia de nuestra riqueza artística, desfiguradas casi siempre por el mal gusto de una crítica añeja y puramente formal. Pero como Parcerisa era hombre de lápiz y no de pluma, y modestamente reconocía su falta de aptitud para traducir en palabras lo que tan delicadamente comprendía, determinó llamar en su auxilio á un literato de la nueva escuela, que empapado en la doctrina del romanticismo his-

tórico y en la lectura de Walter-Scott, el poeta arqueólogo por excelencia, pudiera realizar cumplidamente lo que él presentía. Acudió, pues, á D. Manuel Milá, respetado ya como maestro á pesar de su juventud extremada; pero Milá, distraído en otras tareas, no pudo encargarse de la empresa, y designó á su íntimo amigo D. Pablo Piferrer, identificado con él en todos sus pensamientos y aspiraciones críticas. La elección fué tan acertada como podía esperarse de quien la hizo, puesto que intuición artística como la de Piferrer difícilmente podía encontrarse en España. Por raro caso se juntaban en él dotes exquisitas de poeta en verso y en prosa, y entendimiento capaz de percibir y apreciar por igual todas las manifestaciones de lo bello, lo mismo en las notas musicales que en la *euritmia* de las piedras. El haber hecho él propio su educación artística, explica y disculpa cualquier defecto técnico, á la vez que aumenta nuestra admiración respecto de aquella manera de ingenio suya penetrante y adivinatoria con que se apodera del sentido general del monumento y establece su concordancia con la historia y con el paisaje. La vocación de historiador fué en él no menos poderosa que la de entusiasta crítico de arte. Antes de conocer

apenas á Barante ni aun á Thierry ni á otro alguno de los maestros de la historia pintoresca, rivalizó con ellos en las páginas bellísimas, aunque no muy numerosas, que narran la conquista de Mallorca, ó reducen á compendio la embrollada historia de la casa condal de Barcelona, sacándola de la aridez genealógica y diplomática en que el benemérito D. Próspero Bofarull la había dejado.

Una muerte prematura, y que debe ser eternamente deplorada, impidió á Piferrer dar otras muestras de su admirable talento descriptivo que los dos tomos de Cataluña (incompleto el segundo) y el de Mallorca, que por diversas causas también está lejos de corresponder á lo vasto del argumento. Pero nadie puede negar que él sacó la obra de cimientos, que dió la pauta y modelo para las descripciones, creando, por decirlo así, el nuevo estilo arqueológico; que fué el primer *excursionista* y mostró á los demás el camino; que en un proemio inolvidable fijó con alta elocuencia los principios fundamentales de la nueva estética romántica y espiritualista; y por último, que enseñó con su ejemplo á enlazar el arte con la historia, y á explicar y completar ambas cosas, la una por la otra, con nueva iluminación del

entendimiento y nuevo regalo de la fantasía.

Á la norma trazada por Piferrer procuraron atemperarse todos sus continuadores, aunque naturalmente con méritos y condiciones muy diversas. Aun prescindiendo de los tomos últimamente añadidos (entre los cuales hay alguno excelente y varios menos que medianos), y considerando los *Recuerdos y Bellezas de España* en su primitiva serie, la alabanza tiene que repartirse de un modo muy desigual, si no queremos hacer ofensa á la justicia. El único tomo de Pí Margall (Granada, Málaga, Almería y Jaén), aunque libre por fortuna de las aberraciones pseudo-filosóficas que afean su *Historia de la pintura en España* (obra en que es fácil encontrar todas las cosas menos la que en el título se promete), peca no menos gravemente contra las leyes del buen gusto; y su estilo declamatorio y bombástico, tan lejano de la sentenciosa y enérgica concisión con que su autor escribe ahora la prosa política, y tan abundante, por el contrario, en apóstrofes y epifonemas, si recuerda el estilo de Víctor Hugo, es ciertamente por sus peores lados. Hay que advertir, además, que el progreso creciente de la arqueología y de la investigación histórica en lo concerniente á las comar-

cas árabes-andaluzas, ha relegado á segundo término, como anticuados y de poco provecho, éste y otros libros, á cuyos autores faltó el indispensable conocimiento de la lengua del Yemen, que un arabista poeta llamaba

La llave de oro

Que abre las puertas del saber del moro.

Valen mucho más los tomos dedicados á Sevilla y á Córdoba, aunque quizá algo de esta censura puede alcanzarles, sobre todo al primero, puesto que el segundo contiene positivos é importantes descubrimientos, como el de las ruinas de Medina Azhara. Primicias del juvenil ingenio de D. Pedro de Madrazo, brillantísimo artista con la palabra como otros de su casa con el pincel, deleitan estas páginas la imaginación con la viveza y prestigio de los colores; pero no alcanzan aquel grado de originalidad crítica, de íntimo y personal sentido del arte, de investigación nueva y depurada, que tan gallardamente campean en las posteriores y muy nutridas monografías del mismo autor, y en el trabajo que recientemente ha consagrado á los poco explorados monumentos de Navarra. Es, sin duda, el Sr. Madrazo uno de los hombres á quienes más debe nuestra

educación estética, puesto que no sólo ha ensanchado en gran manera los horizontes de la historia del arte español, sino que, predicando con el ejemplo, ha acertado siempre á hablar bellamente de las cosas bellas. Si su buen gusto clarísimo é indisputable se tacha por algunos de nimiamente refinado y meticuloso, así como su estilo de lamido y peinado en demasía; y si otros le notan de cierta inconstancia en sus predilecciones estéticas, atribuyéndola á falta de una teoría adoptada á tiempo y aplicada con firmeza, tales cargos pierden la mayor parte de su fuerza cuando se repara, en cuanto á lo primero, que el pulcro estilo del Sr. Madrazo es fiel manifestación de su temperamento finamente aristocrático, y agrada por el contraste con la vulgaridad y grosería que con desdichada frecuencia imperan en nuestra crítica; y en cuanto á lo segundo, que más fácilmente se perdona y debe perdonarse á un crítico de artes la ausencia de aquellas vagas y pomposas generalidades de filosofía de lo bello, que, á fuerza de querer explicarlo todo, no enseñan ni explican concretamente nada, que la falta de conocimientos técnicos y de informaciones históricas, ó lo que es todavía más grave, la carencia de aquel instinto que en

ningún manual de estética se aprende, y que guía casi infaliblemente á odiar lo feo y á reconocer y amar lá belleza en las rarísimas y fugaces apariciones con que recrea la mente de los humanos.

Tales fueron los colaboradores de QUADRADO en la magna labor cuyo peso llevó él principalmente. La comparación no entraña injusticia, y por otra parte, era imposible eludirla. Prescindiendo de Pí Margall, en cuya vida la crítica arqueológica ha sido un brevísimo episodio sin gran resultado ni trascendencia, bella es la parte de cada cual, aunque su acción se haya desenvuelto en órbita distinta. La gloria de iniciador, digámoslo mejor, de adivinador, permanece intacta para Piferrer: suyo es el plan y la traza de la fábrica, suyos los primeros y robustísimos sillares, suyo el sistema de compenetración entre la arquitectura, la historia y el paisaje, y la red de armónicas relaciones con que todos estos elementos se entrelazan. El suave é insinuante *dilettantismo*, la cortesana gentileza que inició al mundo elegante en los secretos del taller, del estudio ó de la academia, celados hasta entonces como los misterios de Isis por una legión de especialistas pedantescos, es lauro propio y priva-

tivo de Madrazo, que en 1834 comenzó su propaganda en *El Artista*, y hoy la prosigue con los mismos bríos que entonces y con el enorme caudal de doctrina que ha sabido granjearse en una vida literaria de mucho más de medio siglo.

QUADRADO, por su parte, fué entre los colaboradores de los *Recuerdos y Bellezas de España* el que más ampliamente realizó la idea de la obra, no en el puro sentido de fantasía romántica con que había cruzado por la mente de Parcerisa; ni en aquella región intermedia entre la historia y la poesía en que la había mantenido Piferrer; ni en el de álbum ó guía pintoresca á la inglesa á que á veces propendió Madrazo, sino en el triple concepto de topografía, de historia y de arqueología de las regiones descritas, sin sacrificar ninguna de estas consideraciones á las restantes. Y así como fué más amplio su plan, así también fué más desembarazado, más sereno ẽ imparcial su criterio. Lo cual se manifiesta, no sólo en la atención concedida á monumentos que yacían en la obscuridad y habían sido injustamente desdeñados por la fama, al paso que los otros autores suelen atender más bien á las fábricas ya insignes y de universal celebridad, sino que le

libra de ciertos exclusivismos que es indudable que Piferrer tuvo, aunque en él resultasen simpáticos por lo espontáneo y sincero de sus admiraciones no menos que de sus desdenes. Así como en literatura Walter-Scott y Schiller, y en música Bellini, dominaban casi sin rivales en su espíritu, así en arquitectura, después de haber pasado, como todos los románticos, por el culto de la ojiva, había acabado por prendarse del arte romántico-bizantino, tal como en las construcciones del Norte de Cataluña aparece.

QUADRADO, como todo hombre que siente profundamente el arte, ha tenido también, y no podía menos, sus particulares devociones, pero nunca ha permitido que este elemento personal se sobrepusiera en sus juicios á la estimación recta y desinteresada de cada obra dentro de su género y estilo. Y así ha descrito con igual felicidad las iglesias de la reconquista asturiana y los monasterios del Pirineo aragonés, las parroquias segovianas y avilesas y los primores de la incomparable Lonja de Palma, bellísimo tipo de las construcciones civiles de la última Edad Media. No sólo lo gótico en todos sus desarrollos y evoluciones, y lo románico y bizantino, y lo llamado *mudéjar* con

razón ó sin ella, obtienen del crítico el altísimo precio á que son acreedores, sino que jamás se encuentran en él aquellas acerbas é intolerantes censuras que el fanatismo de escuela puso en los labios de muchos románticos al tratar de toda arquitectura posterior al Renacimiento. Justa fué en su principio la reacción del espíritu poético contra aquella disciplina árida y estéril que veía en la seca y maciza regularidad de la mole escurialense el mayor triunfo del ingenio humano; pero rara vez las reacciones se contienen en justos límites, y no hay duda en que ésta rebasó toda medida, agotando el vocabulario de las injurias, no ya contra la degeneración barroca ni contra la severa, tétrica y desornada arquitectura herre-riana, sino contra el arte gentilísimo de los Paladios y Bramantes. QUADRADO se guardó mucho de caer en tales extremos, y aunque nadie ha podido tenerle nunca por sospechoso de adhesión muy ferviente á los cánones de Vitrubio, no negó su estimación y sus aplausos, cuando hubo de encontrarlas en su camino, á algunas obras insignes de la arquitectura greco-romana restaurada, y aun á algunos ingeniosos productos del barroquismo nacional ó del italiano.

Pero su mundo predilecto fué, como para todos los románticos, el mundo de la Edad Media. Y entre todas las regiones que exploró y describió, aunque al tratar de todas pusiese igual estudio y diligencia, es cierto que (después de su isla natal) la tierra predilecta de su corazón, la que él mejor ha sentido y más ha ilustrado, son los reinos de Castilla la Vieja y León con su corona de viejas ciudades, todas distintas y admirables todas para el arqueólogo: Salamanca y Palencia, Ávila y Segovia. Á cada una de estas ciudades y de las restantes cuyos monumentos ha descrito, así como á los reinos ó agrupaciones á que ellas corresponden, ha dedicado largos capítulos de historia, que son una de las partes más importantes y sustanciales de la obra. QUADRADO ha sido el verdadero reformador de nuestra historia *local*, el que la ha hecho entrar en los procedimientos críticos modernos, y quien al mismo tiempo ha traído á ella el calor y la animación del relato poético, el arte de condensar y agrupar los hechos y poner de realce las figuras, el poder de adivinación que da á cada época su propio color, y levanta á los muertos del sepulcro para que vuelvan á dar testimonio de sus hechos ante los vivos. Cuando se haga el

catálogo de los grandes narradores del siglo presente (que para los estudios históricos ha sido en verdad un siglo de oro), el nombre de QUADRADO figurará de los primeros en el caso número de nombres españoles que pueden citarse. No hay de QUADRADO una historia general y seguida, que quizá hoy ni puede ni debe intentarse; pero hay una serie de historias parciales, sólidas en la contextura, amenísimas en el estilo, labradas con el más discreto artificio, que oculta la firmeza de los materiales, y convierte en obra de agrado lo que realmente es obra de profunda ciencia. El que lee tales libros por recreación, y ojalá todo español los leyese, se encuentra al fin de la jornada con un caudal de noticias positivas y seguras que difícilmente encontraría juntas en ninguna otra parte; y va aprendiendo, sin sentir, la verdadera historia de su patria, estudiada como debe estudiarse, sobre el terreno mismo en que el gran drama histórico se ha desenvuelto, y entre las piedras que fueron testigos de las heroicas acciones ó se levantaron para conmemorarlas; y no en áridas cronologías de reyes, batallas, embajadas, conjuraciones, asambleas y protocolos.

Y aquí del mal sino que persigue al SR. QUA-

DRADO, y que con tan grave ofensa de la justicia relega al olvido tantas y tantas páginas admirables. El carácter pintoresco de la obra en que ha colaborado ha sido fatal á la difusión de su renombre literario, por ser tal la calidad de los lectores que generalmente manejan estos libros. Son muchos los que hojean los *Recuerdos y Bellezas de España*, pero casi todos son *turistas* ó superficiales aficionados al arte, que ante todo se fijan en las litografías de Parcerisa ó en las fototipias que lleva la segunda edición, y apenas se dignan pasar la vista indiferente ó desdeñosa por el texto, que consideran meramente como explicación de los grabados. Da dolor ver perdido tan minucioso trabajo, que inútilmente llamará á las puertas de un público para quien la Guía de Ford ó la de Baedeker todavía serían un pasto intelectual demasiado fuerte. Grande y bella cosa es la unión de la literatura y de las artes del dibujo; pero el ejemplo de lo sucedido á QUADRADO y á Piferrer y á Madrazo y á tantos otros, debe hacer cautos á los hombres de letras para no enterrar estérilmente lo mejor de su talento en aquella especie de libros que vulgar y gráficamente se llaman *de monos*, y que en general se publican para solaz de los que no leen libros.

Sébase, de todos modos, aunque para ciertos piratas literarios no ha sido cosa enteramente ignorada, que la parte histórica de los tomos del Sr. QUADRADO está llena de investigaciones de primera mano, además de ofrecer el más elegante resumen de las fuentes históricas anteriormente conocidas. Allí está, por ejemplo, la mejor monografía, por no decir la única que tenemos, sobre la monarquía asturo-leonesa, cuya historia sugiere tan difíciles y complejos problemas (1). Allí se reducen á fácil y elegante compendio los fastos históricos de Aragón para quien no tenga tiempo ó voluntad de emboscarse en la intrincada selva de sus analistas, que pueden dar ocupación para una vida entera. Allí se presenta la flor y se exprime el jugo de las historias de ciudades, sin la impertinente difusión y sobra de credulidad de que las más de ellas adolecen, pero sin omitir ninguna de las preciosas indicaciones que sobre el antiguo régimen social contienen. QUADRADO posee el don rarísimo de concentrar lo útil y eliminar lo superfluo:

(1) Sólo puede añadirse la del Sr. Caveda, no impresa hasta 1879 en el tomo IX de las *Memorias de la Academia de la Historia*.

su estilo tiene un poder de condensación que pasma en esta tierra de escritores palabreros. Es cierto que obliga á la segunda lectura, pero tal obligación está bien compensada así por el deleite como por el provecho. En pocas páginas resume á Colmenares sobre Segovia y á Pulgar sobre Palencia; en pocas más adelanta casi todo lo esencial de lo que sobre Zamora y Salamanca nos han enseñado muy recientemente las doctas investigaciones de los señores Fernández Duro y Villar y Macías. Á estos y otros beneméritos cronistas de ciudades castellanas precedió en muchos años y abrió la puerta el Sr. QUADRADO, que si en algún caso como en el de León pudo disfrutar de historia tan excelente como la del P. Risco, en otros ni impresas ni manuscritas pudo hallarlas, ó fueron tales, que eran más para huídas que para consultadas, como el libro del padre Ariz sobre Ávila.

La corona de todos los trabajos históricos de QUADRADO sobre la Edad Media española, en cuyo estudio le declaró Hübner diligentísimo y benemérito, será, sin duda, su prometida y en gran parte ya realizada *Historia del reino de Mallorca*, á la cual le han estimulado juntamente la caridad de patria y el celo paleo-

gráfico, que después de haberle hecho cubrirse con el polvo de los archivos de media España, acabó por llevarle, como á su propio y natural centro, al retiro cenobítico del *Archivo general* de Palma, por él organizado y dirigido admirable y sabiamente durante cerca de medio siglo. El Archivo de Mallorca y la persona del SR. QUADRADO han llegado á compenetrarse y á ser una cosa misma, como lo fueron el Archivo de la Corona de Aragón y la persona de D. Próspero Bofarull. ¡Memorables ejemplos de lo que puede y alcanza el entusiasmo regional cuando cae en varón erudito y juicioso, y de lo que medran y adelantan, aun con exigüos recursos oficiales, las instituciones confiadas á su cuidado, y no á los de un personal abigarrado y transeunte, que suele mirar los archivos como lugares de destierro y penitencia!

Pocas veces se han reunido en nadie como en QUADRADO, cronista de Mallorca, las tres condiciones más indispensables en el historiador: el íntegro, cabal y bien digerido conocimiento de la materia, lo mismo en el detalle mínimo que en el cuadro general; la independencia y rectitud de juicio, libre de toda pasión de escuela y de todo estímulo de falso pa-

triotismo; y finalmente, el arte soberano de la narración, sin el cual la historia más crítica, más imparcial y mejor documentada no será nunca más que media historia. Porque, en cuanto á lo primero, es cosa evidente y notoria que por manos de QUADRADO han pasado, no una, sino repetidas veces, todo género de papeles impresos ó manuscritos sobre las Islas Baleares, sin que se hayan ocultado á sus investigaciones ninguno de los archivos públicos ó privados de Mallorca, ni tampoco los de aquellas comarcas del Mediodía de Francia que con ella formaron el antiguo reino. Y no sólo ha reconocido y organizado por sí mismo todo este inmenso aparato histórico, sino que en vez de acelerarse como tantos otros eruditos á entregar crudas al público las primicias de su labor, ha dejado madurar su proyecto años y años, ocupados no solamente en la depuración de cada hecho, sino en meditar sobre la síntesis histórica que enlaza la historia de Mallorca con la de los demás reinos ibéricos, y ésta con la historia general, como pensador que es y avezado á altas meditaciones de filosofía histórica. En segundo lugar, QUADRADO, que ha tenido valor para resistir al torrente catalanista y mantener vivo en su alma el

culto de la patria común, que no menoscaba, sino que engrandece y realza el amor á la patria pequeña, muestra igual serenidad de juicio cuando condena la usurpación de D. Pedro IV, y su inicuo proceder con la infeliz dinastía de Mallorca, que cuando execra las matanzas de los judíos de la isla y la bárbara preocupación que á ellas ha sobrevivido, ó cuando hace trizas la leyenda revolucionaria que pretendió convertir á Juan Colom en héroe y en vengador del derecho, y en apóstoles de la libertad á los asesinos de la *Germania*. Ni rencores de Mallorca contra la dinastía de Aragón, ni rencores de Cataluña contra Castilla, ni preocupaciones aristocráticas tan vivas en la isla, ni amargo y fanático celo con sombra de religión, encuentran gracia á sus ojos, ni logran de su pluma independiente y severa el menor acatamiento. Donde está la justicia allí está él, con la patria ó contra la patria.

Y, finalmente, por lo que toca á la tercera condición antes apuntada, superfluo nos parece repetir lo que llevamos dicho en elogio de la fantasía histórica del SR. QUADRADO; que fantasía exige la historia, y no en grado exiguo, y sin ella no se concibe al historiador perfecto, aunque sea un investigador de la talla de Zu-

rita, de Flórez ó de Muratori. Baste decir que en los capítulos publicados de la historia de Mallorca, QUADRADO resulta vencedor de sí mismo; ó por la especial devoción que consagra al asunto, ó por haber llegado á la plena madurez de sus facultades y á la posesión completa de su estilo; ó, finalmente, por las excepcionales condiciones de su tema, que no es ya una crónica local y circunscrita al recinto de una ciudad ó pequeña provincia sin autonomía histórica, sino la de un Estado que en tiempos fué independiente y poderoso, y cuyos anales, conocidos día por día sin interrupción alguna, y con inusitado lujo de pormenores, nos ofrecen tan nuevas condiciones de organización social, tan interesantes rasgos de costumbres públicas y domésticas, episodios tan dramáticos, conflictos de tan extraño carácter, y por decirlo todo, un sello de originalidad que realza y diferencia á Mallorca, no sólo entre las diversas regiones de España, sino entre las mismas que compusieron la antigua Corona de Aragón. Á tan admirable variedad de casos históricos responde fielmente la varia y sólida trama del estilo de QUADRADO, hábil, como pocos, para sorprender el misterio de la vida en la letra muerta de los documentos.

Todavía no gozamos por completo de esta obra inestimable, cuya elaboración ha durado tanto como la vida literaria del autor, que ya en su juventud publicó dos episodios de ella: *La Conquista de Mallorca*, en que reunió y anotó los textos de Marsilio y Desclot comparados con el de la Crónica de D. Jaime y el Repartimiento de la isla; y *Forenses y Ciudadanos*, trabajo de mucho mayor empeño, en que lo interesante del relato compite con el profundo conocimiento de una cuestión social ignorada hasta entonces por nuestros historiadores: libro, en suma, que puede rivalizar con los mejores capítulos de Alejandro Herculano, ya se atienda al arte severo de la composición, ya al nuevo modo de considerar y entender la Edad Media.

Con la modesta apariencia de suplementos á la obra de Piferrer, nos ha dado últimamente el SR. QUADRADO una parte muy considerable de su historia, que en nuestro concepto deberá pasar intacta al libro definitivo, salvo el añadir y rectificar aquellas cosas que de nuevo haya enseñado al autor su perseverante investigación, que en estos últimos años se ha extendido á los archivos de Perpiñán. Pero capítulos tales como el de las postrimerías del

reino, el de la matanza de los judíos, el de las germanías, no podrían retocarse sin evidente peligro de que perdiesen algo de la varonil y austera belleza que en ellos campea, del tejido recio y fibroso de su estilo. La historia del reino de Mallorca, más interesante que la de los Duques de Borgoña, ha encontrado por fin su Barante, más sobrio y nervioso que el primero, y no reducido á parafrasear en ameno estilo crónicas viejas, como el otro hizo, sino con todo aquel caudal de filosofía histórica que podía esperarse de quien, antes de escribir los anales de un pequeño reino, había salido con lucimiento de la empresa, que parecería temeraria si no la hubiese justificado el éxito, de continuar el Discurso de Bossuet sobre la *Historia Universal*.

Es cierto que las obras de genio ni se continúan ni se repiten; pero excluyendo toda comparación por inoportuna y por contraria á la modestia del insigne escritor mallorquín, basta que su continuación sea, como realmente lo es, el mejor compendio de historia moderna, y el mejor ensayo de filosofía de la historia dentro del criterio providencialista, que en estos últimos tiempos ha aparecido en España. Hay en él portentos de concisión dignos de

Tácito, concentración luminosa de innumerables sucesos, toques rápidos y vigorosos que suscitan la visión de una figura ó de un período entero, palabras preñadas de sentido, mirada sintética y audaz que se cierne sobre las cumbres de la historia y reduce á unidad la dispersa muchedumbre de acontecimientos, sin olvidar ninguno esencial, y mostrando en todos su ley generadora. Y obsérvese que, por lo tocante á la materia histórica, era relativamente más fácil la tarea de Bossuet, circunscrita, puede decirse, á seguir los destinos providenciales del pueblo judío y del pueblo romano, lo cual le permitió dar á su obra la imponente unidad, la grandeza oratoria, la clásica sencillez del plan, que la hacen digna de toda admiración. Pero encerrar en una sinopsis de dos pequeños volúmenes la caótica variedad de los siglos medios y modernos, y esto sin hacer la historia por epigramas como Voltaire en el *Ensayo sobre las costumbres*, ni perderse en nebulosas vaguedades místicas como Federico Schlegel, ni descoyuntar los hechos en el potro de un inflexible mecanismo doctrinario como Guizot, es algo muy raro, muy difícil de lograr, y que honra á QUADRADO y á nuestra literatura. La patria de Bossuet ha recibido con encareci-

miento y justos plácemes esta continuación, y hace ya diez años que en la *Revue de Géographie* de París le dedicaba extenso y profundo estudio Mr. Luis Drapeyron, juzgándola doctamente, si bien con resabios propios de la profesión que el crítico hace de racionalista.

Este nuevo *Discurso sobre la Historia Universal* nos conduce como por la mano á otra copiosa serie de escritos del autor, que se refieren á materias de religión, filosofía y política, en los cuales ha de buscarse el fundamento de su criterio histórico. Estos escritos son, como queda dicho, en gran número, y por primera vez se imprimen ahora coleccionados, prescindiendo sólo de algunos artículos de interés más efímeros.

La política de QUADRADO depende de su filosofía religiosa. QUADRADO es ante todo apologista católico, y escribe sobre las cosas de la tierra puestos siempre los ojos en el cielo, lo cual no quiere decir que su política sea mística ó teocrática, sino pura y sencillamente cristiana y católica, sin mezcla ni confusión de lo humano con lo divino. Pero bajo esta denominación de *apologista católico* suelen comprenderse escuelas y tendencias tan diversas entre

sí, ora se mire á su fondo científico, ora á sus aplicaciones prácticas, que conviene precisar y deslindar la escuela ó tendencia filosófico-religiosa á que el autor pertenece, único modo de apreciar rectamente los rumbos que en política ha seguido, obedeciendo siempre á los dictados de su pensamiento y de su conciencia, nunca á intereses frívolos y transitorios.

Cuando QUADRADO llegó á la arena política publicando en 1842 sus primeros artículos en *El Católico* y fundando en 1844 *La Fe*, dos bandos poderosos y encarnizados, después de haber lidiado sin cuartel ni misericordia en los campos de batalla, permanecían irreconciliables, ceñudos y rencorosos, como separados por un mar de sangre y por un abismo de ideas todavía más hondo. Decíase el uno representante de la tradición y heredero de la España antigua, y no puede negarse que en parte lo fuera, si bien por fatalidad de los tiempos, al resistir el empuje de la revolución demoledora, pareció identificar su causa con la de instituciones caducas y condenadas á irremediable muerte, y se constituyó en defensor, no de una tradición gloriosa cuyo sentido apenas comprendía ni alcanzaba como no fuese de un modo vago é instintivo, sino de los peores abu-

sos del régimen antiguo en su degeneración y en sus postrimerías. Con esto dieron aparente justificación á los del partido adverso, que pensando y sintiendo con el espíritu de la revolución francesa, radicalmente hostil á todo elemento tradicional é histórico, confundían bajo el mismo anatema los principios fundamentales y perennes de nuestra vida nacional, y las corruptelas, imperfecciones y escorias que el transcurso de los siglos y la decadencia de los pueblos traen consigo.

Como todo sistema político presupone una cierta filosofía, ó por lo menos un conjunto de principios generales sobre el orden social, cada una de estas dos grandes banderías, en que vino á disgregarse España durante la primera mitad de nuestro siglo, tuvo de un modo más ó menos claro y explícito su peculiar filosofía, de la cual dedujo consecuencias tan radicalmente contrarias como lo eran entre sí las tesis primeras. Lo cual no quiere decir que dentro del mismo partido pensasen de igual suerte los que algo pensaban, ni que andando el tiempo dejaran de insinuarse en uno y en otro elementos nuevos, que rompiendo la unidad de miras y criterio, habían de conducir á nuevas soluciones, así en lo racional y teórico como en la política prác-

tica, engendrando á la par nuevas escuelas y nuevos partidos.

Es cosa notoria que el espíritu de los liberales en su primer tiempo, es decir, en los dos períodos de 1812 á 1814 y 1820 á 1823, y aun puede decirse que durante la primera guerra civil, había sido el del siglo XVIII en toda su pureza: es decir, que en filosofía profesaban el empirismo ideológico de Condillac, Destutt-Tracy y Cabanis, y en materia de legislación y ciencia social, después de haber pasado por el *Contrato social* y por los libros del abate Mably, habían anclado en el utilitarismo de Bentham, á quien Núñez, Salas, Reinoso y otros muchos veneraban como un oráculo, y á quien en 1820 pedían las Cortes mismas su opinión sobre nuestros códigos y proyectos de ley. La emigración de 1823 no modificó notablemente este estado de las ideas, por haberse dirigido casi toda á Inglaterra, donde el empirismo filosófico tiene de antiguo su principal asiento como por juro de heredad y constante tendencia de raza. Dióse, pues, el raro caso de una juventud política, apasionada, temeraria, romántica, que aventuraba sin cesar la vida y derramaba pródigamente la sangre en intenciones descabelladas y temerarias, en pro de un

ideal que venía á resolverse en sensualismo materialista y en egoísmo reflexivo y sometido á las leyes de una cierta aritmética moral. Tal contradicción no podía ser duradera; y si bien los hombres educados á los pechos de la Enciclopedia y de Bentham, los hombres de 1812 y de 1820, permanecieron duros y aferrados á sus antiguos errores, haciendo con ello gala de incorruptible consecuencia, la juventud que entró en la vida pública en 1834 sentía ya y empezaba á pensar de otra manera, y propendía visiblemente á una reacción espiritualista. A ello contribuyó de poderosa manera la revolución literaria que conocemos con el nombre de *romanticismo*; y contribuyó también el ejemplo de la vecina Francia, donde en tiempo de la Restauración las doctrinas de los ideólogos habían caído en gran descrédito, y por el contrario, el espiritualismo en sus diversas formas había renacido con brillantez en los escritos y lecciones del teórico de la voluntad, Maine de Biran, de Royer-Collard y de Jouffroy, importadores de la psicología escocesa, y del elocuente y genial Víctor Cousin, que comenzó vulgarizando, no sin nota de panteísmo, las principales tesis del idealismo alemán, especialmente del de Schelling, y acabó por intentar una res-

tauración del cartesianismo elevándola á la categoría de ciencia oficial ó universitaria que conservó por muchos años. El impulso llegó pronto á España; y ya en 1840 la parte más culta de la juventud liberal, la que fué el plantel del partido moderado, había sustituido la *Ideología* de Destutt-Tracy con las *Lecciones* de Cousin y Damiron, y el *Derecho penal* de Bentham con el de Rossi. Educados en la escuela de los doctrinarios franceses, y creyendo firmemente en la soberanía de la inteligencia como primer dogma político, del modo que Donoso Cortés, por ejemplo, le expone en sus *Lecciones de Derecho público*, tenían que romper forzosamente toda alianza con los partidarios de la soberanía del número y del imperio democrático de las muchedumbres. Y así aconteció en efecto, convirtiéndose desde entonces en anarquistas y agitadores perpetuos los antiguos *exaltados*, que comenzaron á llamarse *progresistas*; y agrupándose los restantes para formar un partido conservador y de orden, que tuvo el pecado irreparable de no llegar á españolizarse jamás, de gobernar con absoluto desconocimiento de la historia, empeñándose en implantar una rígida centralización administrativa, en ninguna parte tan odiosa y tan odia-

da como en España; pero partido al cual no pueden negarse sin injusticia notoria, buenos propósitos, mejoras positivas, y sobre todo generosos arranques y grandes servicios á la defensa social en momentos críticos y solemnes, en que el árbol de la vieja Europa amagaba troncharse al peso del huracán de 1848.

Si la cultura de los liberales adolecía de exótica y superficial, la de los partidarios del antiguo régimen había llegado á tal extremo de penuria, que en nada y para nada recordaba la gloriosa ciencia española de otras edades, ni podía aspirar por ningún título á ser continuadora suya. Todavía á principios del siglo se conservaban, especialmente en las órdenes religiosas y en el seno de algunas universidades, tradiciones venerables, aunque por lo común de puro escolasticismo; y en tal escuela se formaron algunos notables apologistas, férreos en el estilo, pero sólidos en la doctrina, superior con mucho en elevación metafísica á la filosofía carnal y plebeya del siglo XVIII, única que ellos tenían enfrente. Así lograron y merecen aplauso y buena memoria el sevillano P. Alvarado, el valenciano P. Vidal, el mallorquín P. Puigserver, y otros que aquí se omiten. Pero su obra resultó estéril en gran parte, así por

la sujeción demasiado nimia que mostraron al procedimiento escolástico, sin hacerse cargo de la diferencia de tiempos y lectores, cuanto por la intransigencia de que hicieron alarde respecto de toda otra filosofía, condenando de plano todo género de innovaciones buenas ó malas, hasta en la enseñanza de las ciencias físicas. Y como al propio tiempo su estilo, que por lo común era inculto, desaseado y macarrónico, no convidase á tal lección á los hombres de buen gusto, este escolasticismo póstumo no solamente no sirvió para convencer á los liberales, sino que entre los realistas mismos hizo pocos prosélitos; siendo sustituido pronto, y sin ninguna ventaja de la cultura nacional, por traducciones atropelladas de aquellos elocuentes y peligrosos apologistas neocatólicos del tiempo de la Restauración francesa, Chateaubriand, De Maistre, Bonald, Lamennais (en su primera época). Tal fué la más asidua lectura del clero español y de los legos piadosos en los últimos años del reinado de Fernando VII; y por este camino la devoción española vino á saturarse muy pronto de sentimentalismo poético, de tradicionalismo filosófico, de simbolismo teosófico, de absolutismo teocrático, de legitimismo feudal y andantesco y de otra porción

de ingredientes de la cocina francesa, que mal podían avenirse con nuestro modo de ser llano y castizo. Cuán grande fué el peligro dígalo el grande ejemplo de Donoso Cortés, que ni antes ni después de su conversión acertó á ser español en otra cosa que en el poder y magnificencia de su palabra deslumbradora, con cuyo regio manto revistió alternativamente ideas bien diversas, pero todas de purísimo origen francés, ora fuese el inspirador Royer-Collard, ora Lamennais, De Maistre ó Bonald.

Una sola excepción, pero tan grande y gloriosa que ella sola basta para probar la perenne vitalidad del pensamiento español aun en los períodos menos favorables á su propio y armónico desarrollo, nos ofrece Balmes, cuya elevada significación filosófica, apenas entrevista por sus contemporáneos, y aun por muchos de los que se dicen admiradores suyos, ha de crecer con el transcurso de los tiempos y con el mayor estudio de aquella obra capital entre las suyas, aunque no sea la más leída, en que depositó las más ricas intuiciones de su espíritu. El único libro filosófico español de la primera mitad de nuestro siglo en que se ve un esfuerzo propio é independiente para llegar á la verdad metafísica, el único que puede

compararse con las obras de nuestros grandes pensadores de otros tiempos ó con los que entonces se escribían en otras partes de Europa, es la *Filosofía fundamental*, libro que precisamente por su originalidad no ha encontrado mucho favor entre los neo-escolásticos, que evitan hablar de él ó lo hacen sólo con reticencias y salvedades, y hasta con marcada frialdad, como si un solo capítulo de Balmes no valiese más que todos los manuales y rapsodias que ellos han hecho. Para mí el Balmes metafísico no es inferior en nada al Balmes admirable tratadista de lógica práctica en *El Criterio* y de filosofía de la historia en *El Protestantismo*. Es rebajar su acción filosófica, ó más bien no entenderla, el querer reducirle al papel de precursor tibio é inconsecuente de la restauración escolástica. Si tal restauración hubiera intentado, tendrían razón sus censores, puesto que el libro está lleno de capitales infracciones á la doctrina y al método de la Escuela. Pero en esto mismo consiste su valor propio, y esto es lo que le saca del montón y da á su autor un puesto separado en los anales de la filosofía cristiana. Balmes admiraba la Escolástica, y se había educado en la *Summa* de Santo Tomás; encontraba en ella muchos elementos adapta-

bles é incorporables á la filosofía moderna; pero al examinar con libre juicio las cuestiones fundamentales de la filosofía, no entendió, ni por un momento, abdicar su espíritu crítico en aras de ningún sistema. Balmes, digámoslo sin temor, fué filósofo ecléctico, fué espiritua- lista cristiano independiente, con un género de eclecticismo que está en las tradiciones de la ciencia nacional, que brilló en nuestros grandes pensadores del Renacimiento, y que volvió á levantar la cabeza, no sin gloria, en el siglo XVIII. Balmes coincidió con esta tradición sin procurarlo, y aun sin saberlo; y contra el eclecticismo francés, que servía entonces de conductor al panteísmo germánico, levantó un eclecticismo español, que valía tanto como el de Cousin, por lo menos. Esta fué su obra y su gloria, y por ella el nombre de Balmes es el único nombre de pensador español de este siglo conocido y respetado en toda Europa por creyentes y por racionalistas. Es cierto que tuvo más fuerza analítica que sintética, más vigor dialéctico y destreza polémica que unidad de concepto metafísico, más pujanza en la crítica que en la afirmación, por donde vino á dejar en su filosofía huecos y contradicciones que amenguan un tanto su valor sistemático.

Pero ¿á dónde no hubiera llegado, de alcanzar la vida de Leibnitz ó de Kant, el que á los treinta años se anunciaba al mundo filosófico con tal libro? ¡Y cuánto hubiera ganado la cultura española prosiguiendo con viril energía en aquella senda de racional libertad, sin sobrecojerse con escrúpulos monjiles, ni lanzarse á ciegas temeridades, puestos los ojos en el sol de la verdad cristiana, pero sin amenguar uno solo de los derechos que á la razón en su esfera propia legítimamente pertenecen!

La *Filosofía fundamental* se construyó en gran parte con materiales extranjeros, pero la oculta concordancia entre el espíritu de Balmes y el genio filosófico de la raza le hizo preferir aquellos más afines con el sentido propio y peculiar de nuestra especulación filosófica en aquellas edades en que había vivido de savia propia. Y así, al admitir elementos del psicologismo cartesiano, y entre ellos el punto de partida y el propio entimema, retrocedía á través de Descartes, hasta Gómez Pereira; al inspirarse en los pacientes análisis de la escuela escocesa, parecía volver los ojos á Luis Vives; al mirar con simpatía las concepciones armónicas de Leibnitz, pudiera decirse que algo del ontologismo neoplatónico de Fox

Morcillo reflorecía en su espíritu. Si la filosofía española del siglo XIX (entendiendo por tal algo que tenga carácter propio, y no sea indigesta repetición de Kantismo, Hegelianismo, Krausismo, Positivismo y Neo-tomismo italiano ó alemán) está en alguna parte, en Balmes seguramente ha de buscarse. Su misma doctrina política, tan conciliadora, tan simpática, tan humana, tan aborrecida de los violentos, debe á la amplia base de su filosofía crítica y armónica el haberse salvado de aquella lepra feroz de fanatismo, de aquella especie de pedantería sanguinaria que por muchos años convirtió en Caínes á todos los partidos españoles.

Hablar de Balmes es en cierto modo hablar de QUADRADO, que en materias sociales y políticas estuvo siempre de su lado, aunque en rigor no puede decirse que fuera discípulo suyo, puesto que empezó á escribir casi al mismo tiempo. De 1839 data el folleto *de los bienes del clero*, y á 1840 se remontan los primeros artículos literarios de QUADRADO en *La Palma*, á 1843 sus primeros artículos políticos en *El Católico*. La influencia de Balmes fué muy poderosa en su espíritu, pero no excluyó otras influencias, ni menos la iniciativa propia. Balmes era filósofo y matemático; QUA-

DRADO, arqueólogo y literato romántico; naturalezas, como se ve, muy diversas, y que en algún modo puede decirse que se completaban. No era indiferente Balmes á los goces estéticos, especialmente á los de la música y la poesía, pero sus infelicísimos versos dan testimonio de lo estéril de estas aficiones artísticas suyas, que por otra parte le honran. Su entendimiento lúcido y vigoroso, pero no exento de cierta sequedad prosaica, era más apto para comprender la verdad que la belleza. Fué, pues, providencial el encuentro de ambos escritores, y la naturaleza afectiva y poética de QUADRADO vino á templar, digámoslo así, la austeridad del genio de Balmes y á traer á sus luminosas doctrinas el calor que quizá las faltaba.

No es esto decir que haya absoluta conformidad en el pensamiento de ambos escritores. Quien lee aquella especie de programa que con el título de *La Fe considerada bajo sus diversos órdenes* publicó QUADRADO en 1844, fácilmente discierne una filosofía distinta de la de Balmes en puntos capitalísimos. No hay que negar que QUADRADO fué tradicionalista durante un largo período de su vida, cuando era lícito profesar el tradicionalismo como

cualquier otro sistema de filosofía cristiana, antes de las explícitas declaraciones del Concilio Vaticano sobre los derechos respectivos de la Fe y la Razón. Una aprensión excesivamente viva de los peligros y desórdenes en que fácilmente cae la especulación racional abandonada á sus propias fuerzas, le arrastró, como á Bonald y á tantos otros, al extremo opuesto, llevándole á convertir el escepticismo filosófico en máquina de guerra contra el escepticismo religioso. En la razón no quiso ver más que tinieblas, ó á lo sumo débiles reflejos de una revelación primitiva transmitida por la tradición oral. No se detuvo ante la afirmación de la impotencia y nulidad del conocimiento racional. La filosofía fué á sus ojos una pura negación, contrapuesta á la fe, que es afirmación pura. Y por aversión al racionalismo, vino á dar en conclusiones claramente sensuualistas, negando la espontaneidad racional, y declarando que la razón, como facultad meramente *pasiva*, sólo de los sentidos y de la palabra recibe sus nociones, así en el orden físico como en el moral.

Es inútil encarecer los peligros de esta doctrina, cuyos orígenes más remotos están en Tertuliano y otros apologistas de la escuela

africana. La Iglesia ha hablado solemnemente sobre este punto, y entre los tradicionalistas, que fueron siempre fervorosísimos católicos, no hay uno solo que haya dejado de someterse, honrándoles tanto esta sumisión como antes su bueno y piadoso celo. El odio á la ciencia carnal y á la filosofía parlera, que hincha y no edifica y deja seco el corazón y vacío el entendimiento, no debe hacernos perder de vista ni un solo momento que la fe sólo puede recaer en sujeto racional; y que la razón, lejos de tener pacto firmado con el error, puede elevarse, y de hecho se ha elevado, por su propia actividad, á la comprensión más ó menos íntegra y clara de aquellas verdades de teología natural que son preámbulo de los artículos de la fe. El mismo Tertuliano se veía obligado á invocar el testimonio del alma *naturaliter christiana*; y entre los Padres griegos, comenzando por los más antiguos, predominó siempre aquella hermosa doctrina de San Justino sobre la virtud del *logos spermaticos* que derramó la Sabiduría Eterna en todos los espíritus, para que pudieran elevarse, aun por las solas fuerzas naturales, á una intuición ó conocimiento parcial del Verbo, aunque la completa comunicación y manifestación del Verbo por obra

de gracia sólo se cumpla mediante la revelación de Cristo. La escuela alejandrina, con Clemente y Orígenes, lejos de considerar la filosofía como vana cavilación y semillero de herejías, la miró como preparación providencial del cristianismo, concedida á los gentiles como la Ley á los Hebreos. Y finalmente, los escolásticos, especialmente Santo Tomás, tuvieron tan alta idea de la razón humana, que la llamaron «participación de la lumbre increada» y «espejo de las razones eternas». Este y no otro es el sentir tradicional de las escuelas cristianas, y á él se ha vuelto afortunadamente, sin peligro por ahora de temerarias novedades, que en son de poner la fe á cubierto de todo ataque, abrían un abismo insondable entre la fe y la ciencia.

Fuera de estos resabios de tradicionalismo que pueden depender á veces de falta de rigor y precisión en los términos, por donde resultan más duras ciertas proposiciones que en la mente de su autor quizá no lo serían tanto nada hay que reparar, y sí mucho que elogiar, en los elocuentes *Ensayos religiosos* del señor QUADRADO, que á lo bruñido y firme del estilo juntan la penetración de psicólogo y moralista ejercitada y depurada en el trato de espíritus hu-

manos, aun más que en el trato de libros. QUADRADO es de los pensadores que meditan y observan mucho más de lo que leen, y de los que educan y cultivan simultáneamente la vida del sentimiento, la de la razón y la de la fantasía; y sin duda por eso el inolvidable Llorens, nuestro primer psicólogo de este siglo y uno de los más eminentes educadores que hemos tenido, sentía por QUADRADO tan especial predilección, como espíritu gemelo en algún modo del suyo, siendo en él vocación instintiva lo que era en Llorens estudio metódico y ocupación de todos los momentos.

Es de suponer que después de la aparición de la *Filosofía fundamental*, fuese modificando QUADRADO sus tesis tradicionalistas y acercándose en esto como en lo demás al sentido de Balmes; pero es lo cierto que después de 1844 escribió poco sobre estas materias, aparte de los ya citados artículos de *La Fe* y de otros que allí mismo aparecieron y en este volumen se reproducen, y que tienen la gran curiosidad de presentar con ocho años de anticipación la mayor parte de las ideas fundamentales del memorable *Ensayo* de Donoso Cortés.

En lo que sí hubo total uniformidad de criterio entre Balmes y QUADRADO, fué, como

queda dicho, en las cuestiones políticas y sociales, de tal modo, que la colección de los escritos del uno debe considerarse como necesario complemento y apéndice de los del otro. *La Fe* es inseparable de *La Civilización* y de *La Sociedad*; *El Conciliado* completa *El Pensamiento de la Nación*. Y puede decirse que cuando la muerte arrebató á Balmes en 1848, termina también la vida política de QUADRADO, que dedicado desde entonces á la historia y al arte, sólo rarísimas veces rompe el silencio, y eso no para cuestiones de política diaria, sino para notar los progresos del socialismo en 1850 y buscar remedio á la nueva dolencia, ó para defender la unidad religiosa en 1855 y en 1868.

El punto culminante de las campañas periódicas de QUADRADO ha de buscarse en sus escritos del año 1845 publicados en *El Conciliador* y en *El Pensamiento de la Nación*, siendo director del primero de estos periódicos y colaborador asiduo del segundo, que dirigía Balmes. La generosa fórmula que en ambos se defendía no era otra que la reconciliación sincera de todos los españoles católicos y monárquicos, y como medio de lograrla y principio de una política nacional, la fusión dinástica

que ahuyentara para siempre el espectro de la guerra civil, haciendo entrar en la legalidad constitucional al partido carlista. En torno de esta bandera, que á sus mismos adversarios pareció patriótica, se agruparon muchos hombres de buena voluntad, procedentes los unos del partido carlista, como el mismo Balmes y el mismo QUADRADO, aunque éste por sus pocos años y aquél por la naturaleza de sus estudios estuviesen desligados de todo compromiso con los partidarios del absolutismo tradicional; y los otros de cierta fracción disidente del partido moderado, que más de una vez se vió á las puertas del poder, y que en las Cortes de 1844 llegó á estar representada por 24 diputados, á quienes acaudillaba un hombre que fué dechado de caballeros y de ciudadanos, el segundo Marqués de Viluma.

El pensamiento de Balmes y Viluma parece haber nacido al calor del movimiento nacional de 1843 que derribó al regente Espartero. Vióse en aquella crisis á los moderados, sin perjuicio de aliarse con los progresistas, buscar también el apoyo de los carlistas vencidos, y halagar los sentimientos religiosos y tradicionales del país con promesas y esperanzas de próxima reparación; y vióse también á muchos

de los carlistas prestarse gustosos á tales pláticas y ayudar al triunfo de la coalición, que manifiestamente tuvo carácter de reacción monárquica en muchas ciudades. Pero tales esperanzas se vieron pronto desvanecidas. Es cierto que los progresistas conjurados contra el Regente desaparecieron de la escena poco después de su efímera y aparente victoria; pero llegados al poder los moderados, no desmintieron sus tradiciones de partido parlamentario, y lejos de dar paso alguno para la ansiada reconciliación, continuaron excluyendo del derecho común á los carlistas, y ni siquiera llegaron al arreglo de las cuestiones pendientes con Roma, prolongándose con esto años y años la tribulación de la Iglesia española, huérfana de sus pastores, despojada de sus bienes, herida y atropellada en su inmunidad.

Sólo aquella fracción del partido moderado á que aludimos comprendió en 1844 la verdadera situación de las cosas, y los deberes de un partido conservador y de orden en tales momentos, y no dudó en invocar el concurso de los carlistas para la grande obra de la pacificación moral. El alto espíritu de Balmes acogió gozoso la idea, y su palabra lógica y persuasiva la llevó por todos los ámbitos de España. Sus-

citada en 1845 la cuestión del matrimonio de la Reina, *El Pensamiento* y *El Conciliador* pronunciaron sin ambajes el nombre de su candidato, el Conde de Montemolín, el llamado Carlos VI, el pretendiente expatriado y proscrito. El proyecto fracasó, y era inevitable que fracasase, no porque dejara de ser el único pensamiento genuinamente español, el único que hubiese atajado desastres sin cuento, dando acaso diverso giro á nuestra historia, sino porque á toda luz era prematuro é irrealizable. Las heridas de la guerra civil manaban sangre todavía; los odios no habían tenido tiempo de apaciguarse, y aun más que contra las ideas estaban enconados contra las personas: las ruinas morales que deja en pos de sí una lucha ferocísima y sin cuartel, como fué la de los siete años, no se reparan en un día. Balmes y QUADRADO llevaron el bálsamo á las llagas, pero no hicieron ni podían hacer más. Dos años de lucha y dos periódicos no bastan para pacificar un pueblo perturbado y desquiciado por medio siglo de revoluciones y reacciones, á cual más sanguinarias é insensatas. La fusión dinástica fué rechazada por todo el mundo; á los liberales pareció una abdicación en favor del absolutismo, á los carlistas una apostasía en favor

de los liberales: unos y otros invocaron la sangre derramada en cien batallas por la pureza é integridad de sus respectivos ideales, y el proyecto de matrimonio tropezó lo mismo con la oposición de la reina Cristina que con la de la familia proscrita, lo mismo con el clamoreo de los moderados que con el de los progresistas. Las consecuencias de esta ceguedad universal no hay que recordarlas; en 1893 hállese las cosas en el mismo estado que en 1844; una revolución radical, que hundió en 1868 el trono de D.^a Isabel en medio de la indiferencia, cuando no del regocijo de los carlistas; una nueva guerra civil y dinástica, no han bastado para convencer á los monárquicos españoles de la impotencia de sus esfuerzos aislados y del profético sentido de aquel postrer artículo de Balmes, *¿Por dónde se sale?* Tres meses antes QUADRADO había escrito cosas análogas al retirarse á sus tiendas. Ellos solos tuvieron razón aquel día, pero con la desventaja de tenerla ellos solos y de tenerla antes de tiempo. Hoy mismo, después de medio siglo y de innumerables lecciones y escarmientos, ¿quién puede decir que el fruto esté en sazón, ni siquiera que se aproxime á la madurez?

No fracasó ciertamente la empresa de Bal-

mes por incompatibilidad de principios, como algunos imaginan, sino por incompatibilidad de personas. Todavía en 1845 la bandera católica y monárquica podía cobijar á todos. La cuestión de tolerancia religiosa no se había presentado aún con el grave carácter que tomó en 1855, en 1869, en 1876. La Constitución de 1837, obra de los progresistas y principalmente de Olózaga, había respetado la unidad de la creencia nacional, y la de 1845 fué todavía más explícita en este punto. Había, es cierto, en el antiguo partido moderado, como hay en los modernos partidos conservadores, un número no pequeño de volterianos rezagados, de incrédulos ó indiferentes, hombres del siglo XVIII, convertidos á los principios de orden por el espectáculo de la revolución desatada, pero incapaces de comprender la intimidad del sentimiento religioso, ni de ver en la religión otra cosa que una salvaguardia de la paz pública y un *instrumentum regni*. Pero éstos fueron siempre los menos, y su espíritu nunca dominó en el partido, que más bien fué aceptando con el transcurso del tiempo una gran parte del programa de aquella fracción disidente de 1844 que nunca llegó al poder, pero que continuó influyendo después de ven-

cida y en apariencia disuelta. Hechos tales como la expedición á Roma en 1849; la negociación del Concordato en 1851, la reacción de 1857, manifiestan claramente el prestigio y la fuerza que conservaban las ideas religiosas en la gran masa del partido conservador de aquellos días. Y en realidad el *Pensamiento de la Nación* no ha muerto aún porque es de esencia perenne. Ayer mismo le vimos renacer con grandes esperanzas de triunfo; y aunque las pasiones humanas contrariaron ó esterilizaron por el momento tal obra, haciendo degenerar en grosero y escandaloso pugilato de injurias soeces y baldones irreparables una polémica nacida de diferencias mínimas, habría que desesperar de los destinos de España si no creyéramos que las palabras de paz y concordia entre los creyentes, que hoy suenan en labios de nuestro episcopado, dejen de ir labrando hasta en las almas más secas y endurecidas por el rencor y la soberbia.

Si las diferencias en el modo de apreciar las cuestiones político-religiosas no podían ser obstáculo en 1845 para la deseada unión de los católicos, puesto que ni siquiera la malhadada palabra *liberalismo* daba ocasión entonces, como da ahora, á tantas interminables y soporí-

feras discusiones, capaces de entontecer la cabeza más firme, tampoco la divergencia política era tal que impidiese la aproximación. Calificar de absolutista á Balmes sería no menor yerro que considerarle en filosofía como escolástico. Sus tendencias coincidían con las de la escuela histórica, que ya empezaba á tener secuaces entre los moderados, y que era especialmente profesada por un grupo de juriconsultos catalanes, con quienes él, sin embargo, no parece haber estado en relación. Era en verdad poco afecto á las constituciones escritas y á los códigos abstractos y dogmáticos, pero no rechazaba las formas ni aun la esencia del régimen representativo. Baste recordar las explícitas y generosas declaraciones que hay en su *Pío IX*, declaraciones tales que no sé si se las han perdonado todavía los que indignamente amargaron los últimos días del filósofo, y luego con llanto de cocodrilo lloraron su muerte, y hoy tienen valor para reclamarle como gloria propia después de haberle asesinado moralmente. Y en cuanto á QUADRADO, aunque parece partidario de las cartas otorgadas y enemigo acérrimo del principio de la soberanía popular (como era consecuencia forzosa de su tradicionalismo), no insiste mucho en la discusión de

los títulos de legitimidad y origen de la ley constitucional; y no sólo reconoce y acata la entonces vigente de 1845, sino que inculca en casi todos sus artículos la necesidad de que el régimen representativo, que bueno ó malo era ya el único posible, llegue á ser una realidad en la práctica. «No venimos á destruir la obra, dice, sino á completarla y ensancharla. No queremos retroceso de ninguna especie. Queremos el trono de Isabel II, y deseamos verle robustecido, nacional, rodeado del amor y respeto de todos los españoles..... Queremos la ley fundamental del Estado, y tanto, que deseamos verla arraigada, connaturalizada entre nosotros, puesta en armonía con nuestras costumbres y necesidades, y sobre todo observada á la letra, y exenta de ciertas anárquicas prácticas parlamentarias que en vez de explicarla la tergiversan y aniquilan. Queremos el orden pero fijo y con otro apoyo que el de las bayonetas (1); queremos la libertad, pero verdadera y común á todos; queremos que se acabe con las revoluciones y con las reacciones, previéndolas á fuerza de prudencia y de equidad, quitando toda ocasión ó pretexto para ellas, y

(1) Eran los tiempos del general Narváez.

ganando los ánimos en vez de exasperarlos.»

Tales artículos políticos son de los que resisten la dura prueba de ser coleccionados. Lo que contienen de personal y transitorio es tan poco, que más parecen escritos en previsión de lo futuro que en crítica de lo presente. Por eso al coleccionarlos en 1871 pudo decir su autor: «En las apreciaciones de hombres y de cosas, después de tantos años, nada tengo que retractar ni que modificar siquiera.» Graves, doctrinales unas veces, otras finamente cáusticos, modelos de habilidad polémica y de fuerza dialéctica, pertenecen, literariamente considerados, á un género de periodismo que pasó y de que hoy apenas queda vestigio ni recuerdo. Hoy la penuria de ideas y de buenos estudios se suple con el énfasis hueco y sobre todo con la abundancia de dicterios; y no es la prensa llamada *católica* la que ha dado menos procaces ejemplos en este punto, con universal regocijo de los incrédulos. Los que tal hacen dicen que defienden la buena causa, y en cierto modo no puede negarse que la defienden, dando con sus obras continuo testimonio de la excelencia y santidad de una causa que puede resistir á tales defensores. Otros eran los procedimientos polémicos que

usaban los escritores católicos en 1845. No se había descubierto aún el piadoso sistema de atropellar la honra del adversario, tanto más odiado cuanto más próximo en ideas, y cebarse en su buen nombre para llegar á triunfar más fácilmente de sus doctrinas. Todavía no se había canonizado, en nombre de la caridad, el empleo diario de la injuria. Por eso á los paladares estragados de hoy, quizá resulten escasos de pimienta los artículos políticos del SR. QUADRADO, aunque entre ellos hay más de uno que pasó en aquellos tiempos bienaventurados por obra maestra de refinado y sutil maquiavelismo.

Sólo una vez en su vida, y ciertamente con causa grave, y que en parte disculpa este pecado de juventud, faltó á QUADRADO moderación en el ataque. Me refiero á la famosa *Vindicación* que en el último número de *La Palma* (1841) publicó contra Jorge Sand, con ocasión del injurioso y fantástico relato que la célebre novelista había escrito de su viaje á la isla. Fué aquella venganza *merecida más que lícita*, según la frase de Moncada que oportunamente recuerda Valera á este propósito; y no hay duda que traspasó con mucho los límites de la justa defensa, acrecentando la gravedad del caso el ser tan grande, aunque extra-

viada, escritora, la que en aquella fulminante catilinaria salió marcada con el hierro del oprobio. Pero repito que este caso fué único, y bien disculpable en la ardorosa sangre de un mancebo levantino de veinte años, herido en lo más profundo de su afecto filial. Pero desde entonces acá, nadie, ni siquiera el Dr. Mateos Gago con la formidable polémica que en 1871 se suscitó á propósito de la minoría galicana del Concilio Vaticano, ha tenido poder bastante para hacer salir un punto á QUADRADO de la admirable serenidad de espíritu con que ve y juzga desde su filosófico retiro todas las cosas humanas.

Este prólogo se ha dilatado tanto, que apenas me resta espacio para hablar de otra sección muy importante de los escritos del SR. QUADRADO, precisamente de aquella que con menos incompetencia puedo juzgar (1). Pero esta

(1) Hasta en materias que *Quadrado* ha tratado sólo por incidencia, ha tenido la fortuna de hacer verdaderos descubrimientos. Él publicó el primer romance catalán (*D. Juan y D. Ramón*), siendo en esto precursor de Milá y Fontanals y de D. Mariano Aguiló. Él tuvo la suerte de encontrar el primer fragmento conocido del teatro catalán, un largo trozo de *representación* del siglo XIV, que dió á conocer en *La Unidad Católica* de Palma (1871), y versa sobre la leyenda del parricidio de Judas Iscariote, y muy semejante á la de Edipo.

misma razón me obliga á no atropellar en breves líneas este examen, que pronto encontrará lugar adecuado en un libro mío, y á limitarme por hoy á una somera indicación. Los mismos principios estéticos que le han guiado en sus estudios de arqueología artística, dominan en sus numerosos artículos de crítica literaria, dispersos en *La Palma*, la *Revista de Madrid*, el *Museo Balear* y otras varias publicaciones. Estos principios, expuestos con notable elocuencia en la tercera seccion del programa de *La Fe*, son los del idealismo romántico en toda su pureza, y libres de las exageraciones que desacreditaron el sistema. Para él la libertad literaria nunca se confundió con la anarquía, ni creyó jamás que la fe en la inspiración empeciese en nada al trabajo del arte. Admitió el principio de imitación, pero en el sentido de imitación del prototipo de belleza. No negó ni la existencia de preceptos, ni la necesidad de la crítica, ni la autoridad de los modelos; pero no admitió otros preceptos que los que son condiciones esenciales de la obra artística y nacen de las entrañas mismas del asunto: afirmó el carácter siempre relativo de la crítica y la necesidad de ponerse en el punto de vista del autor juzgado, y al propio tiempo sostuvo

que la literatura no era ciencia progresiva, sino «un arte cuyas producciones son por sí mismas aisladas y completas, con su principio y con su término»: finalmente proclamó á la imaginación libérrima en su esfera. No por eso dió cuartel á ciertas monstruosidades románticas, ni por espíritu de reacción incurrió tampoco, como D. Alberto Lista y otros, en la insigne contradicción de condenar en Víctor Hugo lo mismo que aplaudía en Calderón. En el delicado punto de las relaciones del arte con la moral y la religión, su criterio fué tan firme y elevado como independiente. «No es preciso que la literatura sea cristiana, dijo; pero nunca puede ser anticristiana, ni tampoco es lícito que, so pretexto de cantar las bellezas del cristianismo, profane y adultere monstruosamente sus verdades. No es preciso que un poeta cante las bellezas religiosas, por más que sean superiores á todas y fuente de todas.» «En la misma literatura escéptica puede haber poesía, puede haber belleza, puede haber verdad relativa. ¿Quién negará el título de poetas á Byron, á Goethe, á Fóscolo? En aquella estrepitosa alegría y melancolía profunda, en aquella amenazadora serenidad y en aquellos martirios del corazón, en aquel caos de abyección y gran-

deza, *hay una belleza satánica, si se quiere, pero indeleble*. Colocad al hombre de espaldas á la luz, apagad la antorcha de la revelación, y habrá también en aquel cuadro una verdad asombrosa. Además, es tal la naturaleza del espíritu, que mientras dé señales de vida, vive con él la poesía, porque aspira siempre á la belleza, y sus gemidos, sus delirios, su sed inextinguible, su continua protesta contra los sentidos, nunca dejarán de ser alto y sublime asunto.» Se ha introducido en estos últimos años una estética tan timorata y asustadiza, que no sé cómo sonarán en los piadosos oídos de los discípulos del P. Jungmann estas valientes palabras, escritas en 1844 en la introducción de una revista católica.

Lo cierto es que QUADRADO fué siempre fiel á este criterio amplio y generoso, como lo atestiguan, entre otros artículos suyos, el que dedicó al examen de las obras de Víctor Hugo en 1839, y que, con estar escrito en la primera juventud del autor, pudo ser reproducido sin ningún cambio importante en 1885, á la muerte (que deploró) del *tercer Narciso francés atacado de egolatría*; los relativos á Schiller y Manzoni, el segundo de los cuales obtuvo de Milá y Fontanals el alto honor de insertar sus

principales párrafos, con grande alabanza de QUADRADO, en la propia biografía del autor de *Los Novios*; el profundísimo análisis psicológico del genio de Ausias March, que en 1841, y en la *Revista de Madrid*, abrió nuevo camino á la interpretación y crítica de los misterios de intimidad afectiva que se esconden bajo la dura corteza de los versos de aquel poeta valenciano, el más genuinamente lírico de nuestra Edad Media. Páginas son todas estas de alta y novísima crítica, y con las cuales en el tiempo que se escribieron sólo podían parangonarse algunas de Piferrer y de Durán. Y es de ver cómo el culto de los númenes románticos, la fervorosa devoción por Shakespeare, por Schiller, por Manzoni y aun por Víctor Hugo, no excluye ni contradice en el ánimo del crítico el amor á la belleza clásica, y aun á la de sus imitadores, tales como Alfieri y Moratín, «el profundo y sencillo Moratín», como decía Piferrer, quien compartía esta admiración con QUADRADO y Milá.

Ha hecho nuestro prosista pocos, pero excelentes versos. En la colección de leyendas que con el título de *Mallorca poética* se halla entre las *Rimas* de otro patriarca de la literatura balear, D. Tomás Aguiló, amigo frater-

nal y asiduo colaborador de QUADRADO, se leen tres admirables narraciones poéticas de éste, el *Último rey de Mallorca*, *Armadans y Españols* y las *Bodas del Conde malo*; tales como podían esperarse de un arqueólogo artista, encariñado con su asunto, y hábil como pocos para trazar un cuadro de época con su propio y adecuado color, y en pocos y vigorosísimos rasgos.

Otra novedad de la presente edición será el teatro del SR. QUADRADO, de cuya existencia muy pocos tienen noticia. Se compone de tres dramas originales, *Leovigildo*, *Cristina de Noruega* y *Martin Venegas*, en prosa los dos últimos, y de tan distintas edades en su argumento como son la VI, la XIII y la XVII centuria; en los cuales, á juzgar por los recuerdos de una rápida y ya lejana lectura, si falta algo de experiencia teatral, no falta el reflejo de aquel numen sereno y reflexivo que dictó *Carmagnola* y *Adelchi*.

Á estas obras originales hay que añadir tres refundiciones de Shakespeare: *Macbet*, *El Rey Lear* y *Medida por medida*, obras de arte paciente y laborioso, y nuevo modo de manifestar el amor mezclado de asombro y acatamiento que QUADRADO, como todos los espíritus supe-

riores, profesa á aquel rey del teatro, cuyo genio parece como anuncio de una futura casta humana superior á la que conocemos. Admitido que á tal poeta convenga ni sea lícito refundirle (sobre lo cual ya amistosamente hemos discutido el traductor y yo), hay que reconocer que las refundiciones de QUADRADO, lejos de recortar y profanar la grandeza del texto como las de Ducis, tienden sólo á acomodarle á las necesidades de la representación moderna, á las cuales es preciso conformarse, puesto que ni en la misma Inglaterra se representan estos dramas íntegros y tales como el poeta los escribió; ó bien á borrar aquellas manchas de estilo que son del tiempo y no del autor. Ha refundido también, ó casi traducido, en prosa que no desmerece de los vigorosos versos de Alfieri, la tragedia *Saul*, sin más modificaciones que las exigidas, unas por la ortodoxia, otras por la supresión del papel de Micol, que no cabía en un teatro cuyos actores eran simplemente jóvenes de la Asociación de católicos. En otro género ha traducido los *Himnos sacros* de Manzoni, sin estrellarse como otros traductores en la reproducción exacta de los metros originales que con su aparente facilidad de adaptación á nuestra lengua

han engañado á tantos, sino procurando tan sólo una imitación general del movimiento rítmico, con lo cual queda holgura para la expresión exacta del pensamiento original, sin necesidad de andar á caza de esdrújulos violentos y afectados.

No hemos apurado ni con mucho el catálogo de todas las obras de QUADRADO, de quien puede decirse que apenas ha dejado sin cultivar rama alguna de la literatura. Aun en la novela histórica, los capítulos que ha añadido á la que dejó incompleta su amigo D. Tomás Aguiló con el título de *El Infante de Mallorca*, prueban lo que hubiera podido hacer en este género, al cual parecía llamado como Walter-Scott por su vocación de arqueólogo-poeta.

Finalmente, el SR. QUADRADO ha llevado la literatura á los libros de devoción, tan necesitados actualmente de ella, como ricos fueron en otro tiempo; y su *Mes de María*, su *Mes de San José*, su *Semana Santa* y otros opúsculos ascéticos, cuyas ediciones se repiten incesantemente en Barcelona, son de los rarísimos de su género que puedan satisfacer al hombre de gusto, á la vez que infundir suave y místico deleite á las almas piadosas que todavía no

han perdido la buena costumbre de hacer en castellano sus lecturas espirituales.

Si se atiende á todo lo expuesto, habrá que convenir en que pocos escritores españoles de nuestros días han poseído tal suma de varias aptitudes como QUADRADO, y pocos han sabido desarrollarlas de un modo tan completo y darles tan adecuado empleo. Las Baleares, cuya historia literaria es tan larga y gloriosa, no han producido escritor tan eminente desde los tiempos del iluminado Dr. Ramón Lull.

No hace aún tres años que la juventud literaria de la *Isla Dorada* festejaba en triunfal banquete la gloria del veterano y el quincuagésimo aniversario de la publicación de *La Palma*, memorable semanario del cual arranca el moderno renacimiento de la cultura mallorquina. Yo, que sólo en espíritu pude asistir á aquella fiesta, me complazco hoy en adherirme á los homenajes que allí se tributaron al sobreviviente fundador, enviándole desde las polvorientas orillas del seco Manzanares esta pobre y tardía congratulación, sintiendo sólo que no vaya envuelta entre el azahar de los naranjos de Sóller.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

Junio de 1893.

LA CELESTINA.



LA CELESTINA.

ESTA obra clásica y admirable, contada por algunos entre las novelas, si bien su fondo es esencialmente dramático, lleva por título verdadero el de *Tragicomedia de Calixto y Melibea*, y fué impresa por primera vez en 1499, y en Burgos, según la opinión más autorizada y probable. Tal como la leemos hoy, consta de veintiún actos; las dos primeras ediciones no tienen más que diez y seis, y ofrecen además singulares variantes, que todavía no han sido sometidas á un examen crítico. En algunas ediciones del siglo xvi, posteriores á las primitivas, hay un acto entero, el de Traso, que desapareció más adelante, no sabemos si por ser intercalación de pluma distinta de la del bachiller Fernando de Rojas, ó porque (á

pesar de ser obra suya) pareciese (como lo es en efecto) cosa episódica é inútil para el progreso de la fábula.

De los veinte actos últimos (tomando por base la definitiva redacción que hoy leemos), es autor único é incontestable el bachiller Fernando de Rojas, «nascido en la Puebla de Montalbán».

Así lo declaran unos versos acrósticos puestos al frente del libro, el cual está encabezado con un prólogo del autor, y una carta á un amigo suyo, cuyo nombre no se expresa. El bachiller Fernando de Rojas quiere hacernos creer en estos documentos, que acabó la tragicomedia en quince días de sus vacaciones universitarias, y en cuanto al primer acto, nos refiere que corría manuscrito, atribuyéndole unos á Juan de Mena y otros á Rodrigo de Cota. Antes de entrar en esta cuestión, verdaderamente grave y difícil, apuntaremos las escasas noticias y conjeturas biográficas que hemos podido reunir del bachiller Fernando de Rojas, autor *único* de *La Celestina*, á nuestro parecer, y de todos modos autor de la mayor parte de ella. Consta, pues, que cursó Jurisprudencia en la Universidad de Salamanca. Se ha conjeturado que tomó parte en el alzamiento de las Comu-

nidades de Castilla, siendo el mismo *Fernando de Rojas* que se encuentra entre los exceptuados de la amnistía ó lista de perdón que dió Carlos V. Pero lo que sí podemos afirmar con certeza, gracias á la diligencia de D. Bartolomé José Gallardo, que descubrió esta noticia en una *Historia de Talavera* (1) manuscrita en la Biblioteca Nacional, es que el bachiller Fernando de Rojas, autor de *La Celestina* (sea ó no la misma persona que el comunero), llegó á ser alcalde mayor de Salamanca, y residió durante los últimos años de su vida en Talavera de la Reina, donde se avecindó, tuvo hijos y está enterrado en el convento de monjas de la Madre de Dios. Fuera de las admirables páginas de *La Celestina*, no se conoce una sola línea del bachiller Fernando de Rojas. Es de presumir que entregado á las graves tareas de la justicia y del gobierno, olvidase completamente la gloria literaria de su primera juventud.

El autor del primer acto es desconocido. Nosotros, por las razones que vamos á exponer, consideramos este acto como obra del mismo bachiller Rojas; pero no es ésta la opi-

(1) Su autor, Cosme Gómez Tejada de los Reyes.

nión común (aunque haya sido la de Moratín, la de Blanco White y otros insignes críticos), y además parece que está en oposición con las afirmaciones claras y explícitas del mismo bachiller. Veamos el valor que puede darse á estas afirmaciones.

Ante todo, hay que descartar, como un mal pensamiento, la extraña ocurrencia de atribuir dicho primer acto á Juan de Mena, gran poeta, sin duda alguna, dentro de su escuela y de su tiempo, pero infelicísimo prosista, como es fácil comprobarlo en la glosa que él propio hizo de su poema de la *Coronación* y en el compendio de la *Iliada* de Homero. No puede darse cosa más pedantesca, más llena de inversiones y latinismos, más falta de amenidad y soltura, más contraria, en suma, al estilo y carácter de la prosa de *La Celestina*, así en su primer acto, como en todos los restantes.

En cuanto á Rodrigo de Cota, nos falta término de comparación, porque no conocemos de él más que versos. Rodrigo de Cota *de Maguaque*, judío converso de Toledo, es autor del bellísimo *Didlogo entre el amor y un viejo*, inserto en el *Cancionero general* de 1511, y se le ha atribuído con poco fundamento la célebre sátira política *Coplas de Mingo Revulgo*. Pero

aun suponiendo que fuera suya esta alegórica y revesada composición, que para los mismos contemporáneos tuvo necesidad de comento, más perdía que ganaba en títulos para ser considerado como autor de *La Celestina*, obra grandiosa, sencilla y humana, que nada tiene que ver con una sátira política del momento, la cual es ingeniosa sin duda, pero todavía más afectada que ingeniosa, especialmente en la imitación del lenguaje rústico. Cosa muy diversa es el *Diálogo entre el amor y un viejo*, y por nuestra parte no dudamos en estimarle como joya preciosa de nuestro tesoro poético del siglo xv; pero las bellezas de aquel diálogo, tan lleno á veces de arranque, de pasión y de fuego, son bellezas líricas, totalmente distintas de las bellezas dramáticas de *La Celestina*.

La misma incertidumbre con que el bachiller Rojas se explica, diciendo que unos *pensaban ser el autor Juan de Mena y otros Rodrigo de Cota*, invalida su testimonio y le hace no poco sospechoso, puesto que en cosa tan cercana á su tiempo no parece verosímil tal discordancia de pareceres. Por otro lado, toda su narración tiene visos de amañada. ¿Quién puede creer, por muy buena voluntad que

tenga, que *veinte* actos de *La Celestina*, esto es, las cinco sextas partes de la obra, han sido escritas por un estudiante en *quince días* de vacaciones, cuando, hasta por la extensión material, parece imposible, y lo parece mucho más si se atiende á la incomparable perfección artística, á la madurez y reflexión con que todo está concebido y ejecutado, sin la huella más leve de improvisación, ligereza, ni apresuramiento? ¿Qué especie de ser maravilloso era el bachiller Fernando de Rojas, si hemos de suponerle capaz de semejante prodigio, que sería inaudito en la historia de las letras?

A nuestro juicio, todas las dificultades del preámbulo tienen una solución muy á la mano. El bachiller Fernando de Rojas es el único autor y creador de *La Celestina*, la cual él compuso totalmente, no en quince días, sino en muchos días, 'meses y aun años, con toda conciencia, tranquilidad y reposo, no hartándose luego de corregirla y limarla, como lo prueban las numerosas variantes de todas las ediciones que podemos suponer hechas durante su vida, variantes que alcanzan al primer acto como á los demás. Y la razón que tuvo para inventar el cuento del primer acto encontrado, no pudo ser otra que el escrúpulo, bastante

natural, de no cargar él solo con la paternidad de una obra mucho más digna de admiración bajo el aspecto literario que por el buen ejemplo ético, salvas las intenciones de sus autores. Este mismo recelo y escrúpulo le movió á envolver su nombre en el laberinto de los acrósticos y á llenar de reflexiones morales el *prólogo* y la *carta*, queriendo con esto curarse en salud y prevenir todo escándalo.

Por otra parte, ¿á quién no sorprende que habiendo llegado á nosotros en repetidos manuscritos tantas y tantas obras del siglo xv inferiores por todo extremo al primer acto de *La Celestina*, nadie haya visto, ni se conserve memoria de que haya existido jamás, códice alguno de semejante obra? ¿No es cosa inexplicable que ningún escritor de tantos como florecieron en esa época la mencione, hasta que el bachiller Fernando de Rojas viene á participarnos su feliz hallazgo de vacaciones?

La igualdad, diremos mejor, la identidad de estilo entre todas las partes de *La Celestina*, así en lo serio como en lo jocosó, es tal, que (á pesar de la respetable opinión de Juan de Valdés en contrario) no ha podido ocultarse á los ojos de la crítica. Moratín declara en sus

Orígenes del teatro español que «todo el que examine con el debido estudio el primer acto y los veinte añadidos, no hallará diferencia notable entre ellos, y que si nos faltase la noticia que dió acerca de esto Fernando de Rojas, leeríamos aquel libro como producción de una sola pluma.» Blanco (White) afirmó resueltamente en un discreto artículo de las *Varietades ó Mensajero de Londres*, que «toda *La Celestina* era paño de la misma tela». ¿Sería esto posible, aun suponiendo que entre la composición del primer acto y de los restantes no mediaran más que veinte ó treinta años, cuando precisamente estos años son de absoluta y total renovación para la prosa castellana, en términos tales, que un libro del tiempo de los Reyes Católicos se parece mucho más á uno de fines del siglo xvi que á uno del reinado de D. Juan II?

Pero aun hay otra razón más honda, que á nuestro modo de ver decide plenamente la cuestión y excluye hasta la posibilidad de que el acto primero de *La Celestina* pueda haber brotado de pluma distinta que los siguientes. Y esta razón es la admirable unidad de pensamiento que en toda la obra campea, la constancia y fijeza en el trazado de los caracteres,

el desarrollo lógico y gradual de la fábula y el dominio y señorío con que el bachiller Rojas se mueve dentro de ella, no como quien continúa obra ajena, sino como quien dispone libremente de su labor propia. Sería el más extraordinario de los milagros literarios, y aun psicológicos, el que un continuador llegase á penetrar de tal modo en la concepción ajena y á identificarse de tal suerte con el espíritu del primitivo autor y con los tipos humanos que él había creado. No conocemos composición alguna donde tal prodigio se verifique; cualquiera que sea el ingenio del que intenta soldar su invención con la ajena, siempre queda visible el punto de la soldadura; siempre en manos del continuador pierden los tipos algo de su valor y pureza primitivos, y resultan, ó lánguidos y descoloridos, ó recargados y caricaturescos. Tal acontece con el falso *Quijote*, de Avellaneda; tal con el segundo *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Luján de Sayavedra; tal con las dos continuaciones del *Lazarillo de Tormes*. Pero ¿quién será capaz de notar diferencia alguna entre el Calixto, la Celestina, el Sempronio ó el Parmeno del primer acto y los personajes que con iguales nombres figuran en los actos siguientes? ¿Dónde se ve la menor

huella de afectación ó de esfuerzo para sostenerlos ni para recargarlos? En el primer acto está en germen toda la tragicomedia, y los siguientes son el único desarrollo natural y legítimo de las premisas sentadas en el primero.

Creemos, pues, como cosa de toda evidencia moral, que *La Celestina* es obra de un solo autor, el cual no puede ser otro que el bachiller Fernando de Rojas, natural de la Puebla de Montalbán, alcalde mayor de Salamanca, probablemente comunero y diputado en la *Santa Junta* de Avila, y finalmente vecino de Talavera de la Reina.

Aunque *La Celestina* tenga cuanta originalidad cabe en una obra literaria, y sea, por decirlo así, un pedazo de la vida humana trasladado con pasmosa realidad á las tablas de un teatro ideal, no puede desconocerse que la armazón ó el esqueleto de la fábula, y aun algunos de sus personajes, tienen abolengo más ó menos remoto en nuestra literatura y en la clásica. Cierta aire de parentesco une la *tragicomedia* castellana con las obras maestras del teatro cómico latino, siendo más visible la semejanza en los tipos de criados y rameras, que hasta en sus nombres revelan el trato familiar de su creador con los papeles de la misma ín-

dole que tanto abundan en Plauto y Terencio. Por lo tocante á la comedia italiana del Renacimiento, las fechas dicen bien claro que no pudo influir en *La Celestina*, anterior á todas las obras de Maquiavelo, Ariosto y Bibbiena. *La Celestina* es la que, dada su universal difusión en todos los países cultos de Europa, influyó ó pudo influir en el teatro italiano, si bien de un modo menos directo y eficaz que los ejemplos clásicos.

El verdadero prototipo de *La Celestina* debe buscarse en una comedia latina irrepresentable, fruto de los ocios de algún erudito monje del siglo XII, el cual, por buenos respetos, gustó de disfrazarse con el nombre de *Pánfilo Mauriliano*. Esta comedia, intitulada en algunas ediciones *De Vetula* y en otras *Pamphilus de amore cum commento familiari*, tiene argumento muy parecido al de *La Celestina*, y desenvuelto con no menor libertad de expresión, aunque con dotes literarias por todo extremo inferiores. Viene á reducirse la fábula á los amores de un mancebo llamado Pánfilo y una doncella llamada Galatea, llevados á feliz acabamiento por intercesión de una vieja (que da nombre á la comedia), y coronados con la aparición de la propia diosa Venus.

Esta pieza, remedo pedantesco de la anti-güedad, está llena de imitaciones directas y aun de plagios de los poetas latinos más famosos, especialmente de Ovidio, á quien por esta razón fué atribuída algunas veces durante los siglos medios. Y aun puede añadirse que los primeros rasgos del carácter de la tercera de ilícitos amoríos, pueden encontrarse en la vieja *Dipsas* que figura en una de las elegías de los *Amores* del lascivo poeta de Sulmona.

La comedia de Pánfilo suscitó en España, á mediados del siglo xiv, una imitación libre en verso castellano, superior por todos conceptos á su modelo. Nos referimos al episodio de los amores de D.^a Endrina de Calatayud y D. Melón de la Huerta, el más extenso é importante de los muchos fragmentos misceláneos agrupados en el libro singular que lleva el nombre del Arcipreste de Hita. Pero el Arcipreste no se limitó á traducir la obra árida y descarnada de Pánfilo; sino que, sacando á los personajes de la vaguedad abstracta que tenían en la comedia del monje (remedo impotente de un arte ya fenecido), les dió carta de naturaleza española, les infundió animación y vida, y fué, realmente, el primero en crear el incomparable tipo de la vieja, apenas esbozado

con mano torpísima por el supuesto Pánfilo, y plenamente desarrollado ya con el cínico nombre de *Trota-conventos* por el archipreste de Hita. *Trota-conventos* es la verdadera abuela de *Celestina*, y á ninguno de sus predecesores debió tanto Fernando de Rojas como al Arcipreste.

Pero la obra de éste, narrativa y no dramática, compuesta en verso, y muy remota ya por su edad y por su estilo, del gusto de la época en que Rojas escribía, no pudo servirle de modelo para el diálogo ni para el manejo de la prosa familiar y picaresca.

En esta parte sólo un libro castellano conocemos, cuyo estudio debió de serle útil: el libro satírico-moral que otro arcipreste, Alfonso Martínez de Talavera, compuso en tiempo de D. Juan II con el título de *Reprobación del amor mundano*, más conocido por el rótulo de *Corbacho ó Libro de los vicios de las malas mujeres y complisiones de los omes*. Este libro que, con apariencias graves y morales, es en el fondo una sátira y una galería de cuadros de costumbres, trazados con mucha ligereza y brío, y con extraordinaria abundancia de picantes donaires y de modos de decir felices y expresivos, es el único antecedente digno de

tenerse en cuenta para explicarnos de algún modo la elaboración de la prosa de *La Celestina*. Hay un punto, sobre todo, en que no puede dudarse que Alfonso Martínez precedió á Fernando de Rojas; y es en la feliz aplicación de los refranes y proverbios que tan especial sabor popular, castizo y sentencioso, comunican á la prosa de *La Celestina*, como luego á los diálogos del *Quijote*.

Ninguna de las consideraciones expuestas puede disminuir en un ápice la admiración que profesamos al autor de *La Celestina*, obra, á nuestro entender, de las más geniales y extraordinarias que puede presentar la literatura de ningún pueblo, y obra quizá que, entre las producidas en nuestro suelo, merece el segundo lugar después del *Ingenioso Hidalgo*. Pero no hay obra humana sin precedentes; y así como nada pierde la gloria de Shakespeare porque se hayan investigado menudamente los orígenes de todas sus piezas, así tampoco pierde nada este otro ingenio shakespiriano en profecía, porque con piadosa curiosidad y diligencia se busquen los materiales informes que él supo convertir en magnífico edificio.

Y por otra parte, lo menos importante en *La Celestina* es el asunto mismo y el plan de

la fábula. Tan sencillo es, que apenas exige el trabajo de exponerle. Y sin embargo, ¿puede darse asunto más profundamente humano? Es el drama del amor juvenil, casi infantil, drama semejante al de *Julietta y Romeo*; y apenas puede concebirse que la crítica no haya parado mientes en esto, distraída únicamente con los primores y atrevimientos de la parte cómica. No es *La Celestina* obra picaresca, ni quien tal pensó, sino *tragicomedia*, como su título lo dice con entera verdad; poema de amor y de expiación moral, mezcla eminentemente trágica de afectos ingenuos y poco menos que instintivos y de casos fatales, que vienen á torcer ó á interrumpir el libre curso de la pasión humana, poniendo de manifiesto una ley superior. ¿Y qué palabras serán más á propósito para declararlo, que las mismas palabras del autor en el *argumento de la obra*: «Calixto, de noble linaje, de claro ingenio, de gentil disposición, de linda crianza, dotado de muchas gracias, de estado mediano, fué preso en el amor de Melibea, mujer moza muy generosa, de alta y serenísima sangre, sublimada en próspero estado, una sola heredera á su padre Pleberio y su muy amada; por solicitud del pungido Calixto, vencido el

casto propósito della, interviniendo Celestina, mala y astuta mujer, con dos sirvientes del vencido Calixto, engañados y por ésta tornados desleales, presa su fidelidad con anzuelo de codicia y de deleite, vinieron los amantes y los que los ministraron en amargo y desastrado fin.»

Cómo se cumplió este proceso amoroso lo declara el *argumento del primer acto*, que también íntegramente transcribimos: «Entrando Calixto en una huerta en seguimiento de un falcón suyo, halló allí á Melibea, de cuyo amor preso, comenzóla de hablar, de la cual muy rigurosamente despedido fué para su casa muy angustiado, y habló con un criado suyo llamado Sempronio, el cual, después de muchas razones, le enderezó á una vieja llamada Celestina, en cuya casa tenía el mismo criado una enamorada llamada Elicia.» Del final de la historia pueden dar razón en forma abreviada los argumentos de los últimos actos: «Llegada la media noche Calixto y Sempronio y Parmeno, armados van á casa de Melibea: Lucrecia (criada de la heroína) y Melibea están cabe la puerta aguardando á Calixto..... Apártase Lucrecia: háblanse por entre las puertas Melibea y Calixto.» (Acto XII.) «Calixto

yendo con Sosia y Tristán al huerto..... á visitar á Melibea que le estaba esperando», oye ruido desde el huerto, teatro de sus amorosos coloquios, acude á él y cae de la escala que había puesto para penetrar en el jardín. (Acto XIX.) «Lucrecia llama á la puerta de la cámara de Pleberio: pregúntale Pleberio lo que quiere: Lucrecia le da priesa que vaya ver á su hija Melibea. Levantado Pleberio va á la cámara de Melibea. Comienza preguntándole qué mal tiene. Finge Melibea dolor de corazón. Envía á su padre por algunos instrumentos músicos: suben ella y Lucrecia en una torre; envía de sí á Lucrecia. Cierra tras sí la puerta. Llegase su padre al pie de la torre, descúbrele Melibea todo el negocio que había pasado: en fin, déjase caer de la torre abajo.» (Acto XX.) «Pleberio torna á su cámara con grandísimo llanto: pregúntale Alisa su mujer la causa de tan súbito mal, cuéntale la muerte de su hija Melibea, mostrándole el cuerpo de ella todo hecho pedazos, y haciendo su llanto, concluye.»

En cuanto al mérito literario de *La Celestina*, toda alabanza parece pequeña. El moralista no puede menos de hacer muchas salvedades: el crítico no tiene que hacer ninguna.

Libro, en mi entender, divi-
si encubriera más lo huma-

dijo Cervantes. Y el mismo severísimo Moratín, á pesar de su criterio rígido y estrictamente clásico, ó quizá por la fuerza de este criterio mismo, habló de la famosa *tragicomedia* en términos de entusiasmo que muy rara vez se escapan de su pluma: «Como la tragedia griega se compuso de los relieves de la mesa de Homero, la comedia española debió sus primeras formas á *La Celestina*. Esta novela dramática, escrita en excelente prosa castellana, con una fábula regular, variada por medio de situaciones verosímiles é interesantes, animada con la expresión de caracteres y afectos, la fiel pintura de costumbres nacionales y un diálogo abundante en donaires cómicos, fué objeto del estudio de cuantos en el siglo XVI compusieron para el teatro. Tiene defectos que un hombre inteligente haría desaparecer sin añadir por su parte una sílaba al texto; y entonces, conservando todas sus bellezas, pudiéramos considerarla como una de las obras más clásicas de la literatura española.»

Y aun sin eso, ¿quién ha de negarla semejante título? ¿Ni qué obra de la literatura española habrá que le merezca, si de buen grado

no se le otorga á la tragicomedia del bachiller Fernando de Rojas? La meticulosidad académica del gusto de Moratín le hizo dar excesiva importancia á esos defectos reales ó supuestos de *La Celestina*, los cuales para nosotros se reducen á algunas expresiones y situaciones demasiado libres (que para los contemporáneos no debieron de parecerlo tanto, puesto que la Inquisición las dejó intactas, al paso que castigaba con rigor ciertas alusiones satíricas á las costumbres de los eclesiásticos); y á varias pedanterías del diálogo, citas impertinentes de Aristóteles, de Séneca y de San Bernardo, puestas en boca de los criados de Calixto ó de las pupilas de Celestina, las cuales pedanterías, hoy, lejos de desagradarnos, contribuyen á dar sabor y efecto cómico al conjunto, y carácter de época á todo el cuadro, mostrándonos cuáles eran los estudios y preocupaciones habituales de un escolar aventajadísimo de las aulas salmantinas á fines del siglo xv, y cómo se fundían armoniosamente en su ingenio la observación directa de la vida contemporánea y el prestigio de la antigüedad clásica, que entonces parecía renacer con segunda vida. Son, pues, en gran parte fantásticos los defectos achacados á *La Celestina*,

ó más bien son defectos de aquellos que, andando el tiempo, llegan á convertirse en excelencias, á lo menos bajo el aspecto histórico, puesto que arrojan nueva luz sobre el alma de las generaciones pasadas.

En cambio, las bellezas de esta obra soberana son de las que parecen más nuevas y frescas á medida que pasan los años. El don supremo de crear caracteres, triunfo el más alto á que puede aspirar un poeta dramático, fué concedido á su autor en grado tal, que sólo admite comparación con el arte de Shakespeare. Figuras de toda especie, trágicas y cómicas, nobles y plebeyas, elevadas y ruines, pero todas ellas sabia y enérgicamente dibujadas, con tal plenitud de vida, que nos parece tenerlas presentes. El autor, aunque pretenda en sus prólogos y quiera en su desenlace cumplir un propósito de justicia moral, procede en la ejecución con absoluta indiferencia artística; y así como no hay tipo vicioso que le arredre, tampoco hay ninguno que en sus manos no adquiriera cierto grado de idealismo y de nobleza estética. Escritas en aquella prosa de oro, hasta las escenas de lupanar resultan tolerables. El arte de la ejecución vela la impureza, ó, más bien, impide fijarse en

ella. Esa misma profusión de sentencias y máximas, esos recuerdos clásicos, esa especie de filosofía práctica y de alta cultura difundida por todo el diálogo, esa *buena salud* intelectual que el autor disfruta, y de la cual, en mayor ó menor grado, hace disfrutar á sus personajes más abyectos, salvan los escollos de las situaciones más difíciles, y no consienten que ni por un solo momento se confunda esta joya con los libros torpes y licenciosos, igualmente repugnantes al paladar estético y á la decencia pública. Digno será de lástima el espíritu hipócrita ó depravado que no comprenda esta distinción.

Y en la parte seria de la obra, poco estudiada y considerada hasta hoy, ¡con qué poesía trató el autor lo que de suyo es puro y delicado! Para encontrar algo semejante á la tibia atmósfera de noche de estío que se respira en la escena del jardín, hay que acudir al *canto de la alondra*, de Shakespeare, ó á las escenas de la seducción de Margarita en el primer *Fausto*. Hasta los versos que en ese acto de *La Celestina* se intercalan, verbigracia:

¡Oh! quién fuera la hortelana
De aquestas viciosas flores.....

tienen un encanto y un misterio lírico muy raros en la poesía del siglo xv.

La Celestina está escrita en prosa, y por tal razón su influencia en el definitivo teatro español, que adoptó la forma versificada, fué mucho menor que la influencia que ejerció en la novela, especialmente en el género llamado *picaresco*, muy remoto de *La Celestina* por sus asuntos y por los tipos que habitualmente describe, pero enlazado con ella por su carácter realista y por la enérgica y desembozada pintura de las ínfimas condiciones sociales, pintura accesoria en *La Celestina*, y esencial ó dominante en las novelas picarescas. Pero durante el siglo xvi, en que la fórmula del teatro español no estaba fijada aún, *La Celestina* inspira la prosa de las comedias y *pasos* de Lope de Rueda y de Juan de Timoneda, y todavía se discierne su influencia en los entremeses de Cervantes.

En rigor, ¿puede calificarse *La Celestina* de drama ó de novela? En nuestro concepto, sólo el título de drama le cuadra. Es una pieza toda acción, y que perfectamente podría ser representada, si no lo impidiesen su extensión desmesurada y lo licencioso y atrevido de algunas situaciones, verbigracia: la escena entre Areusa y Parmeno. Pero el ser ó no *representable* una obra, en nada la priva de su carácter *dramático*.

Irrepresentables son el *Fausto*, de Goethe; el *Cromwel*, de Víctor Hugo; el *Arnaldo da Brescia*, de Niccolini; y, sin embargo, ¿quién se atreverá á excluirlas de la historia del teatro? Hay en el teatro una parte convencional y relativa que tolera ó prohíbe la representación de tal ó cual obra, por consideraciones extrañas á la índole y al valor esencial de la obra misma. *La Celestina* (aun prescindiendo de la licencia de expresión) era, sin duda, obra irrepresentable dentro de las pobres y rudimentarias condiciones del teatro en tiempo de los Reyes Católicos; quizá lo es dentro de las condiciones del teatro actual, mucho más estrecho y raquítico de lo que parece; pero ¿quién nos asegura que esa obra de genio, cuyo autor, adelantándose mucho á su siglo, entrevió una fórmula dramática casi perfecta, no ha de llegar á ser, corriendo el tiempo, capaz de representarse en un teatro que tolere una amplitud y un desarrollo no conocidos hasta hoy?

El título de *novela dramática* nos parece inexacto y contradictorio sobre toda ponderación. Si es drama, no es novela; si es novela, no es drama. El fondo de la novela y el drama es uno mismo, la representación de la vida hu-

mana; pero la novela la representa en forma de *narración*, el drama en forma de *acción*. Y todo es activo, y nada narrativo, en *La Celestina*.

La suerte de esta obra en el mundo literario fué igual á su mérito. Sin pretender agotar aquí el catálogo de sus ediciones, baste mencionar las de Burgos y Salamanca de 1500; las de Sevilla de 1501, 1502, 1523 y 1539; la de Milán de 1514; las de Venecia de 1515, 1525, 1534, 1535 y 1553; las de Salamanca de 1558, 1569 y 1570; la de Valencia de 1529; la de Toledo de 1538; la de Cuenca de 1571; las de Alcalá de 1563, 1569 y 1591; las de Amberes (plantinianas) de 1595, 1599 y 1601; las de Madrid de 1601 y 1619; la de Pamplona de 1633; las de Ruan de 1634 y 1644, y finalmente, las modernas de 1822 (Madrid, editor Amarita); 1842 (Barcelona, editor Gorchs), y 1845 (Madrid. en el tomo III de la *Biblioteca de Autores Españoles*, intitulado: *Novelistas anteriores á Cervantes*). El índice más completo de ediciones de *La Celestina* puede verse en el *Catálogo de la Biblioteca de Salvá*. Existen traducciones antiguas y modernas de *La Celestina* en todas las lenguas cultas de Europa: en italiano, en francés, en inglés (la

más antigua imitación es de 1630), en alemán; pero entre todas estas versiones, la mejor, á nuestro juicio, por la fidelidad, por la elegancia y por el brío, es la que publicó en lengua latina, á principios del siglo xvii, el humanista germánico Gaspar Barth, con el título de *Pornodidascalos*. El profundo estudio que Barth había hecho de los poetas cómicos latinos Terencio y Plauto, y de los novelistas Petronio y Apuleyo, le sirvió para interpretar *La Celestina* con todo el sabor clásico que en su original tiene, restituyendo de este modo á la lengua madre lo que remotamente procedía de ella.

La descendencia literaria de *La Celestina* bastaría para llenar una biblioteca. Varios ingenios la pusieron en verso, ya totalmente, como Juan de Sedeño, ya en parte, como don Pedro Manuel de Urrea, prócer aragonés, que se limitó á metrificar con sumo primor y elegancia el primer acto, incluyéndole en su rarísimo *Cancionero* (1513). También Lope Ortiz de Stúñiga compuso una *Farsa en coplas sobre la comedia de Calixto y Melibea*. En un rarísimo pliego suelto gótico que poseo, hay otro compendio en verso de *La Celestina*.

Pero las imitaciones más importantes son

las que se hicieron en prosa, y sin intento dramático directo: libros largos por lo común, é inferiores todos al modelo primitivo, pero muy apreciables la mayor parte por méritos de estilo y lengua, é inestimables como documentos históricos y como cuadros de costumbres. En esta galería *lupanaria*, que constituye una de las más atrevidas manifestaciones de la literatura española del siglo xvi, hay obras que calcan servilmente la fábula de *La Celestina*, sin más cambio que el de los nombres de los personajes; y otras que, procediendo con mayor libertad, ó más bien, con espantosa licencia, debida, en parte, á la imitación directa de modelos italianos, presentan nuevos cuadros de *malas costumbres*, no vistos ni soñados por el autor de la tragicomedia primitiva, que resulta casi siempre más casto y decoroso que sus imitadores. A este género pertenecen, sobre todo, las tres comedias *Tebaida*, *Serafina é Hipólita*, que se publicaron anónimas en Valencia en 1521; débil é insignificante la última, que está en verso, singulares las dos primeras por la riqueza de la prosa en que están escritas, y por la absoluta falta de sentido moral que en ellas campea, hasta el punto de ser quizá las más obscenas y brutales

composiciones que de aquel siglo subsisten. No les va muy en zaga *La Lozana andaluza*, publicada en Venecia en 1527 por el clérigo Francisco Delicado, ó Delgado, obra que parece presagiar las más escandalosas del Arentino.

Con forma relativamente más comedida, aunque no siempre dentro de los rígidos términos del decoro, escribieron Feliciano de Silva (fecundísimo autor de libros caballerescos) su *Segunda comedia de Celestina ó Resurrección de Celestina*, poniendo en escena los amores de la doncella Polandria y del caballero Félides, idénticos á los de Calixto y Melibea, salvo en no ser trágico, sino alegre y placentero, el desenlace; Gaspar Gómez de Toledo, su *Tercera comedia de Celestina*; Sancho Muñón, rector de la Universidad de Salamanca, su *Tragicomedia de Lisandro y Roselia* (por otro nombre *Elicia*, y también *Cuarta Celestina*), que es la mejor escrita de todas las obras de este género, á excepción de la primitiva; el bachiller Sebastián Fernández, la *Tragedia Policiana*, donde hermosos rasgos de diálogo están echados á perder por lo absurdo y pueril del desenlace; el bachiller Juan Rodríguez, la *Comedia Florinea*, pieza ingeniosa y discreta,

aunque no libre de resabios de afectación; el beneficiado Francisco de las Natas, la *Comedia Tideia*; el aragonés Jaime de Huete, la *Vidriana* y la *Tesorina*; Joaquín Romero de Cepeda, la *Comedia Selvaje* (que está en verso como la anterior y parece representable); Alonso de Villegas Selvago, la *Comedia Selvagia*, pedantescamente dialogada, pero construída con ingenioso artificio dramático, bastante parecido al de las futuras comedias *de capa y espada*; Pedro Hurtado de la Vera, su *Comedia de la Dolencia del sueño del mundo*, notable por la intención moral y por lo pesimista y tético del pensamiento; el portugués Jorge Ferreira de Vasconcellos, tres largas comedias, cuyos títulos son: *Aulegraphia*, *Ulyssipo* y *Euphrosina*; el castellano Alfonso Velázquez de Velasco, la *Lena* ó el *Celoso*, comedia tan liviana como ingeniosa y divertida, y más semejante á las obras del teatro cómico italiano que á la misma *Celestina*; Lope de Vega, su incomparable *Dorotea*, el único de los libros de esta serie que puede hombrearse con la tragicomedia de Rojas, y el único que tiene verdadera originalidad, fundada, sobre todo, en su carácter de *memorias* ó recuerdos íntimos del autor; y finalmente, Alonso Jerónimo de Salas-Barba-

dillo, excelente novelista de principios del siglo xvii, la *Ingeniosa Helena*, la *Escuela de Celestina*, *El Sagaz Estacio*, y otras más, unas dialogadas, otras novelescas. Terminaremos esta enumeración con la *Segunda Celestina*, comedia discretísima de D. Agustín de Salazar y Torres, contemporáneo de Calderón, que escribió también una *Celestina*, hoy perdida, y que sería muy curioso poder cotejar con la primitiva, si bien recelamos que este cotejo había de resultar en favor del bachiller Rojas, poeta mucho más *humano* que el brillante dramático de fines del siglo xvii (1).

(1) En *Los polvos de la Madre Celestina*, comedia de magia de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, como destinada á un auditorio casi infantil y por autor tan cuidadoso de la pureza moral, la protagonista aparece sólo con el carácter de hechicera. La última de las *Celestinas* clásicas, es, en rigor, la de D. Serafín Estébanez Calderón, inserta en sus *Escenas andaluzas*.



EL ALCALDE DE ZALAMEA.



EL ALCALDE DE ZALAMEA.

ESTA obra, universalmente considerada como una de las joyas del teatro español, y por muchos como la más excelente y preciosa del teatro de Calderón, requiere de nosotros estudio tan detenido como pueden consentirlo los límites del presente artículo.

Es acusación harto vulgar contra el gran dramaturgo castellano de fines del siglo xvii, y aun contra todo nuestro teatro de esa centuria, la de ser pálido en la pintura de caracteres, sacrificados con mucha frecuencia á la intriga y al rápido movimiento escénico, ó convertidos en tipos convencionales, faltos de la variedad admirable que la naturaleza humana ostenta en cada individuo. Algún fundamento tiene este reparo, si superficialmente se examinan las cosas, puesto que rara vez mostraron nues-

tros dramáticos aquel poder de observación interna, aquella visión profunda de los misterios del alma, aquel paciente y menudo análisis de los ocultos móviles que guían al hombre á la heroicidad ó al crimen, aquella portentosa facultad psicológica que, unida y combinada con un poder de fantasía no menor, levanta á tan inmensurable altura las creaciones de Shakespeare. Oponíase á que nuestro teatro pudiera lograr iguales efectos y desarrollar tanta riqueza, los límites harto exiguos en que tenía que encerrarse la fábula, el carácter de improvisación que el teatro español tuvo desde el principio, la movilidad de impresiones á que los autores habían acostumbrado á su público, errante siempre entre innumerables intrigas y personajes sin cuento, con ninguno de los cuales llegaba á trabar muy íntimo conocimiento.

Pero aunque esto, dicho en tesis general, sea ó parezca exacto, no lo es tanto cuando se descende al estudio particular de cada autor y de cada obra. Quizá la lectura de Calderón (cuyo repertorio es el que adolece más que otro alguno de ese convencionalismo y amaneramiento) ha contribuído á acreditar la idea crítica á que hacemos estos leves reparos. Conforme el teatro español fué acercándose á sus

postrimerías, creció en él el falso idealismo, y la tendencia á los tipos abstractos ó genéricos, no menos abstractos en su línea que los de la tragedia francesa. Pero no procedían así los autores de principios de aquel siglo: Lope, Tirso, Alarcón, y aun algunos poetas de segundo orden, en todos los cuales el mundo aparece más variado y más rico, y se muestran caracteres, si no tan complejos y detallados como los del gran trágico inglés, á lo menos no inferiores á ellos en el arranque y en la fuerza inicial que les dió vida perenne y fecunda. Sea ejemplo que puede excusar otros muchos el tipo eterno de *D. Juan*.

Pero aun sin salir del teatro de Calderón, pueden encontrarse brillantes excepciones á esa regla general que le proclama grande en la intriga y débil en los caracteres. Ninguna excepción más brillante y gloriosa que *El Alcalde de Zalamea*, obra en la que parece que Calderón se propuso derramar con profusión y hasta con despilfarro lo que tanto había escatimado en otras. En esta comedia excepcional rebosa la vida hasta en los personajes más secundarios. No hay obra tan á propósito como ella para mostrar que nuestro teatro, con ser tan grande, habría podido ser mayor,

si hubiera querido ceñirse y abrazarse más de cerca con la realidad humana.

El contraste que esta comedia presenta con la mayor parte de las de Calderón se explica atendiendo de una parte al carácter histórico ó semihistórico que el drama tiene; á la viveza con que se conservaba en la memoria del pueblo el tipo de D. Lope de Figueroa (cuyo acabado retrato es una de las mayores bellezas del drama), y de otra parte á los antecedentes harto cercanos que la pieza de Calderón tiene en otra de Lope, á quien directa ó indirectamente hay que acudir siempre que se trata de investigar los orígenes de cualquiera invención escénica de las que han ocupado nuestras tablas. Hoy es del dominio público, merced á las doc-
tas investigaciones de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, consignadas en una *Memoria de la Biblioteca Nacional*, correspondiente al año 1864, que *El Alcalde de Zalamea*, de D. Pedro Calderón de la Barca, es refundición, ó más bien imitación libre y felicísima de *El Alcalde de Zalamea*, comedia de Lope de Vega, la cual se conserva manuscrita en nuestra Biblioteca Nacional, en la rica colección de obras dramáticas que perteneció al insigne crítico D. Agustín Durán.

El primitivo *Alcalde de Zalamea* es, sin duda, una de las obras más desiguales del inmenso repertorio de Lope; circunstancia que á la vez que justifica el hecho de la refundición, nos explica la causa de que la obra original cayese tan prontamente en olvido, y llegara á convertirse en una curiosidad bibliográfica, atribuyéndose, merced á este olvido, todo el lauro de la invención al segundo poeta que logró dar al asunto su forma dramática perfecta y definitiva. Pero por grande que este mérito sea, la crítica, imparcial siempre y justiciera, debe dar á cada uno lo que es suyo, reconociendo y estimando en su justo valor los riquísimos elementos que Calderón encontró en la obra, algo confusa y desordenada, de su inmortal predecesor. Comparando ambos dramas, la ventaja ni por un momento resulta dudosa, y esto no por inferioridad del ingenio de Lope (que en sus grandes momentos á nadie fué inferior, y que acertó á tratar con el mayor vigor é intensidad trágica asuntos muy semejantes al de *El Alcalde de Zalamea*, en obras de tan altos quilates como *Peribáñez* y *El Comendador de Ocaña*, *Fuente Ovejuna*, *El mejor Alcalde el Rey*, etc.), sino por ser su *Alcalde de Zalamea* una de las más débiles

piezas de su inagotable repertorio, á cuyo motivo se debe quizá el que no la incluyera en ninguna de las partes de su teatro, ni la mencionara siquiera en ninguno de los catálogos que formó de sus obras dramáticas. Pero como al genio se le conoce y descubre aun en sus rasgos más descuidados, no deja de haber altas bellezas en este primitivo *Alcalde*, aparte del mérito capital de la invención primera. Un breve análisis de esta casi desconocida pieza mostrará sus principales semejanzas y diferencias con la obra popularísima de Calderón, una de las pocas suyas que se han mantenido constantemente en el teatro.

Pedro Crespo, labrador de Zalamea, tiene dos hijas solteras, que por la noche hablan desde sus rejas con el capitán D. Diego y con su hermano D. Juan, pertenecientes á un tercio que se encuentra alojado en la villa de Zalamea (Extremadura). Precisamente por los mismos días el vecindario de Zalamea pone la vara de Alcalde en manos de Pedro Crespo, el cual la acepta después de repetidas excusas, mostrando desde el principio de su gobierno aquella mezcla de honrada altivez, de espíritu justiciero, de rústico candor y de maliciosa ingenuidad, que son las principales notas de su

carácter, tal como Lope lo ha concebido y desarrollado en una serie de escenas que tienen mucho de cómicas y ofrecen no leves puntos de semejanza con las del gobierno de Sancho en su ínsula Barataria. Pero pronto más graves asuntos ponen á prueba el claro discurso y el recio temple de Pedro Crespo. Cae en sus manos un papel en que los capitanes rondadores de sus hijas anuncian su propósito de sacarlas de noche engañadas con palabra y cédula de matrimonio. El Alcalde trata de evitarlo previniendo de un modo indirecto á sus hijas contra el peligro que las amaga de parte de quienes *en viéndolas sin honra, han de publicallo á gritos*. Pero todo en balde; las doncellas emprenden la fuga, cayendo afortunadamente en manos de su padre y de un criado suyo que estaban emboscados, y que logran salvarlas de las garras de sus robadores, haciendo prisionero en la refriega á un sargento que acompaña á los capitanes, y que viene á ser el soldado fanfarrón ó *miles gloriosus* de la pieza.

Hasta aquí el primer acto. En el segundo aparece D. Lope de Figueroa, con el mismo singular carácter que en la obra de Calderón, con su misma brusquedad militar y honrada, jurando y perjurando, lastimado por los dolo-

res de la gota. El conflicto con el Alcalde es el mismo, aunque condensado en rasgos menos enérgicos. También es idéntico en sustancia el resto de la acción. Las dos hijas de Pedro Crespo llegan, al fin, á huir con sus robadores, que las abandonan después de violarlas. Su padre, que en vano ha corrido á libertarlas, cae en manos de una partida de soldados, que le atan á un árbol. Allí, para complemento de su desgracia, ve pasar á sus hijas, que, temerosas de su venganza, no se atreven á desatarle. Y allí permanece hasta que un fiel criado suyo llega y rompe sus lazos.

Entretanto, los capitanes que habían arrebatado la honra á las hijas del Alcalde, se entregaban al merodeo en el término de Zalamea, cometiendo mil desafueros y tropelías. El Alcalde logra sorprenderlos una noche, los pone en prisiones, recibe de sus dos hijas las cédulas de matrimonio que ellos les habían firmado, y comienza por hacerlos casar antes que apunte la aurora del día siguiente.

Hay en el diálogo momentos muy felices:

- ALCALDE. ¿Sabéis lo que me debéis?
D. JUAN. Sí sabemos: ¿qué queréis?
ALCALDE. Quiero que en saliendo el día
 Con mis hijas os caséis.

D. DIEGO. Es nuestra sangre muy clara.

ALCALDE. Pues si es clara, bueno fuera
Que primero se mirara
Porque no se obscureciera.

.....

D. DIEGO. Cualquiera humilde partido,
Rendidos á vuestros pies,
Damos por bien recibido;
Pero ¿qué ha de ser después?

ALCALDE. Lo que Dios fuere servido.

Al día siguiente llega á Zalamea Felipe II de jornada para Portugal, y sabedor de la prisión de los capitanes, pregunta por ellos al Alcalde y exige verlos. El Alcalde contesta con su habitual lacónica energía:

ALCALDE. Enfadárse, pardiez,
Conmigo cuando los vea.

REY. ¿Enfadarme yo? ¿Por qué?

ALCALDE. Porque siendo el Juez mayor,
No os hice á vos el juez;
Mas yo, como Dios me ayuda,
Hice lo que supe hacer.
Descubrid este balcón;
Aquí mis yernos veréis.

.....

Y efectivamente, los ve, pero ahorcados.
El diálogo continúa con la misma sublime
rapidez:

REY. ¡Válgame Dios! ¿Qué habéis hecho?

ALCALDE. Pardiez, hice lo que ve.

manos de copistas y refundidores. Hartzensbusch ha hecho notar que la versificación de los actos segundo y tercero abunda en largos romances, bastante ajenos de la manera de Lope, el cual en sus obras dramáticas empleaba siempre mucha más riqueza de metros y de combinaciones. De aquí deducía aquel inolvidable poeta y erudito, que la de Calderón era ya, por lo menos, la tercera refundición, indicio claro de la belleza y popularidad del asunto. Con el nombre de Rojas y el título algo extraño de *El garrote más bien dado*, corre también, en impresiones sueltas y descuidadas, una comedia de *El Alcalde de Zalamea*; pero esta sólo se diferencia de la de Calderón en variantes levisimas, originadas sin duda alguna de incuria de los editores. Por otra parte, nadie ha de sentirse tentado á atribuir á Rojas la paternidad de obra tan bella, cuando vemos que el mismo Calderón la reconoce por suya en la lista de sus comedias, que envió al Duque de Veragua.

Cuantas innovaciones introdujo Calderón en la obra que imitaba, otras tantas fueron felicísimas y magistrales. Redujo á una sola las dos doncellas violadas, y á uno solo también los dos capitanes, evitando así que el interés se

dividiese, y sustituyendo á estos cuatro personajes de Lope, tan débiles y descoloridos, dos figuras humanas que, si no alcanzan la talla gigantesca de Pedro Crespo ó de D. Lope de Figueroa, tienen, no obstante, en cuanto dicen y hacen, alma y acento propio. Tomó de Lope el asombroso tipo del Alcalde, pero reforzando más sus rasgos salientes y borrando alguna incongruencia cómica que en Lope le desluce. Tomó también el germen del carácter de D. Lope de Figueroa, pero dándole mucho más relieve, y al mismo tiempo mayor intervención en la fábula. Creó el tipo episódico, pero en su línea perfecto, del hidalgo pobre, y sacó, por último, del limbo de la obscuridad, de la muchedumbre soldadesca anónima y mal definida que anda en la comedia de Lope, los tipos rápidamente esbozados, pero inolvidables, de Rebolledo y la Chispa. Así resultó su obra, á la vez que un drama histórico (en la más alta y profunda acepción de la palabra), un verdadero *cuadro de género* que riñe con casi todo lo restante del teatro de Calderón, y se acerca unas veces á la manera grande y briosa de Tirso, al paso que otras se atreve á competir con lo más selecto del mismo Shakespeare.

No fueron menos trascendentales, aunque á primera vista de menos bulto, las alteraciones que hizo en el plan de Lope. Las principales resultaron de la modificación felicísima introducida en el carácter de la protagonista, que en vez de liviana y antojadiza como las dos malandantes doncellas de Lope, es un dechado de honestidad y de modestia. Por esta vez guió bien á Calderón su concepto enteramente idealista de la virtud y pureza femeninas; concepto que llevado hasta la exageración en sus comedias *de capa y espada*, dió á todas un tinte de uniformidad bien lejano de aquella variedad prodigiosa de las mujeres de Lope.

Es evidente que la pureza del tipo femenino concebido por Calderón excluía toda complicidad por parte de Isabel en el proyecto de rapto. Es más: sólo por un concurso de circunstancias fortuitas y no dependientes de la voluntad de la honestísima doncella, podía aquél consumarse. Así la vemos desde las primeras escenas retraerse con su prima Inés á las habitaciones más altas de la casa, mientras en ella se alojan los soldados. Obedece en ello la voluntad paterna, pero todavía obedece más á su propio instinto de paloma tímida y á cierto vago presentimiento de su futura desgracia.

Cuando el capitán oye de labios de su sargento encomios repetidos de la hermosura de aquella labradora, tiénela al principio en poco, pero luego la ausencia despierta en él la curiosidad; la privación sirve de acicate al apetito:

Y sólo porque el viejo la ha guardado,
Deseo ¡vive Dios! de entrar me ha dado
Donde ella está.

Para entrar en su habitación finge quimera con un soldado, y logra verla y hablarla. Sobrevienen Pedro Crespo y su hijo, mozo arriscado y de grandes alientos, uno de los personajes nuevos de la obra de Calderón. Padre é hijo caen en la cuenta, pero cada cual obra según su carácter respectivo: el padre con reconcentrado disimulo, el joven con braveza impetuosa.

JUAN. Y yo sufriré á mi padre,
Mas á otra persona no.

CAPITÁN. ¿Qué habías de hacer?

JUAN. Perder

La vida por la opinión.

CAPITÁN. ¿Qué opinión tiene un villano?

JUAN. Aquella misma que vos:

Que no hubiera un capitán

Si no hubiera un labrador.

Don Lope de Figueroa ha adquirido colosales proporciones en el cuadro de Calderón,

sin perder ninguno de sus rasgos típicos y legendarios. Es el jurador impertinente, el veterano bravío, el justiciero inexorable, el león abrumado, pero no rendido, por los años ni por las dolencias, la personificación más hermosa, más brillante y simpática del caudillo español del siglo xvi, terror de Flandes, de Italia y de Alemania. Lucha en él la soberbia de clase y de oficio militar con un poderoso y arraigado sentimiento de justicia. Hay pocas escenas tan admirables en el teatro de Calderón como aquellas en que D. Lope, en duelo colosal de soberbia á soberbia, de aspereza á aspereza, de orgullo á orgullo, siente doblegarse y rendirse su indómita condición ante la condición más férrea y más indómita todavía de Pedro Crespo, ó más bien ante la razón que habla por su boca, y que al fin y al cabo no puede menos de hacer mella en el alma hermosísima de D. Lope, alma de oro bajo sus rudas y brutales apariencias. Los dos adversarios son dignos el uno del otro, y la admiración del lector y del espectador no sabe á cuál acudir primero, si al General ó al villano.

CRESPO. Mil gracias, señor, os doy
Por la merced que me hicisteis
De excusarme la ocasión

Y servirá para vos.

D. LOPE. ¿Y dióla hecha el diablo?

CRESPO. Sí.

D. LOPE. Pues á deshacerla voy;

Que estoy, voto á Dios, cansado.

CRESPO. Pues descansad, voto á Dios.

.....

¿Y qué diremos de las bellas escenas del acto segundo; de las intimidades de D. Lope (ya amansado) con Pedro Crespo y con los suyos; de la escena incomparable de la partida del hijo del labrador para el ejército, á donde le lleva su afición y el estímulo de D. Lope; escena que rebosa de poesía, á un tiempo suave y austera, melancólica y varonil, realzada por los consejos del padre y el llanto de la hermana? Todas estas bellezas pertenecen indisputablemente á Calderón, por más que entren en el género habitual de Lope mucho más que en el suyo.

Las escenas siguientes, es decir, las del rapto, se parecen mucho á las de la obra primitiva, salvo la diferencia capitalísima de la resistencia de la forzada Isabel, y salvo otras enmiendas, todas de admirable efecto escénico. Pedro queda atado á un árbol, como en el drama de Lope, pero no es su criado quien le desata, sino su propia hija. Esta situación raya en lo más

encumbrado de la sublimidad trágica. ¡Lástima que Calderón, dejándose arrastrar aquí de su gusto habitual por todo lo enfático y conceptuoso, y apartándose de la vigorosa y realista sencillez con que todo lo restante de su *Alcalde* está escrito, haya estropeado situación tan soberanamente concebida, poniendo en boca de Isabel una interminable relación de cerca de doscientos versos, de lirismo tan inoportuno como barroco! ¡Cuánto hubiera acertado reduciéndola á las últimas palabras, únicas propias y dignas de tal poeta y de tal caso:

Tu hija soy, sin honra estoy,
Y tú libre; solicita
Con mi muerte tu alabanza,
Para que de ti se diga
Que por dar vida á tu honor
Diste la muerte á tu hija.

Á Lope de Vega pertenece con pleno y perfectísimo derecho la idea hermosa de haber juntado en la misma mano el hierro del vengador y la vara de la justicia. Pero Calderón ha ido todavía más lejos, y ha sabido encontrar en el alma del terrible Alcalde, juntamente con los tesoros del pundonor ultrajado y vindicativo, un manantial dulcísimo de afectos nobles y humanos. Antes de proceder

como juez, el Alcalde de Zalamea procede como padre: pide, llora, suplica, ofrece de rodillas al capitán D. Alvaro toda su hacienda si consiente en casarse con su hija, reparando el ultraje que la hizo. ¡Cuán lejanos estamos de aquella sutil casuística de la honra, de aquel discreto metafísico con que la idea del honor aparece envuelta y empañada en casi todos los dramas de Calderón! Aquí, por el contrario, ¡cuán limpia y radiante aparece! ¡Cómo simpatizamos con las lágrimas y con los ruegos de aquel hombre, tanto más sublime cuanto más plebeyo! No nos encontramos aquí en presencia de un convencionalismo más ó menos poético. Son afectos de todos los tiempos, algo que seguirá conmoviendo todas las fibras de la humanidad, mientras no se pierda el último resto de dignidad humana. La obra maestra de Calderón como poeta dramático, no de una época ni de una raza, sino de los que merecen ser universales y eternos, es sin duda ese diálogo entre el Alcalde y el Capitán, desde que aquél arrima la vara hasta que la recobra y manda poner en grillos al Capitán y llevarle á las casas del Concejo. Un crítico alemán, Klein, ha llamado á esta escena *el cánón de Policleto de la belleza dramática*.

El triunfo de la justicia concejil en Calderón como en Lope, recibe, al fin del drama, la sanción regia de Felipe II.

¿Hay en todo esto un pensamiento simbólico? ¿Era *El Alcalde de Zalamea* para sus contemporáneos, como puede serlo para los nuestros, la encarnación de la libertad municipal castellana, en lucha con el fuero privilegiado de la nobleza y de la milicia? ¿Debemos dar á esta creación asombrosa un verdadero alcance político y aun revolucionario?

Hay, en nuestro entender, en el fondo de toda obra artística de primer orden, una multitud de gérmenes de ideas que en su expresión abstracta y general, quizá no atravesaron nunca por la mente del poeta, pero que yacen real y verdaderamente en su obra bajo formas concretas y palpables, como yacen en el fondo mismo de la vida, de la cual es idealizado trasunto toda obra dramática digna de este nombre. Y cuanto más compleja y más rica sea la realidad que en la obra de arte se transparenta, tanto mayor será el número de ideas que, merced á ella, se revelen y hagan manifiestas á los ojos de los lectores. No pensaron ni Calderón ni Lope en hacer la apoteosis del municipio castellano, pero en sus fábulas adivinamos lo

que tal institución fué en su esencia y en su espíritu, mucho mejor que con la prolija lectura de los fueros y cartas-pueblas. *Peribáñez*, *Fuente Ovejuna*, *El Alcalde de Zalamea* (por no citar más comedias que éstas), nos prueban mejor que largas disertaciones, cuánta era la vitalidad que el recuerdo de nuestras instituciones populares y de nuestros magistrados concejiles conservaban en pleno siglo XVII, triunfante ya del todo el régimen de las monarquías absolutas. No se escribió *El Alcalde de Zalamea* en son de protesta; pero, leído ó visto representar hoy, nos parece algo así como un desquite tardío de Villalar. Por lo demás, basta abrir los *Avisos* y *Relaciones* del siglo XVII para comprender á qué término había llegado el abuso del fuero militar y del fuero de hidalguía, y á qué excesos daba lugar en los pueblos la carga pesadísima de los alojamientos. Nadie ignora que ellos fueron una de las causas principales de la rebelión de Cataluña en tiempo de Felipe IV.

El Alcalde de Zalamea ha sido traducido á casi todas las lenguas literarias de Europa, y representado en el teatro francés, en el alemán y en el inglés con más ó menos fidelidad ó acierto. Entre estas imitaciones extranjeras

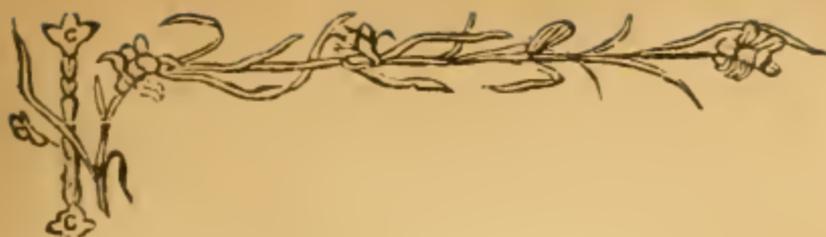
merece recordarse por la singularidad de su autor, la que compuso el célebre terrorista francés Collot d'Herbois con el título de *El villano Magistrado*.

Es una de las piezas de nuestro antiguo teatro que han quedado en el repertorio con menos cambios y alteraciones. La refundición que solemos ver en las tablas fué hecha por el insigne poeta dramático D. Adelardo López de Ayala, con singular amor y respeto al texto de Calderón, y en general con acierto.

Entre los críticos que han apreciado esta comedia merecen especial aprecio los alemanes Schmidt y Klein, y el francés Viel-Castel.



TIRSO DE MOLINA



TIRSO DE MOLINA

INVESTIGACIONES BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS.

UNO de los ejemplos más insignes de nuestra desidia literaria y del olvido en que tenemos la investigación y depuración de nuestros más altos títulos de gloria nacional, es sin duda la ignorancia que todavía universalmente reina sobre los puntos capitales de la biografía del Maestro Tirso de Molina; contrastando este descuido con la grandeza cada día creciente de la figura poética del egregio Mercenario, á quien (pasada ya, aun en Alemania, la fiebre calderoniana) (1), pocos niegan el segundo lugar entre los maes-

(1) En este punto Grillparzer, el más profundo conocedor y ardiente panegirista de Lope, ha dado á la reacción su fórmula definitiva: «Calderón es el más grande de los artistas *amanerados*.»

tros de nuestra escena, y aun son muchos los que resueltamente le otorgan el primero y el más próximo á Shakespeare; como sin duda lo merece, ya que no por el poder de la invención, en que nadie aventajó á Lope (que es por sí solo una literatura), á lo menos por la intensidad de vida poética, por la fuerza creadora de caracteres, y por el primor insuperable de los detalles.

Tan altas cualidades, que le ponen al nivel de los más grandes artistas de todos tiempos y naciones, no bastaron, sin embargo, para salvarle de aquella especie de obscuridad en que yacieron sus obras por espacio de siglo y medio, comenzando á contar desde los días inmediatos á su muerte. La generación literaria que vino en pos de él pareció olvidar su nombre, aunque entrase á saco por sus obras. Desde los más ilustres, como Calderón y Moreto, hasta los más oscuros, como Matos Fragoso, convirtieron en botín propio la rica herencia del fraile de la Merced; y mientras que se aplaudían *Los Caballos de Absalón*, *La Ocasión hace al ladrón*, *El Convidado de Piedra*, refundiciones casi siempre inferiores á sus originales, borrábanse enteramente de la memoria de nuestro público aquellos sus admirables prototipos, *La Ven-*

ganza de Tamar, La Villana de Vallecas, El Burlador de Sevilla. Sin el buen gusto y el celo patriótico de una D.^a Teresa de Guzmán, que á principios del siglo pasado tenía lonja de libros en la Puerta del Sol, y que á su costa reimprimió con cierto esmero (rarísimo en estas impresiones sueltas ó de cordel) un número bastante crecido de comedias del ingeniosísimo fraile, á quien llamaba *Maestro de las Ciencias*, hubiéramos creído que el siglo XVIII había ignorado hasta la existencia de Tirso, cuyo nombre, ni para bien ni para mal suena, como no sea rarísima vez, en las innumerables polémicas suscitadas entonces sobre el valor de nuestra dramática antigua; ni en los escritos de los reformadores neo-clásicos, como Luzán, Nasarre y Montiano, ni en las apologías de Erauso y Zavaleta, Nifo y García de la Huerta, el cual á ninguna comedia suya, ni de Lope ni de Alarcón, dió entrada en su pobrísimo, aunque tan ruidoso, *Theatro Español*.

La rehabilitación de Tirso, á fines de aquella centuria y principios de la actual, no comenzó en los libros de crítica, sino en el teatro; fué popular antes de ser erudita; fué labrando día por día en la conciencia del vulgo espectador antes de penetrar en el ánimo de los doctos;

no vino impuesta, como la apoteosis de Calderón, por el romanticismo extranjero triunfante, sino que tuvo todos los caracteres de una restauración indígena. El mérito principal de ella se debe á un grande y modesto literato, que desde su covacha de apuntador hizo más por el renacimiento de nuestro arte escénico, con refundiciones y traducciones admirables, y con la disciplina y buen consejo á que sometió el genio de Máizquez, que la mayor parte de los engreídos dramaturgos de su tiempo con sus producciones originales. Era clásico en sus doctrinas literarias D. Dionisio Solís, pero con un género de clasicismo muy amplio y tolerante, de que el bello prólogo que puso á su versión del *Orestes* de Alfieri da suficiente muestra. Esta relativa libertad de criterio suya, que contrastaba con la preceptiva, mucho más rígida, de su amigo Moratín, le hacía muy capaz de sentir las bellezas de nuestro teatro antiguo, si no en aquello que tiene de más peculiarmente español y romántico, á lo menos en el inagotable tesoro de sus fábulas cómicas, de las cuales arregló muchas á las exigencias y convenciones de la escena de su tiempo, siendo Tirso siempre su autor predilecto. En tal empresa le secundaron Enciso Castrillón y algún

otro poeta oscuro, y á ella contribuyeron indirectamente, con sus aplausos y estímulos, personajes tan poco literarios como el rey Fernando VII y el famoso censor de teatros Padre Carrillo, quien, rigurosísimo con los ingenios de su tiempo, daba, por el contrario, paso franco al raudal inagotable de las desenfadadas gracias de Tirso. De este modo, el público de Madrid, desde el rey hasta el último fraile y el último chispero, reían y se solazaban con las diabólicas transformaciones de *Don Gil de las Calzas Verdes*, con la profunda é insinuante malicia de *El Vergonzoso en Palacio* y de *Marta la Piadosa*, cuando en el resto de Europa era completamente ignorada la existencia de tal poeta, hasta el punto de que Guillermo Schlegel sólo llegó á saber la mitad de su pseudónimo, y eso para citarle revuelto con Matos Fragoso y otros tales en aquella famosa lección postrera de su *Curso de Literatura Dramática* (1808), en que todos nuestros grandes poetas fueron sacrificados, sin ser leídos, al ídolo, en gran parte fantástico, que con nombre de Calderón levantaba Schlegel sobre el ara, como cifra y símbolo del más perfecto romanticismo.

Acontecía, pues, en España, por los años de 1832, un fenómeno literario muy singular. Cal-

derón, que en pleno siglo XVIII había conservado su culto popular á despecho de todas las invectivas de los preceptistas, veía ahora mermado el número de sus devotos en el pueblo y en el teatro, y en cambio reconquistaba espléndidamente el sufragio de la nueva crítica. Antes le llamaban bárbaro, pero se le representaba mucho. Ahora se le admiraba sin tasa sobre la palabra de Schlegel (difundida en España por Bolh de Fáber y Durán), pero cada día se le representaba menos, y no es seguro que fuese muy leído. Todo lo contrario acontecía con Tirso: era el poeta mimado del público madrileño; pero como no había tenido ningún alemán que le sacase á flote, y en libros de crítica no se había hablado de él ni siquiera para insultarle, y no había juicios hechos ni frases cómodas que repetir acerca de su teatro, los críticos, aunque se divirtiesen en la representación como el resto de los mortales, afectaban no tomar en serio al poeta, limitándose á aplaudir la copia de chistes y el gracejo del diálogo. Pena da hoy, en parte, y en parte también risa, leer, por ejemplo, los primeros juicios de Martínez de la Rosa y de D. Alberto Lista sobre las obras de este soberano poeta. Para uno y otro, Tirso era poco más que un

juglar chocarrero, un fraile lascivo y desvergonzado, á quien dirigen los más extravagantes reparos de moral y de gusto. Tales ejemplos de miopía intelectual en hombres por otra parte respetables y beneméritos, deben hacernos muy cautos á los que nos ocupamos en este arduo ejercicio de la crítica, aunque al propio tiempo nos persuadan de las inmensas conquistas que en tal orden de ideas ha realizado nuestro siglo.

La gloria de haber conocido y proclamado por primera vez que Tirso era un gran poeta en toda la extensión del vocablo, y de haberlo comprobado con penetrantes análisis de *La Prudencia en la mujer* y de *El Condenado por desconfiado*, pertenece indisputablemente á un crítico español, al venerable D. Agustín Durán, editor en 1834 de la *Talia Española*, primera, aunque frustrada, tentativa de una edición crítica de las obras de Fr. Gabriel Téllez. Lo que Durán inició con su poderosa intuición estética, lo realizó en parte Hartzenbusch, ya en el *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez*, que en doce volúmenes publicó desde 1839 á 1842, ya en el tomo de *Comedias escogidas de Tirso*, que en 1848 coleccionó para la biblioteca de Rivadeneyra. La primera de estas edi-

ciones es por todos conceptos muy superior á la segunda ; y aunque ambas disten bastante de la perfección , al cabo nos dan en forma legible la mitad próximamente del teatro de Tirso, cuyos cinco volúmenes primitivos son de la más extraordinaria rareza. Pero la necesidad de una edición completa y ampliamente ilustrada se hace sentir más cada día, y creemos que la Academia Española habrá de atender á ella en plazo más ó menos lejano. Es verdadera mengua que de tal clásico queden todavía obras *inéditas*, y otras dispersas y tan raras como si inéditas fueran. ¿Qué diríamos de los franceses si hubiesen dejado perder alguna parte de la herencia de Molière? Pues á los ojos de todo el que no sea francés, Tirso es, cuando menos, tan gran poeta cómico como Molière, aunque en género distinto y evidentemente más poético.

Bellamente lo reconoció la crítica alemana por boca de Schack, en las páginas, no muchas, pero sí muy brillantes, que dedica al fraile de la Merced en su *Historia de la literatura dramática española*, aunque no hiciese de su teatro estudio tan analítico y minucioso como del de Lope y Calderón, que por sí solos se llevan más de la mitad de su obra. En parte han re-

parado esta falta historiadores más recientes de nuestro teatro, como Klein y Schaefer, y bien puede decirse que el astro de Tirso, si fué tardío en levantarse sobre el horizonte, brilla cada día con fulgor más intenso. Calderón tiene innumerables panegiristas, sinceros unos, otros retóricos y rutinarios, predominando entre ellos los que nunca le han leído entero ni penetran las verdaderas condiciones de su genio, maravilloso sin duda, pero genio al fin de artista de decadencia. Tirso, que nunca ha sido ensalzado en términos tan ditirámicos y estrepitosos, tiene algo que vale más: tiene verdaderos lectores, amigos fieles y discretos, como los tiene Horacio, como los tiene Cervantes, como los tiene Montaigne. ¿Y quién no ha de preferir este género de gloria modesta y sólida, este vivir en intimidad á través de los siglos con algunos espíritus finos y selectos, más bien que el triste privilegio, que otros genios suelen tener, de servir de tema de declamación, y de figura retórica á los ignorantes, que con exagerar su entusiasmo se creen dispensados de leer lo mismo que admiran? De todos nuestros dramáticos, los dos más *vivos* al presente con el género de vida que hemos intentado definir son Tirso y Alarcón: Alarcón, que no es quizá de

los más grandes, pero que es sin disputa de los más amados.

Hasta las cualidades que en Tirso se señalaban en otro tiempo como defectos, por lo mucho que contrastaban con los hábitos dominantes en el teatro de su tiempo, han contribuido después á su crédito y fortuna. Su alejamiento relativo de aquel ideal caballeresco, en gran parte falso y convencional; su poderoso sentido de la realidad, su alegría franca y sincera, su buena salud intelectual, aquella intuición suya tan cómica y al mismo tiempo tan poética del mundo, la graciosa frescura de su musa villanesca, su picante ingenuidad, su inagotable malicia tan candorosa y optimista en el fondo, nos enamoran hoy y tienen la virtud de un bálsamo añejo y confortante, ahuyentador de toda pesadumbre y tedio. Y como Tirso, además de gran poeta realista, es gran poeta romántico y gran poeta simbólico, no hay cambio de gusto que pueda destronarle, y el jugo de humanidad que hay en sus obras alimentará en lo futuro creaciones nuevas, así como en tiempo del romanticismo renacieron sus *Amantes de Teruel* y su *Doña María de Molina*, se añadieron innumerables ramas al árbol genealógico de su *Don Juan*, y hasta Jorge

Sand intentó á su modo la imitación del *Condenado por desconfiado* en *Lupo Liverani*.

La crítica no ha dicho aún lo que llaman *la última palabra* sobre Tirso: las comedias suyas que hoy tenemos son parte exigua de las trescientas que él mismo asegura haber compuesto: aun las que quedan no han sido estudiadas todas, y la paternidad de muchas anda en litigio: los juicios formulados hasta ahora sobre su teatro adolecen, por lo general, del inconveniente de no atender al conjunto de su producción literaria, sino á aspectos particulares de su genio; pero no hay duda que en muchos de estos juicios, especialmente en los de Durán y Hartzenbusch, en los de la última época de Lista (que en esto, como en todo, fué adelantando mucho y tuvo tiempo para rectificarse á sí propio), en los de Schack y Klein, en algunos de Philarète Chasles y Vieil-Castel, de Pí Margall y Revilla, hay una base amplia y firme de crítica estética, sobre la cual ya puede trabajarse con fruto.

Pero de crítica estética tan sólo, puesto que en todos ellos falta el elemento de la crítica histórica, sin el cual las apreciaciones de gusto quedan muchas veces en el aire. Si no sabemos á ciencia cierta que tal ó cual pieza sea de

Tirso, ¿cómo vamos á deducir de ella los caracteres del ingenio del poeta? Si no conocemos ni aproximadamente siquiera la cronología de sus obras, ¿cómo vamos á estudiar el desarrollo de su arte? Si nos faltan datos positivos acerca de su vida, ¿cómo podremos establecer la concordancia entre su persona y sus obras? ¿Quién ha de tachar de vana y pueril esta curiosidad, hoy que al crítico se le pide, no ya sólo psicología clásica, como en tiempo de Sainte-Beuve, sino fisiología y su tanto de patología, en caso necesario? Cualquiera que sea el valor de tales pretensiones, es cosa de sentido común que para llegar á las intimidades de una obra de arte, mucho más si ha sido producida en época relativamente lejana de la nuestra, no puede ser indiferente el conocimiento de la vida de su autor y del medio social en que se desenvolvió.

Tirso ha sido en esta parte de los más desgraciados. Su vida ha solido escribirse en una docena de renglones, de los cuales la mitad por lo menos contenían errores crasos. Sabíase que era madrileño, porque él mismo lo expresa en un notable pasaje de *Los Cigarrales*. Á esta circunstancia debió el figurar en los *Hijos Ilustres de Madrid* de Alvarez Baena, aunque este bió-

grafo no supo decirnos de él otra cosa sino que había sido Comendador del convento de Soria. Pero en cambio fué el primero que echó á volar la desatinada conjetura de que Tirso había entrado en religión siendo ya de edad madura (*de más de cincuenta años*) y después de haber compuesto la mayor parte de sus comedias. Como todos los disparates hacen fortuna, éste logró la de ser repetido como artículo de fe; ya por la mojigatería de algunos que, con entero desconocimiento de las ideas y costumbres del siglo xvii, mostraban escandalizarse de la libertad de lenguaje de Tirso, ni mayor ni menor que la que era corriente en su tiempo; ya por la psicología superficial de otros, que no llegaban á comprender que el poeta hubiese acertado á representar tan á lo vivo escenas amorosas y lances picarescos de que no hubiese sido testigo y acaso protagonista. A todo trance se quería que Tirso *la hubiese corrido* (como vulgarmente se dice), y aun algunos se arrojaban á decir que había sido *casado*, y no sabemos si marido ultrajado y paciente, como el bueno de Molière. Era un gozo ver á los críticos arquear las cejas y preguntar con mucho énfasis: «¿Qué especie de *sociedad frecuentaba* este hombre? ¿Qué mujeres había conocido?

Su vida debió de ser en extremo relajada. » En poco estuvo que no llegasen á colgarle un asesinato, como á Moreto; pero no faltó quien le hiciese capitán en Flandes, y le achacase la muerte en duelo de su mejor amigo, de resultas de lo cual se había metido fraile.

Mientras tales disparates se propalaban en biografías populares y semanarios ilustrados, los críticos que pasaban por más formales seguían en la tarea de copiarse los unos á los otros, y todos á Baena, añadiendo alguna que otra fecha arbitraria, como la de 1585, asignada al nacimiento del poeta, y muchas lamentaciones sobre la pérdida de los cuadernos manuscritos que el P. Martínez, obispo de Málaga, tenía compuestos sobre Tirso, y de otra biografía del poeta que Gallardo aseguraba haber escrito y perdido *el día de San Antonio*, y que quizá nunca existió más que en la fecunda imaginativa del gran bibliófilo. Como los libros perdidos nada enseñan ni remedian, la biografía de Tirso continuaba tan turbia como antes, sin que nadie se tomase ni siquiera el levísimo trabajo de hacer una visita á la Biblioteca de la Academia de la Historia, donde dormía el sueño de los justos una obra inédita de Tirso, la *Historia general de la Orden de la Merced*,

que contiene, aunque pocos, muy seguros é importantes datos sobre su persona, presentados con la mayor lisura y modestia. Todos la citaban, y nadie caía en la cuenta de que si la biografía de Tirso estaba en alguna parte, era verosímil que estuviese en aquel libro, ó que á lo menos aquel libro no fuese inútil para su conocimiento. Aun el diligentísimo Barrera, cuyo conato biográfico supera en mucho á los de sus predecesores, cayó en este común descuido, y se limitó á agrupar noticias sueltas, tomadas de diversos libros impresos del siglo xvii. ¿Qué más? Hasta los hermanos de hábito de Tirso participaban de la general ignorancia: el historiógrafo oficial de la Orden, Fr. Antonio Gari y Siumell (*Biblioteca Mercedaria*, Barcelona, 1875) admite la fecha asignada á la profesión de Fr. Gabriel Téllez por Baena, lo cual deja en el aire el único dato nuevo que nos suministra, aunque sin indicar la fuente; es á saber, que Tirso hizo su noviciado en Guadalajara.

El hallazgo en 1874 de un retrato (procedente de Soria), cuya inscripción dice ser de Fr. Gabriel Téllez, consignando, entre otros datos curiosos, el año de su nacimiento y el de su muerte, pareció que nos daba (además del

consuelo de poseer la efigie ignorada hasta entonces del gran poeta) una luz tenue sin duda, pero inestimable en medio de tales tinieblas, para ir penetrando en los laberintos de su vida. Por desgracia, ni el retrato ni la inscripción están á salvo de toda sospecha. Provisionalmente, sin embargo, puede alegarse su testimonio, siempre que no aparezca en contradicción con otras noticias más seguras.

Con intento de disipar tantas obscuridades, la Academia Española anunció en 1887 un certamen. Si la memoria no nos es infiel, sólo dos trabajos se presentaron aspirando al premio, que no llegó á adjudicarse. Uno de ellos, *El Teatro del Maestro Tirso de Molina*, fué publicado luego en Valladolid (1889) por su autor, D. Pedro Muñoz Peña, catedrático de aquel Instituto. Es obra puramente crítica, y aunque apreciable y digna de atención en tal concepto, no trae novedad alguna en la parte biográfica. La otra memoria, por el contrario, que fué la favorecida por la Academia con accésit, segundo premio ó mención honorífica (no otorgándose quizá superior recompensa porque la premura del plazo del certamen, que realmente era muy corto para materia tan nueva y difícil, no permitió á su discreta autora, doña

Blanca de los Ríos, presentar terminados algunos capítulos ni dar á su trabajo la postrera lima) es un estudio de investigación propia y de grandísima novedad é importancia, que contiene muchos y positivos descubrimientos, los cuales muy en breve han de ser del dominio público, para honra y prez del nombre de la erudita y modesta escritora sevillana, en quien dignamente revive el espíritu de sagaz indagación crítica que tanto enaltecrió á su inolvidable tío, el autor de la *Historia Critica de la Literatura Española*.

Tendremos, pues, quizá en este mismo año una verdadera biografía de Tirso, y entre tanto, como para estímulo de la curiosidad y acicate del gusto, otro joven investigador, en quien la modestia corre parejas con el sólido saber, el buen gusto y el recto juicio, ha reunido en un volumen de poco bulto y mucha sustancia sus propias *investigaciones bio-bibliográficas* sobre Tirso, producto de una exploración metódica en la literatura del siglo xvii, comenzando por las propias obras del poeta, no bastante consultadas hasta ahora con este fin. Débese este trabajo al Sr. D. Emilio de Cotarelo y Mori, erudito escritor asturiano, conocido ya por un libro importante sobre *El Conde*

de Villamediana y la sátira política en el siglo XVII.

Nótase á primera vista una laguna grave en el estudio del Sr. Cotarelo, el cual sistemáticamente ha rehusado valerse del testimonio de la inédita *Historia de la Merced*, no porque desconociese la existencia y el valor de tal fuente, sino por un escrúpulo que algunos tacharán de nimio, pero que honra en extremo la delicadeza y caballerosidad del escritor. El Sr. Cotarelo no ha querido acudir á fuentes inéditas, para no quitar ni un ápice de su novedad al trabajo de D.^a Blanca de los Ríos, de quien le constaba que había trabajado sobre ellas. Buen síntoma es que se vayan puliendo tanto las costumbres de los bibliófilos, y que se respeten y ayuden mutuamente. ¡Qué lejos estamos ya de aquellas brutales polémicas de Gallardo y sus émulos, ó de otros casos todavía más recientes, en que el campo de la erudición, más que campo de Agramante, semejaba el puerto de *Arrebatacapas!*

Pero aun circunscribiendo su trabajo á los libros impresos, es tanto lo que la diligencia del Sr. Cotarelo ha desentrañado, que sin necesidad de amplificaciones ni de fárrago, ha ogrado convertir en setenta y ocho páginas

los setenta y ocho renglones próximamente que constituían la más copiosa de las biografías de Tirso conocidas hasta ahora. Presentaremos en breve sinopsis los resultados de la investigación del Sr. Cotarelo en esta primera parte de su trabajo, adicionándolos con algunas observaciones propias.

1572. Nace Tirso en Madrid. La patria es indiscutible, la fecha no. Descansa sólo sobre la fe de la inscripción del retrato, y aun en éste parece haber contradicción, puesto que si Tirso murió en Marzo de 1648, de setenta y seis años y cinco meses, como allí se dice, no pudo haber nacido en 1572, sino á mediados de Octubre de 1571. Su partida bautismal no ha parecido hasta ahora en ninguno de los libros parroquiales de esta corte, á no ser que últimamente la haya descubierto D.^a Blanca de los Ríos, que, según tenemos entendido, se ha impuesto la ímproba tarea de registrarlos todos. La circunstancia de ser bastante comunes el nombre Gabriel y el patronímico Téllez dificulta esta averiguación, y quizá tampoco fuese Gabriel el primero de los nombres bautismales de Tirso. Hoy mismo el uso es algo anárquico en esta parte, y en el siglo xvii lo era mucho más, no sólo en cuanto á los nom-

bres, sino en cuanto á los apellidos y patronímicos. El segundo de Téllez es hasta hoy enteramente ignorado. Sólo sabemos que tuvo un sobrino llamado Francisco Lucas de Avila, editor de algunas *Partes* de sus comedias, y al parecer colaborador suyo en alguna obra.

¿Dónde y cuándo estudió Tirso? En Alcalá, sin duda: infiérese de las palabras de su condiscípulo Matías de los Reyes en la dedicatoria de su comedia *El Agravio agradecido*, y se afirma en términos expresos en la breve noticia de Tirso que precede á la tercera edición de *Deleitar aprovechando*, noticia que no ha de desdeñarse, aunque escrita en el siglo pasado, porque su autor parece haber sido un fraile mercenario, que trabajaría acaso sobre documentos del archivo de su Orden. A estas autoridades podrá añadirse otra de mucho peso, si realmente han de entenderse de Tirso, como los entendió Barrera con buenas conjeturas, aquellos versos del *Viaje del Parnaso*, en que, después de mencionar Cervantes por sus nombres á cinco poetas *en sagrada religión constituidos*, designa al sexto sin nombrarle, como queriendo respetar su pseudónimo:

«El otro, cuyas sienes ves ceñidas
Con los brazos de Dafne en triunfo honroso

Sus glorias tiene en Alcalá esculpidas

En su ilustre teatro victorioso.....

A los donaires suyos echó el resto.....»

No he podido descubrir el nombre de Gabriel Téllez en los libros de matrícula y grados de la Universidad Complutense (existentes hoy en el archivo de su heredera, la Universidad de Madrid), cuando los recorrí, también inútilmente, en busca de las matrículas de Lope, cuyos estudios y grado de bachiller en aquella famosa escuela constan por testimonio propio. El caso de Tirso tiene explicación más fácil: probablemente cuando concurrió á la Universidad era ya fraile, y es sabido que los frailes solían matricularse en masa, y no nominalmente, como los demás estudiantes.

La destrucción ó extravío de los papeles del archivo de la Merced en las vandálicas escenas revolucionarias de 1834 y 1835, impiden fijar con exactitud el año de la profesión religiosa de Tirso. Pero ya en la *Letanía moral* de Andrés de Claramonte, aprobada para la impresión en 1610, aunque no impresa hasta 1613, figura en el *enquiridión de los ingenios alabados* «Fr. Gabriel Téllez Mercenario, poeta cómico». Y del mismo año 1613 es el autógrafo firmado en Toledo, de la comedia *La Santa Juana*, que

no hubo de ser de las primeras, ni con mucho, puesto que en *Los Cigarrales*, impresos en 1621, asegura que llevaba catorce años de escribir comedias; de donde se infiere que en 1606 había comenzado á dar á las musas del teatro el culto ferviente en que persistió durante la mayor parte de su vida.

1619. El Presentado Fr. Gabriel Téllez era en esta fecha «comendador del convento de la Merced en la ciudad de Trujillo». Consígnalo D. Fernando de Vera y Mendoza en su *Panegrico por la Poesía*, que se empezó á imprimir en aquel año, aunque definitivamente no salió á luz hasta el de 1627 en Montilla. A esta residencia de Tirso en Trujillo parece que debemos referir la composición de su trilogía de *Los Pizarros*, para la cual hubo de inspirarse, no sólo en la historia, sino en tradiciones locales.

De muchos pasajes de comedias de Tirso (*Mari Hernández la Gallega*, *El Amor Médico*, *La Villana de La Sagra*...) se infiere con toda claridad que Tirso residió bastante tiempo en Galicia y en Portugal, seguramente en conventos de su Orden ó para negocios de ella; pero hasta ahora no se ha determinado la fecha precisa de estos viajes. El portugués corrompido que algunos personajes de Tirso ha-

blan, es más bien gallego, según acertada observación del Sr. Cotarelo. Tirso incorporó en el riquísimo caudal de su poesía algunos elementos del lirismo tradicional de Galicia, y es notable, por ejemplo, el uso que hace del decasílabo y del endecasílabo anapéstico, popular y bailable, que vulgarmente llamamos *verso de gaita gallega*. Este aspecto de sus obras no ha sido bastante estudiado, y por él Tirso se enlaza con los primitivos cancioneros gallegos, con la más vieja tradición lírica de la Península.

1620. Lope de Vega dedica á Tirso (quizá para desvanecer celos y habladurías de los que les suponían mutuamente envidiosos y enemistados) su comedia de *Lo Fingido verdadero*, prototipo indudable del famoso *San Ginés de Rotrou*.

El mismo año da á las tablas Tirso su lindísima comedia *La Villana de Vallecas*, donde responde con efusión á los elogios de Lope.

1621. Tirso da á la estampa su primer libro conocido, *Los Cigarrales de Toledo*, miscelánea de novelas, comedias, poesías y digresiones literarias. Entre las primeras está la muy donosa de *Los Tres Maridos burlados*, entre las segundas *El Celoso prudente* y *El Vergonzoso*

en Palacio, que son sin disputa dos de sus obras maestras. Allí está también su hermoso manifiesto romántico en defensa del teatro español y de la libertad del arte. Entre los versos laudatorios los hay de Lope y del novelista Castillo Solórzano: una de las aprobaciones es de Jáuregui. Todo esto puede servir para determinar sus relaciones literarias. Hay en el libro indicaciones autobiográficas, aunque, por desgracia, bastante obscuras. Tirso se introduce personalmente en su novela como un «*humilde pastor del Manzanares, vestido de un pellico blanco con unas barras de púrpura á los pechos, insignia de los de su profesión* (hábito de la Merced), *el cual halló mejor acogida en la llanura de Toledo que en su patria, tan apoderada de la envidia extranjera*». Insiste mucho en esto de la *envidia*, lo cual hace suponer que se trata de contiendas literarias y no de negocios interiores de su Orden, en los cuales tuvo que intervenir bastante y con mucha decisión y entereza, como por su Crónica inédita aparece; pero quédese esto á cargo de quien por primera vez puede y debe decirlo. Otra noticia muy curiosa de *Los Cigarrales* es la de una hermana de Tirso que vivía en Madrid, «*harto parecida á él en ingenio y desdichas*». Todo esto

pica en alto grado la curiosidad, pero hasta ahora es imposible satisfacerla. Y con esto y con saber que el impresor primitivo de *Los Cigarrales*, tras de sisar letras y añadir palabras, robó á Tirso adelantada la mitad del precio de la impresión, dejando el libro á medio hacer y obligándole á buscar nueva imprenta, de lo cual el buen fraile, no muy sobrado sin duda de dineros, se queja en tono medio cáustico, medio zumbón, queda indicado lo principal que para la biografía de Tirso contienen *Los Cigarrales*. Ya para aquella fecha llevaba compuestas su autor hasta la enorme cifra de *trescientas* comedias, «con que había divertido melancolías y honestado ociosidades». Prometía publicar en breve las doce de la primera parte, y además un tomo de doce novelas, «ni hurtadas á las toscanas, ni ensartadas unas tras otras como procesión de disciplinantes, sino con su argumento que lo comprenda todo»; en fin, una especie de *Decamerone*, de los muchos que hay en nuestra lengua. De estas novelas nada se sabe, y es lástima, porque si eran como *Los Tres Maridos burlados*, serían buenas de todas veras.

En este mismo año de 1621, Tirso, que, á pesar de la envidia de que tanto se queja, debía

de ser ya un personaje literario de mucha cuenta y muy respetado, recibió la dedicatoria de la *Primavera y Flor de los mejores romances*..... recopilada por el licenciado Pedro Arias Pérez. El Sr. Cotarelo reivindica con buenas razones para Tirso la paternidad de dos de los romances anónimos contenidos en esta pequeña antología, y que íntegros ó en fragmentos se leen también en comedias del insigne Mercenario.

1622. Concorre Tirso al certamen poético celebrado en Madrid con motivo de la canonización de San Isidro, presentando unas octavas y unas décimas, que ni fueron premiadas ni merecían serlo. Tirso no había nacido para poeta de certamen y de circunstancias, y él mismo debía de conocerlo, puesto que en adelante se abstuvo de concurrir á tales justas.

1623. Fr. Gabriel Téllez, residente en el convento de la Merced de Madrid, aprueba en 23 de Noviembre el libro de los *Donaires del Parnaso* (1.^a parte) del discreto y fecundo novelista Castillo Solórzano, uno de los mejores entre nuestros ingenios de segundo orden.

Entre las décimas que aquel mismo año se escribieron á modo de vejamen contra Alarcón, con motivo de su relación poética de las fiestas

hechas al príncipe de Gales, hay una que en la colección de Alfay se atribuye á Tirso, y en un manuscrito del siglo xvii, visto por Hartzenbusch, á un Luis Téllez, enteramente desconocido. Si admitimos que *Luis* era uno de los nombres de Fr. Gabriel Téllez, quizá tengamos un indicio que nos conduzca al hallazgo de su partida de bautismo.

1624. Aprueba Tirso en 9 de Septiembre la novela pastoril *Experiencias de amor y fortuna*, que con el pseudónimo de Francisco de las Cuevas publicó el licenciado Francisco de Quintana.

Escribe también una décima laudatoria para el *Orfeo*, primicias del ingenio de Montalbán, si no fué regalo que hizo Lope á su discípulo predilecto. De todos modos, prueban los versos de Tirso que por entonces continuaba en buenas relaciones con Lope de Vega y su grupo.

Entre 1624 y 1627 hay que colocar uno de los hechos más importantes y menos conocidos de la vida de Tirso, su viaje á la isla de Santo Domingo, y quizá á otras partes de América, como Visitador de los conventos de su Orden. El hecho, ya curioso en sí mismo, lo es todavía más por cuanto se enlaza con los orígenes de la obra culminante entre las de Tirso, si no

por el mérito de la ejecución (de que apenas puede juzgarse en el estragado texto que poseemos), á lo menos por el de la concepción. A la ida y á la vuelta de su viaje, Téllez estuvo en Sevilla, y se supone que allí descubrió la leyenda del *Burlador*, de la cual (dicho sea entre paréntesis), aunque la llamen tradición sevillana, ningún vestigio se ha notado en los innumerables y excelentes cronistas de Sevilla. La primera noticia del viaje de Téllez fué comunicada en 1839 á Hartzenbusch por el malogrado erudito D. Juan Colom, quien la encontró en una obra de Fr. Pedro de San Cecilio sobre *Patriarcas, Arzobispos y Obispos de la Orden de la Merced*, conservada en la Biblioteca Universitaria de Sevilla. Dice textualmente el P. San Cecilio: «Conocí al Padre Presentado Téllez en Sevilla, *cuando vino de la provincia de Santo Domingo*, y caminé con él hasta la villa de Fuentes, donde yo era actual Comendador, año de 1625.» La fecha debe de estar escrita de memoria muchos años después, porque constando que Téllez se hallaba todavía en Madrid en Septiembre de 1624, no hay espacio posible para el viaje de ida y vuelta á la Isla Española, por breve que supongamos la permanencia de Tirso en ella.

En Sevilla seguramente trabó amistad Tirso con el donoso poeta Dr. Juan de Salinas, que le dedicó una décima, llamándole en el encabezamiento «lúcido ingenio de la Orden de la Merced».

1627. Publicación de la *Primera parte* de las *Comedias* de Tirso. La única edición que conocemos es de Sevilla, pero no puede dudarse que hubo otra de Madrid y del mismo año, cuyos preliminares están copiados en la de Valencia de 1631.

1630. Fr. Gabriel Téllez aparece elogiado con su propio nombre y con su pseudónimo en la silva VII del *Laurel de Apolo* de Lope de Vega, que le llama *el Terencio español*.

El mismo año, si hemos de creer á Alvarez Baena, publicó Tirso un *Acto de contrición* en verso.

1632. Hallamos versos laudatorios de Tirso en el *Adonis*, poema en octavas de D. Antonio del Castillo de Larzával, impreso en Salamanca, y en las *Verdades para la vida cristiana* del Dr. Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera, impresas en Valladolid. Quizá Tirso anduviera entonces por los conventos de Castilla la Vieja.

En 24 de Mayo de aquel año, Tirso era ya cronista general de la Orden de la Merced, por

fallecimiento de Fr. Alonso Remón, también famoso poeta dramático, de quien dice Cervantes que sus «trabajos fueron los más después de los del gran Lope». Como de tal fecundidad quedan muy pocos rastros, y el elogio cuadraría mucho mejor á Tirso, sospecha el Sr. Cotarelo que Cervantes confundió los trabajos de ambos Mercenarios, ó quizá llegó á creer, equivocadamente, que Tirso era el pseudónimo de Fr. Alonso Remón. De todos modos, convendría registrar atentamente las obras en prosa de Fr. Alonso Remón, que son muchas y muy heterogéneas, porque es posible que en alguna de ellas se contengan alusiones ó referencias á su compañero de hábito, á la vez que de profesión dramática. Me limito á indicar esta veta á los futuros investigadores, advirtiéndole de paso que Tirso no parece haber tenido gran idea del criterio histórico de Fr. Alonso Remón, puesto que se creyó obligado á volver á escribir de nuevo toda la Crónica de la Merced.

1634. Tirso, según consta por las aprobaciones del *Deleitar aprovechando*, era ya en Abril de este año *Definidor general de la provincia de Castilla*, puesto poco inferior al de Provincial, y que demuestra la altísima consideración de que disfrutaba dentro de su Orden.

El mismo año de 1634 apareció de molde en Tortosa la *Tercera parte* de las *Comedias* de Tirso, recogidas por D. Francisco Lucas de Avila, sobrino del autor ; y por una singularidad bibliográfica, la *parte* que se llama *segunda* no se publicó hasta el año siguiente de 1635 en Madrid, sin duda porque habiendo entregado Tirso simultáneamente los originales de ambas *partes* á impresores distintos, el de Tortosa acabó su tarea antes que la Congregación de Mercaderes de Libros de la Corte, á quien el tomo está dedicado por el mismo Tirso.

1635. Además de la *Segunda parte* de las *Comedias*, corresponde á este año la publicación de *Deleitar aprovechando*, miscelánea análoga á la de los *Cigarrales*, aunque formada con materiales de índole muy diversa. El cuerpo de la obra son tres novelas ascéticas : *El Bandidero*, que es la vida de San Pedro Armengol, tomada de las crónicas de la Merced ; *La Patrona de las Musas*, que son las actas de Santa Tecla, libro apócrifo de los primeros siglos cristianos ; *Los Triunfos de la verdad*, que es una refundición de la famosa y antiquísima novela ebionita de las *Clementinas* ó *Reconociones*. Quizá fué Tirso de los primeros en comprender el partido que podía sacarse de los apócrifi-

fos y de las actas de los mártires, y en traer al campo de la novela moderna las leyendas de los primeros siglos cristianos, así como otros las habían llevado al teatro. Es el mismo pensamiento que en nuestros días inspiró la *Fabiola* del cardenal Wiseman y otros ensayos análogos, después de haber recibido forma épica en *Los Mártires* de Chateaubriand.

Completan el *Deleitar aprovechando* tres autos sacramentales, muy bien escritos, dos diálogos representables, y algunas poesías líricas, en general de corto mérito. En la dedicatoria parece el autor algo desazonado con el público del teatro: pondera «lo contingente del aplauso», los «atrevimientos de envidiosos é ignorantes», y, sobre todo, «lo poco que permanece la memoria de los varones célebres que por este camino se manifiestan al concurso, pues la comedia que más duración goza es en la corte quince días, y en los demás pueblos tres ó cuatro». La amargura de este prólogo puede hacer sospechar que la popularidad dramática de Tirso comenzaba á sufrir injustísimo menoscabo; ya porque se iniciara un cambio de gusto con las primicias del juvenil ingenio de Rojas y Calderón, ya porque la misma exuberancia monstruosa de la producción escénica

en el siglo XVII, acostumbrando al público á diarias novedades, acabase por devorar, como Saturno, á sus propios hijos.

En este mismo año de 1632 anunciaba el Dr. Montalbán en su *Para todos* que Tirso tenía para dar á la estampa unas *Novelas ejemplares*, probablemente las mismas que en *Los Cigarrales* había anunciado. El elogio de Montalbán es bastante expresivo: califica de «excelentísimas» las comedias de Téllez, y á él de «poeta siempre grande».

1635. Publicación de la cuarta parte de las comedias de Tirso.

1636. Publicación de la quinta parte.

1638. En 8 de Mayo de este año firma Tirso con una larga nota autógrafa su comedia de *Las Quinas de Portugal*, cuyo manuscrito inédito se halla en la Biblioteca Nacional. Fué probablemente una de las últimas suyas.

1639. Tirso, llamándose *Licenciado* (título que no recuerdo que en ninguna otra ocasión usara, prefiriendo siempre el de *Maestro*, que entre los regulares equivalía al de *Doctor*), contribuyó con dos décimas, harto conceptuosas, á la corona poética que, deplorando la temprana y desastrada muerte de Montalbán, tejieron más de ciento ochenta poetas y versifica-

dores con el título de *Lágrimas Panegtricas*. Cuatro años antes se había formado otra corona, menos cargada de laureles, pero en honra de un poeta incomparablemente mayor, la *Fama Póstuma de Lope*, coleccionada por el mismo Montalbán. No hay en ella versos de Tirso, y esta omisión da mucho en qué pensar. Los poetas que en la *Fama Póstuma* se echan de menos son por lo común adversarios de Lope y aun declarados enemigos suyos: así Alarcón, Quevedo, Jáuregui, y quizá el Dr. Mira de Amescua. Falta también el nombre de Rioja; pero es sabido que en vida de Rioja no se publicó un solo verso suyo, ni el autor de las *Silvas á las flores* fué conocido de sus contemporáneos en calidad de poeta. Rioja, además, que era hombre de adusto ceño y de pocos amigos, gran privado del conde-duque de Olivares que nunca favoreció ni honró á Lope como debía, no parece haber sido muy de la devoción de éste, puesto que en sus cartas familiares, donde da rienda suelta á su maledicencia, se burla de él con muchísimo donaire, diciendo que «no se apeaba nunca de su divinidad» y que «estudiaba la filosofía por los Lacedemonios». En público le elogiaba como á todo el mundo, y hasta le dedicó una epístola

en tercetos; pero esto nada prueba. La vida interior de la república literaria ha de buscarse en otra parte que en los testimonios oficiales de aprecio mutuo, en que ciertamente no eran pocos aquellos grandes ingenios.

Esta misma razón me induce á dar poco valor á las muestras de cortesía que recíprocamente se tributaban Lope y Tirso. Nunca hubo entre ellos enemistad declarada, pero tampoco intimidad: sus relaciones fueron corteses, pero me parece que siempre frías. El elogio de Tirso que hay en el *Laurel de Apolo* contrasta por lo rápido y vulgar con las nubes de incienso que allí se queman en honor de cualquier poetastro que había escrito un soneto ó pensaba escribir una comedia. Tirso era el único dramaturgo digno de hombrearse con Lope, aun habiéndolos tan insignes en aquella generación. Hasta en la fecundidad le iba muy á los alcances. La comparación y la rivalidad tenían que establecerse por sí mismas, entrando á la parte el celo oficioso y cizañero de los amigos de uno y otro. La naturaleza humana, y más la naturaleza de los poetas, es harto flaca para resistir á tales estímulos. El mismo Lope confiesa en la dedicatoria de *Lo Fingido Verdadero* que á los envidiosos les parecía *imposible simpattia* la afición

que él manifestaba tener al ingenio de Tirso. Quizá tuvieran razón los envidiosos. Por su parte, Tirso no dejaba de dar pretexto y pábulo á los maldicientes, escribiendo en sus comedias alusiones satíricas tan claras como ésta de *la Antona Garcia*:

*Que hay hombre que haciendo versos
á los demás se adelanta,
y aunque más fama le den,
es tal (la verdad os digo)
que niega el habla á su amigo
cada vez que escribe bien.....*

ó esta otra de *Amar por señas*:

.....¿Qué comedia
hay, si las de España sabes,
en que el gracioso no tenga
privanza contra las leyes
con duques, condes y reyes,
ya venga bien, ya no venga?
¿Qué secreto no le fían?
¿Qué infanta no le da entrada?
¿Á qué princesa no agrada?

.....
«Los poetas desvarían
con estas *civilidades*,
pues dando á la pluma prisa,
por ocasionar la risa
no excusan impropiedades.»

Finalmente, Tirso fué amigo y colaborador de D. Juan Ruiz de Alarcón, como lo prueba aquel sabido epigrama:

«Vitor don Juan de Alarcón
Y el Padre de la Merced:
Por ensuciar la pared,
Que no por otra razón.»

Y es sabido que Alarcón era como el caudillo de todos los disidentes y alzados contra la monarquía literaria de Lope, los cuales llegaron á decir, por boca de Luis de Belmonte (en la dedicatoria de la comedia de nueve ingenios en honor de D. García Hurtado de Mendoza), que «*eran los que en España tenían el mejor lugar, á despecho de la envidia*». Además de Belmonte y Alarcón, andaban entre ellos Guillén de Castro, Luis Vélez de Guevara y Mira de Amescua. El nombre de Tirso no suena allí, pero sus simpatías hacia este grupo ó pandilla me parecen evidentes.

1640. Tirso, dedicado ya con predilección á los estudios históricos, como lo exigía su oficio de cronista, publica una *Geneología de la casa de Sástago*. Sólo la cita Álvarez Baena, cuya autoridad bibliográfica no es mucha.

1645. En 29 de Septiembre de este año (y también es Baena quien da la fecha) fué elegido Fr. Gabriel Téllez comendador (lo que en otras órdenes se decía prior) del convento de Soria. Allí residió el resto de sus días, ocu-

pado sin duda en piadosos ejercicios y en la composición de su *Historia de la Merced*. La inscripción del retrato nos dice que «fabricó el retablo principal, el camarín, los colaterales y todo el adorno que se ve en la nave de la iglesia, dejando la sacristía llena de preciosas alhajas y ornamentos para el culto».

1646. Según una carta de pago, descubierta por el notario de Soria Abad y Crespo, y publicada por D. Antonio Pérez Rioja en *La Ilustración Española y Americana* (Mayo de 1883), Fr. Gabriel Téllez aparece en 5 de Octubre de 1646 otorgando recibo de 1.500 reales por limosna de mil misas dichas en el convento de la Merced de aquella ciudad en sufragio del alma de un D. Francisco López del Río.

1648. Fallecimiento de Tirso en Soria en 12 de Marzo de 1648.

Nadie sabe dónde paran sus restos ni los papeles que dejó al morir, excepto su *Historia*, providencialmente salvada. El convento de la Merced, de Madrid, fué demolido, sus moradores pasados á hierro en el horrible día del Carmen de 1834, y sobre el solar de la que fué casa de Tirso se levanta triunfante, como simbólico monumento de la cultura progresista,

la estatua del gran desamortizador Mendizábal, bastante por sí sola para ahuyentar á las Gracias y á las Musas, que anidaron en el alma de Fr. Gabriel Téllez. Cada época tiene los grandes hombres que merece, y los honra y festeja como puede.

Tal es, muy en esqueleto, la biografía de Tirso que el Sr. Cotarelo nos ha dado; primera biografía digna del nombre de tal. Hay en ella muchos datos positivos y seguros, pocas conjeturas y todas plausibles. Falta el estudio de las fuentes inéditas: falta recoger é interpretar todas las alusiones que hay sembradas en las comedias del poeta. Tarea ardua y delicada, en que importa proceder con mucha cautela, no dando valor de cosa averiguada á lo que puede ser capricho de nuestra fantasía. Á la señora doña Blanca de los Ríos pertenece esta empresa, y suya será la gloria de revestir de carne y sangre este esqueleto.

Pero ya se ha dado un gran paso con marcar los principales jalones del camino, y de hoy más no será lícito escribir la vida de Tirso con la incuria y el desmaño con que hasta ahora venía haciéndose. Lo cual no quiere decir que los manuales de literatura que corren en manos de los estudiantes no vengán todavía dentro

de treinta ó cuarenta años reproduciendo como cosa fresca las noticias de Gil y Zárate ó de Ticknor, como es uso y costumbre en esta bendita tierra, donde la enseñanza suele ir por un lado y la erudición por otro.

Vida, como se ve, modesta y ejemplar, sencilla y sin peripecias, contradice la de Tirso todos los sueños y cavilaciones que de un conocimiento superficial y mal digerido de sus obras venían deduciéndose. Fué un gran poeta y un excelente religioso: á estas dos líneas puede reducirse su epitafio. Al revés de lo que acontece con Lope de Vega, cuya biografía real y positiva es más novelesca que cualquiera novela que pueda inventarse, Tirso parece haber vivido en lo exterior la vida de todo el mundo, reservándose con plena libertad de artista otra vida interior en el mundo encantado de su fantasía, poblado continuamente de imágenes risueñas. Allí encontró (aparte de bellezas de otro orden más alto) aquel delicioso tipo de comedia amorosa, que por un lado confina con las fantasías de Shakespeare, y por otro con la amena coquetería de Marivaux.

Hay que resignarse á admitir que lo que Tirso supo ó adivinó de la vida, lo supo ó lo adivinó siendo fraile. Su maravillosa intuición

poética pudo suplir lo que de experiencia mundana le faltaba, y, por otra parte, el siglo y el claustro estaban en aquella centuria estrechamente unidos, y no formaban, como ahora, dos mundos aparte. El contraste aparente entre el género de las obras y la condición del autor no existía para sus contemporáneos. Nadie se escandalizaba de que un fraile tuviese buen humor y escribiese obras de regocijo y pasatiempo, empleando en ello las admirables dotes poéticas que Dios le había concedido. No había entrado aún en los ánimos esa apocada y vil tristeza, ese pesimismo feroz que algunos consideran como el único signo del creyente. La devoción continuaba siendo alegre, confiada y española. Su carácter de poeta cómico en activo ejercicio no fué obstáculo para que Tirso ascendiera en la Orden de la Merced á las dignidades más altas, y se oyera con respeto su voz en capítulos y definitorios. Todo el mundo encontraba muy natural y llano que Fr. Gabriel Téllez, además de ser Lector ó Maestro de teología, fuese el autor de *Don Gil de las Calzas Verdes*. Nueve años antes de su muerte todavía escribía comedias, á la verdad más morigeradas y también más frías que las primeras. En ningún pasaje de sus obras ma-

nifiesta remordimientos por haber dedicado buena parte de su vida á tal ocupación. Ni él ni la sociedad de su tiempo pecaban de escrúpulos monjiles. Por lo mismo que estaban tan seguros de su fe, eran espíritus sanos, que no se dejaban abrumar por embelecocos y trampan-tojos. Hoy, que hasta el catolicismo nos le traducen de París, las cosas han cambiado mucho, y los españoles genuinos nos encontramos como forasteros en nuestra patria.

Crítica bibliográfica se titula la segunda parte del estudio del Sr. Cotarelo. Algo más que bibliográfica es, como iremos viendo. Pero aun la mera bibliografía de Tirso ofrece interés, aunque no sea más que por lo embrollada. Con no ser más de siete los libros suyos conocidos hasta ahora, es muy difícil llegar á ver juntas las primeras ediciones. De aquí errores, por otra parte muy excusables. Schack, que en la parte bibliográfica no solía ser muy exacto, y Hartzenbusch, que todavía lo era menos, autorizaron errores tales como el de suponer la existencia de una *Primera parte* de 1616 y de una *segunda* de 1627. Barrera, y especialmente Salvá (que poseyó la rarísima edición sevillana de la *Primera parte*), comenzaron á desenredar esta madeja, y el Sr. Cotarelo con-

tinúa felizmente esta labor. No podemos entrar aquí en este género de pormenores; además, aunque haya cuestión sobre la fecha y lugar de algunas ediciones de Tirso, no la hay sobre el contenido de las Partes 1.^a, 3.^a, 4.^a y 5.^a La verdadera cuestión está en las comedias de la Parte 2.^a, y en las que, atribuídas á Tirso, se imprimieron sueltas ó en colecciones de varios, ó se conservan manuscritas.

La *Segunda* parte es un rompecabezas bibliográfico. Fué publicada, como las restantes, por el mismo Tirso, en connivencia con su auténtico ó fingido sobrino D. Francisco Lucas de Avila, pero haciendo el autor en la dedicatoria la extraña advertencia de que sólo cuatro de las piezas incluídas en el tomo eran suyas, perteneciendo á diversos autores las otras ocho, *que no sé por qué infortunio suyo, siendo hijas de tan ilustres padres, las echaron á mis puertas.*

El hecho de meterse á editor de comedias ajenas quien tenía ya compuestas más de trescientas propias sin mendigar trazas ni asuntos, y esto en un libro cuya portada reza *Comedias de Tirso de Molina*, sin otra aclaración alguna, todavía nos suspende y maravilla menos que la inaudita modestia de esos dramaturgos in-

cógnitos que de tan buena voluntad echaban por puertas ajenas los frutos de su ingenio, sin permitir siquiera que se hiciese mención de sus nombres. Y cuenta que entre estas comedias estaban *El Condenado por desconfiado*, *Cautela contra cautela*, y otras tales, que, ciertamente, no eran para echadas por puertas de nadie ni para regaladas con tanto desprendimiento.

Sube de punto la sorpresa cuando se repara que en casi todas las comedias del tomo (cuál más, cuál menos) hay algo del estilo y manera de Tirso, y á pesar de la sagacidad con que la crítica va notando rasgos de la pluma de otros autores, nada tiene de temerario creer que, si no estuviésemos sobre aviso por la declaración de Tirso, leeríamos todo el volumen como producción de un solo ingenio, puesto que las desigualdades que en estas comedias se observan no son mucho mayores de las que en las obras auténticas y reconocidas de Tirso pueden notarse.

Ingeniosamente, y no sin algún dato en que apoyar su conjetura, han indicado algunos, especialmente Hartzenbusch, que quizá esas obras anónimas sean restituciones hechas á Tirso por varios refundidores de comedias suyas. ¿Pero

qué autor puede haber bastante bonachón para preferir al texto de sus obras genuinas la refundición hecha por un *quidam*, é imprimirla por su cuenta, dando además las gracias al plagiario, sin duda por el tino y gracia con que le había desbalijado? Esta humorada heroica no puede suponerse ni de Tirso ni de nadie.

Lo más verosímil, por tanto, es que perteneciendo íntegramente á Tirso cuatro comedias, las restantes fueran escritas por él en colaboración con otros autores, y alguna quizá graciosamente prohijada por consideraciones que ahora no se nos alcanzan.

¿Pero cuáles son las cuatro comedias-exclusivamente suyas? Ni siquiera en esto hay prueba plena, ni por tanto uniformidad de pareceres. De dos de ellas, *Por el sótano y el torno*, y *Amor y celos hacen discretos*, no puede dudarse, porque el nombre del autor se consigna al final:

Que por el sótano y torno
Tirso escribe, mas no afirma.

.....
Dad ánimo á vuestro Tirso
Para que despacio os sirva.

En cuanto á la tercera, debemos creer que es la titulada *Esto sí que es negociar*, por ser re-

fundición de otra comedia de Tirso, *El Melancólico*.

Resta averiguar cuál sea la cuarta. Mi opinión, acorde con la de Durán, se inclina á *El Condenado por desconfiado*. Las razones que en estos últimos tiempos se han alegado contra esta atribución no me convencen ni poco ni mucho. El nervio teológico que hay en *El Condenado* no vuelve á encontrarse en drama alguno de nuestro teatro, ni siquiera en la brillante poesía alegórica de los autos de Calderón, cuya teología es de un género mucho más popular y menos escolástico. El autor de esta creación asombrosa (en su línea la primera de nuestra literatura) no pudo ser un mero creyente, sin más doctrina especulativa que la muy sólida, en verdad, que todo el pueblo español tenía en el siglo xvii. Con esa elemental doctrina religiosa se pueden hacer autos al Nacimiento, alegorías al Santísimo, comedias de vidas de Santos, leyendas dramáticas como el *Anticristo* de Alarcón; se pueden presentar conflictos admirablemente trágicos como los de *La Devoción de la Cruz*, *El Purgatorio de San Patricio*, *El Esclavo del demonio*, *La Fianza satisfecha*; pero no se puede escribir un drama de controversia dialéctica, rigurosa

y precisa, como *El Condenado*; no se puede llegar á las entrañas y á lo más abstruso de la teología ; no se puede revestir de luz poética los conceptos más radicales de la Etica cristiana, dramatizando la batalla entre la predestinación y el libre albedrío. Ni Lope ni Calderón, aunque tomasen las órdenes eclesiásticas en su edad madura, eran teólogos de profesión, ni menos lo fueron Alarcón y Rojas. El autor de *El Condenado* tuvo que ser un hombre avezado á la disputa silogística y al estrépito de las aulas, un ergotista de pulmones de hierro, profundamente versado en la ciencia de Báñez y Molina. ¿Y á quién de nuestros grandes dramaturgos podemos atribuir tal preparación escolástica, sino al que fué toda su vida *Lector* y Maestro de Teología, y dejó *esculpidas sus glorias* en el *teatro* ó paraninfo de la Universidad de Alcalá, según el dicho de Cervantes? Sólo de la rara conjunción de un gran teólogo y de un gran poeta en la misma persona pudo nacer este drama único, en que ni la libertad poética empece á la severa precisión dogmática, ni el rigor de la doctrina produce aridez y corta las alas á la inspiración ; sino que el concepto dramático y el concepto trascendental parece que se funden en uno solo; de tal modo,

que ni queda nada en la doctrina que no se transforme en poesía, ni queda nada en la poesía que no esté orgánicamente informado por la doctrina.

Hay, pues, que conservar al gran fraile de la Merced en la quieta y pacífica posesión de esta joya, que habrá sido grata sin duda á los ojos de Dios (podemos pensarlo piadosamente), y bastante para redimir otras obras más livianas, aunque bien inofensivas en el fondo.

Atribuírsele á Lope es imposible. Nadie más interesado que yo en la gloria de nuestro gran poeta nacional, de quien soy editor, aunque indigno. Pero Lope es inmensamente rico, y no necesita acrecentar su tesoro con los despojos de nadie. A su lado, y sin menoscabo de su gloria, brillan otros grandes ingenios, y á cada uno hay que conservarle lo que es suyo, para gloria común de nuestra patria, que tuvo la virtud suficiente para engendrar á un tiempo vates tan excelsos. Es cierto que hay en *El Condenado* una redondilla que con pocas variantes se lee en *El Remedio de la desdicha*, comedia de Lope; es cierto que las delicadas é idílicas escenas del pastorcillo son muy análogas á otras de *La Buena Guarda*; pero todo esto nada prueba en sustancia. Nuestros dra-

máticos del siglo XVII se imitaban, copiaban y refundían unos á otros sin escrúpulo, y como la fecha de la composición de *El Condenado* se ignora, lo mismo puede sostenerse que Tirso imitó á Lope, como que Lope imitó á Tirso. Claro es que la probabilidad de la invención original está siempre á favor de Lope, poeta de más edad que Tirso, y que era ya maestro universal de la escena española cuando éste comenzó á escribir; pero tampoco Lope, según indica su contemporáneo Ricardo del Turia y puede comprobarse en varios casos, se desdeñaba de aplicar á sus propias invenciones aquellos lances y pasos que más le agradaban ó más éxito habían tenido en las ajenas. Sea como quiera, la imitación es en todo caso accidental; y no recae ni por semejas sobre el fondo del argumento: recórrase la numerosa serie de las *comedias de santos* de Lope, y no se hallará ni una sola que tenga aire de familia con *El Condenado*. Lope, á pesar del título enteramente honorífico de *Doctor en Teología*, que le envió Urbano VIII, no sabía bastante teología para escribir *El Condenado*. Por otra parte, carece de sentido el suponer que Lope, en el apogeo de su gloria, fuese á la celda de Tirso como un principiante obscuro á solicitar de él la limosna

de que le imprimiese *anónima* una comedia suya; y ¡qué comedia! ¡Bueno era Lope, tan celoso de los intereses de su gloria literaria, para cometer una insensatez semejante! Sus comedias las publicaba por sí mismo, y no dejó de hacer tomos de ellas, mientras le duró la vida.

Es cierto que *El Condenado por desconfiado* no presenta muy de bulto los caracteres habituales de la dicción poética de Tirso, y que hasta por la constante gravedad de estilo y la sobriedad en la parte cómica, se aleja de la manera dominante en las obras más populares de su repertorio. Pero éstas no son su teatro entero, sino una pequeñísima porción de él, y bien miradas las cosas, no hay menor diferencia, por ejemplo, entre el género de *La Prudencia en la mujer* y el de *La Huerta de Juan Fernández*, con ser una y otra obras indisputables de Tirso. A tan grandes y soberanos ingenios no se les puede encasillar en una sola de sus manifestaciones. No conoce á Shakespeare quien conozca sólo cuatro ó cinco de sus grandes dramas, ó al revés, cuatro ó cinco de sus comedias. La singularidad de estilo de *El Condenado*, la mayor atención que en él se presta al concepto y menor á la expresión, la relativa pobreza de su forma poética, que parece calculada para no

abrumar en demasía y obscurecer con inoportuno follaje el pensamiento que el autor quería tener siempre fijo en la mente de sus espectadores, son consecuencia natural del tema elegido; y á un drama excepcional sin duda entre los de Tirso (aunque en *El Mayor desengaño*, y en otras comedias de santos, mostró que no le faltaban alientos para repetir la tentativa) correspondía una ejecución algo insólita también, y apartada de su estilo más habitual. Al revés de lo que suele acontecer en nuestros poetas del siglo xvii, *El Condenado por desconfiado* está admirablemente pensado y sólo medianamente escrito. Tal contraste, mucho más de reparar en Tirso, que considerado como hablista y escritor es sin disputa el primero de todos ellos (sin exceptuar al mismo Alarcón, más correcto acaso, pero más pobre y más seco), es lo que más ha hecho vacilar á la crítica, y lo que todavía hace que muchos conserven dudas sobre este punto. La concepción es reflexiva y madura; la ejecución parece rápida é improvisada.

Para explicar estas deficiencias de estilo, supone el Sr. Cotarelo, tomando un término medio, que el plan y muchas escenas de *El Condenado* son de Tirso, pero que en el texto actual hubo de intervenir la mano de algún colabora-

dor ó refundidor. Ambas hipótesis, aunque ingeniosas, me parecen inadmisibles. La primera, porque si hay obra que excluya toda idea de colaboración es *El Condenado*, cuya poderosa unidad orgánica es uno de sus méritos más patentes. La segunda, por parecerme de todo punto inverosímil (como ya queda dicho) que Tirso llevase su longanimidad hasta el extremo de imprimir, en vez de sus propias comedias, refundiciones estropeadas por otros.

Y no admitiendo como de Tirso *El Condenado por desconfiado*, ¿cuál podría ser la cuarta comedia de este tomo que íntegramente le perteneciese? No *Cautela contra cautela* ni *Siempre ayuda la verdad*, ya que todo el mundo conviene en reconocer en ambas comedias intervención de dos manos, una seguramente la de Tirso, otra probablemente la de Alarcón. A una ú otra de estas dos obras (cada cual en su línea muy notables) hubo de aplicarse el epigrama famoso. No tampoco las dos partes de la *Próspera y adversa fortuna de D. Álvaro de Luna*, que son continuación de la *Próspera y adversa fortuna del condestable Ruy López de Avalos*, drama muy profundamente histórico del murciano Damián Salustio del Poyo, cuyo estilo, mezclado con el de Tirso, domina

también en estas dos comedias de D. Álvaro de Luna, que, sin gran escrúpulo, pudieran creerse nacidas de la colaboración de ambos ingenios, si no complicara la cuestión otra *Adversa fortuna de D. Alvaro* que con nombre de Damián Salustio se imprimió en la mal llamada *Parte 3.^a* de Lope. De Alarcón no alcanzo á descubrir ningún rasgo, á pesar de la manía que en estos últimos tiempos ha habido de aumentar su caudal dramático atribuyéndole toda comedia expósita. *La Reina de los Reyes* es una obra tan baladí, que puede ser de cualquiera, pero que cuesta trabajo atribuir á Tirso, ni en todo ni en parte. *Quien habló, pagó* vale más, pero tampoco tiene nada de orden muy relevante ni que sea forzoso atribuir á un gran poeta. No sucede lo mismo con algo (muy poco) de *Los Amantes de Teruel*; pero todo lo demás es tan incongruente y desconcertado, y, sobre todo, está tan mal escrito, que es imposible que sea ni de Téllez, ni de Alarcón, ni siquiera de Damián Salustio, ni de Fr. Alonso Remón, ni de ningún otro poeta bueno, aun entre los de segundo orden. El autor de este drama trágico (si fué uno solo) ó el colaborador que le llenó de broza, sería quizá el propio sobrino del poeta ó algún fraile Mercenario afi-

cionado á las letras, y cuyos borrones tuvo Tirso la caridad fraternal de estampar entre los suyos.

Resta una comedia, *La Mujer por fuerza*, y en ella hace hincapié el Sr. Cotarelo, para suponer que ésta y no *El Condenado* es la cuarta obra exclusiva de Téllez. Pero más bien parece obra de un imitador y de un discípulo. Por otra parte, el recurso de disfrazar una mujer, ofendida ó celosa, en hábito de varón, aunque sea frecuentísimo en el teatro de Tirso y sugiera á su malicia más situaciones y efectos cómicos que á ningún otro poeta, dista mucho de ser invención ni patrimonio suyo. Esta forma de enredo, picante y resbaladiza (no desconocida en la comedia latina), era ya casi obligada en la comedia italiana del Renacimiento, comenzando por la obscenísima *Calandria* del Cardenal Bibbiena, representada en tiempo de León X; de allí pasó á las comedias de Lope de Rueda y sus secuaces, y, finalmente, entró, como entraron todas las invenciones dramáticas actuales y posibles, en el inmenso río del teatro de Lope de Vega. Por lo mismo que *La Mujer por fuerza* se parece tanto á otras fábulas de Tirso y hasta las calca servilmente, no veo la necesidad de admitir

que sea suya. Tirso, aun abusando de este dato, sabía diversificarle de un modo prodigioso: compárense, por ejemplo, *La Villana de Vallecas* y *Averigüelo Vargas*, *El Amor médico* y *Don Gil de las Calzas Verdes*.

Las comedias de Tirso que se imprimieron fuera de su colección, y en general por textos estragados, y aun mutilados, ofrecen casi siempre motivo de discusiones críticas. Es imposible, dados los límites de este artículo, seguir paso á paso al Sr. Cotarelo en cada una de ellas. Con la mayor parte de sus conclusiones estoy conforme. Son indudablemente de Tirso: *La Firmeza en la hermosura*, *Desde Toledo á Madrid*, *Amar por señas*, *La Ventura con el nombre*, que está llena de rasgos autobiográficos, *El Caballero de Gracia*, *Los Balcones de Madrid* y *Quien da luego, da dos veces* (cuyo argumento está tomado de *La Señora Cornelia*, novela de Cervantes). No es tan seguro que lo sea *La Romera de Santiago*, atribuída también á Luis Vélez en impresiones sueltas, ni *En Madrid y en una casa*, que en su más antigua y autorizada edición salió á nombre de Rojas; ni *La Condesa Bandolera*, ni *El Honroso atrevimiento* (que no es más que una refundición de *El Piadoso veneciano* de

Lope, tomada á su vez de una novela de Giraldo Cinthio); ni acaso *La Joya de las montañas*, *Santa Orosia* (1), ni *El Cobarde más valiente*, que, á lo menos en su texto actual, es de D. Fernando de Zárate. De las inéditas sólo son autógrafas la *Santa Juana* y *Las Quinas de Portugal*, pero tiene más importancia literaria la titulada *Habladme en entrando*.

Restan dos obras capitales, que es imposible discutir en breve espacio, puesto que el protagonista de una de ellas, el personaje más teatral quizá que en ningún tiempo ha cruzado la escena (según el dicho profundo de nuestro estético P. Arteaga), llena el mundo con el estruendo de sus aventuras y con su innumerable progenie. De *Don Juan*, cuyo nombre es legión y cuya vida es más recia y consistente que la de ningún personaje histórico, no faltará ocasión de tratar en estas páginas, puesto que no hay año en que no nos lleguen nuevas suyas, desde cualquiera de los confines de la tierra. La bibliografía de tal asunto no lleva

(1) Asunto tratado antes por el bachiller Bartolomé Palau, en el más antiguo drama histórico de nuestro teatro.

trazas de agotarse. A ella contribuye el Sr. Cotarelo con uno de los servicios más eminentes que hoy por hoy se la pueden prestar, es á saber, reproduciendo en uno de los apéndices de su libro las variantes del más antiguo y más ignorado y menos imperfecto texto que hasta ahora conocemos de *El Burlador de Sevilla*, el de la edición de Barcelona de 1630, volumen de estupenda rareza que lleva el título de *Doce Comedias nuevas de Lope de Vega Carpio y otros autores*. Este texto, en que se hace constar que *El Burlador* fué representado por Roque de Figueroa (y no carece de curiosidad el saber quién fué el primer actor que dió vida en las tablas al tipo del Tenorio), no es por desgracia el primitivo de Tirso, y seguramente está manco é incompleto en algunos lugares; pero tal como es, lleva inmensa ventaja al horrible y disparatado texto de las ediciones sueltas, único que Hartzenbusch consiguió ver, y aun al titulado *Tan largo me lo fiáis*, que en estos últimos años apareció en la *Colección de libros raros y curiosos*, por diligencia de los señores Marqués de la Fuensanta y Sancho Rayón. Opina el Sr. Cotarelo que este drama es una refundición de *El Burlador*, y se la achaca al famoso representante Andrés de Claramonte,

fundándose en la sustitución del elogio de Lisboa por el de Sevilla, ciudad de la que era vecino Claramonte, aunque no hijo, puesto que había nacido en Murcia. La misma razón habría para sospechar que la descripción de Lisboa fué interpolada en el drama de Tirso por algún portugués ávido de ensalzar las glorias de su capital; y á no estar ya en la edición de 1630, sospecharíamos que era torcido parto del ingenio de aquel Luis Botelho Froes de Figueiredo, de quien Barbosa nos dice, sin más explicación, que había compuesto un *Convivado de piedra*, que hasta ahora no parece. Tan inoportuna es en *El Burlador* la descripción de Lisboa, como la de Sevilla, y en cuanto á disparatadas, pedantescas y mal escritas, allá se van con corta diferencia. Una y otra son verdaderos pegotes, que nada tienen que ver con la obra de Tirso. Aunque intercaladas monstruosamente en el diálogo, pertenecen al género de las *loas*, y tengo por cosa averiguada que los representantes las cambiaban según los pueblos, y aun las componían nuevas en caso necesario. *El Burlador* debió de ser popularísimo desde el momento de su aparición, tan popular como lo es hoy *Don Juan Tenorio*. Y como el P. Téllez, con la incuria habitual de

los grandes poetas de su siglo, no se cuidó de fijar el texto imprimiéndole por sí propio, todo el mundo, impresores piratas, copleros famélicos, histriones de la legua, pusieron sus manos pecadoras en aquel drama y le dejaron tan mal parado, que cuesta hoy grande esfuerzo adivinar ó reconstruir su primitiva grandeza, la cual ha de buscarse en la fuerza inicial del personaje, en el desarrollo amplio y caudaloso de la acción, en el solemne prestigio de la parte fantástica, en la cruda energía de algunas expresiones intensamente dramáticas, que de vez en cuando centellean como relámpagos en un cielo opaco y anubarrado. Salvo estas excepciones, el estilo es pedestre y descolorido, la versificación seca y desmañada, y todo ello indigno de su maravilloso autor y de tan maravilloso argumento.

El Sr. Cotarelo no entra en la investigación de los orígenes de esta célebre pieza, pero recuerda dos datos, que, aunque apuntados ya, por el Sr. Barrantes el uno y por D. Juan Menéndez Pidal el otro, no han sido hasta ahora tenidos muy en cuenta. El uno es la existencia de un personaje histórico de principios del siglo xv, Diego Gómez de Almaraz, á quien llamaron en Plasencia, por motivos que no

están bien claros, *El Convidado de piedra*. Él fué terrible banderizo extremeño y anduvo muchos años tras de vengar la muerte de su padre: en los *Hechos del Clavero Don Alonso de Monroy* hay bastante noticia de su persona; pero no resulta muy probado el entronque de su historia con la leyenda de Don Juan Tenorio. Por su parte, el colector de la poesía popular asturiana recogió de la tradición oral, en la montaña de León, un romance en que cierto libertino innominado convida á cenar á una calavera que encuentra tirada en un camino. La calavera acepta, mostrándole los dientes,

«Lo mismo que si se riera...»

y el terrible convite se verifica en la iglesia á las doce de la noche, dentro de una sepultura abierta. Análogas fantasías pueden encontrarse en poesías populares de diversos tiempos y países; pero no conozco ninguna forma tan próxima á la leyenda de Don Juan como ésta.

El Rey Don Pedro en Madrid y el Infanzón de Illescas es otro gran drama histórico-fantástico, generalmente atribuído á Tirso, pero sobre el cual siento diferir de la opinión del Sr. Cotarelo. A mi entender, la atribución de este drama al fraile de la Merced, aunque acep-

tada con rara docilidad por la crítica, no descansa más que en un capricho del sabio y benemérito D. Juan Eugenio Hartzenbusch, que con su autoridad arrastró á otros muchos, sin estar él mismo muy convencido de lo que afirmaba. Es más: Hartzenbusch rectificó, andando el tiempo, esta opinión suya, que tampoco había presentado nunca en el tono afirmativo con que otros la han repetido. En las notas que puso al catálogo de las comedias de Lope de Vega formado por Chorley, Hartzenbusch vuelve sobre sus pasos y llega, aunque tímidamente, á la única conclusión que yo creo aceptable: *El Infanzón de Illescas* es una comedia de Lope, refundida por Andrés de Claramonte.

Cuatro nombres andan en este litigio: Lope, Tirso, Calderón y Claramonte. El primero que hay que descartar es el de Calderón, con cuyo nombre se imprimió en una *Quinta parte* apócrifa de sus comedias (Barcelona, 1677), que aquel gran poeta rechazó indignado. Además, *El Infanzón* no está en la lista de sus comedias que envió al Duque de Veragua, y por otra parte, así como no siempre es fácil determinar si una obra pertenece á Lope ó á Tirso, poetas de un mismo tiempo y de un mismo

gusto, es de todo punto imposible confundir una comedia de Calderón con una de sus predecesores. Calderón, grande artista, pero artista esencialmente barroco, tiene una *manera* que trasciende, no sólo al estilo, sino á la total composición y artificio dramático. Esta *manera* después de él fué imitada por todo el mundo, pero antes de él no existía. *El Infanzón de Illescas* pertenece á la época *libre* del teatro español, no al convencionalismo reflexivo de su vejez.

En Andrés de Claramonte no hay que pensar como autor original. Este pobre Claramonte, contra quien el Sr. Cotarelo demuestra una inquina particular donde quiera que tropieza con su nombre, atribuyéndole todos los plagios imaginables (como si el siglo xvii no hubiese estado lleno de Claramontes), era ciertamente un escritor vulgar y adocenado, que, siendo comediante de oficio y viéndose obligado á abastecer la escena con novedades propias ó ajenas, se dedicó á la piratería literaria, con el candor con que ésta se practicaba en aquel tiempo, y del cual daban ejemplo grandes poetas. ¿Qué fué Moreto en la mayor parte de sus obras sino un Claramonte muy en grande? ¿Cuándo hizo Claramonte mayor

plagio que el de Calderón, en *Los Cabellos de Absalón*, copiando *ad pedem litterae* un acto entero de *La Venganza de Tamar* del Maestro Tirso? Estas eran las costumbres literarias de aquel siglo, y no hay que quebrar la soga por lo más delgado. Todavía Claramonte podía alegar disculpas que no alcanzan á esos grandes poetas: su pobreza, su oficio, entonces tan abatido, su ninguna preocupación de gloria literaria. Ni se le pueden negar ciertas cualidades, inferiores sin duda, pero muy recomendables: conocimiento de la escena, y cierto brío y desgarró popular, que principalmente lucen en su comedia soldadesca de *El Valiente Negro en Flandes*. Lo intolerable en Claramonte y lo que prueba la penuria de su educación literaria es el estilo. Por raro caso en su tiempo, Claramonte escribe mal, no ya por culteranismo ó conceptismo, como muchos otros, sino por incorrección gramatical grosera, que hace sobremanera enmarañados y oscuros sus conceptos. Este desaseo y torpeza de expresión es, por decirlo así, la marca de fábrica de su teatro, y sirve de indicio casi infalible para deslindar lo que realmente le pertenece en las obras que llevan su nombre.

Así sucede en *El Rey Don Pedro en Madrid*,

título que lleva *El Infanzón* en un manuscrito de la Biblioteca de Osuna (hoy de la Nacional), donde está con nombre de Claramonte. El señor Cotarelo ha estudiado con sagaz diligencia este importante manuscrito, llegando á determinar una por una las desdichadísimas interpolaciones de Claramonte (*Clarindo*), con lo cual ya hay base para reconstruir el texto primitivo, que Claramonte respetó en lo esencial.

¿Pero este texto primitivo de quién era, de Lope ó de Tirso? Con nombre de Lope está en la más antigua edición conocida hasta hoy, en una parte 27.^a de Barcelona, 1633, de las llamadas *extravagantes*: con nombre de Lope también en una edición suelta. Se dirá que el testimonio de las partes apócrifas y de las ediciones sueltas ha de recibirse siempre con cautela; pero guardémonos de exagerar la fuerza de este argumento, porque en resumidas cuentas, ¿en qué se funda la atribución de *El Burlador de Sevilla* á Tirso (de cuyo estilo bien puede decirse que apenas tiene un solo rasgo), sino en el testimonio de esas partes apócrifas y *extravagantes* de Barcelona y de Valencia? Si *El Burlador* hubiera llegado á nosotros anónimo, todo el mundo sin vacilar hubiera dicho

que era una comedia de Lope, de las escritas más de prisa.

Por poco que valga la palabra del editor de 1633, ¿valdrá menos, por ventura, que la fe de un manuscrito *moderno*, único en que se atribuye esta obra á Tirso, según declara Hartzenbusch? Manuscrito *moderno*, tratándose de Tirso, no puede ser más que una copia del siglo pasado, á lo sumo, y quizá del presente. Yo creo en la existencia de ese manuscrito sobre la honradísima palabra del venerable D. Juan Eugenio Hartzenbusch; pero al ver que el texto de *El Infanzón de Illescas* que él publicó, en nada sustancial difiere del refundido por Claramonte, me doy á pensar que ese manuscrito *moderno* no era ni más ni menos que una copia del manuscrito de Osuna, sacada por cualquier curioso, que de propio arbitrio adjudicó la comedia á Tirso.

Y llegando á razones de otro orden, debo decir que todos los elementos de *El Infanzón de Illescas*, ya en lo que toca á la idealización del carácter de D. Pedro, ya en la parte sobrenatural, que da tan misterioso carácter á esta obra, están esparcidos en diversos dramas de Lope, entre los cuales recuerdo ahora *Audiencias del Rey D. Pedro*, *Los Novios de Hornachuelo*;

El Duque de Viseo, *El Marqués de las Navas*; este último, además, enlazado tan estrechamente con *El Burlador de Sevilla*, que hasta tiene versos idénticos.

Ni mucho menos puede decirse que Tirso fuera, entre nuestros grandes dramáticos, el único que sintió y penetró la poesía histórica de la Edad Media. Yo no tengo inconveniente en admitir que *La Prudencia en la mujer* sea el mejor drama histórico de nuestro teatro; pero en todo lo demás del repertorio auténtico de Tirso no vuelve á encontrarse jamás la magnífica poesía del siglo XIV, que se respira en esta crónica dramática. En Lope, por el contrario, la inspiración histórica fué continua é inagotable; y si por ventura no se mostró con tanta pujanza en una obra aislada, bastó para dar vida á un centenar de ellas, que constituyen el más glorioso monumento épico-dramático levantado á nuestra tradición heroica. ¿Cómo he de admitir yo que no venciese á todos, en este sentido penetrante del alma de la Edad Media, el autor de *El Casamiento en la muerte*, y de *El Bastardo Mudarra*, y de *Las Famosas asturianas*, y de *Los Tellos de Meneses*, de *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*, de *El Mejor Alcalde el Rey*, de *Las Almenas de*

Toro, y de *Fuente Ovejuna*? Lo que Lope había hecho doscientas veces en su vida, porque era en él cosa nativa y brotaba de manantial perenne, lo hizo Tirso una vez sola; y una vez sola también Guillén de Castro en *Las Mocedades del Cid*; y una vez sola Calderón en *La Virgen del Sagrario*.

Con la misma buena fe, pues, con que he reivindicado para Tirso la grandiosa creación teológica de *El Condenado por desconfiado*, juzgo que ha llegado la hora de restituir á Lope *El Rey D. Pedro en Madrid*, original del *Valiente justiciero* de Moreto.

Completan el libro del Sr. Cotarelo varios importantes apéndices. Entre ellos figuran un catálogo cronológico de las comedias de Tirso, incompleto, sin duda, pero muy apreciable como primer ensayo; una lista, incompleta también, de las comedias de Tirso refundidas ó imitadas por otros autores; un catálogo de las ediciones modernas; un resumen general, por orden alfabético, de todo el repertorio de Tirso, con nuevas observaciones sobre algunas comedias; y por último, una preciosa serie de noticias biográficas de los actores que representaron las piezas de Tirso, redactadas principalmente con presencia de los dos manuscritos de la Biblioteca

nacional que llevan por título *Genealogía de los comediantes de España*. Los actores que figuran en el registro del Sr. Cotarelo son, por este orden: *Amarilis* (María de Córdoba), Cristóbal de Avendaño, Roque de Figueroa, Alonso y Tomás de Heredia, Melchor de León, Alonso de Olmedo, Cristóbal Santiago Ortiz, Baltasar de Pinedo, Antonio de Prado, Sánchez, Pedro de Valdés, los Valencianos, Manuel Álvarez Vallejo.

Tal es el libro del Sr. Cotarelo. Pocas veces se han visto 221 páginas tan aprovechadas. El autor de tal estudio merece bien de las letras, y es ya mucho más que una esperanza para la erudición española. Sabemos que muy pronto dará á luz un libro sobre la vida y obras de D. Enrique de Villena, y no dudamos que en él se han de ver más y más confirmados nuestros pronósticos.

1893.



DE LOS HISTORIADORES DE COLÓN



DE LOS HISTORIADORES DE COLÓN

I.

LA proximidad del centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo empieza á sentirse por la extraordinaria abundancia con que cada día salen á luz discursos, libros, memorias y conferencias, encaminados á celebrar tan único y memorable acontecimiento (1). Mucho habrá, sin duda, entre tales publicaciones, condenado á irremediable muerte tras de vida efímera y sin gloria; pero ya puede aventurarse el pronóstico de que bastantes cosas han de sobrevivir al entusiasmo del momento; siendo quizá el fruto más positivo de ésta y

(1) Apenas es necesario advertir, porque de su contexto se deduce, que este artículo fué escrito y publicado en los meses de Julio y Agosto de 1892, y que hoy se reproduce sin ningún cambio substancial, omitiendo todo juicio favorable ó adverso sobre los trabajos posteriores á aquella fecha.

otras tales solemnes conmemoraciones de glorias pasadas el convertir la atención, no sólo de los indiferentes y distraídos, sino aun de los más doctos, á la averiguación de puntos oscuros, y al más exacto y cabal conocimiento de lo que tradicionalmente venía reputándose como verdadero por no ahondar gran cosa en la depuración crítica de cada uno de los particulares que integran y constituyen la narración histórica. Es cierto que en tales casos el anhelo de novedad, el amor á la paradoja, el deseo quizá de hacerse notable y famoso entre las gentes tomando rumbos opuestos á los que lleva el sentir común, suelen ocasionar exageradas y peligrosas reacciones, en que la verdad de la historia experimenta nuevo naufragio; pero aun de tales extremos pueden sacar utilidad los precavidos y discretos (*vir sapiens in omnibus metuet*), abriendo los ojos á nuevos puntos de vista, y aceptando el planteamiento de nuevas cuestiones, aunque la solución no les contente. La crítica histórica tiene mucho de juicio contradictorio, y sólo oyendo sin pasión á todos, puede tenerse alguna esperanza de equidad en el fallo, dados los límites que alcanza la fe del testimonio humano, en que la historia estriba. No ha de censurarse, por tanto,

ni al que traiga nuevos documentos, por más que en algo contradigan la noción histórica vulgar, ni tampoco al que intente dar originales interpretaciones de los datos ya conocidos, y sacar de ellos nuevas inducciones acerca del carácter y móviles de los personajes que en una gran acción intervinieron, dando á cada uno la parte de culpa ó de gloria que, según parecer del crítico, les corresponda. Cuando tanto se profesa y practica la tolerancia en todos los órdenes de la vida, no estaría bien que faltase al investigador histórico, que trabaja por lo común sobre materia muy lejana de nuestras preocupaciones y hábitos actuales, la cual sólo nos puede mover é interesar por un superior interés humano, ó á lo sumo por muy remotas consecuencias.

Á espectáculo muy interesante y curioso nos convidan las frecuentes publicaciones de estos días. No es realmente el centenario de Colón lo que debiera celebrarse, sino el descubrimiento total del Nuevo Mundo, y aun, si se quiere, el conjunto de la grande obra colonial de castellanos y portugueses, ya se la haga arrancar de los descubrimientos y sublimes adivinaciones del Infante D. Enrique, ya, como otros quieren, de la primera ocupación de las

islas Canarias. Pero aunque no falten trabajos relativos á otras partes de este vasto asunto, todavía es cierto que la mayor parte de lo que se escribe, publica y habla, recae exclusivamente sobre la persona y los viajes del primer Almirante de las Indias occidentales; ora porque su figura eclipse realmente á las demás, con ser éstas de tal magnitud; ora (y á esto nos inclinamos más) porque Colón aun siendo solo es bastante hombre para un Centenario, al paso que el Centenario resulta pequeño para la digna y total glorificación de aquel portentoso alarde de nuestra raza, que Francisco López de Gómara llamaba en 1552 «la mayor cosa, después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió».

Por una ú otra razón, están en notable mayoría los trabajos meramente colombinos, y aun en éstos se advierte que, en vez de dar nueva luz á la historia de los primeros viajes y descubrimientos ultramarinos, materia asaz tratada, y en la cual por lo visto no resta mucho cebo á la curiosidad de historiadores, naturalistas y cosmógrafos (si bien otros pudieran sospechar fundadamente lo contrario, al ver que el *Examen Crítico* de Humboldt es hasta la fecha libro casi solitario en estas materias),

prefieren concretar sus monografías á las andanzas personales del Almirante, y á la apreciación de su carácter moral y de sus aciertos ó desaciertos como gobernante, así como á la apología ó censura de nuestra patria, tachada por unos y defendida por otros del cargo de ingrata y aun de inicua con el hombre que le había regalado un mundo nuevo. Esta tendencia meramente biográfica predomina en los estudios más recientes, lo cual no quiere decir que falten brillantes ensayos de otro género, quizá más elevado y trascendental, de historia. Sucesivamente se ha ido instruyendo el proceso de Colón, el de sus protectores y amigos, el de sus enemigos y émulos, el de sus precursores verdaderos ó fabulosos, y Alonso Sánchez de Huelva, los Pinzones, Bobadilla, el Comendador Ovando, el obispo Fonseca, el tesorero Santángel, el delegado apostólico F. Bernat Boyl, los rebeldes Roldán y Porras, y cuantos personajes intervinieron poco ó mucho en aquellas expediciones, han encontrado abogados y penegiristas entusiastas, á la vez que acérrimos detractores. Ha sido nuevamente agitada, y al parecer resuelta, la cuestión de la patria, y con ella de la familia del Almirante: muchos se afanan en desembrollar el laberinto cronológico

que envuelve todos los actos de su vida antes del primer viaje, y hoy tan infructuosamente como ayer se litiga, con más celo y buena voluntad que positiva enseñanza, sobre el bueno ó mal acogimiento que sus proyectos lograron en las escuelas de Salamanca, cuyos archivos guardan altísimo silencio sobre las tan decantadas juntas, de las cuales lo único que cabe decir es que nadie sabe lo que en ellas pasó, dado que hubiesen tenido la importancia y solemnidad que gratuitamente les concede una tradición vaga.

No abundan tanto como las monografías relativas á puntos particulares de la vida del Almirante las que quieren abarcarla desde su nacimiento hasta su muerte, incluyendo además los precedentes y las consecuencias del descubrimiento. Sin duda el gran número de historias de Colón ya existentes, y el justo favor de que gozan algunas, así como la escasez de documentos hallados después de las publicaciones de Navarrete y de Harrisse, han retraído á muchos de emprender biografías nuevas, si bien entre las recientemente publicadas hay algunas de cierta importancia, como la de Gaffarel en Francia, y entre nosotros la del erudito Director de la Academia Sevillana de Buenas Letras, D. José María Asensio de Toledo, tan

conocido por las interesantes investigaciones y felices hallazgos con que ha ilustrado nuestra historia literaria del siglo xvi. La publicación de este libro de nuestro antiguo y buen amigo el Sr. Asensio, del cual nos proponemos dar sucinta cuenta á nuestros lectores, nos parece ocasión oportuna para caracterizar en breves rasgos los diversos períodos de la historiografía colombina, y aquellos autores que principalmente los representan, indicando de paso lo que aun quisiéramos ver realizado en este tan bello como inagotable tema.

Ocioso parece recordar que la bibliografía colombina es numerosísima, aunque apenas cuente cuatro siglos de existencia. Pronto será del dominio público un catálogo formado por la Real Academia de la Historia, en el que, con ser trabajo rápido, y que de ningún modo pretende agotar la materia, se da razón de más de cuatro mil obras que directa ó indirectamente se refieren á Colón y á sus descubrimientos. Pero es claro que el mayor número de ellas, como acontece en todo género de historia, son repeticiones y trabajos de segunda mano, en que no puede encontrarse más originalidad que la del criterio y estilo de sus autores respectivos. Las fuentes históricas primi-

tivas son naturalmente en escaso número, y conviene clasificarlas, atendiendo á su valor documental y al crédito que merecen en reglas de sana crítica.

No se habla aquí, por de contado, de aquel género de documentos diplomáticos, cédulas, cartas reales, provisiones, memoriales, alegatos, que son materia primera de la historia, y por decirlo así, historia latente y difusa. Faltó su conocimiento á muchos de los antiguos cronistas, aun de los más inmediatos á los tiempos del Almirante, y por eso en unas cosas anduvieron sucintos y en otras muy lejanos de la verdad. Aun el mismo Antonio de Herrera, que por su cargo de cronista de Indias pudo y debió tener á la mano las relaciones y los papeles originales de los conquistadores, no hizo en general mucha cuenta de ellos, limitándose, por ser tarea más grata y más acomodada á su temperamento literario, á poner en orden y estilo las crónicas anteriores, tejiendo con ellas el hilo de sus *Décadas*, que como obra de conjunto é historia general de la América Española, quizá no han sido superadas hasta el presente, por más que la gloria de Herrera, conocidos ya sus originales, deba repartirse hoy entre muchos participantes. Buscar la historia

del Nuevo Mundo en los papeles antes que en los libros, nadie formalmente lo había acometido antes de D. Juan Bautista Muñoz; y aun éste, por rara contradicción, después de haber formado la portentosa colección que lleva su nombre en la Academia de la Historia, y que todavía sirve de fondo principal á la erudición de los americanistas, prefirió dar, en vez de una historia erudita y documentada con pruebas é ilustraciones, un hermoso trozo de composición retórica, en que los hechos aparecen artificialmente agrupados para el efecto.

La prosa varonil y robusta de Muñoz no podía tener muchos imitadores en la degenerada literatura española del siglo XVIII, en que el arte de la prosa había venido á mucho mayor abatimiento que el de la locución poética; pero era aquél tiempo de grandes investigadores históricos, de cuya labor perseverante y bien encaminada estamos viviendo todavía, y por tanto, la nueva senda que él abrió como investigador y colector de los materiales de la historia americana había de ser más seguida y frecuentada que aquella otra en que marchaba casi solo, pisando las huellas de los historiadores clásicos y de los nuestros del Rena-

cimiento. Quedó, pues, la *Historia del Nuevo Mundo* en el primer tomo, y muerto el autor, nadie reclamó la publicación del segundo, que inédito duerme entre los volúmenes de su colección; pero la colección misma despertó la avara curiosidad de muchos, al paso que otros clamaban porque aquel tesoro se hiciese cuanto antes del público dominio, completándose con todo lo demás que pudieran contener los archivos públicos. Era natural comenzar por los documentos relativos al primer descubrimiento y á los viajes de Colón, y hacíase más de sentir esta necesidad después que los Decuriones de Génova habían ordenado la reproducción de los documentos encerrados en el célebre *Códice colombo-americano*, reproducción que llevó á cabo en 1823 Juan Bautista Spotorno.

Á D. Martín Fernández de Navarrete cupo la gloria de dar el primero solidísima base á la historia del Almirante, dedicándole íntegros los tomos I y II y parte del III de su *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV* (1825), obra que hará imperecedera su memoria y que Alejandro de Humboldt llamó «uno de los monumentos históricos más importantes de los tiempos modernos». Además de las cartas,

diarios y otros papeles del Almirante, convenientemente anotados y precedidos de una introducción sobriamente escrita y severamente pensada, veíanse por primera vez reunidas, en la *Colección diplomática*, más de doscientas piezas relativas á Colón, inéditas casi todas, y sin las cuales hubiera sido vano sueño querer trazar la historia de su vida.

Sobre el libro de Navarrete trabajaron con distintos propósitos Washington Irving y Humboldt, sin contar otros más recientes y menos ilustres, uno de ellos el fanático charlatán Rossely de Lorgues, que ha llevado su audacia hasta el extremo de vilipendiar feamente al sabio laborioso y modesto que le dió reunidos todos los materiales que él ha estropeado en su fantástica biografía, escrita al gusto de las beatas mundanas y de los caballeros andantes del legitimismo francés.

En rigor, el número de los documentos relativos á Colón no ha tenido grande acrecentamiento después de la publicación de Navarrete, si se exceptúan algunos positivos hallazgos de Harrisse, y el extracto muy concienzudo, aunque no del todo satisfactorio para los más enamorados de la figura histórica del Almirante, que el Sr. Fernández Duro ha hecho de los autos

del larguísimo pleito sostenido por el fiscal de la Corona contra los primeros descendientes de Colón: pleito que sólo muy rápidamente había dado á conocer Navarrete, y que al fin podremos leer íntegro en la *Colección de documentos inéditos de América*, que publica la Real Academia de la Historia. Tal hallazgo ha venido á modificar más que otro alguno la fisonomía del Colón legendario, y no todos se avienen de buen grado con el que ahora se nos presenta, tributario, y no poco, de las flaquezas humanas, un tanto cuanto interesado y codicioso, gobernante poco hábil, á ratos débil, á ratos violento. Pero ni las alegaciones de un pleito suelen ser depósito de la más incorrupta verdad, ni aunque se oiga á todos y en parte se dé la razón á los testigos del fiscal, bastarán tales manchas para que en el juicio sereno de la historia baje un punto Colón del pedestal á que le han encaramado los siglos, no ciertamente á título de gran político y óptimo repúblico, ni ménos como dechado de perfección moral y como santo digno de ser venerado en los altares (que esto y nada menos han pretendido disparatadamente Rosselly y sus secuaces), sino como héroe en la iniciativa y en la resistencia, y como revelador de la mitad

del mundo, y autor pacífico de la mayor revolución de la historia moderna.

Volviendo á nuestro asunto, añadiremos que los documentos oficiales y diplomáticos dicen mucho, pero que no lo dicen ni lo pueden decir todo, y que con ellos solos no es factible trazar la historia de Colón, ni otra ninguna historia. Tal género de documentos no suelen dar más que el aspecto exterior y los últimos resultados de las cosas; pero la parte moral de la historia, los ocultos móviles que impulsan las acciones humanas, y el encadenamiento con que procede la vida, ó está ausente de dichos papeles, ó sólo puede traslucirse y adivinarse entre renglones. Hacer la historia con los archivos solos, como pretendía un benemérito analista de Navarra, únicamente puede conducir á la formación de un *Diccionario de antigüedades*, en que las noticias pueden aparecer sueltas y dislocadas, ó de una *Colección de documentos inéditos*, sin más orden que el de fechas ó á lo sumo el de materias. Era sin duda peligroso el antiguo procedimiento de tejer la historia con los hilos de las antiguas crónicas y de otros documentos literarios; pero no hay duda que el documento literario, la historia escrita, sobre todo cuando la escriben los con-

temporáneos y principalmente los que en la historia han sido actores, tiene algo que en los documentos cancillerescos y escribaniles falta, y que es precisamente el alma de la historia.

Pero así como de la veracidad del documento público no puede dudarse (salvo el convencionalismo, casi siempre muy transparente, de las mentiras oficiales), el valor del testimonio privado del cronista ó del autor de memorias, por lo mismo que penetra más allá de la superficie de las cosas, está siempre sujeto á controversia y reparo. Si no presencié los hechos que narra, pudo fácilmente ser engañado por falsos informes; aun en el caso de haber sido testigo presencial pudieron flaquearle la voluntad ó la memoria; y si puso las manos y el entendimiento en las mismas empresas que describe, sería exigir demasiado de la condición humana el pretender que ninguna nube de pasión ó de afecto se interpusiese en sus juicios, y que, hasta sin querer, no resultase la narración bajo el aspecto más favorable y honroso para el historiador de sus propias hazañas, aunque se ponga en esto todo el arte y disimulo que mostraron, entre otros grandes capitanes, que son á la vez grandes historiadores militares, Julio César, Hernán Cortés y Federico II de Prusia.

Menos podía esperarse tal artificio y templanza del alma impetuosa de Colón, que jamás fué escritor de oficio ni político profundo, y que en cartas, diarios y otros documentos tales concedía libre expansión á los varios y contrapuestos afectos de su alma, en la cual se daban ruda lucha elementos tan heterogéneos y discordantes como un iluminismo casi profético; una vanagloria muy subida de punto, que le hacía encarecer sin tasa el número de las tierras descubiertas y los tesoros y excelencias de ellas, viendo por donde quiera Ophires y Cipangos; y una ardiente y extraña superstición, muy genovesa sin duda, sobre el valor y prestigio del oro; sentimiento en cierto modo poético y que de ninguna manera ha de confundirse con la sórdida codicia. «El oro es excelentísimo: del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega á que echa las ánimas al Paraíso.»

Fué Colón el primer historiador de sus viajes, y ¡ojalá se hubiese conservado cuanto escribió sobre ellos! Pero la fatalidad, que parece haber perseguido los primitivos monumentos de la historia americana, nos ha privado de la mayor parte de ellos, y así ni poseemos más que en extracto, hecho por Fray Bartolomé de

Las Casas, el inestimable diario de su primera navegación, ni parece la carta que sobre ella escribió á Toscanelli, y que por la condición del sujeto debía ser más extensa que las dirigidas á Santángel y al Tesorero Rafael Sánchez; ni queda relación suya del segundo viaje, aunque Las Casas parece haberla tenido en su poder; y finalmente ha perecido, y esto es más doloroso que todo, aquella «escritura en forma de los comentarios de Julio Cesar», en que el Almirante había ido consignando día por día las ocurrencias de sus tres primeros viajes, según se infiere de carta suya al Papa en Febrero de 1502: libro que aun existía en 1554, puesto que entonces se dió privilegio para imprimirle á su nieto D. Luis Colón, el famoso polígamo, que, más cuidadoso de mujeres que de libros, no volvió á acordarse de tal privilegio, y dejó perecer en el olvido aquel monumento de la gloria de su abuelo, contentándose con llevar á Italia y vender ó facilitar á Alonso de Ulloa el manuscrito de las *Historias* de su tío D. Fernando.

Quedan reducidas, pues, las obras de Colón, prescindiendo de cartas familiares, memoriales, y otros escritos breves, de índole no literaria, á las tres relaciones del primer viaje

(que en rigor se reducen á dos) y á las del tercero y cuarto, con más el libro de *Las profecías*, que, en la parte que pertenece á Colón, nos inicia más que otro alguno en las intimidades de su alma. De los escritos puramente cosmo-gráficos, en que había recogido los indicios de tierras nuevas y las conjeturas que dedujo de la lección de los antiguos, queda algún rastro en los primeros capítulos de la biografía que escribió su hijo. Con tales materiales reconstruyó Humboldt lo que pudiéramos decir la historia literaria del Almirante, no menos que la historia de sus ideas científicas: trabajo apenas retocado después y que ocupa buena parte del *Examen crítico de la Geografía del Nuevo Continente*. Nadie como Humboldt ha acertado á encarecer el encanto poético de algunas páginas de Colón, el profundo sentimiento de la majestad de la naturaleza que animaba al gran navegante, la nobleza y sencillez de expresión con que describe aquel «viaje nuevo al nuevo cielo y mundo que fasta entonces estaba en oculto». Pondera Humboldt, y no se harta de ponderar, así en el libro citado como en el *Cosmos*, la energía y la gracia con que la vieja lengua castellana se presta á estas inauditas descripciones de la fisonomía característica de

las plantas, de la espesura impenetrable de los bosques, de las «arboledas y frescuras y el agua clarísima, y las aves y amenidad, que le parecía no quisiera salir de allí». «La hermosura de las tierras que vieron, ninguna comparación tienen con la campiña de Córdoba: estaban todos los árboles verdes y llenos de fruta y las yerbas todas floridas y muy altas: los aires eran como en Abril en Castilla: cantaba el ruiseñor como en España, que era la mayor dulzura del mundo..... árboles de inmensa elevación, con hojas tan reverdecidas y brillantes cual suelen estar en España en el mes de Mayo.» Y al lado de estos cuadros de naturaleza idílica, tan llenos de frescuras y de primaveral encanto, ¡qué vigor de colorido en el cuadro de la tempestad, sembrado de reminiscencias bíblicas, que se contiene en la admirable carta sobre el cuarto viaje, escrita desde Jamaica en 7 de Julio de 1503! «Ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma..... allí me detenía en aquella mar fea sangre, herviendo como caldera por gran fuego. El cielo jamás fué visto tan espantoso: un día con la noche ardió como forno, y así echaba la llama con los rayos, que todos creíamos que se habían de fundir los navíos.....»

Pero no sólo por rasgos y efusiones poéticas se recomiendan estos escritos de Colón: no sólo se admira en ellos la espontánea elocuencia de un alma inculta á quien grandes cosas dictan grandes palabras, levantándola por el poder de la emoción sincera á alturas superiores á toda retórica; sino que el hombre entero, con su mezcla de debilidad y soberbia, de amargura desalentada y de sobrenatural esperanza, con el presentimiento grandioso de su misión histórica, con la iluminación súbita de su gloria, con el terror religioso que le penetra y embarga al ver descorrido y patente el misterio de los mares; con sus fantasías místicas, en que el oro de Paria y la conquista de Jerusalén, las perlas y las especerías de Levante y la conversión de los súbditos del Gran Kan forman tan abigarrado y prestigioso conjunto, sólo en las letras de Colón está, y ninguno de sus historiadores, salvo acaso el Cura de los Palacios, que parece haberle conocido muy de cerca, nos da de ello idea ni trasunto aproximado. Para penetrar en el alma de Colón, que no era ciertamente un santo, pero sí un iluminado, en quien el fervor de la acción nacía de la propia intensidad con que vivió vida espiritual é interna, no hay documento tan adecuado

como el relato de la visión que tuvo en la costa de Veragua: «Cansado me dormecí gimiendo: una voz muy piadosa oí diciendo: «Oh estulto y tardo á creer y á servir á tu »Dios ¡ Dios de todos! ¿Qué hizo él más por »Moisés ó por David su siervo? Desque nascis- »te, siempre él tuvo de ti muy grande cargo. »Cuando te vido en edad de que él fué conten- »to, maravillosamente hizo sonar tu nombre »en la tierra. Las Indias, que son parte del »mundo tan ricas, te las dió por tuyas; tú las »repartiste adonde te plugo, y te dió poder para »ello. De los atamientos de la mar océana que »estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te »dió las llaves, y fuiste obedecido en tantas »tierras, y de los cristianos cobraste tan hon- »rada fama..... No temas, confía: todas estas »tribulaciones están escritas en piedra de már- »mol y no sin causa.»

Las palabras de los grandes hombres tienen siempre maravillosa eficacia sugestiva, y cierta virtud que pudiéramos decir prolífica. Sin ser Colón hombre de ciencia, propiamente dicho, aunque sí *mirabilmente plático y docto en las cosas de mar*, contienen las cartas y diarios de sus navegaciones indicaciones científicas del más alto precio, que Humboldt comenta y pone

á toda luz con su genial perspicacia, deduciendo de tal análisis que las facultades intelectuales no valían en Colón menos que la energía y firmeza de su voluntad. En medio de cierto desorden é incoherencia de ideas, y de algunos sueños y desvaríos, medio cosmográficos, medio teológicos, que á sus propios contemporáneos debían parecérselo, á juzgar por la blanda ironía con que habla de ellos el nada candoroso Pedro Mártir, hay en los escritos de Colón numerosas observaciones exactas, y entonces nuevas, de geografía física, de astronomía náutica, y aún de zoología y botánica; á pesar de que él se manifiesta del todo extraño al tecnicismo de los naturalistas, y no nombra, ni menos clasifica, pero sí describe tan exactamente por sus caracteres exteriores, los animales y las plantas, que ha sido tarea fácil el identificar la mayor parte de las especies que reconoció en sus viajes.

El notable descubrimiento de las variaciones magnéticas, unido á ciertas consideraciones generales, de que apenas hay otro ejemplo entonces, sobre la física del Globo, ya en lo relativo á la inflexión de las líneas isoterma, ya sobre la distribución del calor según la influencia de la longitud, ya sobre la acumulación de

plantas marinas, ya sobre la dirección de las corrientes, y sobre la especial configuración geológica de las Antillas, le hizo entrever la ley de conexión de ciertos fenómenos por él observados, con una lucidez todavía más digna de admiración si eran tan endebles sus conocimientos matemáticos como da á entender Humboldt, y no podía aplicar á los resultados de la observación el poderoso elemento del cálculo, que por otra parte estaba en la infancia. Sólo así se explica, aun tenido en cuenta el influjo de su imaginación aventurera y de la erudición pedantesca de su tiempo, que mezclase con intuiciones de tanto precio hipótesis tan extravagantes como la de la situación del Paraíso terrenal en la costa de Paria, y la de la figura de la tierra «*como teta de mujer y una pelota redonda*». Nada de esto es obstáculo para que Humboldt le conceda el mérito de haber sentido algunas de las bases de la Física terrestre, así como reconoce en nuestro P. Acosta la gloria de haberla constituido y organizado en forma de ciencia.

Por todas razones, pues; por el interés científico, por el interés literario, por el interés moral, las cartas de Colón son su primera y su mejor historia, aunque naturalmente nada nos

digán de su vida anterior á los descubrimientos, ni siquiera los abarquen en su integridad. La falta se suple, aunque sólo en parte, con otros documentos análogos, pero de distinta pluma; entre los cuales basta recordar la relación del segundo viaje enviada á la ciudad de Sevilla por el médico y alquimista Diego Álvarez Chanca, y la cabeza del testamento del heroico y fidelísimo Diego Méndez, que en una canoa llevó de la Jamaica á la Española la relación del cuarto viaje, y que en servicio de su señor el Almirante gastó todo su haber, lo cual no le impidió fundar un mayorazgo con los diez únicos libros que poseía, es á saber: una *Ética* de Aristóteles, un *Josefo*, una *Electra* de Sófocles, traducida por Hernán Pérez de Oliva, un opúsculo de Eneas Silvio y cinco tratados de Erasmo. ¡Extraña Biblioteca para un marinero de tal temple!

Al número de los documentos que siguen en autoridad histórica á las propias relaciones de Colón, y que pueden considerarse como llenos todavía de su espíritu, pertenecen sin disputa la Crónica de Andrés Bernáldez, cura de Los Palacios y capellán del Arzobispo de Sevilla Fray Diego de Deza, y las Epístolas y Décadas de Pedro Mártir de Anglería. Ni uno ni otro sur-

caron el Océano, pero recibieron directamente las comunicaciones del Almirante, y merecen crédito en lo que afirman, aunque el no haber sido cosmógrafos ni pilotos introduzca en sus noticias algún error ó confusión. Fué Andrés Bernáldez, así como el último de nuestros cronistas propiamente tales, el más ameno y sabroso de todos ellos, así por la grandeza é interés cuasi novelesco de las cosas que refiere y en parte vió, cuanto por haber sabido unir á la suave ingenuidad y á la brillantez pintoresca de los antiguos narradores cierta lucidez, método, espíritu de curiosa indagación, y arte de distribuir y componer la materia, que ellos no solían tener. Á las navegaciones de Colón dedicó catorce capítulos de su *Historia de los Reyes Católicos*, comenzando la relación con palabras solemnes, adecuadas á la maravilla del caso: «En el nombre de Dios Todopoderoso, ovo un hombre de tierra de Génova, mercader de libros de estampa, que trataba en esta tierra de Andalucía, que llamaban Cristóbal Colón, hombre de muy alto ingenio sin saber muchas letras, muy diestro en el arte de la Cosmographia y en el repartir del mundo.....» En todo se guió, con gran llaneza y veracidad, por los escritos del mismo Colón que en su poder tenía, y por sus conversaciones fa-

miliares, de que largamente había disfrutado en 1496, cuando en Sevilla le tuvo de huésped en su casa. «Él me dejó algunas de sus escrituras en presencia del Sr. D. Joán de Fonseca, de donde yo saqué, é cotejélas con las otras que escribieron el honrado señor el doctor Chanca é otros nobles caballeros que con él fueron en los viajes ya dichos..... de donde yo fuí informado y escribí esto de las Indias.» Sólo de los dos primeros viajes dió relación detallada, cuya exactitud puede comprobarse en lo tocante al primero por el Diario del Almirante, que seguramente tuvo á la vista, y en el segundo por la carta del Dr. Chanca, á la cual añade pormenores que sólo pudo oír de labios de Colón ó leer en sus comentarios, hoy perdidos. Es, pues, fuente histórica de primer orden, y Washington Irving hace notar que en la narración del reconocimiento hecho por Colón de las costas del Sur de Cuba, está Bernáldez más minucioso y exacto que ningún otro historiador.

Si Bernáldez conserva toda la amable simplicidad de los antiguos cronistas, á pesar de haber vivido en pleno Renacimiento, el humanista milanés Pedro Mártir de Anglería ó Anghiera, andante en corte de los Reyes Católicos y de sus sucesores desde 1488 á 1526;

preceptor de la juventud cortesana en las artes liberales ; canónigo de Granada, que vió conquistar ; primer Abad de la Jamaica, donde no residió nunca : embajador al Sultán del Cairo ; miembro del primitivo Consejo de Indias ; corresponsal asiduo de Papas, Cardenales, príncipes, magnates y hombres de letras, ofrece en su persona uno de los más antiguos y señalados tipos del periodismo noticioso. Mientras otros latinistas se esforzaban en renovar las formas clásicas de la historia y vestir con la toga y el laticlavio á los héroes contemporáneos, él escribía al día, en una latinidad moderna muy abigarrada y pintoresca, muy llena de chistosos neologismos, cuanto pasaba á su lado, cuantos chismes y murmuraciones oía, dando con todo ello incesante pasto á su propia curiosidad, siempre despierta, y á la de sus amigos italianos y españoles. Tenía para su oficio la gran cualidad de interesarse en todo y de no tomar excesivo interés por ninguna cosa, con lo cual podía pasar sin esfuerzo de un asunto á otro, y dictar dos cartas mientras le preparaban el almuerzo. Acostumbrado á tomar la vida como un espectáculo curioso, gozó ampliamente de cuantos portentos le brindaba aquella edad, sin igual en la historia,

y estuvo siempre colocado en las mejores condiciones para verlo y comprenderlo todo, desde la guerra de Granada hasta la revuelta de las Comunidades. Su espíritu, generalmente recto, propendía más á la benevolencia que á la censura, sobre todo con aquellos de quienes esperaba honores y mercedes que contentasen su vanidad, muy subida de punto, aunque inofensiva, y su muy positivo amor á las comodidades y á las riquezas, que la fortuna le concedió ciertamente con larga mano. Hombre de ingenio fino y sutil, italiano hasta las uñas, quizá presumía demasiado de su capacidad diplomática; pero poseyó en alto grado el don de observación y el conocimiento de los hombres. Sus juicios no han de tomarse por definitivos, pero reflejan viva y sinceramente la impresión del momento. El mismo, como todos los escritores de su género, rectifica á cada paso y sin violencia alguna lo que en cartas anteriores había consignado. El *Opus Epistolarum* es un periódico de noticias en forma epistolar, dividido en 812 números, y así es como debe juzgarse. Por desgracia, no le poseemos en su forma primitiva. Retocado por el autor cuando había perdido ya la memoria de muchos incidentes, refundido (probablemente) después por

mano desconocida, que dió á la mayor parte de las cartas una cronología absurda, barajó unas con otras y quizá se permitió graves intercalaciones, el *Opus Epistolarum* comienza á ser mirado como documento sospechoso, y hay crítico alemán que ha extremado su escepticismo hasta el punto de ver en casi todo su contexto un nuevo caso de falsificación semejante al del *Centon Epistolario*, una correspondencia forjada *à posteriori* sobre los papeles de Pedro Mártir y sobre algunos libros históricos. Tal paradoja no ha prosperado mucho, porque el carácter personalísimo de la correspondencia y el tono de actualidad que en ella reina parecen alejar la idea de un fraude, cuyo objeto tampoco se comprende; pero siempre quedan en pie graves sospechas de adulteración, y el testimonio de Pedro Mártir, cuando no está confirmado por otras autoridades más seguras, no obtiene ya aquella ilimitada confianza que le daba Prescott, por ejemplo.

Afortunadamente, para nuestro objeto, estas dudas importan poco, puesto que no son muchas ni muy extensas las cartas del *Opus Epistolarum* que hablan de Colón, si bien todas ellas son curiosísimas como primeras

nuevas y boletines de la victoria lograda sobre el Océano. La obra de Pedro Mártir que de-
recha y exclusivamente se refiere á los descu-
brimientos de América, es decir, sus ocho
Decades de Orbe Novo, no han sido de auten-
ticidad sospechosa para nadie ni pueden serlo,
puesto que en parte fueron publicadas en vida
del autor mismo. De la veracidad de sus noti-
cias responde no menor autoridad que la de
Fr. Bartolomé de las Casas. «De los que escri-
bieron cerca de estas primeras cosas, á ninguno
se debe dar más fe que á Pedro Mártir, que
escribió en latín sus *Décadas*, estando aquellos
tiempos en Castilla: porque lo que en ellas
dijo tocante á los principios fué con diligencia
del mismo Almirante, descubridor primero, á
quien habló muchas veces, y de los que fueron
en su compañía inquirido, y de los demás que
aquellos viajes á los principios hicieron. En
las otras, pertenecientes al discurso y progreso
destas Indias, algunas falsedades sus *Décadas*
contienen.»

Tenemos, pues, en las *Décadas* de Pedro
Mártir una nueva versión de origen colombino
(á lo menos en su mayor parte), favorable por
consiguiente al descubridor, menos detallada y
menos técnica que la de sus diarios y cartas,

más artificiosa que la de Bernáldez: acomodada en suma al paladar del público letrado de Italia, que ávidamente devoraba estas *Décadas*, dando ejemplo de ello el mismo Papa León X, que las leía de sobremesa á su sobrina y á los Cardenales. Pedro Martir debía buscar, por sus instintos de periodista, lo más ameno, lo más exótico, lo más pintoresco y divertido de aquella materia novísima, deteniéndose sobre todo en las rarezas de historia natural y en notar maligna y curiosamente los ritos y costumbres y supersticiones de los indígenas en aquello que más contraste presentaban con los hábitos del Viejo Mundo. Predominan en él por consiguiente los detalles antropológicos, y algunos se encuentran por primera vez en sus *Décadas*: sirva de ejemplo la exposición de la mitología de los indios de la Española, tomada de un librito manuscrito que había compuesto Fr. Román Pane, de la Orden de San Jerónimo, primer catequista de aquellos salvajes; libro que luego insertó á la letra D. Fernando Colón en la biografía de su padre. Esta especie de curiosidad científica realza sobremanera el libro de Pedro Mártir, además del habitual agrado de su estilo, incorrectísimo ciertamente y nada clásico, pero muy suelto, chispeante é ingenioso. Tiene Pe-

dro Mártir, como preceptor y gramático, su representación en la historia del humanismo español, y pudo escribir sin mucha nota de jactancia, aunque en frases de pedantesco y depravado gusto, que habían mamado la leche de su doctrina casi todos los próceres de Castilla (*suxerunt mea litteraria ubera principes Castellae fere omnes*); pero cuál fuese la calidad de esta leche, no poco desemejante de la *lactea ubertas* de Tito Livio, lo están pregonando á voces los mismos escritos de Mártir; y ciertamente que si la severa disciplina de otros maestros indígenas, como los Nebrijas, Barbosas, Núñez y Vergaras, no hubiese llevado el gusto por senderos más clásicos que el de esta latinidad viciada y barroca, que viene á ser el calco de una fraseología moderna, no hubiera emulado ni meaos excedido la España clásica del siglo xvi los esplendores de la Italia del siglo xv.

De todos modos, es harto evidente el servicio que Pedro Mártir hizo á la historia de nuestro más glorioso reinado para que por defectos de forma hayamos de regatearle sus méritos de observador incansable y curioso, no ménos que de abreviador sensato y lúcido. Trabajó, como Bernáldez, sobre papeles del Almirante, y además recogió de la tradición oral

muchas noticias, porque «hablaba con todos y todos se holgaban de darle cuenta de lo que vian y hallaban, como á hombre de autoridad, y él que tenía cuidado de preguntarlo», según dice Fr. Bartolomé de Las Casas. Estaba en Barcelona en 1493, y presenció el triunfal recibimiento de Colón, sobre el cual por raro caso guardan absoluto silencio los documentos de nuestros archivos. El Almirante mismo le escribía de continuo y vivía con él en íntima familiaridad, *intima familiaritate devinctus*, como quien le había conocido aún antes de la toma de Granada. Tuvo, por consiguiente, las mejores ocasiones de informarse: convidaba á los conquistadores á su mesa, los abrumaba á preguntas como un *reporter*, y con el buen juicio que tenía, procuraba separar de sus relaciones la parte de hipérbole y de vanagloria. Algunas veces tropezó, no obstante, por la ligereza con que escribía; otras por falta de conocimientos náuticos (1).

(1) La vida y las obras de Pedro Mártir han sido ampliamente ilustradas en estos últimos años. Véanse, entre otras monografías:

—Schumacher (Herman A.), *Petrus Martyr, der Geschichtsschreiber des Weltmeeres. Eine Studie*. New York: E. Steiger, 1879.

Todos los escritores hasta aquí citados nos dan, con leves variantes, una misma versión de la historia colombina, es decir, la que hicieron correr del Almirante y sus amigos. Si los émulos y adversarios, Boil, Margarit, Roldán, Bobadilla, escribieron algo sobre los mismos acontecimientos á tenor y gusto de sus particulares intereses ó afectos, apenas ha quedado rastro de tales relatos, ni sabemos que historiador alguno los aprovechase, salvo Oviedo y en muy pequeña parte, sólo por comunicación

—Mariéjol (I. H). *Un lettré italien á la cour d'Espagne (1448-1526). Pierre Martyr d'Anghera, sa vie et ses œuvres. Thèse pour le doctoral, présentée à la Faculté des Lettres de Paris.* Paris, Hachette, 1887.

—Gerigk. «*Das Opus Epistolarum des Petrus Martiri*», ein Beitrag zur Kritik der Quellen des ausgehenden 15, und beginnenden 16 Jahrhunderts. Braunsberg, 1881.

—Heidenheimer. *Petrus Martir Anglerius und sein Opus Epistolarum. Ein Beitrag zur Quellenkunde de Zeitalters der Renaissance under Reformation.* Berlin, 1881. 8.º

—Bernays (J.). *Petrus Martir Anglerius und sein Opus Epistolarum.* Strasburgo, J. Trübner, 1891.

Recientemente han comenzado á salir á luz en castellano las *Décadas* de Pedro Mártir, á quien el traductor, por no sé qué extraño capricho ó exceso de cortesía, llama varias veces *D. Pedro Mártir* en su prólogo, lo cual nos suena tan raro como si viéramos impreso el Quijote de *D. Miguel de Cervantes* ó las poesías de *D. Garcilaso de la Vega*.

oral, según da á entender. Pero los dos que ahora vamos á citar, y que en rigor no pueden ser tenidos por apasionados de Colón, ni mucho menos por desafectos, utilizaron documentos de diversa índole, dando con ello nuevo carácter á sus extensas narraciones. Ni uno ni otro son en rigor historiadores primitivos por lo que toca á las cosas del Almirante, pero son los más próximos á los primitivos, y mucho caudal puede y debe hacerse de su testimonio: tenidos en cuenta, no obstante, sus particulares condiciones y los opuestos propósitos que parecen haber guiado sus plumas, hasta hacer al uno antítesis perfecto del otro.

Fué el primero de ellos (y á la vez el más antiguo cronista de Indias) el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cuya vida de monstruosa actividad física é intelectual da la medida de lo que podían y alcanzaban aquellos sublimes aventureros españoles colocados en el umbral de la historia moderna. Antiguo servidor del príncipe D. Juan, del rey de Nápoles D. Fadrique y del duque de Calabria, fué testigo presencial de la toma de Granada, de la expulsión de los judíos, de la entrada triunfal de Colón en Barcelona, de la herida del rey Católico, de las guerras de Italia, de los triun-

fos del Gran Capitán, de la cautividad de Francisco I; y todo lo registró y puso por escrito. No siendo bastante para su curiosidad aventurera el espectáculo maravilloso de la Europa del Renacimiento, volvió los ojos al Nuevo Mundo recientemente descubierto, atravesó doce veces el Océano, conquistó, gobernó, litigó, pobló, administró justicia, disputó con Fray Bartolomé de Las Casas, intervino en explotaciones metalúrgicas, tuvo bajo su mando y custodia fortalezas y gente de armas, se sentó como regidor en los más antiguos cabildos de América, arrostró valerosamente las iras de los gobernantes despóticos y de los magistrados concusionarios, no menos que el puñal de los asesinos pagados; fué veedor de las fundiciones de oro en el Darién; procurador de los intereses de aquella provincia contra el matador de Vasco Núñez de Balboa; gobernador de Cartagena de Indias, alcaide de la fortaleza de Santo Domingo; y con todo esto encontró tiempo en los 79 años de su vida para escribir un libro de caballerías, otro de mística, otro de malos versos, comentados en prosa, y más de veinte volúmenes de historia, todos en folio, por supuesto, y casi todos de cosas vistas por él o que sabía por relación de los que

en ellas intervinieron. Como escribía sin escrúpulos de estilo, y tampoco le embargaba mucho el aparato de la erudición clásica, puesto que, si hemos de creer á su implacable detractor, Fr. Bartolomé de las Casas, «apenas sabía qué cosa era latín, aunque pone algunas autoridades en aquella lengua, que preguntaba y rogaba se las declarasen á algunos clérigos que pasaban de camino por aquella ciudad de Santo Domingo para otras partes»; podía multiplicar sin esfuerzo el número prodigioso de diálogos de sus *Batallas y Quincuagenas* ó de libros de su *Historia General y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, sin poner en ellos más aliño ni orden que el que gastaba en su conversación familiar. ¡Qué inagotable tesoro el de sus recuerdos! ¡Cuánto había vivido y qué ojos tan abiertos para verlo y escudriñarlo todo, y qué memoria tan monstruosa y tenaz para recordarlo! Suele decirse que España es pobre en Memorias y otros libros de historia personal y menuda: la verdad es que hay muchos más de los que se cree, salvo que nadie se cuida de buscarlos ni de imprimirlos ni de leerlos. Sirvan de ejemplo las *Batallas y Quincuagenas* de Fernández de Oviedo, inmenso tesoro de anécdotas, sin el

cual es imposible conocer íntimamente la España de los Reyes Católicos. Y, sin embargo, por no sé qué fatalidad, esta obra yace inédita, al paso que ha logrado ver la luz el indigesto y enfadosísimo fárrago de los *Quincuagenas* (á secas) del mismo Oviedo, confundido malamente con el anterior por muchos críticos, á pesar de ser su valor histórico tan exiguo como inestimable es el de las *Batallas*.

Más afortunada la *Historia general y natural de las Indias* (de cuyos cincuenta libros sólo había llegado á ver impresos el autor los diez y nueve primeros, el vigésimo y parte del último), corre ya íntegra en manos de los doctos desde 1851, en que la Academia de la Historia hizo suntuosa edición de ella, dirigida por el inolvidable historiador de nuestras letras D. José Amador de los Ríos. No hay entre los primitivos libros sobre América ninguno tan interesante como éste. Por lo mismo que Oviedo dista tanto de ser un historiador clásico, ni siquiera un verdadero escritor; por lo mismo que acumula todo género de detalles sin elección ni discernimiento, con afán muchas veces nimio y pueril, resulta inapreciable colector de memorias, que otro varón de más letras y más severo gusto hubiera dejado per-

derse, con grave detrimento de la futura ciencia histórica, que de todo saca partido, y muchas veces encuentra en lo pequeño la revelación de lo grande. En la parte de historia natural, que es muy considerable en su compilación, fué ventaja para Oviedo el ser extraño á la Física oficial de su tiempo, tan apartada todavía de la realidad, tan formalista y escolástica, ó tan supersticiosamente apegada al texto de los antiguos, aun en muchos de los que más se preciaban de innovadores. Poco importaba que tuviese que leer á Plinio en toscano por no poder leerle en su nativa lengua, si, entregado á los solos recursos de su observación precientífica, lograba, como logró, aunque fuese de un modo enteramente empírico, describir el primero la fauna y la flora de regiones nunca imaginadas por Plinio, y fundar, como fundó, la Historia Natural de América. Sus descripciones no son las de un naturalista, pero los naturalistas las reconocen como muy exactas. En la historia civil hay que distinguir lo que Oviedo pudo ver por sí durante sus repetidos viajes y estancias en el Nuevo Mundo, y en esto merece todo crédito; y lo que supo por relaciones de conquistadores y navegantes, más ó menos fidedignos, como él mismo reconoce,

adelantándose al cargo que en esto se le pudiera hacer; «y como solo Dios es el que sabe y puede entender á todos, yo, como hombre, podría ser engañado ó no tan al propio informado como conviene; pero oyendo á muchos, voy conociendo en partes algunos errores, e assi voy é iré enmendando donde convenga mejor distinguir lo que estuviese dudoso ó desviado de lo derecho». Sobre su imparcialidad se ha disputado mucho; es cierto que escribe generalmente con espíritu favorable á los conquistadores, á cuyo número pertenecía, y cuyas increíbles hazañas ejercían natural prestigio sobre su imaginación. Por otra parte, no es de admirar que los hábitos de su vida inquieta y belicosa hubiesen hecho su conciencia moral un poco laxa para juzgar ciertas tropelías y desmanes; pero tampoco debía de tenerla muy turbia cuando vivió y murió pobre en tiempos y lugares en que todo el mundo se enriquecía á río revuelto, y cuando tantas veces hizo llegar hasta el trono de Carlos V las quejas de los humildes, de los abatidos y de los despojados por la insolente tiranía de Pedrarias y sus sucesores en la gobernación de Castilla del Oro. Quien tantas veces aventuró por intereses del bien público su comodidad, su dinero

y hasta su propia vida, mal merece los dictados de «embaydor, hipócrita, inhumano, ladrón, blasfemo y mentiroso», con que sin piedad le flagela su cruelísimo enemigo Fray Bartolomé de las Casas; sólo porque Oviedo se había guardado muy bien de atribuir á los indios aquellas fantásticas virtudes y régimen patriarcal con que liberalmente los adornaba el autor de la *Historia Apologética*, y aun se había burlado de su insensata tentativa de colonización agrícola en Cumaná, y de los *pardos mlites* que allí llevó al degolladero. Oviedo no era ciertamente hombre de gran entendimiento, aunque sí de gran voluntad; ni estaba libre de preocupaciones vulgares y de pasiones violentas, exacerbadas en el rudo tráfago de la vida soldadesca; pero para historiador valía más que Fr. Bartolomé de las Casas, porque siquiera no escribía como éste bajo la obsesión de una idea dominante y tiránica, y podía ser justo hasta sin pretenderlo, pues, como él mismo dice al principio del libro VI: «Poco tiene que hacer en decir la verdad el hombre libre que desea usar della.»

En las cosas de Colón, que trata en los tres primeros libros, se le ha acusado de parcial y sospechoso; más bien debería llamársele ligero

y mal informado. No conoció más que de vista, y siendo muchacho, al Almirante, pero le admiraba tan sinceramente, que deseaba para él una estatua de oro macizo, y de su memoria decía que «no puede aver fin, porque aunque todo lo escrito y por escribir en la tierra perezca, en el cielo se perpetuará tan famosa historia». No obstante, D. Hernando Colón le maltrata por haber recogido sin crítica cuentos vulgares y rumores ofensivos á la prioridad del descubrimiento hecho por su padre. Es Oviedo el primer historiador que consigna la tradición del piloto muerto en casa de Colón, pero la consigna sin darla gran crédito («que esto pasase así ó no, ninguno con verdad lo puede afirmar»), y como «novela que anda por el mundo entre la vulgar gente». Mayor desatino, pero no nacido de inquina contra Colón, sino del empeño tan patriótico como desacordado de buscar nuevos fundamentos al dominio español en Indias, es el querer demostrar con autoridades del falso Beroso y otras fuentes tales, que en tiempos antiquísimos (como unos 3193 años antes del cronista), fueron conocidas las Indias y estuvieron bajo el cetro del fabuloso rey Hespero. Hay, además, en la relación demasiado sucinta y atropellada que Oviedo hace de los

viajes de Colón, notables confusiones de tiempos y lugares, que podía haber remediado sólo con leer más atentamente á Pedro Mártir (si es que sabía bastante latín para entenderle). Pero no por eso es despreciable su testimonio, pues nos conserva una versión que pudiéramos decir popular entre soldados y marineros, favorable á los Pinzones, aunque no hostil sistemáticamente al Almirante. «Vi é hablé (dice Oviedo) á algunos de los que con Colón tornaron á Castilla, assi como al comendador Mossen Pedro Margarite, é á los comendadores Arroyo é Gallego, é á Gabriel de Leon, é Juan de la Vega, é Pedro Navarro, repostero de camas del príncipe D. Juan, mi señor..... A los quales y á otros oí muchas cosas de las desta isla (*La Española*), é de lo que vieron é padescieron, y entendieron del segundo viaje, allende de lo que fué informado dellos é otros del primero camino, assi como de Vicente Yañez Pinzon, que fué uno de los primeros pilotos de aquellos tres hermanos Pinzones..... porque con este tuve yo amistad hasta el año de mil é quinientos é catorce que él murió. É también me informé del piloto Hernan Pérez Matheos, que al presente vive en esta ciudad, que se halló en el primero é tercero viajes que el almirante

primero Don Cristobal Colon hizo á estas Indias. Y tambien he auido noticia de muchas cosas desta isla, de dos hidalgos que vinieron en el segundo viaje del almirante, que hoy día están aquí y viven en esta ciudad, que son Juan de Rojas é Alonso de Valencia, y de otros muchos, que como testigos de vista en lo que es dicho, tocante á esta isla y á sus trabajos, me dieron particular relación. Y más que ninguno de todos los que he dicho el comendador Mos- sen Pedro Margarite, hombre principal de la casa real, y el Rey Cathólico le tenía en buena estimación. Y este caballero fué el que el Rey é la Reyna tomaron por principal testigo, é á quien dieron más crédito en las cosas que acá habian passado en el segundo viaje» (1).

Si es cierto que en historia debe oirse á todos, no hay razón para declarar fábulas y mentira todo lo que en Oviedo no concuerda con las cartas de Colón ó con las *Décadas* de Pedro Mártir. Entre los que informaron á Oviedo había gente querellosa del Almirante, con más ó menos motivo: bueno es saber en qué fundaban sus quejas, aunque seguramente el historiador, llevado de su admiración por el

(1) Libro II, cap. XIV.

grande hombre, las haya atenuado mucho. En rigor, no toma partido ni por el Almirante ni por los Pinzones, pero consigna el dicho de algunos que afirmaban que «Colón se tornara de su voluntad del camino..... si estos Pinzones no le hicieran yr adelante é que por causa dellos se hizo el descubrimiento, é Colon ya ciaba y quería dar la vuelta». «Esto será mejor (añade prudentemente) remitirlo á un largo proceso que hay entre el Almirante y el fiscal real, donde á pro é contra hay muchas cosas alegadas, en lo cual yo no me entremeto; porque como sean cosas de justicia y por ella se han de decidir, quédese para el fin que tuvieren» (1). Basten estas indicaciones para comprender que no debe rechazarse tan á carga cerrada el testimonio de Oviedo en lo que pertenece á Colón, como han pretendido D. Juan Bautista Muñoz y Washington Irving, que en esto le sigue.

Debe, sí, recibirse con prudente cautela; lo mismo que el de Fr. Bartolomé de las Casas, que tuvo mejores materiales para su *Historia general de las Indias*, pero que la hizo sospechosa por causa muy diversa. No es del caso

(1) Libro II, cap. VI.

rehacer la biografía del famoso *Procurador de los Indios*, magistralmente contada por Quintana y amplificada luego con documentos muy curiosos por el Sr. Fabié. La grandeza del personaje no se niega, pero es grandeza rígida y angulosa, más de hombre de acción que de hombre de pensamiento. Sus ideas eran pocas y aferradas á su espíritu con tenacidad de clavos; violenta y asperísima su condición: irascible y colérico su temperamento; intratable y rudo su fanatismo de escuela; hiperbólico é intemperante su lenguaje, mezcla de pedantería escolástica y de brutales injurias. La caridad misma tomaba un dejo amargo al pasar por sus labios. Tal era el feroz controversista á quien los hombres del siglo pasado quisieron convertir en filántropo sensible. Precisamente por no haber sido tal cosa, sino la encarnación misma de la intolerancia, influyó tanto, y triunfó al fin, pasando á nuestra legislación de Indias gran parte de su espíritu. El tono de su polémica humanitaria estaba al nivel de la barbarie de los más atroces encomenderos y devastadores de Indias. Pudo tener disculpa entonces, porque á grandes males, heroicos remedios; pero divulgados sus memoriales por medio de la imprenta y ávidamente leídos fuera

de España, no parecieron ya testimonios de celo tan piadoso como acre, sino actas de acusación y libelos sanguinarios, aptos para ser exornados, como en Holanda y en Francia lo fueron, con truculentas estampas de suplicios, sirviendo el texto y sus innumerables glosas de pasto y regalo á todos los enemigos del nombre español, hasta nuestros días. Podrá no haber salido de su pluma, sino de la de Fray Bartolomé de la Peña, ó de algún otro fraile de su orden, el monstruoso delirio de la *Destrucción de las Indias*; pero con imprimirle y darle su nombre le hizo moralmente suyo, haciendo pagar bien cara á su patria la gloria de haber engendrado á tal filántropo. Biógrafo tan poco sospechoso como Quintana, tiene por el error más grande de Las Casas la publicación del tal tratado, en que manifiestamente deshonoró la justicia de su causa poniendo á su servicio «las artes de la exageración y de la falsedad; abultando enormemente, hasta dar en manifiestas contradicciones, los cálculos de población y de estrago, y valiéndose sin escrúpulos de todos los cuentos que le venían á la mano adoptados por la credulidad, y aun quizá á veces sugeridos por su fantasía». Las Casas era un sectario, admirable por la terquedad, por

el brío y por el desinterés perfecto, y como tal sectario procedía con absoluta buena fe, aun en sus mayores aberraciones. Así le vemos exagerar fantásticamente las grandezas de la civilización del Nuevo Mundo en la *Apologética Historia*, con encomios que resultan risibles en un hombre que había alcanzado los mejores días del Renacimiento, aunque el Renacimiento no hubiese penetrado en él, dejando intacta su bravía naturaleza de fraile de la Edad Media. Ni el fracaso sangriento de su utopía de Cumaná bastó á abrirle los ojos respecto á lo que podía esperarse de la colonización pacífica y meramente espiritual, ni á sus adversarios hizo nunca la concesión más mínima, antes los persiguió por todos medios, no contentándose con refutarlos, sino oponiéndose á la divulgación de sus escritos, como lo logró respecto del *Democrates alter* del elegante Dr. Sepúlveda, más aristotélico sin duda que teólogo, y cuya doctrina en esta parte, negando á la barbarie todo derecho contra la civilización, algún parecido tiene con la moderna selección sociológica, que declara forzoso é ineludible el vencimiento de las razas inferiores en la lucha por la existencia. En esta lucha científica tuvo Las Casas de su parte á

los más grandes teólogos españoles, y no hay duda que estaba en lo cierto al combatir el principio pagano de la esclavitud natural, aunque en otras cosas meramente políticas y humanas tuviese más razón Sepúlveda y demostrase más talento filosófico que él. Pero las distinciones que Fr. Bartolomé de Las Casas no hacía nunca, hiciéronlas después sus hermanos de hábito Francisco de Victoria y Domingo de Soto, no menos que el insigne jesuita José de Acosta, llegando á una doctrina verdaderamente racional y cristiana, que dejaba á salvo la libertad natural de los indios y aun su libertad política, sin negar por eso los legítimos títulos de la navegación, del comercio, de la propaganda civilizadora y hasta de la guerra, que, siendo justa, no es más que una realización del derecho.

Error sería juzgar por los escritos apologéticos de Las Casas, únicos que hasta nuestros días han corrido impresos, del valor de la *Historia general de Indias*, que él dejó manuscrita en el colegio de San Gregorio de Valladolid, con encargo de que no se publicase sino cuarenta años por lo menos después de su muerte: encargo tan escrupulosamente cumplido, que no sólo cuarenta años, sino más de trescientos

han corrido hasta que aquellos tres enormes volúmenes han encontrado lugar en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España* (tomo LXII á LXVI). Esta obra, tal como la tenemos, abarca mucho menos espacio que la de Oviedo, puesto que termina en 1520; pero, salvo las declamaciones inseparables del estilo y condición de su autor, y salvo también el ser un libro de tesis, lo cual de ningún modo se oculta ni disimula, merece mucho más crédito en lo tocante á la vida de Colón y á los primeros descubrimientos, porque el obispo de Chiapa tuvo la fortuna de beber en las mejores fuentes, como quien tuvo á su disposición gran número de papeles del Almirante mismo, de su hermano el Adelantado D. Bartolomé Colón y de su hijo D. Fernando, sin duda cuando los libros de éste se hallaban todavía depositados en San Pablo de Sevilla. Va fundada, pues, la mayor parte de su narrativa en documentos originales, copiados unos á la letra y extractados otros, entre ellos el Diario del primer viaje, la relación del tercero, y un libro muy semejante, ya que no idéntico, al que con nombre de D. Fernando Colón se imprimió luego en Venecia. Domina en Fr. Bartolomé un espíritu más benévolo y generoso con el Almirante y

sus hermanos, que el que comunmente aplicaba á los conquistadores; pero no deja de hacerlos responsables del origen de muchas calamidades que luego sobrevinieron, mostrando en todo esto más imparcialidad que de costumbre, sin duda porque esta vez la ardiente admiración por el grande hombre triunfó de la antipatía con que miraba Fr. Bartolomé toda conquista, y casi casi el descubrimiento mismo de las nuevas tierras occidentales, como primera ocasión de los crímenes en ellas perpetrados.

Es, pues, la historia de Las Casas la más exacta y puntual de todas las antiguas en lo tocante á la vida de Colón, si bien dista mucho de ser un monumento literario, porque fray Bartolomé escribía tan mal ó peor que Oviedo, sin el desenfado soldadesco y bizarro de éste, y, al contrario, con todo el aparato de una erudición pedantesca, unida al mayor desaliño, á la prolijidad más fastidiosa, y á un latinismo revesado, que recuerda el de los malos prosistas del siglo xv, en que él se educó, y de cuyos resabios, acrecentados por el mal gusto de la palestra escolástica, no llegó á desprenderse nunca, á pesar de que su larguísima vida de noventa años le permitió ser espectador de la total renovación de los estudios y del gusto li-

terario en el siglo XVI. Pero á todo permaneció extraño, preocupado con aquella idea fija de la cual fué servidor y apóstol caluroso y convencido, ya que no elocuente. Sus libros ganaron mucho al pasar por manos del cronista Antonio de Herrera, que los explotó muchas veces á la letra y con poca conciencia, pero mejorándolos siempre en cuanto al estilo, y purgándolos de digresiones, latinajos é invectivas. Tal servicio hubiera sido más de agradecer si Herrera hubiese reconocido con toda sinceridad cuál era la verdadera fuente de sus noticias.

Apenas merece lugar entre los cronistas de Indias el grande adversario de Las Casas, Juan Ginés de Sepúlveda, tan insigne y memorable en otros ramos de literatura; ni trae novedad alguna lo que muy sumariamente escribió de Colón en el libro primero de los siete que compuso *De rebus Hispanorum gestis ad Novum Orbem*, los cuales permanecieron inéditos hasta 1780, en que los dió á luz la Real Academia de la Historia, en el tomo III de las *Obras* de su autor. Sepúlveda no hizo más que compendiar en buen latín lo que había escrito Oviedo. Su vocación no era la de historiador, ni sus estudios de toda la vida le llevaban por tal camino, y además cuando hizo esta suma

de las cosas de América estaba viejo, desmemoriado y flojo, lo cual se trasluce en el estilo mismo, que, con ser bueno, porque Sepúlveda no podía escribir mal, no es de lo mejor suyo, y resulta por todo extremo inferior al de sus tratados filosóficos, en que arrebató la palma á todos los *peripatéticos clásicos* de Italia, así como en la pureza, número y elegancia de la dicción latina rayó tan alto como los más pulcros y refinados ciceronianos.

Literato de cultura clásica como Sepúlveda, y excelente escritor en lengua vulgar, fué el capellán de Hernán Cortés, Francisco López de Gómara, hombre, además, de ingenio agudo, de espíritu un tanto escéptico y mordaz, y de no vulgares conocimientos astronómicos y geográficos. Con estas dotes compuso su libro de la *Hispania Victrix ó Historia general de las Indias* (1552), á la cual sirve de segunda parte la *Conquista de Méjico*. Para esta tuvo buenas noticias, derivadas del propio Hernán Cortés, á cuya glorificación consagró su pluma, no sin algún detrimento de la fama debida á sus compañeros, suscitando con esto las quejas y reclamaciones de Bernal Díaz del Castillo, que de resultas escribió su *Verdadera Historia de la Conquista de Nueva España*, más verí-

dica, sin duda, aunque menos literaria que la de Gómara, y no exenta de un género de parcialidad contrario al que en éste censura. Por lo tocante á los primeros descubrimientos, Oviedo fué su principal fondo, con lo cual dicho se está que no añade nada nuevo, salvo tradiciones y rumores vulgares, de origen obscuro y de poco fundamento, dando, v. gr., por historia averiguada el cuento del piloto que murió en casa de Colón y le dejó sus papeles. Pero lo que llama la atención en el libro de Gómara no es tanto lo que cuenta y expone, cuanto la manera de contar y exponer, que es enteramente moderna, así por el orden, amenidad y lucidez, cuanto por la sencillez elegante, la concisión sin obscuridad y un modo maligno y rápido de presentar las cosas, que recuerda más de una vez la causticidad nerviosa de los breves capítulos del *Ensayo* de Voltaire sobre las costumbres de las naciones. Literariamente es Gómara uno de los mejores historiadores que tuvimos, y nada le faltaría para la perfección si hubiese sido tan cuidadoso de la verdad histórica como lo fué de hacer alarde de su limpia dicción y picantes agudezas.

Aquí se coloca por la fecha de su publicación un libro de origen algo obscuro y problemático,

y que para unos es piedra angular de la historia del Nuevo Mundo, mientras que otros le desdennan como una torpe falsificación. Bien se entiende que aludimos á las *Historie del Signore D. Fernando Colombo; nelle quali s' ha particolare, e vera relatione della vita è de' fatti dell' Ammiraglio D. Cristoforo Colombo suo padre...*, nuovamente di lingua spagnola tradotte nell' Italiana dal Sign. Alfonso Ulloa, por primera vez impresas en Venecia, en 1571, treinta y dos años después de la muerte de su autor presunto. El original castellano no parece, y cuando á principios del siglo pasado el consejero de Indias González Barcia quiso incluirla en su colección de *Historiadores primitivos de Indias*, tuvo que retraducirla, por cierto con poca fortuna, que todavía ha empeorado en una reimpresión novísima.

Las *Historias* de D. Fernando pasaban sin contradicción por documento original y fidedigno (salvo algunos escrúpulos de D. Bartolomé Gallardo) hasta que el autor de la *Biblioteca Americana Vetustissima*, en un libro publicado en 1871 por la Sociedad de Bibliófilos de Sevilla, no solamente insinuó graves dudas, sino que llegó á aventurar la especie de ser la obra entera una superchería. No eran leves á

la verdad los fundamentos en que HARRISSE apoyaba su inaudita paradoja. Don Fernando Colón, el patriarca de los bibliófilos modernos, tan cuidadoso de sus propios libros y de los ajenos, no consigna ni en los *Registros* ni en los *Abecedarios* de su biblioteca semejante manuscrito, al paso que hace memoria de otros debidos á su ingenio, y al parecer menos importantes por sus asuntos, tales como un cancionero de sus versos (*ryhmi et cantilenae manu et hispanico sermone scripti*) y el titulado *Colón de Concordia*. Por el contrario, se encuentra en más de uno de estos catálogos la designación de una vida de Cristóbal Colón escrita por el maestro Hernán Pérez de Oliva (1), de la cual ninguna noticia parece haber logrado su sobrino Ambrosio de Morales; y ¿quién sabe si sería la misma que puso en italiano el traductor ambidextro Alfonso de Ulloa, que ya había llevado á la misma lengua el *Diálogo de la Dignidad del Hombre* del propio Hernán Pérez de Oliva? Por otra par-

(1) *Ferdinandi Perez de Oliva tractatus manu et hispano sermone scriptus de vita et gestis D. Christophori Colon primi Indiarum Almirantis: aris Oceani dominatoris. (Registrum B.)*

te, el D. Fernando que se dice autor de las *Historie* empieza por no saber á punto fijo dónde nació su padre, y apunta hasta cinco opiniones: cuenta sobre su llegada á Portugal fábulas anacrónicas é imposibles, y finalmente hasta manifiesta ignorar el sitio donde yacen sus restos, puesto que los da por enterrados en la Iglesia Mayor de Sevilla, donde no estuvieron jamás.

Todos estos argumentos, unidos al silencio de los contemporáneos y aun de los mismos familiares de D. Fernando, parecían de gran fuerza; pero de pronto vino á quitársela el conocimiento pleno de la *Historia general de las Indias* de Fr. Bartolomé de las Casas, donde no sólo se encuentran capítulos sustancialmente idénticos á los de las *Historie* (coincidencia que en rigor nada probaría sino la existencia de un texto anterior, fuese del maestro Oliva ó de cualquier otro), sino que se invoca explícitamente el testimonio de *D. Fernando Colón en su Historia* para cosas que realmente constan con las mismas palabras en el libro publicado por Alfonso de Ulloa. No hay duda, pues, que Fr. Bartolomé de las Casas disfrutó un manuscrito de la biografía de Cristóbal Colón por su hijo, muy seme-

jante, si no idéntica, á la que hoy conocemos, dejados aparte los errores materiales del traductor Ulloa y del tipógrafo italiano, y quizá también algunas desacertadas enmiendas, adiciones y supresiones, que hubo de permitirse Ulloa, ó D. Luis Colón, ó alguna de las varias personas por cuyas manos corrió este desventurado manuscrito. El mismo HARRISSE, que no llevó la mejor parte en sus controversias sobre este punto con D'Avezac, Peragallo y otros, ha modificado mucho sus conclusiones en esta parte, y hoy no niega la existencia de una antigua historia de Colón atribuída á don Fernando, y cuyo autor habla como testigo presencial del cuarto viaje.

Pero esta *Historia* ha llegado á nosotros en tal estado de corrupción, que es muy difícil sacar fruto de ella sin someterla antes á un examen riguroso de fechas y nombres, y hacer de ella una edición crítica, lo cual sería sin duda más valioso servicio que el que pueden prestar tantas polémicas verbosas y apasionadas. Que sea de D. Fernando ó de Hernán Pérez de Oliva, ó de cualquier otro, nada importa para el valor de casi todo lo que en ella se contiene, puesto que está sustancialmente conforme con los diarios, cartas y otros escritos

del Almirante que por fortuna poseemos, y que el autor, quien quiera que fuese (¿y quién más abonado que su hijo?), tuvo á su disposición y extractó y aprovechó, como antes y después de él lo hicieron otros muchos. Pero la duda empieza en aquellas cosas que ningún biógrafo anterior consigna, y que sobre la fe de D. Fernando Colón vienen admitiéndose, así en lo tocante á los primeros años de D. Cristóbal, en que el biógrafo controvertido parece haber estado tan á obscuras como nosotros ó más; cuanto en lo tocante á las relaciones de Colón con el Gobierno de Castilla, en que se hace eco de una tradición, que pudiéramos decir *de familia*, manifiestamente hostil al Rey Católico. Con este libro comenzó á formarse lo que ahora llaman la *leyenda colombina*, y por eso es el principal baluarte de los que la defienden, así como el principal blanco de los tiros de los que la atacan. Notorio es, sin embargo, que la tal leyenda ha sido pródigamente enriquecida por la imaginación de los panegiristas posteriores; y así no hay rastro, por ejemplo, en el libro de D. Fernando, del supuesto matrimonio clandestino del Almirante con Beatriz Enríquez, cosa que de cierto no habría omitido, si buenamente hubiera po-

dido prestar tan importante servicio á la memoria de su pobre madre.

Con la tardía publicación de estas *Historie* se cierra propiamente el período *vetustísimo* ó primitivo de la bibliografía colombina. En adelante no encontramos más que ficciones poéticas, como las de Juan de Castellanos en sus *Elegias de varones Ilustres de Indias* (1589), ó repeticiones más ó menos disimuladas de las antiguas crónicas, sobre todo cuando éstas eran inéditas. Antonio de Herrera Tordesillas, que tuvo á la vista grandísima copia de documentos originales, hubiera podido y debido hacer más de lo que hizo; pero en vez de seguir el ejemplo de los Zuritas y Morales, buscó senda más breve y apacible, y se redujo, á ejemplo de Mariana, á poner en orden y estilo lo que otros habían ya consignado por escrito. Fr. Bartolomé de las Casas y Pedro Cieza de León fueron sus principales tributarios, y de uno y otro tomó libros enteros, con leve diferencia de palabras. Quien haya leído la *Historia de Indias* del obispo de Chiapa y la *vida del Almirante* atribuida á D. Fernando Colón, poca ó ninguna novedad encontrará en las primeras *Décadas de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, que Herrera di-

vulgó por la prensa en 1601. Es cierto, sin embargo, que, como hombre de discreción y gran juicio, mejoró casi siempre los originales de que tan libremente se servía, mereciendo con ello la loa de compilador metódico y elegante, fácil y agradable de leer siempre, útil hoy mismo, y utilísimo cuando se desconocían los documentos originales.

II.

En Herrera se aprendió la historia de Indias, durante los siglos xvii y xviii, así en España como fuera de ella, y apenas tuvieron otro texto para la parte *positiva* de sus obras los escritores de la escuela enciclopédica, que, por lo demás, repitieron y exageraron con empalagosa filantropía los tópicos predilectos de Fr. Bartolomé de las Casas. Un libro ruidosísimo entonces, y hoy de nadie leído, la *Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias* (1771), obra que lleva el nombre del abate Raynal, pero en la cual parecen haber colaborado varios amigos suyos, tales como Diderot y el Barón D'Hol-

bach, puede considerarse como el resumen enfático y pedantesco de toda esta literatura de indios y negros *sensibles*, que tuvo en el teatro y en la novela manifestaciones tan soporíferas como la *Alcira* de Voltaire y *Los Incas* de Marmontel. Proscrita la obra de Raynal por el Parlamento de París y por la Inquisición española, logró aquella boga transitoria que fácilmente obtienen las cosas prohibidas, y aun en España encontró apasionados, uno de los cuales, el Duque de Almodóvar, nuestro embajador en Londres, llegó hasta ponerla en lengua castellana con algunas enmiendas y supresiones, encaminadas á desarmar la vigilancia de la censura (1).

Sería grave injusticia confundir el nombre respetable de Robertson con el de tan fanático y frenético declamador como el Abate Raynal. Claro es que los españoles no podíamos esperar imparcialidad perfecta de un escocés y ministro

(1) *Historia política de los establecimientos ultramarinos de las naciones europeas*. Madrid, por D. Antonio de Sancha, 1784. El traductor se ocultó con el anagrama de *Eduardo Malo de Luque*. Sólo se publicaron los cinco primeros tomos, relativos á la India Oriental. La parte de América no llegó á ver la luz pública, por haber fallecido el Duque en 1791.

de la Iglesia presbiteriana; pero el candor y sinceridad del Dr. Robertson, la moderación de su ánimo y el templado criterio que siempre ha distinguido á la escuela de Edimburgo, resplandecen en su *Historia de América* y en la de *Carlos V*, no menos que la modesta elegancia del estilo, y la información vasta, y bebida por lo general en las mejores fuentes impresas, puesto que no habiendo salido de su país, apenas tuvo acceso á otro género de papeles. No es historiador tan grande como en su tiempo le creyeron: Hume le aventaja en talento político: Gibbon en erudición profunda y segura: Voltaire en rapidez de comprensión y en gracia narrativa. Pero es historiador honrado y sincero, á diferencia de Hume, que es un historiador de partido, y de Voltaire y Gibbon, que son sectarios anticristianos. La *History of the Discovery and settlement of America* (1777) es un compendio nutrido y bien hecho, cuyo plan hoy mismo merecería alabanza y podría adaptarse á los estudios nuevos. De las fuentes conocidas hasta su tiempo no se le ocultó ninguna importante: lo que dice de Colón está fundado en los testimonios de su hijo, de Oviedo, de Pedro Mártir Anglería, de Gómara y de Fray Bartolomé de las Casas visto á través de Anto-

nio de Herrera. Disfrutó además una copia manuscrita de la Crónica del Cura de los Palacios. De todo ello resultó un relato, no tan animado y brillante como hoy quisiéramos y parece que la materia exigía, sino clásicamente correcto y algo frío, con aquella falta de comprensión del paisaje y del accidente pintoresco, que deja, por decirlo así, *sin ambiente* las mejores historias del siglo pasado.

El libro de Robertson, cuya reputación fué inmensa y en parte merecida, sirvió de base á todas las biografías de Colón que en diversas lenguas se publicaron desde fines del siglo pasado, con intentos de vulgarización popular, mereciendo entre todas ellas la palma la que compuso para lectura en las escuelas elementales el benemérito institutor alemán Campe, anovelando á gusto de los niños la historia ya tan novelesca del descubrimiento, en el género y estilo de su *Nuevo Robinsón*, que tan lindamente tradujo nuestro D. Tomás de Iriarte. Uno y otro libro deben contarse entre los mejores de la difícilísima literatura infantil, y de su popularidad nunca menguada dan testimonio innumerables ediciones en todas las lenguas de Europa hasta el día presente.

En España, donde las ideas del siglo XVIII

contaban gran número de partidarios, más ó menos resueltos, entre los literatos y en las clases aristocráticas; la obra de Robertson, inspirada en sentimientos de humanidad y tolerancia manifestados libremente, pero con notable templanza de expresión y con sentido cristiano más bien que enciclopedista (á lo cual se añadía el estar casi inmune de aquellas atroces injurias contra el nombre español, que eran la principal salsa de la retórica del abate Raynal, sólo comparable en esto con los modernos Buckle y Draper), no podía menos de obtener la acogida más lisonjera. La Inquisición, que ya no era entonces más que sombra de sí misma, la puso en el Índice por mera fórmula; pero esto no fué más que un nuevo incentivo para que se leyera: y en cambio la Academia de la Historia, donde era entonces omnipotente la influencia de su Director Campomanes, envió á Robertson, con las más honoríficas expresiones, el título de socio correspondiente; le felicitó por sus desvelos en pro de nuestra historia nacional, y, si hemos de creer á los biógrafos de Robertson, encargó á uno de sus miembros la traducción de la obra, corrigiéndola y adicionándola en todo lo que fuera menester.

Tal proyecto no llegó á realizarse, pero fué

sustituído con otro de mucha mayor utilidad, y más honroso para España. Por real cédula de 17 de Junio de 1779, dos años, como se ve, después de la aparición del libro de Robertson, confió el gobierno de Carlos III á D. Juan Bautista Muñoz (no sin recia oposición de la Academia de la Historia, que quiso hacer valer su privilegio eminente de cronista de Indias) el encargo de escribir una Historia del Nuevo Mundo, para lo cual se le abrieron de par en par las puertas de todos los archivos, dándole extraordinarias facilidades y cuantiosos auxilios para llevar á término tan colosal empresa. Grande debía de ser el crédito literario de Muñoz y muchos y muy poderosos sus valedores cuando pudo obtener un género de protección tan eficaz y desusado, puesto que, á pesar de su título oficial de cosmógrafo de Indias, los pocos escritos que hasta entonces había publicado, aunque notables en su género, trataban de asuntos mil leguas apartados de la historia de América y aun de toda historia, y más que de entendido en cosmografía y en náutica, le acreditaban de elegantísimo humanista y de partidario vehemente de la reforma de los estudios conforme al método y tendencia de lo que entonces se llamaba *filosofía eléctrica*, la cual

tenía en la Universidad de Valencia, de donde él procedía, sus más aventajados expositores y secuaces desde los tiempos del P. Tosca y del médico Piquer. Era, pues, conocido el nuevo cosmógrafo por obras tan ajenas de su profesión como sus controversias teológicas con el Padre Pozzi, sus prefacios á las obras latinas de Fray Luis de Granada, y sus oraciones contra el peripatetismo degenerado de los escolásticos y sobre la recta aplicación de la moderna filosofía á las disciplinas teológicas; todo lo cual prometía un continuador de la obra crítica de Vives y de Melchor Cano, más bien que un explorador de los archivos del Consejo de Indias y de la Casa de Contratación. Pero era Muñoz (á quien todavía no se ha hecho bastante justicia) uno de aquellos hombres de superior entendimiento que, guiados por altos principios de crítica general, saben aplicarlos oportunamente á cualquier materia que traten, y salir airosos de ella, aunque no haya sido objeto principal de sus estudios. Bien le conocían los que le dieron el encargo. No sabemos si antes se había despertado en él la vocación histórica; pero sabemos que fué historiador desde el punto y hora en que quiso serlo. Comenzó por aplicar á las investigaciones históricas el sistema de la

duda metódica, que en filosofía profesaba, y sin desdeñar las crónicas, no les dió más valor que el secundario y relativo que pueden tener cuando existen en tanta copia los documentos originales. Pero de Muñoz y de sus tareas como colector, y de los méritos del único volumen publicado de su *Historia del Nuevo Mundo* (1793) (1) ya hemos escrito antes de ahora, y no queremos repetirnos. Ese volumen, que termina con los preparativos de la misión de Bobadilla, es sin disputa el mejor trozo de prosa castellana de aquel tiempo, á excepción de algunos escritos de Jovellanos. Como obra histórica, tiene el inconveniente, no sólo de estar muy incompleta, sino de carecer de todo género de documentos y notas justificativas; no porque el autor pretendiera ser creído bajo su palabra, sino porque reservaba sus pruebas para el fin del segundo tomo, que afortunadamente existe, á lo menos en su mayor parte, y que bien merecía ser publicado por sus méritos de estilo, pues aunque su contenido no ofrezca novedad después de las colecciones de Navarrete, siempre completará la biografía más clásica y mejor escrita que en castellano

(1) Reimpreso en Hamburgo por C. Muller en 1793.

tenemos del Almirante. Yo, por mi parte, no la cambiaría por ninguna de las extranjeras, aunque reconozco de buen grado que Muñoz procede demasiado rápidamente y exige mucha atención para ser bien comprendido: que en la introducción ó libro primero, que contiene el resumen de la antigua geografía, de los primeros viajes y del aspecto general del continente americano, con algunas consideraciones sobre la influencia de aquel descubrimiento en la historia del mundo, sigue demasiado servilmente las huellas de Robertson, y hubiera podido ser menos superficial sin detrimento de la elegancia; así como en las cuestiones obscurísimas relativas á la vida de Colón antes de las capitulaciones de Santa Fe, corta demasiado fácilmente el nudo, pasando casi de largo por este período de la vida de su héroe, aunque algo se sabe de positivo más que lo que él dice, y sobre otras cosas, caben verosímiles conjeturas, de que no ha de prescindir tan en redondo el historiador que procure llegar á la verdad por todos los medios concedidos á la limitación del racional discurso.

Con la riquísima colección de Navarrete, publicada en 1825, se abre nuevo período en estos estudios, si bien ya los pocos documentos del

Códice Colombo-Americano habían suscitado algunos trabajos de dudoso valor y poca trascendencia, como el de Bossi en 1818, donde rebosa el odio más ciego contra España, unido á una tan crasa ignorancia de nuestras cosas, que le hace poner en Madrid la corte de los Reyes Católicos, y confundir el reino de Granada con el de Navarra.

Tales desafueros no eran posibles ya después de la *Colección de Viages y Descubrimientos*, á la cual empezaron á acudir, como á fuente purísima, cuantos querían saber á ciencia cierta lo que por tanto tiempo habían embrollado la fantasía y la calumnia. Dos escritores *yankees*, dotados los dos de singular talento de estilo, y de no menor entusiasmo por las cosas de España; historiadores *románticos* en el buen sentido de la palabra, esto es, discípulos de la escuela pintoresca de Thierry y de Barante, que ha vuelto á convertir la historia en una maravillosa obra de arte, fueron los primeros en explotar aquel tesoro, con el mismo ingenio y amenidad que antes y después aplicaron á la restauración de otros períodos de nuestra historia. Pero William Prescott sólo pudo tratar de las cosas de Colón por incidencia en algunos capítulos de su *History of Ferdinand and Isa-*

bella, obra tan sólida como deleitable; al paso que Washington Irving le dedicó un libro entero en su conocidísima *Life of Columbus*, á la cual puso término en Madrid, en 1827, siendo gallardamente traducida al castellano, en 1834, por D. José García Villalta, tan conocedor de la lengua inglesa como de la propia. Irving distaba mucho de valer como historiador lo que valía Prescott: no juntaba, como éste, la erudición al arte: era más bien un narrador poético, un historiador anovelado, en quien se reconoce siempre al autor de los *Cuentos de la Alhambra*. Su *Crónica de la Conquista de Granada*, por ejemplo, es una especie de libro de caballerías, histórico en su fundamento y en sus rasgos principales, pero lleno de pormenores fantásticos y de pura invención: obra, en suma, que parece un retoño póstumo de las *Guerras civiles* de Ginés Pérez de Hita ó de la crónica de Abulcacim Tarif Abentarique, parto de la fértil imaginativa del morisco Miguel de Luna. Pero la *Vida de Colón* es cosa muy distinta; y sin dejar de ser uno de los libros más agradables y de más fácil é interesante lectura que pueden encontrarse, es al mismo tiempo un trabajo histórico serio, en que el autor, conteniendo en razonables límites

la lozanía de su pluma, ha tenido el buen gusto de no añadir accesorios fabulosos á una realidad que por sí misma es más poética que cualquiera fábula. La novela estaba dada en los hechos mismos, y Washington Irving no tenía más que contarla, lo cual hizo de un modo superior á todo elogio, sacando el jugo á los documentos publicados por Navarrete, y concordándolos con las historias impresas y manuscritas, que disfrutó casi en su totalidad, puesto que Navarrete le ayudó generosamente con sus consejos y con sus libros, y tuvo además libre acceso á la Colección Muñoz y á otras particulares. Merece, pues, respeto la erudición de Irving, por más que no hiciera de ella ostentación y aparato, que hubiera sido impertinente en un libro popular, en una obra de arte; y así por esto, como por el buen juicio que generalmente muestra en las cuestiones dudosas, y por la singular belleza de su estilo descriptivo y narrativo, y por lo mucho que amó á España y contribuyó á hacer amables las cosas españolas, le debemos un dulce recuerdo y la justicia de reconocer que, tomada en conjunto su biografía de Colón, no ha sido superada todavía, y es la que principalmente debe recomendarse á los hombres de mundo y

á los aficionados; aunque, por nuestra parte, encontramos superior aun, en interés y en fuerza poética, su libro de los *Compañeros de Colón*, que viene á ser una segunda parte. Hoy desgraciadamente no suelen escribirse libros de este género; pero la mayor parte de los que peroran contra la historia dramática y pintoresca no hacen con ello más que una tácita confesión de su impotencia.

Es evidente, sin embargo, que la curiosidad científica no puede totalmente satisfacerse con tales libros, por más esfuerzos que el autor haga para mantener en equilibrio los derechos de la historia y los de la fantasía. Así es que, tras del libro de Irving, vino otro de muy distinto carácter, y en el cual, sobre la misma base de los documentos de Navarrete, se entra en todas aquellas minuciosas discusiones de geografía física y de astronomía náutica, que el elegante narrador norteamericano había esquivado, ya por falta de competencia, ya en obsequio á la armonía artística de su obra. Era autor del nuevo libro, que sin disputa es el más importante de cuantos se han consagrado á la historia del descubrimiento, aquel insigne varón, gloria de la ciencia moderna, cuyos límites de tantas maneras ensanchó, llevando como de frente

todos los conocimientos humanos, y haciendo servir los unos de ilustración y complemento á los otros: hombre familiarizado además no ya solo con la erudición americana, sino con todos los accidentes físicos del territorio, que largamente había explorado con el martillo del geólogo y con el teodolito del geodesta. Era Alejandro Humboldt, en suma, que después de haber escrito los *Ensayos sobre Nueva España y Cuba*, la *Relación del Viaje á las regiones ecuatoriales* y los *Monumentos de los pueblos de indígenas de América*, coronaba en 1836 sus trabajos americanos con el *Examen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente y de los progresos de la Astronomía Náutica en los siglos XV y XVI*, publicado primero en lengua francesa y puesto luego en alemán por Ideler. Nunca he comprendido por qué este *Examen*, que apenas trata más que de cosas españolas, y que á los españoles interesa más que á nadie, es tan poco leído entre nosotros, como si estuviéramos tan sobrados de libros que hiciesen justicia á la cultura de nuestros antepasados y á la grandeza de su misión histórica (1). Por otra parte, es imposible hacer con

(1) A nadie estorba saber, por ejemplo, que, según

fundamento la historia de América sin partir de este preámbulo grandioso, que desgraciadamente quedó incompleto, faltando, entre otras cosas, la historia de los orígenes y progresos de la astronomía náutica, que Humboldt anuncia varias veces, y de cuya importancia puede juzgarse por las muchas indicaciones que va sembrando en todo el curso de la obra. La cual, en el estado en que quedó, puede considerarse dividida en tres secciones: 1.^a causas científicas que prepararon y trajeron el descubrimiento de Nuevo Mundo; 2.^a pormenores relativos á la vida y carácter de Colón; 3.^a estudio sobre los viajes verdaderos ó supuestos de Américo Vespucio y sobre la cronología de

Humboldt (t. I, pág. 5), «los gérmenes de las verdades físicas más importantes se encuentran muchas veces en los escritores españoles del siglo XVI. Al aspecto de un nuevo continente, prosigue, aislado en la vasta extensión de los mares, se les presentaron la mayor parte de las cuestiones importantes, que todavía hoy nos preocupan, sobre la unidad de la especie humana y sus desviaciones de un tipo primitivo; sobre las emigraciones de los pueblos, la filiación de las lenguas, más desemejantes muchas veces en las raíces que en las flexiones ó formas gramaticales; sobre la emigración de las especies vegetales y animales; sobre la causa de los vientos alisios y de las corrientes marinas; sobre el decrecimiento del calor en la rápida pendiente de las cordilleras y en la profundidad del Océano; sobre la reacción de los volcanes unos sobre otros y la influencia

los primitivos descubrimientos de los españoles en el Nuevo Mundo. ¡Lástima que este inapreciable *Examen*, donde lo de menos es la erudición inmensa y segura, y lo de más las intuiciones geniales y los puntos de vista enteramente nuevos, tenga, como otros muchos libros alemanes, ciertos defectos de composición, que indudablemente han perjudicado á su popularidad; comenzando por el título mismo, que es demasiado general y no da idea exacta del contenido, y prosiguiendo con la ausencia de toda división de capítulos; con la intercalación, no siempre justificada, de larguísimas digresiones; y con cierto desorden de método que lleva muchas veces á las notas lo más impor-

que ejercen sobre los temblores de tierra. De esta época datan el progreso y perfeccionamiento de la geografía y de la astronomía náutica, de la historia natural descriptiva y de la física general del globo.» Esta página de Humboldt está repetida casi textualmente en el *Cosmos*, donde añade: «El fundamento de lo que se llama hoy *física del Globo*, dejando aparte las consideraciones matemáticas, está contenido en la obra del jesuíta José Acosta intitulada *Historia Natural y Moral de las Indias*, así como en la de Gonzalo Fernández de Oviedo, que apareció veinte años solamente después de la muerte de Colón. En ninguna otra época, desde la fundación de las sociedades, se había ensanchado tan prodigiosa y súbitamente el círculo de ideas, en lo tocante al mundo exterior y á las relaciones del espacio. Nunca se había sentido tan viva-

tante y lo que debiera ser materia principalísima del texto!

La parte relativa á los precedentes científicos del descubrimiento nadie la ha tratado con tanto aplomo y seguridad como Humboldt, y nadie más abonado para tratarla. De su luminoso análisis resulta claro que Colón, sin ser propiamente un sabio, distó mucho de arrojarle á su empresa como un fanático temerario, ni menos como un apóstol divinamente inspirado, según Roselly sueña. Es cierto que el mismo Colón, para hacer mayor por el contraste la grandeza de su descubrimiento, se llamó en alguna parte *lego marinero, non docto en letras y hombre mundanal*, llegando á afirmar que *para la ejecución de la empresa de las Indias no le aprovechó razón, ni matemática,*

mente la necesidad de observar la naturaleza en latitudes diferentes y á diversos grados de altura sobre el nivel del mar, ni de multiplicar los medios con ayuda de los cuales se la puede forzar á la revelación de sus secretos.» (T. II del *Cosmos* en la traducción Salusky, 1855, pág. 315.)

Estas generosas declaraciones de Humboldt, á quien nadie rechazará por incompetente, nos indemnizan con usura de tantas y tantas injurias contra España como cada día oímos en boca de españoles, único pueblo del mundo que hace alarde y gala de renegar de sus progenitores, esperando sin duda conquistar por este fácil medio la libertad, la ciencia, el respeto y la consideración de las demás gentes, y toda clase de prosperidades y bienandanzas.

ni mapamundos; pero nadie debe tomar al pié de la letra estas exaltaciones místicas, puesto que en el mismo libro de las *Profecias*, que es cifra y compendio de ellas, declara en términos expresos el Almirante cuáles habían sido sus estudios: «Todo lo que fasta hoy se navega lo he andado. Trato y conversación he tenido con gente sabia, eclesiásticos é seglares, latinos y griegos, judíos y moros, y con otros muchos de otras setas. En la marinería me fizo Nuestro Señor abundoso; de astrología me dió lo que abastaba, y ansí de geometría y aritmética, y ingenio en el ánima y manos para dibujar esfera, y en ella las cibdades, ríos y montañas, islas y puertos, todo en su propio sitio. En este tiempo he yo visto y puesto estudio en ver de todas escrituras, cosmografías, historias, corónicas y filosofía, y de otras artes, con que me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable á que era hacedero navegar de aquí á las Indias, y me abrió la voluntad para la ejecución dello.» En vano es que añada que «todas las ciencias non le aprovecharon nin las autoridades dellas», porque contra esta efusión de humildad ó de soberbia están los propios libros anotados de su mano, y el testimonio de su hijo y de Las Casas, y de cuantos le cono-

cieron y manejaron los papeles en que había consignado sus conjeturas sobre la existencia de tierras nuevas. Estas conjeturas, por el orden en que Humboldt las coloca y examina, responden á una serie de tradiciones científicas no interrumpidas desde la antigüedad clásica; y son la idea de la esfericidad de la tierra: la relación entre la extensión de los mares y la de los continentes: la supuesta vecindad de las costas de la Península Ibérica y del África á las islas del Asia tropical: un grave error en cuanto á la longitud de las costas arábicas: noticias tomadas de diversas obras antiguas, de Rogerio Bacon, visto á través de la compilación del cardenal Pedro de Alliaco, y *acaso* de Marco Polo (hoy puede quitarse el *acaso*, puesto que ha parecido en Sevilla el ejemplar del Marco Polo italiano que el Almirante usaba, y tiene notas de su mano): indicios de tierras al Occidente de las islas de Cabo-Verde, de Porto y de las Azores, ya por la observación de algunos fenómenos físicos, ya por las relaciones de los marineros arrastrados por las tempestades y las corrientes. Es enorme la suma de ciencia que acumula el sabio prusiano para dar su verdadero valor á cada uno de estos motivos. Y, sin embargo, esta discusión,

erizada de textos y de confrontaciones, no cansa, porque, como dice el mismo Humboldt, «hay vivo interés en seguir el desarrollo progresivo de un gran pensamiento y descubrir una por una las impresiones que han decidido del descubrimiento de un hemisferio entero». Sucesivamente van pasando delante de nosotros los pasajes de Aristóteles, de Strabon, de Séneca, de Macrobio; los mitos geográficos, comenzando por el de la Atlántida; las costas y planisferios en que se consignaban islas desconocidas, como la famosa *Antilia*; las peregrinaciones de los budistas chinos; la exploración de las costas boreales de América por los escandinavos; todos los precursores reales ó fabulosos de Colón, y con esto mil detalles de la historia de las ciencias, que aislados significarían poco, pero que en manos de Humboldt pierden el carácter de circunstancias accidentales y, presentándose en agrupación inmensa, conducen á probar la necesidad histórica del descubrimiento en el punto y hora en que se hizo, merced á esa labor incesante y oculta que va conservando y cultivando desde la antigüedad cierto número de nociones más ó menos confusas, hasta que de todas ellas resulta un como impulso irresistible, que se transforma en

acción. Algo puede padecer con esto la gloria personal de Colón á los ojos de los que le tienen, no ya por grande hombre, sino por un ser sobrehumano; pero la ley de solidaridad histórica suele acomodarse mal con estas leyendas, y para nosotros es más grande y consolador el aprender que el espíritu humano nada pierde ni olvida en su largo y obscuro viaje á través de los tiempos, y que no hay en la ciencia trabajo baldío ni esfuerzo estéril.

Por otra parte, ¿quién ha admirado más y quién ha comprendido mejor la grandeza humana del carácter de Cristóbal Colón que Alejandro Humboldt, por lo mismo que no disimula sus flaquezas? ¿Quién ha encarecido más sus descubrimientos científicos y las nuevas luces que trajo al conocimiento racional del mundo? ¿Quién ha sentido de igual manera el precio de las cualidades poéticas que surgen como relámpagos de genio entre los incorrectos y apasionados rasgos de su pluma? Un solo vacío puede encontrarse en este bellissimo análisis, que llena la mayor parte del tercer tomo de la obra de Humboldt: Colón, navegante y cosmógrafo; Colón, hombre de ciencia; Colón, escritor; Colón, superticiosamente enamorado del oro; Colón, grande hombre perseguido por

la envidia, están admirablemente juzgados; pero queda algo en la sombra el Colón cristiano y aun místico, que soñaba con la total conversión de los infieles y con el rescate del Santo Sepulcro, y que en su persona veía cumplidas claramente las sagradas profecías. Que luego se haya abusado de su figura en torpes falsificaciones, no es razón para que aspecto tan principal se relegue al olvido. El *profetismo* de Colón existe, y Humboldt no le desconoce; pero como hombre nacido y educado en el siglo XVIII, apenas insiste en esto, ni llega á ver en el libro de las *Profetas* otra cosa que un tejido de sueños y de fantasías incoherentes; cuando para nosotros allí está la filosofía del descubrimiento tal como Colón la entendía, con grandeza tal de espíritu, que debe mover á respetuosa veneración al más escéptico. Ni el ideal científico por sí solo, ni mucho ménos el interés y el cálculo, hubieran bastado para producir el descubrimiento; y fué providencial que en el descubridor se juntasen aquellas tan diversas cualidades de místico, hombre de ciencia experimental hasta cierto grado; hombre de sentimiento poético y de inmenso amor á la naturaleza; y logrero genovés, enamorado locamente del oro.

III.

No parecía cosa fácil igualar á Humboldt en ciencia positiva y en aquella especie de mirada de águila con que abarca los grandes aspectos de la naturaleza física no menos que la continuidad de los esfuerzos con que el entendimiento humano ha llegado á la formación del sistema del mundo y á la interpretación de las leyes cósmicas. Ni era tampoco muy llano y hacedero el emular la brillantez pintoresca y el interés dramático que en su narración puso Irving. Aun el campo de los documentos estaba tan espigado por Navarrete, que apenas había esperanza de algún hallazgo que valiese la pena ni que cambiase mucho la historia comúnmente recibida. Así es que la bibliografía colombina no produjo durante muchos años obra alguna de sustancia, sino compendios y resúmenes populares, entre los cuales, por ser de quien es y no por otra razón alguna, puede hacerse mérito de la biografía de Colón que escribió Lamartine en su *Civilizador*, uno de los muchos trabajos de literatura industrial y sin gloria, en que el gran poeta tuvo que consumir obscura y tristemente los días de su vejez, sin provecho de la

historia, para la cual no tenía ningún género de vocación; ni de la poesía, cuyo idioma más natural había abandonado.

Poéticamente también, pero con cierta poesía de oropel y de lentejuelas, semejante en mucho á la moderna devoción francesa, para quien iba especialmente encaminada, refirió por los años de 1856 la vida y los viajes de Cristóbal Colón el famoso conde Roselly de Lorgues, varias veces mencionado ya, y nunca para bien, en estas páginas. Sin ser bueno este primer libro suyo, ni mucho menos, todavía está á larga distancia de los increíbles escritos polémicos y apologéticos que ha divulgado en estos últimos años, y que le presentan en un grado de exaltación fanática muy próxima al delirio. Su primitiva *Historia* gustó mucho como lectura á un tiempo piadosa y recreativa; y en honor de la verdad ha de decirse que, aparte de su amanerada elegancia, y de muchos detalles novelescos, y de algunas hipótesis infelices, el fondo de la narración es verídico, como tomado principalmente de los documentos de Navarrete y del *Códice Colombo-Americano*. Pero no se satisfizo Roselly con este éxito literario, sino que se convirtió nada menos que en postulador de la beatificación de su héroe, fatigando á la curia romana

con innumerables memoriales para que se incoase el proceso canónico que había de elevar á los altares al *Evangelista del Océano*, víctima hasta entonces, según el nuevo biógrafo, de la saña de escritores protestantes é incrédulos, empeñados en despojarle de la aureola de su misión divina, y víctima, además, de la envidia y saña de los españoles, que en vida no supimos comprenderle y le cargamos de cadenas en pago de habernos regalado un mundo, y que, aun después de muerto, no hemos cesado de perseguirle con calumnias, rehusando á su memoria el debido acatamiento. Tal es la síntesis de estos últimos libros de Roselly, entre los cuales sobresale el titulado *Historia póstuma de Cristóbal Colón* (1885), brillantemente deshecho y triturado por nuestro Fernández Duro. Pasman las feroces injurias en que á la continua se desata el seráfico Roselly contra todos los que han visto la más leve mácula en la figura del que llama *Embajador de Dios*, aunque sean eruditos tan honrados é inofensivos como Navarrete ó D. Nicolás Antonio. *Satanás contra Cristóbal Colón* es, si mal no recuerdo, el título de uno de los folletos de Roselly, destinado á maltratar á no sé qué abate italiano que se atrevió á poner en duda la estupenda fábula del ca-

samiento de Colón con Beatriz Enríquez. No menos pasma la intrépida ignorancia de nuestra lengua y de nuestras cosas que muestra Roselly á cada paso. Así, por ejemplo, habiendo leído que Colón murió en su *posada* de Valladolid, no entendió sino que se trataba de un mesón de arrieros, y confundiendo la antigua y genérica acepción de la voz *posada*, sinónimo de casa-habitación, chica ó grande, rica ó pobre, propia ó ajena, con la restricta que hoy tiene de parador ó casa de alquiler para viajeros, echó á volar la disparatada idea de que Colón, pobre y perseguido, había ido á morir en una miserable hostería de Valladolid. Lo peor es que Roselly ha hecho escuela entre las gentes que en Francia llaman *bien pensantes*, y apenas hay día en que no salga algún folleto de su escuela, debidos unos á canónigos y abates apasionados de la arquitectura ojival y del *style fleuri*, tan de moda en aquellos seminarios, y los demás á condes y marqueses legitimistas, de más ó menos rancia prosapia. Tampoco faltan en este concierto algunos italianos, como el abogado Dondero, que ha reivindicado y defendido *la honestidad de Cristóbal Colón*, como si hubiera estado en sus mayores puridades, y aquel Fr. Roque Cocchia, obispo de

Orope *in partibus*, que nos sorprendió años hace con la tristemente ruidosa invención de los restos del Almirante en la catedral de Santo Domingo. Sólo en España ha hecho Roselly pocos prosélitos, aun entre los que por sus ideas parece que habían de serle más benévolos. Aquí *porte malheur*, como diría Mr. Roselly, el hablar mal del Rey Católico. Hasta la opinión, errónea sin duda, pero muy arraigada, de que nunca miró con gran cariño y entusiasmo el descubrimiento ni al descubridor, contribuye á hacerle grato á los ojos de muchos que, con razón ó sin ella, ven en aquella costosa gloria de la colonización del Nuevo Mundo el fundamento y raíz de muchos de nuestros males.

Prescindiendo de esta funesta literatura, encaminada á promover y servir intereses muy diversos de los de la historia pura, la erudición colombina de estos últimos años está representada principalmente por las numerosas publicaciones del abogado norteamericano Enrique Harrisse, que reside habitualmente en Paris. Algunos de estos trabajos son bibliográficos, y merecen todo género de alabanzas, así por la minuciosa exactitud de las descripciones, como por la esplendidez tipográfica. La *Biblioteca Americana Vetustísima* (1866) y sus *Adicio-*

nes (1872) comprenden todos los libros relativos á América publicados desde 1492 hasta 1551, que son los fundamentales y primitivos. Puede decirse que Harrisse ha convertido en dominio suyo esta parte de la bibliografía, y que difícilmente será superado en ella. El resto de sus escritos pertenece á la clase de monografías y disquisiciones históricas, y aquí su autoridad entre los americanistas es grande también, aunque no tan universalmente reconocida ni tan libre de toda controversia. Algunas opiniones suyas, v. gr., la relativa á la no autoridad de las *Historias* de D. Fernando Colón, no han prosperado; otras han sido rectificadas por el mismo, y en sus polémicas ha solido mostrar excesiva acritud y virulencia, comprometiendo á veces hasta el éxito de muy laudables quejas y reclamaciones. Aparte de esto, no sólo es el escritor de nuestros días que más se ha ocupado en el estudio de todas las cuestiones relativas á Cristóbal Colón y á su familia, sino positivamente el que las ha tratado con mayor caudal de datos, y por lo común con juicio más independiente, y es, sobre todo, el que ha publicado mayor número de datos y documentos nuevos. No ha creído conveniente escribir una nueva biografía del Almi-

rante; pero casi puede considerarse como tal la voluminosa obra que ha publicado en francés con el título de *Christofle Colomb, son origine, sa vie, ses voyages, sa famille et ses descendants, d'après des documents inédits tirés des archives de Gènes, de Saone, de Seville, de Madrid* (1884), si bien ha preferido (quizá con buen acuerdo) á la forma de exposición seguida, la de estudios monográficos. Este libro fué impugnado violentamente por el conde Roselly: prueba infalible de su mérito. Son muchas más las investigaciones posteriores de HARRISSE, consignadas por lo general en artículos de revistas francesas y en algunos opúsculos publicados en Italia; y de su incansable pluma esperamos algún nuevo y más extenso trabajo, que será sin duda de los más originales é importantes del Centenario.

Por lo que toca á España, el escritor que más ha multiplicado en estos últimos años sus publicaciones sobre Colón y sus viajes, y el que mayor número de datos nuevos ha traído á su historia, es el ilustre cronista de nuestra armada D. Cesáreo Fernández Duro, cuya varia, curiosa y amena erudición tanto realza sus *Disquisiciones Náuticas* y otros libros análogos. A él se debe, sobre todo, la publicación y el ex-

tracto del ruidosísimo pleito entre el Fiscal del Rey y los herederos del Almirante; pleito que conoció Navarrete, pero sin dar de él más que una idea muy somera, y que de ningún modo indicaba la riqueza de noticias allí atesoradas, y que deben ser materia de atento y reposado examen. Así en la Memoria académica titulada *Colón y Pinzón* (1883), como en los libros posteriores *Colón y la Historia Póstuma* (1885), *Nebulosa de Colón* (1890), y *Pinzón en el descubrimiento de las Indias* (1892), llega Duro á conclusiones que han excitado la indignación de los admiradores incondicionales de Cristóbal Colón, llevándolos á demasías de lenguaje sobremanera vituperables. Pero bien examinadas las cosas, no se descubre en las eruditas páginas del Sr. Duro esa malquerencia sistemática contra Colón que gratuitamente le atribuyen muchos, ni menos el deseo de mancillar su gloria y poner nota en su buen nombre, sino más bien el deseo de apurar la verdad sin contemplación alguna, y el empeño, no menos racional y patriótico, de poner en su punto el mérito que individualmente contrajeron los heroicos compañeros del descubridor, ofuscados hasta ahora en demasía por los resplandores de su gloria. Si en esta reivindicación justa

y natural, así como en el criterio con que nuestro compañero juzga algunos actos de la gobernación del Almirante, ha podido haber exceso, condición es esta de toda reacción, y la reacción era inevitable, puesto que el nombre de Colón está sirviendo desde hace más de dos siglos de pretexto para las más atroces diatribas contra España; diatribas que, si cabe, se han exacerbado todavía más en estos últimos tiempos, coincidiendo en ellas, por raro caso, los ultra católicos, como Roselly de Lorgues, y los incrédulos y positivistas más rabiosos, como Draper. También la paciencia tiene sus límites, y si es cierto que Colón no tiene la culpa de las sandeces y mala voluntad de sus apologistas, también lo es que en toda alma genuinamente española ha de ser muy fuerte la tentación de demostrar, si se puede (y las pruebas están bien á la mano), que ni los españoles que protegieron y acompañaron á Colón eran tan imbéciles, tan crueles, tan malvados y tan ingratos como se supone, ni el Almirante era tampoco aquel ser impecable y desvalido, ni aquella excepción maravillosa en medio de un siglo bárbaro; sino, al contrario, un grande hombre que participaba de todos los errores y pasiones de su tiempo. Entre los malos gobiernos

coloniales ha habido pocos tan malos y desconcertados como el de Colón en la isla Española; y si el crimen de la esclavitud se consumó en las Indias, nadie antes que él pudo introducirla, y él fué el primero que envió de una vez quinientos esclavos caribes al mercado de Sevilla. La justicia histórica se debe á los grandes y á los pequeños, y á nadie exime de ella la categoría de genio, aunque naturalmente incline el ánimo del historiador á no insistir mucho en estas sombras, que, habida consideración al tiempo (consideración que amengua bastante la parte de responsabilidad individual), no son tantas ni tales que obscurezcan la grandeza del esfuerzo inicial y de la maravillosa obra cumplida. Ni nadie hubiera reparado mucho en ellas, si tal cúmulo de irritantes injusticias no hubiese excitado la fibra patriótica de muchos, llevándolos tal vez á recargar las tintas negras del cuadro. No basta, como cándidamente creen algunos, repetir á cada paso que la gloria de Colón nos pertenece; que su nombre y el de España son inseparables; y otros tales rasgos enfáticos, que de ningún modo pueden quitar el escozor y la amargura á los que formalmente estudian estas cosas, y saben que lo corriente y lo vulgar en Europa y en América, lo que

cada día se estampa en libros y papeles, es que la gloria de Colón es gloria italiana ó de toda la humanidad, excepto de los españoles, que no hicieron más que atormentarle y explotar inicua y bárbaramente su descubrimiento, convirtiéndole en una empresa de piratas. Esta es la leyenda de Colón, y esta es la que hay que exterminar por todos los medios, y hacen obra buena los que la combaten, no sólo porque es antipatriótica, sino porque es falsa, y nada hay más santo que la verdad.

No nos detendremos en un gran número de disertaciones y monografías, á alguna de las cuales habrá de hacerse referencia más adelante, porque queremos llegar á la obra del señor Asensio, que nos ha dado ocasión para esta reseña crítica, y que es hasta ahora la más extensa de las publicadas en España, con ocasión del fausto suceso que hoy se conmemora. Dada á luz en dos grandes volúmenes por una casa editorial de Barcelona, con notoria elegancia tipográfica y mejor gusto que el que en otras ediciones catalanas suele advertirse (1), reco-

(1) *Cristóbal Colón.—Su vida.—Sus viajes.—Sus descubrimientos, por D. José María Asensio, Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.....* Barcelona, Espasa y Compañía, editores, dos tomos folio. Edición ter-

miéandase desde luego á la consideración por el nombre de su autor, antiguo é infatigable explorador de nuestras antigüedades históricas y literarias, especialmente de las relativas á su patria, Sevilla, y á Cervantes, su autor predilecto, de cuyas obras posee una de las más ricas colecciones. El ha sido alma de la *Sociedad de Bibliófilos Andaluces*, y uno de los primeros despertadores del gran movimiento bibliográfico que en aquella ciudad existe, y que ojalá encuentre imitadores en otras regiones de la Península. Por ella se han salvado del olvido gran número de joyas literarias y de útiles documentos; y aun limitándonos á los trabajos personales del Sr. Asensio, todo el mundo sabe que él rescató y publicó el *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones* de Francisco Pacheco, de quien escribió una biografía de las más completas y nutridas que poseemos. En estos últimos años, sus aficiones parecen haberse inclinado á la parte del americanismo, y de ellas es fruto la voluminosa *Historia de Colón* que tenemos presente.

minada en 1891. Lleva oleografías, orlas, cabeceras, viñetas alegóricas, una carta geográfica y otros adornos.

Parecerá á algunos que tal obra no era necesaria, y que quizá las especiales dotes de su autor hubiesen campeado más libremente en una serie de disertaciones encaminadas á ilustrar los puntos oscuros de la vida de su héroe. De este modo el Sr. Asensio hubiera podido dar á su trabajo un carácter más erudito y más del gusto de los especialistas, y dar asimismo muestra más cumplida de la copiosa erudición que en la materia posee. No le censuraremos, sin embargo, por haber preferido una forma de exposición más popular y amena, porque ya se dejaba sentir la falta de un libro que recogiese los resultados de la investigación colombina de estos últimos años, desterrando errores muy vulgarizados y poniendo al alcance de todos las más esenciales rectificaciones. Bellísima es la biografía de Irving; pero tiene cerca de sesenta y cinco años de fecha, y hoy los estudios críticos van muy de prisa. La gente de mundo, los profanos, leen más bien á Lamartine ó á Roselly de Lorgues, lo cual es peor que no leer nada; y se llenan la cabeza de ideas falsas y melodramáticas. Era evidente, por tanto, la necesidad de que se escribiese una nueva biografía popular de Colón, y que en ella entendiese un erudito de profesión, do-

tado además de las suficientes condiciones de estilo para hacerse leer. De este modo ha resultado un libro sólido á la vez y agradable, como fundado en los documentos originales, y escrito con suave calor y con viveza de imaginación histórica. La crítica autorizada lo ha reconocido así por boca del ilustre americanista Próspero Peragallo, autor de trabajos tan importantes, sobre el origen, patria y juventud de Cristóbal Colón (1), y adversario no indigno de Harrise en muchas cuestiones. El artículo de Peragallo publicado en la *Ressegna Nazionale* hace casi inútil toda nueva recomendación (2) del libro del Sr. Asensio; la cual, por venir además de persona casi ajena á estos estudios, como yo lo soy, tendría mucho menos peso. Conste, pues, que, según el señor Peragallo, la obra de Asensio es «un estudio histórico diligente y concienzudo, que ocupará un puesto eminente en la literatura colombina por el sano criterio con que está ejecutado, por la importancia de los documentos que le enri-

(1) *Origine, Patria e Gioventú di Cristoforo Colombo. Studi critiche e documentari.* Lisboa, 1886.—*Cristoforo Colombo in Portogallo.* Génova, 1882.—*Colombo e la sua famiglia.* Lisboa, 1889.

(2) 1.º de Marzo de 1892.

quecen, así como por el brío y elegancia de la exposición, que al lado de páginas donde corre sencilla la narración ó la discusión, presenta muchas otras inspiradas por un justo afecto hacia el Nuevo Mundo, y dictadas por aquella elocuencia que viene del corazón, el cual es la más pura y legítima fuente de la elocuencia». Y añade todavía el Sr. Peragallo este espléndido elogio, que con mucho gusto traduzco: «El autor, con la ciencia profunda que posee y con el entendimiento de amor que le distingue, entendimiento que da la intuición de lo bello y de lo magnánimo, ha sabido mantenerse lejano de las exageraciones fantásticas de cierta escuela *hagiológica* moderna, al paso que también se ha desdeñado de asociarse á la abierta malevolencia y á las insidiosas inducciones de la escuela opuesta; y así nos ha dado una historia recta, imparcial, sin ser fría ó indiferente; la cual, á la vez que se lee con deleite, nos instruye larga y sólidamente sobre las innumerables vicisitudes de una vida llena de incertidumbres y de peligros, de goces y de dolores, y de abatimientos, de batallas y de triunfos, como fué la vida del inmortal descubridor de las Indias occidentales.» Hasta aquí Peragallo, y á sus palabras me asocio,

puesto que yo no había de decirlo tan bien.

Pero mi amigo el Sr. Asensio, siempre descontentadizo de sus propias obras, solicita de doctos y de indoctos algo más que elogios vagos y generales. Así acudió al buen consejo y erudición de Peragallo en solicitud de reparos y enmiendas, y algunas, aunque de mero detalle, hizo aquel historiador italiano, especialmente sobre la residencia de Colón en Portugal; no sin advertir previamente que no daba importancia á semejantes descuidos, inevitables en una obra tan vasta, y que, por otra parte, podían ser simples diferencias de apreciación sobre puntos cronológicos todavía no resueltos.

Yo, recusándome desde luego por incompetente en la materia, puesto que hay mucha distancia de haber leído las cosas á haberlas estudiado, voy también á complacer al señor Asensio poniendo algunas tachas á su libro, no ciertamente en los detalles, que él conoce mucho mejor que yo, ni en el plan general de la obra, que me parece excelente, sino en algo que me parece que falta ó que sobra. Como el libro seguramente no se ha de quedar en la primera edición, quizá alguna de esas observaciones podrá ser útil para la segunda.

Noto ante todo la ausencia de una introduc-

ción, en que se condensen las principales nociones geográficas, antropológicas y filológicas concernientes á la parte de América descubierta por Cristóbal Colón, dando así idea clara, en cuanto lo permite la ciencia actual, del estado de aquellas regiones y de las gentes que las poblaban antes del descubrimiento. Comprendo que la tarea es difícil; pero yo no pido un tratado sobre la América precolombina, que quizá no puede ni debe escribirse todavía, sino un preliminar que nos haga conocer en sus rasgos capitales la tierra y los hombres que van á ser materia de la narración.

Todavía me parece más necesario otro preliminar que conduzca la historia de las ideas y de los hechos geográficos desde los mitos de la antigüedad hasta las navegaciones de los portugueses, que son precedente indispensable de las de Colón. De este modo no resultará aislada aquella empresa, y se comprenderá en su unidad sublime el arranque con que nuestra raza ensanchó los angostos términos del antiguo mundo y completó el conocimiento del planeta. Gran parte de la materia de esta introducción, especialmente en lo que toca á las ideas y conjeturas científicas que influyeron en la era de los descubrimientos, está ya admira-

blemente elaborada por Humboldt, de cuyo libro siento que haya hecho tan poco uso el señor Asensio. Hay algo en él que solamente interesa á la ciencia pura; pero hay mucho que sin la menor dificultad puede adaptarse á una narración fácilmente comprensible para toda persona culta, aunque no haya hecho especial estudio de la astronomía ni de la ciencia náutica.

De este modo concibo yo la doble introducción de una *Historia del descubrimiento del Nuevo Mundo*. No olvidamos que el señor Asensio ha titulado sencillamente su obra *Cristóbal Colón*, lo cual anuncia pretensiones más modestas y como de mera biografía. Pero él mismo parece haber reconocido la necesidad de ampliar un tanto el desarrollo de su argumento, puesto que va sembrando, ya en el libro primero, ya en muchas notas y aclaraciones, considerable número de especies que, en mi concepto, tendrían lugar más adecuado en los preliminares que yo propongo.

Entrando ya en el cuerpo de la biografía, observaremos que el Sr. Asensio, haciéndose cargo de las distintas opiniones sobre la patria del Almirante, se limita á darle por genovés, según su propio testimonio y el de su hijo, con-

signados uno y otro en documentos públicos; y á nuestro entender esto es todavía lo más seguro, aun después del interesante folleto en que el erudito bibliófilo D. Francisco R. de Uhagón quiere, con documentos de los archivos de las Órdenes Militares, hacerle hijo de Saona. Mucho respeto nos inspiran tales documentos, y no dudamos que los caballeros de las Órdenes procederían con toda legalidad en este género de pruebas; pero se nos ocurre que siendo tan generalmente ignorados, aun de su propia familia (como en las *Historias* de D. Fernando vemos), los primeros sucesos de la vida del Almirante, más fe ha de merecer su propio testimonio que el ajeno, aunque sea de sus deudos. De todos modos, la cuestión, desde el punto de vista español, nada importa, puesto que siempre resulta Colón nacido en el territorio de la República de Génova.

Con muy buen acuerdo excluye el Sr. Asensio de su historia todo lo referente á los primeros años de Colón, á sus supuestos estudios en Pavía, etc. Nada de esto tiene más apoyo que tradiciones novelescas y sin fundamento, si merecen llamarse tradiciones las que se inventan *à posteriori* sobre todo gran personaje histórico. El primer hecho conocido de la vida de Colón

es su expedición de corsario en servicio del rey Renato de Anjou, y aun para eso es muy difícil determinar la fecha.

Más severo hubiéramos querido al Sr. Asensio con algunas de las tradiciones de la Rábida, y sobre todo que no se limitara á insinuar tímidas dudas sobre un documento tan evidentemente apócrifo, tan ineptamente forjado, tan de estilo y sabor moderno, que sólo el extravío de un piadoso celo ha podido hacer que le diesen por bueno los redactores de la *Revista Franciscana* (1879), y que tantos otros le hayan reproducido después, sin averiguar siquiera su procedencia. Claro es que aludo á la famosa carta que empieza: *Nuestro Señor ha escuchado las súplicas de sus siervos.....* ¿Quién será el discípulo de Roselly que sorprendió la buena fe de los hijos del Seráfico Patriarca con una invención tan mal urdida? ¿Ni para qué necesita la Orden de San Francisco, cuya gloria en el descubrimiento del Nuevo Mundo brilla de un modo tan radiante, el apoyo de documentos falsos, ni el que se multipliquen sin necesidad ni propósito las idas y venidas de Colón á la Rábida?

Lo que sucede con esto del descubrimiento es que, después de cumplido, todo el mundo

exageró más ó menos su participación en él; y al lado de la leyenda franciscana de la Rábida, surgió la leyenda dominico-salmantina que pone en las nubes la intervención de Fray Diego de Deza, y las famosas juntas de San Esteban (que tienen por junto la autoridad del P. Remesal, el cual estaba tan enterado como nosotros de lo que allí pasó), y la leyenda de los biógrafos de la casa de Moya, que dan á doña Beatriz de Bobadilla poco menos que el papel principal. También el duque de Medinaceli salió reclamando parte en los provechos, porque había tenido en su casa dos años á Colón. Todas estas opuestas pretensiones han introducido tal laberinto y confusión de especies en todo lo anterior á la partida de Colón, que algunos han llegado hasta el extremo de no creer nada sino lo poco que el mismo Colón quiso decirnos. Pero todo extremo es vicioso, y á nuestro entender el Sr. Asensio ha sorteado hábilmente los escollos, aunque condescendiendo casi siempre con la tradición.

Después de las capitulaciones de Santa Fe, la historia empieza á verse más clara; pero todavía hay malos pasos y obscuridades y contradicciones antes de llegar al momento del embarque, y eso que en esta parte ha tenido el

Sr. Asensio la suerte de añadir un documento á los ya conocidos: es á saber, la declaración del grumete de Moguer Juan de Aragón, que nos informa de la curiosa coincidencia de la salida de Colón con la de los judíos expulsos: documento hallado en el archivo de Indias por don Fernando Belmonte.

Apenas cabía novedad en el relato de los viajes, puesto que los documentos están al alcance de todos, y han sido ya hábilmente utilizados por otros biógrafos, especialmente por Irving, á cuya exposición se asemeja más que á otra ninguna la del Sr. Asensio, y no lo decimos en son de censura, puesto que difícilmente podía elegir mejor modelo. Lo que falta, lo mismo en el historiador norteamericano que en el español, es la discusión de ciertas cuestiones técnicas que el Diario del Almirante sugiere: algunas de las cuales fueron tratadas ya por Humboldt, y otras sólo pueden serlo por especialistas. Una de estas cuestiones es la relativa á la separación de Martín Alonso Pinzón, que la mayor parte de los biógrafos, y con ellos el Sr. Asensio, califican de desertión y juzgan durísimamente, al paso que el Sr. Fernández Duro, en recientes escritos, quiere defenderla y justificarla desde el punto de vista náutico.

La descripción de la entrada triunfal de Colón en Barcelona de vuelta del primer viaje está un poco anovelada y recompuesta, no porque la entrada no fuese solemne, que esto parece que resulta claro de los testimonios de Las Casas y Oviedo, sino porque carecemos de todo documento y de todo pormenor sobre el asunto.

Pero es inútil insistir en estos reparos, que en nada amenguan el sobresaliente mérito de la obra del Sr. Asensio. Reálzanla el conocimiento perfecto de la materia y de cuanto sobre ella se ha escrito, la extraordinaria lucidez de exposición, el estilo, que corre siempre limpio y fácil sin afectación ni alarde retórico, y el noble entusiasmo y calor comunicativo con que el autor sabe leer é interpretar la historia. La utilidad de la obra se completa con gran número de apéndices, que reproducen íntegros los principales escritos de Colón y los más importantes documentos relativos á su persona, así como algunas memorias y disquisiciones publicadas en estos últimos años, y que sería difícil haber á las manos en su primitiva forma de artículos ó folletos.



LOPE DE VEGA Y GRILLPARZER



LOPE DE VEGA Y GRILLPARZER

Grillparzer und Lope de Vega von Arturo Farinelli
(Berlín, 1894).

 ningún español es preciso enseñar quién sea Lope de Vega; pero el nombre de Grillparzer ha sonado tan poco entre nosotros, que muchos preguntarán con extrañeza por qué va unido en la portada de este libro al nombre de nuestro gran poeta nacional. A tal punto llega en España el abandono ó desconocimiento de toda literatura extranjera que no sea la francesa del día antes. Y sin embargo, Grillparzer, no sólo está reputado en la opinión general como el primer poeta austriaco, sino que entre los dramaturgos alemanes posteriores al gran Schiller no cede el paso á nadie, y considerado como crítico teatral hay quien le pone al lado de Lessing. No pertenece á un extranjero, y menos

con tan imperfecto conocimiento como el que yo alcanzo de las obras de Grillparzer, deslindar lo que pueda haber de hiperbólico en estas comparaciones; pero quien tales encomios ha merecido de la crítica más inteligente, no puede menos de ser un ingenio notabilísimo y digno de aquella especie de culto estético que hoy tributa á su memoria un grupo muy selecto de admiradores é iniciados. En Viena se levanta un monumento á su memoria: sus obras completas, que llegan á diez y seis volúmenes (1), han obtenido cinco ediciones en pocos años, sin contar las innumerables que se han hecho de sus dramas sueltos, que se representan continuamente en los teatros de Alemania; y no sólo existe una copiosísima *literatura* (como allí se dice) sobre su vida y obras, sino que para él, como para Goethe y para Schiller, se estampa ya una publicación especial de carácter periódico, el *Grillparzer-Jahrbuch*, dedicada exclusivamente á hablar de su persona y á dar á conocer nuevos documentos y monografías concernientes á él. En España la existencia de tal revista ó anuario (aunque

(1) En la edición de Cotta (Stuttgart), que es la más amplia.

estuviese consagrado al mismísimo Cervantes) sería el modo más eficaz de infundir tedio invencible á los lectores, y aun de provocar una reacción violenta contra el autor encomiado; pero en Alemania y en otras partes (donde las gentes suelen ser más doctas y también más sencillas y menos resabiadas y estragadas de gusto), las cosas pasan de distinta manera, y cuando se estudia y ama á un autor, se le ama y estudia de veras, y todo parece poco para enaltecerle y para desentrañar los primores de sus obras.

Grillparzer, cuya vida fué en verdad harto triste y abatida, ha entrado sin esfuerzo alguno en el templo de la gloria al día siguiente de su muerte, acaecida en 1872. Sus obras, aunque sean de ayer, empiezan á tener ya el prestigio de la belleza clásica. Para hacerse cargo de la peculiar índole de su teatro, todavía desconocido entre nosotros, hay que advertir que Grillparzer no es ni romántico ni realista, según el vulgar sentido de estas denominaciones, sino que en su arte, sumamente delicado y exquisito, se dan la mano el estro suave y melodioso, la melancólica intensidad de sentimiento propias de un poeta elegíaco, algo devaneador y enfermizo, que reconocía en sí alguna parte del

alma del Tasso; y un odio profundo á las abstracciones, un vivo y ardiente sentido de la naturaleza humana y de toda realidad concreta. Nada que le pareciese convencional ó falso encontraba gracia á sus ojos; y aquí está la clave de su alejamiento del grupo romántico, de su encarnizada antipatía contra Tieck, de su culto á Lope de Vega en cuanto llegó á conocer sus obras; y de la reacción antic Calderoniana que él inició en Alemania, después de haber empezado, como todos, imitando á Calderón, cuyos defectos, sin embargo, por ser de índole enteramente contraria á los de la suya, le habían dado en ojos desde el primer momento, reconociendo todo lo que en aquella brillante poesía había de amanerado y artificioso. Su conversión á Lope fué entera y profunda: jamás nuestro poeta tuvo en su iglesia acólito más sumiso que Francisco Grillparzer, que se pasó *medio siglo* leyendo y comentando sus obras, no para imitarlas directa y servilmente, sino para beber en ellas un género de poesía fresca, espontánea, gentilísima, tan natural como la naturaleza misma, de que sus labios estaban sedientos. No desconocía la superioridad de Shakespeare; pero Shakespeare le aterraba, le parecía demasiado gigante para medirse con

él, demasiado sobrehumano para entablar con su sombra esa dulce familiaridad de todos los días. Grillparzer, que quizá no era un gran poeta, sino más bien un poeta refinadísimo, necesitaba la presencia continua de otro poeta más grande que él, pero no de tal suerte grande que se impusiese despóticamente á su gusto, que le unciese á su carro, que le anonadase bajo el peso de su grandeza. Grillparzer quería beber en su vaso, aunque fuese pequeño; y en vez de añadir su voz al coro desaforado que hacía la apoteosis del rey de la escena, prefirió buscar un templo más solitario, donde sonaba la voz de un oráculo menos formidable. Y al servicio de aquel templo se consagró, como dicho queda, durante más de cuarenta años; comenzando por llevarse á su casa, en calidad de préstamo, el ejemplar de los veinticinco tomos ó *partes* de la primitiva colección dramática de Lope que posee la Biblioteca Imperial de Viena, uno de los tres ó cuatro únicos ejemplares completos de ella que existen en el mundo (1). Si á esto añadimos que Grillparzer leyó ade-

(1) En España no tengo noticia más que de uno solo en tales condiciones, el de la Biblioteca de la Universidad Central, procedente de Alcalá.

más todas las comedias de Lope de Vega que pudo encontrar sueltas ó en colecciones de varios, fácilmente se comprenderá que nadie le ha excedido en el conocimiento de este inmenso repertorio, sobre el cual tantos disparatados juicios corren autorizados por la pereza y la rutina. Sobre cada una de las comedias que leyó, hizo Grillparzer apuntamientos críticos que, reunidos, forman la mayor parte del libro de sus *Studien* sobre el teatro español, y que son la piedra angular del edificio de reparación que la estética moderna tiene que levantar un día ú otro al que es, después de Cervantes, el más grande de los ingenios españoles. Lo único formal que tenemos hasta ahora sobre Lope, fuera de la brillante, pero demasiado rápida y externa exposición de Schack, son estos juicios de Grillparzer, tan penetrantes, tan agudos, dictados á la vez por la experiencia teatral y por el más fino discernimiento de las peculiares bellezas del arte y estilo de Lope, á quien parece que Grillparzer había bebido los alientos. Cuando de estos apuntes suyos se pasa al indigesto caos de la obra de Klein (tan justamente calificada por un crítico italiano de *idropico operone*), el ánimo se aflige al considerar los escasos progresos que

en estos últimos años ha hecho la crítica sobre Lope, exceptuando, si acaso, las útiles tareas del modesto y erudito Schaëffer.

Los españoles, pues, debemos pronunciar con veneración el nombre de Grillparzer, porque para nosotros no es sólo el nombre de un glorioso poeta extranjero, autor de *Safo*, de *Ava*, de *Hero y Leandro*, del *Sueño es una vida* (1), de *El Vellochino de Oro*, de *Ester* y de *La Judía de Toledo*; sino el nombre de un crítico hispanista, que por la calidad de sus servicios, va á par de Wolf, de Schack y de Lemcke; porque si es verdad que conoció nuestra literatura menos *extensamente* que ellos, y nunca pudo apreciarla en conjunto, conoció en cambio y sintió más *intensamente*, y analizó más en detalle, á algunos de nuestros poetas, especialmente al más grande de todos. Por lo cual, su gloria es ya inseparable de la de Lope, y nuestra gratitud nacional debe juntar sus nombres, así como el doctor Farinelli ha reunido los medallones de ambos poetas en el lindo frontispicio dibujado por él mismo para encabezar la excelente obra de crítica de que paso á dar somera cuenta.

(1) *Traum ein leben.*

Esta obra, escrita, al decir de los alemanes, con pureza de lengua, rarísima en un extranjero, está además compuesta con mucha habilidad y arte, con gran caudal de erudición sobriamente administrado, y, lo que vale todavía más y no estorba nunca, con poético y juvenil entusiasmo. El autor ha trabajado sobre el mismo ejemplar de las comedias de Lope que sirvió á Grillparzer para sus estudios, y se ha penetrado como él de la virtud genial y fortificante de aquella sanísima poesía. Como él dice, Lope y Grillparzer han sido sus inseparables compañeros por las montañas del Tirol, y la poesía ha completado la obra de la naturaleza, haciéndole vivir durante muchos meses en un estado de ánimo plenamente estético, de los que dejan profundas y saludables huellas en la vida. Esta disposición de espíritu se refleja en cada página del libro, y no es su menor encanto. Aunque el autor sea italiano, ha sentido aquel mismo género de dulce simpatía que por España sintieron los románticos alemanes, y que se expresaba en el célebre saludo, no olvidado todavía por algunos eruditos de Viena y de Munich: *somos hermanos*.

Schack, uno de los más venerables representantes de esta generación literaria, ha que-

rido, antes de bajar á la tumba, dar á nuestra patria y poesía la última prueba de afecto, traduciendo en verso alemán todas las citas de Lope, que figuran en el libro del Dr. Farinelli.

Ya he advertido que este libro contiene bastante más que lo que su título indica. Como escrito para Alemania, llámase *Grillparzer und Lope de Vega*; aunque observando la debida proporción entre ambos poetas, no negada por el crítico ni por nadie, más bien debiera llamarse *Lope de Vega und Grillparzer*, y quizá el título más exacto sería *Lope de Vega in Deutschland*, puesto que se trata de una exposición completa del influjo de Lope de Vega en la literatura alemana y de los trabajos de los críticos alemanes respecto de él.

Todo lo que precede á Grillparzer va por vía de introducción, y es lo que vale é importa menos, porque, antes de Grillparzer, Lope era poquísimo conocido en Alemania. Si en el teatro del siglo xvii influyó algo, fué principalmente á través de sus imitadores holandeses, ó bien de los franceses, como Rotrou, ó de los italianos, como Cicognini. En el siglo xviii había críticos que le llamaban *López* á la francesa, y aun llegaban á convertirle en dos poetas diversos, uno *López de Vega*, y otro *Carpio*.

La extraordinaria rareza de su colección dramática (que no ha sido el menor obstáculo para la difusión de su fama), hizo que Lessing apenas llegara á adivinarle, aunque en la *Dramaturgia* le cita alguna vez, y se hace cargo del *Nuevo Arte de hacer comedias*. Dieze, el traductor de los *Orígenes* de Velázquez, no adelantó un paso sobre la pedantesca crítica de los Nasarres y Montianos, de cuyas conclusiones se hacía eco en Alemania. Bertuch tradujo la *Gatomaquia*, añadiendo una pequeña biografía del autor.

Acercábase entre tanto la edad heroica de la literatura alemana; pero la mala estrella que perseguía á Lope después de muerto, sin duda en compensación del aura popular que le había rodeado cuando vivo, hizo que ninguno de los dos dioses mayores de aquel olímpico período llegase á trabar conocimiento con sus obras, puesto que Schiller no supo de él más que el nombre, y Goethe, que llegó muy tarde á conocer á Calderón, sólo en su extrema vejez pudo ver algo de Lope en la traducción que Otto de Malsburg hizo y le dedicó en 1824, de *La Estrella de Sevilla*, *El Mejor Alcalde el Rey* y *La Moza de Cántaro*. Y sin embargo, es cierto, según aguda observación de Grill-

parzer, que el genio inconmensurable de Goethe, con su entera y luminosa visión de la realidad, tenía mucha afinidad nativa con el genio de Lope, así como el temple idealista de Schiller respondía más bien al de Calderón. Pero no se ha de dar á estos paralelos más valor del que tienen, para no confundir obras nacidas en atmósfera artística tan diversa.

La gran desgracia de Lope en Alemania y la causa de todas las injusticias de que Grillparzer vino á redimirle, fué la falsa posición en que hubo de colocarse respecto del teatro español la crítica de los románticos, á consecuencia de la apoteosis calderoniana, iniciada en 1808 con la postrera lección del *Curso de literatura dramática* de Guillermo Schlegel. Todo el mundo sabe hoy (á lo menos fuera de España) que Schlegel y su hermano ignoraban profundamente toda la literatura española, á excepción de Calderón y Cervantes; lo cual no fué obstáculo para que lanzasen sobre nuestras cosas, en son de alabarlas, los más precipitados fallos, que aquí mismo han logrado inmerecida autoridad, protegidos por el renombre y el innegable talento crítico de ambos hermanos. En sus obras, Lope está tratado como un improvisador semibárbaro, cuyos dramas ofrecen

algunas intenciones poéticas y situaciones de efecto. La pedantería no ha sido patrimonio exclusivo de la crítica clásica. En cambio, para Calderón ¡qué profusión de estrellas, de perlas y de diamantes; qué de simbolismos para explicar y absolver lo más barroco; qué de profundidades místicas y nebulosas para embrollar lo más claro!

Este Calderón, falsificado por los Schlegel, fué el ídolo de los románticos alemanes, aunque no faltó entre ellos alguno, como Tieck, que, con mayor conocimiento de nuestra lengua y poesía, dejase de percibir que no era metal precioso todo el que había entrado en la fundición de la estatua. Pero ni siquiera de esta mayor cordura crítica que el tiempo y el estudio directo de las obras de Calderón tenían que traer forzosamente, se aprovechó por de pronto Lope, aunque sí Shakespeare y Cervantes. La Alemania del primer tercio de este siglo, tan pródiga en interpretaciones sobre Calderón, no produjo sobre Lope una monografía que ni remotamente pueda ponerse al lado del libro inglés de lord Holland, con pareceres hoy tan pobre é insuficiente. Aun las traducciones é imitaciones de las piezas dramáticas de nuestro poeta fueron raras, y en ge-

neral de pcca monta, salvo las de Malsburg, y Zedlitz. No sólo en Inglaterra, sino en Francia misma (recuérdese á Fauriel y á Magnin) se trabajaba entonces más y mejor sobre Lope que en Alemania.

Tal era la situación de la crítica y de la poesía alemanas respecto del patriarca de nuestra escena, cuando Grillparzer emprendió su estudio como crítico y como poeta, puesto que ambas cosas era en grado eminente. Tres puntos hay que considerar aquí, y en tres capítulos los estudia el Dr. Farinelli: relaciones directas entre el teatro de Lope de Vega y el de Grillparzer; juicios de Grillparzer sobre Lope; afinidades y diferencias entre la idiosincrasia artística de Lope y la de Grillparzer, y hasta qué punto la compenetración con el genio del primero llegó á modificar la manera del segundo.

Su primera inclinación al cultivo de la literatura española la adquirió Grillparzer dentro de su propia familia. Un tío suyo había hecho estudios sobre Timoneda, Solís y Tirso de Molina. Eran los tiempos del fervor calderoniano, y Grillparzer comenzó por empaparse en Calderón, que tenía entonces en Austria un imitador tan calificado como Schreivogel,

el que adaptó á la escena alemana *La Vida es sueño*, *La Hija del aire*, *El Médico de su honra*, además de *El Desdén con el desdén*, de Moreto, tan popular en aquellos teatros con el título de *Doña Diana*. Schreivogel tenía la habilidad de purificar el estilo de Calderón de los resabios de culteranismo, dando al diálogo más vida, naturalidad y relieve, descargándole de vana pompa y de sutilezas escolásticas. Estas imitaciones, así modernizadas, conforme al gusto del público alemán, tuvieron un éxito que aun dura; y Grillparzer, discípulo y amigo de Schreivogel, siguió esta dirección en sus primeras obras, aunque haciendo siempre, respecto de Calderón, muchas salvedades de gusto. *Die Ahnfrau*, por ejemplo, está inspirada manifiestamente en *La Devoción de la Cruz*, y tiene además reminiscencias de *El Purgatorio de San Patricio*. El grandioso drama fantástico *Der traum ein leben*, hasta por el título recuerda inmediatamente *La Vida es sueño*, aunque la filosofía de la obra es diversa y, en cierto modo, contraria, y diverso también el simbolismo empleado. Si para Calderón *la vida es sueño*, para Grillparzer (cuyo romanticismo no en balde viene después de la crítica kantiana) *el sueño es vida*,

ó más bien, no hay vida y realidad más que en el juego de las fantásticas apariencias. Pero á pesar de esta inversión ó retroversión de la tesis, el drama es palmariamente calderoniano, como lo es, sin tan sutiles filosofías, *El Desengaño en un sueño*, del duque de Rivas, que presenta con el drama de Grillparzer muy extrañas analogías, las cuales de ningún modo pueden atribuirse á imitación directa, puesto que el Duque no sabía alemán, y de la obra del poeta austriaco no sabemos que todavía haya sido traducida á ninguna lengua que á él le fuese accesible. Hay que recurrir, pues, á una fuente común ó á una transmisión indirecta del argumento, problema que plantea y no resuelve el Dr. Farinelli en un apéndice destinado á hacer la comparación entre los dramas de ambos egregios poetas.

Es singular que Grillparzer, después tan enemigo de la abstracción y del simbolismo, que consideraba como las grandes plagas del arte germánico, debiese cabalmente á un drama simbólico uno de sus primeros y más señalados triunfos. Y no lo es menos la extraña mezcla que en las obras de su primer tiempo, en la misma *Safo*, por ejemplo, se observa entre el influjo de Calderón y el de la tragedia

griega, reminiscencias de Eurípides y reminiscencias de los autos sacramentales.

Si Calderón fué el modelo de la juventud de Grillparzer, Lope de Vega fué el ídolo de su edad madura. Desde que comenzó á leerle comprendió que se las había con un genio poético superior. No por eso negó á Calderón jamás las propias y admirables cualidades que realmente posee. Siempre le habían molestado en su lectura el amaneramiento de la dicción, la retórica bombástica; pero continuaban llenándole de sorpresa y maravilla su destreza técnica; la corrección, en algún modo clásica, de sus planes; la vigorosa construcción orgánica de sus piezas, en que todo parece calculado para el efecto teatral. Estas condiciones, cuyo valor entendía Grillparzer mejor que otro alguno, como hombre del oficio; y que tanto contrastaban con el genial desarreglo del arte primitivo y espontáneo de Lope, y con la marcha aventurera y desordenada de sus novelas dramáticas, no le impidieron dar la preferencia á este último por motivos estéticos de índole superior. Los paralelos que hizo entre ambos insignes poetas están llenos de enseñanza, aun para los que no participen de la opinión de Grillparzer, que es también

la nuestra. «Calderón (decía) es un poeta gallardamente amanerado; Lope es el pintor de la naturaleza. Calderón es imaginativo y rico en metáforas; Lope de Vega es *gráfico*. Calderón alinea su diálogo con brillantes y fastuosas comparaciones; Lope de Vega no gusta de comparar, pero apenas hay expresión suya que no tenga fuerza sensible, y sus cuadros no son un adorno exterior, sino que dan la visión de la cosa misma. Mientras que en Calderón todo, aun el pensamiento más profundo, se convierte en superficial por el modo de tratarlo; tiene Lope de Vega, en medio de su aparente superficialidad poética, una intimidad muy honda, aun en lo que parece más abandonado y defectuoso. Lope de Vega es un naturalista que nada excluye, y resulta natural hasta en la expresión de lo sobrenatural, hasta en la expresión de lo imposible: Lope de Vega se apoya en los sentimientos naturales de los españoles de su siglo; Calderón en la convención artística de su tiempo llevada al punto más alto.»

Aun del cotejo con el mismo Shakespeare no resultaba Lope empequeñecido. «Shakespeare (dice Grillparzer) nos da la naturaleza en compendio; Lope la da toda entera, sin selección, tal como ella se manifiesta y procede

y se desarrolla. Lope no es precisamente el mayor poeta, sino el temperamento más poético de la edad moderna.»

¿Infiérese de aquí que convenga á un dramaturgo moderno la imitación directa de Lope? De ningún modo (contesta Grillparzer): lo que hay que hacer es «convertir á Lope en sustancia propia, llenarse de su espíritu y hacer luego una cosa enteramente distinta de lo que Lope hizo».

Así lo practicaba él mismo, entrando todos los días en aquel *baño frío de naturalismo*, que le templaba y vigorizaba para sus propias creaciones, que son, no obstante, tan diversas de las de Lope, sobre todo en un punto esencial, que Grillparzer explicaba con tanta profundidad como modestia. «Los poetas grandes lo son precisamente por ser capaces de reproducir hasta las mismas incongruencias de la naturaleza; pero los poetas medianos debemos atenernos á la realidad congrua, á la naturaleza *consecuente*.»

Por esta razón, la influencia de Lope de Vega sobre el teatro de Grillparzer, más bien que en obras determinadas, se siente como difusa por todo él y penetrándole en su íntima esencia. Hasta cuando trata los mismos asun-

tos que Lope, como sucede en la *Prosperidad y caída del rey Ottocar* (cuyo argumento es el de la *Imperial de Otón*), ó en *La Judía de Toledo*, ó en la *Ester*, parece que pone empeño en hacer obra nueva, y no repetir, ni los caracteres, ni las situaciones. Y al mismo tiempo las huellas de Lope reaparecen donde menos pudiera esperarse. En nada se asemeja, por ejemplo, *El Leal criado* de Lope al drama de Grillparzer *Ein treuer diener seines Herrn*, á pesar de la casi identidad del título; pero el Sr. Farinelli descubre en esta obra reminiscencias de *La Estrella de Sevilla*, de *El Príncipe despeñado* y, sobre todo, de *El Gran Duque de Moscovia*, comedia basada en las primeras noticias que á España llegaron, por conducto de los jesuítas polacos, de la aventura del falso Demetrio. Cuando preparaba su tragedia de *Hero y Leandro*, pieza llena de espíritu clásico, Grillparzer leía simultáneamente, como en su diario consta, á los griegos y á los españoles, la *Odisea* y Lope de Vega; y para la expresión limpia y ardiente de los afectos amorosos bebía inspiración, no precisamente en las comedias mitológicas del poeta castellano, sino en *La Moza de cántaro* y en *Los Tres diamantes*. ¿Quién había de decir que la

transparente y luminosa poesía de Lope, toda plasticidad y formas vivas, podía reclamar algo en el más simbólico y nebuloso de los dramas de Grillparzer, en el ya citado *Traum ein leben?* Y, sin embargo, es evidente que el autor recordaba algunos pasos de *Los Donaires de Matico* y de otra comedia de Lope, *Con su pan se lo coma*, especialmente estos versos, que resumen el sentido de la obra:

«Señor, yo he probado ya
Las ciudades populosas,
La vida de los palacios,
Las cansadas ceremonias,
La comida, el sueño; en fin,
Perdona que te responda
Que no he de volver allá
Si me dices tu corona.
Yo he vuelto á mi propio sitio,
Estoy en mi esfera propia,
Gozo descansada vida,
Sé qué es noche y qué es aurora,
Sé qué es comida y qué es sueño,
Y si es la vida una sombra,
Y el alma es sol, aquí quiero
Esperar á que se ponga.»

Esta investigación de los latentes veneros españoles de la inspiración de Grillparzer es la parte más extensa, y sin duda la más notable, del libro que rápidamente voy analizando. Ella sola basta para acreditar la mucha doc-

trina y perspicacia del crítico, el profundo estudio que ha hecho de ambos poetas y, sobre todo, el raro talento que posee para sorprender las relaciones que parecen más tenues é impalpables, y calar muy adentro en los hondos misterios de la elaboración estética, donde siempre hay una parte muy considerable de reminiscencia involuntaria y aun inconsciente. Como Grillparzer apuntaba día por día las impresiones que la lectura de Lope iba dejando en su ánimo, puede decirse que en este diario crítico está la clave de una parte muy considerable de su labor teatral, la cual refleja de mil modos los rayos del sol poético de Castilla, que él se levantaba á saludar con reverencia todas las mañanas. Lope influye en él de mil modos, por lo trágico y por lo cómico, por el sentido musical y por la viveza *característica*. Así el Primislao de Libussa recuerda la hermosa figura de *El Villano en su rincón*, y en esa misma pieza hay reminiscencias de la *Vida y muerte del rey Wamba* y de *La Quinta de Florencia*.

Reservando para mejor ocasión, es decir, para las anotaciones que voy haciendo al teatro de Lope en la edición académica, el insistir en todas estas relaciones y comparaciones, mar-

cadadas con tanta precisión y firmeza por el doctor Farinelli, no puedo menos de llamar la atención muy particularmente sobre las doctas y nutridas páginas que dedica á las dos famosas tragedias de Grillparzer *La Judía de Toledo* y *Esther*. Estos dos análisis son de primer orden, y encierran además una enumeración bastante completa de las obras dramáticas que tratan uno ú otro de estos argumentos, extendiéndose más, como era justo, en *Las Paces de los Reyes* y *Judía de Toledo* y en *La Hermosa Ester* de Lope, con la cual tiene el fragmento del poeta austriaco más analogía que con la *Esther* de Racine. Advertiré, como de pasada, que encuentro excesiva la dureza con que el Dr. Farinelli juzga y deprime la *Raquel* de Huerta. Entre los críticos extranjeros parece que se ha hecho moda denigrar á este apreciable ingenio y excelente patriota, desde que el amigo Morel-Fatio, en sus bellos *Estudios sobre España*, tuvo la ocurrencia de llamarle *tonto*, sin duda porque en pleno siglo XVIII tuvo el valor y el buen gusto de no afrancesarse. Cualesquiera que fuesen (y grandes fueron sin duda) los extravíos y temeridades de su crítica, nunca llegaron á los dislates, ignorancias y pedanterías que contra el arte nacional ha-

bían escrito D. Blas Nasarre, D. Agustín Montiano y el padre de Moratín; y algo ha de concederse también al ardor de la reacción, al temperamento irascible y belicoso de Huerta, y á la hostilidad cruel con que le trataron todos los literatos de su tiempo, acabando por exasperarle y ponerle en los confines, no de la tontería, sino de la locura. Como crítico era hombre de poca doctrina y de poco gusto, pero de buen instinto en lo general: una especie de romántico inconsciente y venido antes de tiempo, que no acertaba á razonar lo que sentía confusamente pero con grande energía. Como poeta, hizo la mejor tragedia del siglo XVIII, lo cual puede no ser un gran elogio (puesto que las demás, salvo alguna de Cienfuegos, apenas pasan de la medianía, y carecen no sólo de interés poético, sino hasta de intención dramática), pero es sin duda un mérito relativo cuando entre los cultivadores de ese género exótico vemos figurar los nombres más calificados de la literatura de entonces: D. Nicolás Moratín, Cadalso, Ayala, Jovellanos, Quintana..... Para juzgar bien de la *Raquel*, hay que verla en su propio momento, y no aplastarla bajo el peso de un coloso como Lope de Vega ó de un artista dramático tan consu-

mado como Grillparzer, que tiene en *La Judía de Toledo* un acto final de grandeza casi shakespiriana. El pobre Huerta no podía ascender á tales alturas, y aun puede añadirse que mucho de lo bueno que hay en la *Raquel* no es suyo, sino de Lope, y de Diamante, y de D. Luis de Ulloa. Pero las buenas condiciones de la *Raquel* no consisten tanto en su estructura dramática, que es sin duda bastante endeble, cuanto en la elocuencia poética con que está escrita, en el énfasis y lozanía de la dicción, cuyo efecto sobre oyentes españoles es infalible, y debía serlo mucho más cuando se llegaba á ella después de pasar por los sedientos arenales de la *Hormesinda*, de la *Numancia*, de la *Lucrecia* y del *Ataulfo*. ¡Si hasta hubo quien escribió tragedias en versos *pareados*, sin duda para que la sombra de Corneille se regocijase con el servilismo de la imitación, aunque el oído español protestase de oír en serio lo que hasta entonces sólo había aguantado en los entremeses! Siquiera los endecasílabos de Huerta eran versos, y sonaban como tales, y llenaban el oído con la suave y familiar cadencia de los asonantes, y hablaban de pasión y de galantería caballeresca, y no eran insípida prosa de *Mercurios* y *Gacetas*, como casi todo lo que se oía en el

teatro, gracias á la paternal tutela del conde de Aranda y de la Sala de Alcaldes, que eran los Aristarcos y los Quintilios de entonces. ¿Qué extraño que la *Raquel*, clásica en el plan, pero romántica en los afectos y aun en el estilo, pareciese un oasis en medio de aquel desierto? Quintana, cuyo juicio en materias de poesía española algo vale, tuvo esta tragedia en grande estima; y por mi parte no encuentro motivo para separarme de su opinión.

En la segunda parte de su trabajo, principalmente destinada á dar cuenta de los estudios críticos de Grillparzer sobre Lope de Vega, comienza el Dr. Farinelli por historiar de un modo rápido, pero con mucho conocimiento de causa, las vicisitudes por que ha pasado la reputación de Lope desde aquella especie de culto ó apoteosis que en vida suya le tributaron España é Italia (1), hasta la injusta deni-

(1) Al tratar del libro que en 1636 coleccionó en Venecia Fabio Franchi, perusino, con el título de *Essequie Poetiche, ovvero Lamento delle Muse Italiane in morte del signor Lope de Vega*, corrige muy oportunamente Farinelli una inadvertencia en que Schack y otros muchos habíamos caído. La curiosa pieza que allí se lee con el título de *Oratione fatta in Parnaso del Sign. Cav. Marino*, no ha podido ser escrita por el Marino mismo, que había fallecido en 1625, diez años antes que Lope. Trátase, pues, de una composición retórica, de un *ragguaglio* ficticio.

gración de que le hizo víctima el pseudo-clasicismo del siglo pasado, y la meritoria, aunque todavía incompleta y tímida reivindicación, cuyo principio puede ponerse en el libro de lord Holland para Inglaterra, en las refundiciones de Trigueros y D. Dionisio Solís para España, en el estudio de Fauriel, en las traducciones de La Beaumelle y Damas-Hinard y en los primeros artículos de Vieil-Castel para Francia. Pero hay que confesar que de todos nuestros grandes poetas, Lope de Vega fué el que menos servicios debió á la crítica romántica, ni de su propio país ni de los extraños. El bulto enorme de sus obras y la singular rareza de muchas de ellas eran para arredrar á los perezosos y á los amigos de la erudición fácil. En España apenas puede citarse otra cosa que las páginas elocuentes y de mucho jugo estético, pero brevísimas, de un artículo de D. Agustín Durán en la *Revista de Madrid* de 1839. La crítica de Lista, de Martínez de la Rosa, de Gil y Zárate..... tratándose de Lope, es como si no existiera, y sólo ha servido para perpetuar errores y vulgaridades. Hartsenbusch hizo el buen servicio de reimprimir en la Biblioteca de Rivadeneyra hasta ciento veinte y tantas comedias de Lope, pero sin un prólogo, sin

una nota, sin un comentario, sin una tentativa de clasificación, y á las veces con una selección muy caprichosa, cuyos motivos tuvo á bien callarse, lo mismo que todo lo demás.

Los alemanes se nos han adelantado en este, como en casi todos los puntos capitales de nuestra historia literaria. Ya en 1839 apareció en Viena un libro de *Estudios sobre Lope de Vega*, firmado por Miguel Enk, amigo del célebre dramaturgo Federico Halm. Pero esta primera tentativa hubo de resultar imperfectísima, por haberse valido principalmente su autor de la pésima colección que con título de *Tesoro del teatro español* había publicado Ochoa en París, la cual era, á su vez, casi reimpresión, por lo que á Lope toca, de la mutilada y mendosa *Colección general de comedias escogidas* que en Madrid salió desde 1826 á 1831, donde con el pobre criterio semiclásico propio de la época, sólo muy pocas piezas de Lope, y casi todas de un mismo género (comedias de costumbres ó de capa y espada) habían encontrado hospitalidad. Todos los esfuerzos de Enk, que no carecía de talento crítico, hubieron de fracasar por esta penuria de materiales. Con las traducciones de Dohrn (*Spanischen Dramen*, 1841-44) se inicia un nuevo período crítico;

pero, en realidad, sólo desde 1845, fecha de la publicación de la *Historia de la literatura dramática española* de Schack, puede decirse que logró Alemania una reseña cabal de la monstruosa actividad poética de Lope, y pudo conocer las líneas generales de su sistema dramático, y recorrer, aunque con planta rápida, las inmensas regiones en que dominó su musa. La obra de Schack, fundada en información suficiente y aun vastísima para su tiempo; escrita, además, con el brío y entusiasmo propios de la juventud; dictada, en suma, por un alma de poeta, que poseía además talento crítico nada vulgar, es una exposición fácil, luminosa y simpática, que puede parecer hoy anticuada en su primer tomo, incompleta y desproporcionada en algunas de sus partes, demasiado somera al tratar de dramáticos tan insignes como Tirso y Alarcón; pero que, tomada en conjunto, no sólo es uno de los libros de crítica más brillantes que produjo la escuela romántica, sino que, como historia general del teatro español, no ha sido superada hasta ahora, y conserva la mayor parte de su valor primitivo. Los juicios de Schack no suelen ser muy profundos, pero son los de un hombre de gusto y de ingenio vivo y ameno. Muchas cosas están allí

adivinadas por primera vez; pero el autor no insiste en ellas, y por eso parece más superficial de lo que realmente era. Fué el primero que hizo justicia á Lope, y el primero también que supo reducir á sus justos límites el verdadero mérito de Calderón, rompiendo, aunque tímidamente, con el tradicional ditirambo de los Schlegel. Y si no dió en redondo la preferencia á Lope sobre Calderón, dejó ver por claros indicios que tal era el fondo de su pensamiento, á pesar de las concesiones que todavía hacía á la opinión vulgar.

El libro de Schack había sido una improvisación brillantísima; el que Grillparzer meditaba, el que acarició en idea durante cuarenta años, y no llegó á escribir por fin, aunque dejó para él notas preciosas que han sido coleccionadas después de su muerte, hubiera sido cosa muy diversa. Schack no había visto más que lo exterior de Lope; Grillparzer penetró en su alma. La llave de su poesía él solo la ha tenido hasta ahora, y no puede negarse que fué digna recompensa del esfuerzo que le había costado conquistarla. Schack había visto á Lope de Vega con ojos de romántico; Grillparzer sorprendió lo más profundo de su arte, la individualidad concreta, que, por andar hoy

tan infamado el nombre, nos guardaremos de llamar naturalismo. Estas dos diversas maneras de considerar el teatro español responden casi matemáticamente á las grandes evoluciones de la estética alemana de nuestro siglo. Los juicios de Schlegel, Tieck, Bretano, Platen, Schack, Schmidt, Rosenkranz, reflejan sucesivamente todos los progresos de la estética idealista, desde Schelling y Hegel hasta el gran monumento de Vischer. Á la estética realista de Herbart, Zimmermann, Lemcke y Schaschler, tiene que acompañar una nueva crítica del teatro español. En frente del ara de Calderón comienza á levantarse la estatua de Lope, y Grillparzer es su profeta; su fórmula sacramental *naturdichtung*. Y esta fórmula, ¿quién la ha realizado en el mundo mejor que Lope, que más que un poeta, es una fuerza poética encarnada en la vida, es la naturaleza poética misma? El himno que á esta poesía natural cantó Grillparzer en todas las páginas de sus notas críticas, y que profundamente glosa y comenta Farinelli, es bellissimo, pero demasiado largo para transcribirse aquí ni siquiera en extracto. Nunca han sido apreciadas con tanta lucidez las condiciones fundamentales del arte de Lope, ni sus semejanzas y dife-

rencias con Eurípides, Shakespeare y Calderón. Véase todo esto y otras innumerables cosas en el libro mismo, cuyo análisis es ya forzoso terminar.

La última parte del estudio del Dr. Farinelli es un capítulo de psicología estética comparativa entre la individualidad poética de Lope y la de Grillparzer. Espíritus crecidos y educados en un medio tan diverso, y á tanta distancia de tiempo, tenían por fuerza que diferir en muchas cosas, aunque las facultades nativas no hubiesen sido tan desiguales en cantidad y en calidad como realmente lo fueron. Es cierto que tuvieron de común el culto á la poesía natural, el amor á lo concreto y á lo limitado, el alejamiento de lo simbólico, la suave facilidad de la inspiración, un no sé qué de blando y femenino en el timbre de sus versos. Pero lo que en Lope era genial y espontáneo, fué las más veces en Grillparzer (artista reflexivo, artista *alejandrino*, como hoy lo son por ley ineludible todos, aun los mayores) fruto de un esfuerzo muy laborioso y de una estética muy refinada. En una palabra, Grillparzer, como Teócrito y Apolonio, llegó á ser poeta natural á fuerza de artificio.

Del mismo modo, hay cierta nativa afinidad

de carácter entre Grillparzer y Lope. Uno y otro tuvieron un amor más ó menos platónico á la paz de la naturaleza y á los afectos sencillos, pero Lope fué el poeta de la alegría y del vivir fácil y risueño; aunque su propia vida no fuese toda flores, como da á entender el Dr. Farinelli, puesto que no le faltaron en sus últimos años cruelísimas espinas, de las cuales nunca se libra quien cae en el sofisma de erigir el orden estético en disciplina moral, y confundir el sueño del arte con la acción viril. La vida de Grillparzer, por el contrario, fué oscura y llena de pequeñas contrariedades, suscitadas, ya por su propia y algo enfermiza sensibilidad, ya por la penuria en que casi siempre vivió, ya por sus infelicísimos amores, ya por la mano férrea de la censura austriaca, que muchas veces le haría echar de menos á los inquisidores del tiempo de Lope, que tanta libertad habían dejado á los arrojos de su musa. De todo lograba relativo consuelo, arrojándose en brazos de su poeta querido, único que tenía la virtud de aquietar el tumulto de sus negras ideas y producir en él cierta especie de apacible *nirvana*.



ENRIQUE HEINE.





ENRIQUE HEINE.

CONFIESO que en otro tiempo gustaba yo poco de Enrique Heine, considerado como poeta lírico. Nunca dejé de admirar su prosa brillante y cáustica, y siempre le tuve por el primero de los satíricos modernos; pero no apreciaba yo bastante la delicadeza incomparable de sus canciones ó *Lieder*. A otros habrá acontecido lo mismo, aunque no tengan tanta franqueza como yo para declararlo. Pero el gusto se educa, y no soy de los que maldicen y proscriben las formas artísticas que no les son de fácil acceso, ó que no van bien con nuestra índole y propensiones. Así es que nuevas lecturas de Enrique Heine, no sólo me han reconciliado con sus versos, sino que me han convertido en el más ferviente de sus admiradores y el más deseoso de propagar su

conocimiento en España. Por lo cual, y aprovechando la ocasión que me presenta mi buen amigo el Sr. Herrero, al dar á luz, por primera vez en rima castellana, todas las obras poéticas del insigne vate alemán, voy á ponerme bien con mi conciencia y á desagraviar á Heine de antiguas ligerezas mías, que, afortunadamente, no están escritas en ninguna parte, pero que no dejan de pesarme como si lo estuvieran.

La obra poética de Heine es muy copiosa y variada, aunque las composiciones sean generalmente breves. De aquí nace la dificultad de encerrarlas todas bajo una fórmula y un juicio, y de aprisionar en las redes de la crítica á este Proteo multiforme. Apenas hay afecto del alma moderna que no tenga su eco vibrante en alguna estrofa de Heine; pero son tan rápidas y, por decirlo así, tan etéreas é impalpables las alas de su numen, que, apenas han rozado la superficie de nuestro espíritu, cuando se alejan, dejándonos sólo cierta especie de polvillo sutil, que es cosa imposible reducir al análisis. Por eso yo no entendía al principio á Heine, y ahora, que no me empeño en descomponerlo y le tomo como es, creo entenderle. Educado yo en la contemplación de la poesía como escultura, he tardado en comprender la poesía como

música. Admiré siempre en Heine la perfección insuperable de la frase poética, lo bruñido y sobrio de la expresión, pero casi siempre me parecían sus cantos vacíos de contenido y realidad. Y, aun pasando más adelante, me parecían hasta insípidos y vagamente sentimentales, recreándome á lo sumo los rasgos irónicos, que forman, por decirlo así, el elemento masculino de esta poesía.

Conviene que tengamos todos alguna pasión literaria por tal ó cual poeta determinado. Sin esta pasión no hay calor, y la producción sería imposible. Este autor, objeto de esa devoción familiar, importa poco quién sea: lo único que importa es que pertenezca á la categoría de los ingenios próceres y eminentes. Muchas puertas llevan á la encantada ciudad de la fantasía: no nos empeñemos en cerrar ninguna de ellas, ni en limitar el número de los placeres del espíritu. No es plástica la poesía de Enrique Heine, pero encierra misterios de sentimiento y recónditas armonías, no concedidas á la línea. La misteriosa virtud de esta poesía no penetra por los ojos, pero empapa con tenue rocío el alma. Todo se encuentra en esos versos, pero volatilizado y aeriforme. Cada lector va poniendo á esa música la letra que su estado de

•

ánimo le sugiere. Enrique Heine no hace más que apuntarla, y pasa á tocar con su varita mágica otra cuerda del alma. Pero en esa poesía de filamentos tan tenues ha tramado el maligno encantador una red de ensueños y de dolores, de cuyas mallas, que á primera vista parece que un niño rompería, no hay corazón humano que se escape, porque todos encuentran allí algún fragmento de su propia historia. ¡Hechizo singular, maravilloso poder el de esas gotas de licor refinadísimo, encerradas en un cristal tan transparente! Quien con mano distraída abre el libro y empieza á hojear esas composiciones tan sin asunto (según el modo vulgar de entender el asunto), siente á poco rato levantarse voces interiores que responden á la voz del poeta, y moverse en su memoria tempestad de hojas secas, y dar lumbre todavía el mal apagado rescoldo. *Agnosco veteris vestigia flammæ*. Ahí está el fundamento de la inmortalidad de Enrique Heine. Sus audacias de polemista, sus arranques humorísticos, pasarán en gran parte con las circunstancias que los engendraron; ¿qué digo? están pasando ya, y quizá queden algún día reservados para regalo de los eruditos. La humanidad, que olvida todo lo que destruye y no edifica; la hu-

manidad, que lee poco á Luciano y que cada día va leyendo menos á Voltaire, quizá olvidará los elocuentes y deslumbradores *pamphlets* de Heine, y la iniquidad con que derramó sobre propios y extraños el lauro ó la ignominia, destrozando un día lo que el anterior había ensalzado. Las páginas vindicativas y sangrientas; los gritos coléricos de Heine en lo que él llamaba *el combate por la humanidad*; todo ese tumulto de polvo y de guerra, que parece estruendo de muchos caballos salvajes, pero de raza inmortal, lanzados á pisotear con sus cascos cuanto la humanidad ama y reverencia; todo esto, digo, tuvo su hora, y pasó; todo esto tuvo su fuerza corrosiva, pero ya se va gastando y amortiguando.

Yo no sé si nuestros nietos leerán todavía la *Alemania*: de fijo no la leerán los jóvenes ni las mujeres; pero sé que el pino del Norte soñará eternamente con la palmera oriental; y que cuando se hayan apagado los últimos ecos de la terrible canción con que hilaban su venganza los tejedores de Silesia, proseguirá brillando aquella trémula estrella de amores que descendió del cielo á la tierra, como leemos en el *Intermezzo*. ¡Dichosa inmortalidad la del poeta, por quien reverdecerá en el corazón de

las generaciones futuras, coronándose, en cada nueva primavera, de flores y de fruto nuevo, el árbol de la esperanza y de los recuerdos!

Y grande debe de ser, sin duda, el oculto prestigio de esos versos, capaces todavía de conmover en lengua extraña, con rimas nuevas, y hasta destituídos á veces del halago métrico. Parece como que la esencia de estos *Lieder*, por lo mismo que es tan espiritual y recóndita, y que no está pegada á los ápices de la dicción, ni envuelta en el tornear de la frase, sobrenada siempre como el aceite sobre el agua, y hasta en la prosa francesa de Gerardo de Nerval se siente y percibe. Que es condición de la belleza eminente no ser de la que los filólogos guardan para fruición suya, ni de la que se pierde por adjetivo de más ó de menos, sino de la que resiste á todas las manos que la trabajan y reproducen, y por ser su raíz universal y humana, es también comunicable y difusa en alto grado, y es á un mismo tiempo la más traducible y la más intraducible de todas las creaciones del arte. No se traduce el sonido de las sílabas, pero se traduce su vibración en el alma, que es lo que importa. Lo demás, fácilmente lo adivinará quienquiera que tenga sentido poético.

Enrique Heine es el último de los grandes poetas de este siglo, el más próximo á nosotros, y quizá por eso el más amado de muchos. Sólo Alfredo de Musset comparte con él el cariño de los que en la generación joven todavía se apasionan por las cosas de arte. Y hay, en verdad, evidentes relaciones entre los dos poetas, sobre todo por ser uno y otro poetas sinceros, si alguna vez los hubo, y tales que el tiempo, gran depurador de las cosas, deja hoy en pie su obra casi íntegra, al paso que ha marchitado no pocas languideces del lirismo lamartiniano, y tanta falsedad intrínseca y tanto oropel teatral como se albergó bajo el espléndido manto de armonías y de colores, tejido por la musa de Víctor Hugo. ¿Qué más? Hasta los piratas de lord Byron van pareciendo inofensivos en comparación con el pirata interior, con el *demonio tenaz del pensamiento*, que el poeta llevaba consigo, y que, cuando hablaba por su cuenta, le hacía ser mil veces más elocuente que todos sus Laras, Caínes y Sardanápalos. En vano prosigue Víctor Hugo (el último superviviente de los poetas románticos) martillando sobre el yunque donde se forjan los alejandrinos centelleantes. El tiempo de los *rugidos de titán* ha pasado, y ya no

espantan sino á los niños. El *Souvenir* de Musset vive en todas las memorias; y en cambio, ¿quién recuerda hoy una sola estrofa de las *Orientales*?

Por el contrario, nada más fresco á la hora presente que *El Regreso*, *La Nueva Primavera*, *El Mar del Norte* y *El Romancero*, de Heine. Nunca la mezcla de espontaneidad y de reflexión ha llegado en la lírica moderna á más alto punto. Nunca se ha alcanzado más profundo efecto con medios más sencillos, con historias casi triviales de amor. Nunca ha florecido una poesía más intensamente lírica, y más desligada de las condiciones de raza y de tiempo; más propia, en suma, para servir de expresión palpitante á sentimientos de todos los pueblos y de todas las latitudes. Nunca ideas y afectos más flotantes, más ondulados, más difíciles de aprisionar en la tela de oro y seda que teje la palabra rítmica, han venido tan dóciles al conjuro del poeta. Nunca manos escépticas han tocado con tanto amor las luminosas quimeras de la vida.

Todo, hasta el más fugitivo movimiento del ánimo, se cuaja aquí en forma traslúcida. La naturaleza no está directamente y como objeto, sino reflejada en el alma del poeta. Los aromas

del Oriente perfuman sus cantos: el ruiseñor de Hafiz vuelve á sonar en sus verjeles: ruedan solemnes las aguas del Ganges sagrado, donde la simbólica flor del loto aguarda el beso de la luna: cruzan entre las nieblas del Norte los dioses de la Grecia desterrados; y la austera sombra de nuestro Jehudá-Leví de Toledo se levanta como llameante columna que guiaba á la caravana de Israel por su nuevo destierro. La misma extraña mezcla de sangre y de educación que había en Enrique Heine contribuye á dar peregrino sabor á estas poesías. Hebreo de raza, alemán de nacimiento, francés por larga residencia y por algunas partes (no las mejores) de su genio, buscó en el Mediodía calor, luz y libertad para su poesía meditabunda y germánica. De todo ello resultó un fruto acre y picante, y á la vez sabroso y tierno, que quizá nunca volverá á darse en el mundo, porque las condiciones en que se dió no son de las que se procuran artificialmente. Y no es una de las menores glorias de Enrique Heine el ahuyentar eternamente la turba gárrula de los imitadores. Heine, sin la ironía, no es más que medio Heine; y la ironía heiniana, lo mismo que la ironía socrática, ni se imita, ni se parodia. Fué (como ha dicho inge-

niosamente uno de los críticos de su nación que no acaban de perdonarle de buen grado, sus ofensas á ella) *un ruiseñor alemán que hizo nido en la peluca de Voltaire.*

Julio de 1883.



DE LAS INFLUENCIAS SEMÍTICAS

EN LA LITERATURA ESPAÑOLA.



DE LAS INFLUENCIAS SEMÍTICAS

EN LA LITERATURA ESPAÑOLA.

EN 26 de Enero de 1894 tomó posesión de su plaza de número en la Academia Española el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, D. Francisco Fernández y González, persona universalmente reputada como una de las más doctas de nuestra nación en filología y en historia, y calificado no ha mucho de *arabista de primer orden* por autoridad tan respetable como la de Hartwig Derembourg. El cariño y sincera estimación que como discípulo y compañero profeso al jefe de nuestra Facultad, podrían hacer sospechoso mi testimonio si no se tratase de méritos tan notorios y probados como los del Dr. Fernández y González, estudiante de por vida, tipo perfecto del estudiante de Letras, tal como en otras partes existe, aun-

que entre nosotros, con raras excepciones, sea planta exótica todavía. La robustez hercúlea de su temperamento intelectual le ha permitido cargar sobre sus hombros todo el peso y balumba de conocimientos diversos que integran el programa de nuestra Facultad, y por saberlo todo muy á fondo, no se le debe calificar de especialista en nada. Pasman la variedad de sus estudios y lecturas, las raras investigaciones á que se entrega, el número de lenguas antiguas y modernas, aun de las más exóticas y difíciles, que ha llegado á dominar para sus trabajos de comparación y análisis ó para utilizar las fuentes históricas. La Estética, que es su cátedra oficial y universitaria, es quizá lo que le ha preocupado menos; ni siquiera se ha cuidado de recoger en un libro sus numerosos y dispersos estudios sobre la Idea de lo Bello y sus conceptos fundamentales, sobre el sentimiento de lo bello como elemento educador en la historia humana, sobre lo sublime y lo cómico, sobre la fantasía y el ideal, y sobre todos los temas capitales de la Metafísica y Psicología Estéticas. Pero así y todo, su influencia en este orden de estudios, ya en la Universidad de Granada, donde primitivamente profesó, ya en la de Madrid,

donde sucedió á Núñez Arenas, ha sido muy considerable y beneficiosa á nuestra cultura; y lo hubiera sido mucho más si á la cátedra de Estética acompañase en nuestras escuelas, como debía acompañar, la de teoría é historia del arte, única que puede hacer positivos y fecundos los resultados de la indagación especulativa, mostrándolos realizados en el proceso histórico de las bellas formas. Al Sr. Fernández y González se debe el gran servicio de haber difundido desde su cátedra por más de treinta años los resultados de la Estética alemana posteriores á la magna enciclopedia de Vischer, que sirvió de primitivo fondo á su enseñanza, si bien procurando depurarla de sus vicios de origen, mediante una libre interpretación espiritualista, al modo que Carrière, por ejemplo, lo practica en Munich. Y aun siendo predominantemente hegeliano el sentido de sus lecciones (lo cual apenas puede evitarse en Estética, ciencia que debe á Hegel el primer ensayo de organización sistemática, y ha tenido dentro de su escuela los principales cultivadores), no por eso ha mirado con indiferencia el Sr. Fernández y González la tendencia realista y formal que desde Herbart hasta Zimmermann tantos resultados útiles ha

traído á la ciencia de lo bello, sino que ha procurado concertar y armonizar ambas direcciones, inclinándose en estos últimos tiempos al alto sentido del idealismo real que impera en la grande obra de Max Schasler. Y todo esto lo ha enseñado y propagado en la Universidad de Madrid el Dr. Fernández cuando (exceptuado el nombre venerable de Milá y Fontanals, que fué estético de verdad, pero que pertenece á una generación anterior) la Estética solía aprenderse en España por cartillas como la de Krause, por absurdos sermonarios llenos de pasmarotadas sentimentales como el del P. Jungmann, por indigestos centones de Cousin y de Levèque, y á lo sumo, por la Estética de Hegel, traducida, ó más bien, arreglada en francés por Bénard, obra ciertamente genial y admirable, pero después de la cual ha llovido mucho en Estética y en Filosofía, precisamente por lo mismo que el impulso de Hegel en su tiempo fué tan poderoso y fecundo.

Pero aunque profesor oficial de Estética, el Sr. Fernández y González es por vocación historiador y filólogo, y principalmente orientalista. Igual ó mejor que Estética podría enseñar árabe, hebreo ó sanscrito, historia de la antigüedad ó historia de los tiempos medios.

En esta parte se le deben publicaciones importantísimas que, si tuviesen más claridad y método y estilo más apacible y llano, serían conocidas y celebradas de todo el mundo, como indisputablemente lo merecen por su profunda erudición y novedad. El libro que modestamente intituló *Memoria sobre el estado social y político de los Mudejares de Castilla*, es completa y riquísima historia de aquella parte de nuestra población, tan interesante quizá como los judíos y los mozárabes; y fué obra sin precedentes, como no se tenga por tal el ameno libro del Conde de Circourt, que siendo extraño á los estudios arábigos, poco pudo adelantar sobre lo que dicen nuestros historiadores castellanos. El único tomo que hasta ahora ha publicado el Sr. Fernández y González sobre las *Instituciones jurídicas del pueblo de Israel en España*, es en realidad una nueva historia de los judíos españoles, en que con el directo recurso á las fuentes rabínicas, se amplían y rectifican muchos puntos de la obra tan erudita y meritoria que en tres volúmenes escribió el Sr. Amador de los Ríos, padre político del Sr. Fernández y González. Ha traducido, además, el Sr. Fernández y González gran número de textos árabes, hebreos y rabínicos,

concernientes á nuestra historia y literatura, tales como la Crónica de Aben Adhari de Marruecos, la de Gotmaro, obispo de Gerona, el *Ordenamiento de las aljamas de Castilla*, muchos cuentos y novelas que podrían formar una serie de las más interesantes y deleitables, figurando en ella la historia de la *hija del Rey de Cádiz*, y el peregrino libro de caballerías de *Ziyyad ben Amir el de Quinena*, única muestra que conocemos traducida, hasta ahora, de su género entre los árabes españoles.

Pero todos estos no han sido para el doctor Fernández y González trabajos de empeño, sino intervalos de recreación estudiosa. Su grande esfuerzo, durante muchos años, le ha puesto en la redacción, ya terminada, de un nuevo catálogo de los manuscritos árabes del Escorial, corrigiendo y ampliando el de Casiri; y en la de otro catálogo de los manuscritos rabínicos conservados en el mismo depósito. El hado infeliz que pesa en España sobre los trabajos de erudición ha sido causa de que, retrasándose el Gobierno en la publicación de las obras del Dr. Fernández, que debían correr ya de molde hace muchos años, se haya adelantado Derembourg, publicando, con auxilio oficial del Gobierno francés, el primer tomo de

su catálogo de los manuscritos árabes del Escorial. Pero esta obra, aun siendo tan exacta y concienzuda como del mucho saber de su autor debe inferirse, no puede tener para los españoles la utilidad que tendrá en su día la del Sr. Fernández y González, que no ha hecho mero catálogo como Derembourg, sino que, á ejemplo de Casiri (muy loable en esto), incluye en texto y traducción latina amplios extractos de los principales códices que tratan de nuestra historia ó pueden ilustrarla. Urge, pues, la publicación de esta nueva Biblioteca Árábigo-Escorialense, y no puede la de Derembourg quitarle novedad alguna, ni mucho menos sustituirla. Urge también la publicación, ya acordada, de las numerosas memorias que, principalmente sobre asuntos de erudición hispano-oriental, ha presentado en estos últimos años el Sr. Fernández y González á la Academia de la Historia, en la cual es uno de los trabajadores más activos.

En estos últimos tiempos, el Sr. Fernández y González ha ampliado extraordinariamente el círculo de sus trabajos, haciéndolos versar con preferencia sobre épocas muy remotas y lenguas bárbaras y primitivas. Esta nueva dirección contribuirá sin duda á aumentar el

crédito y fama de su saber; pero si he de decir lo que pienso, no puedo menos de deplorar que nuestro Decano haya abandonado, aunque sin duda temporalmente, los senderos de la erudición semítica, en que tantas y tantas buenas cosas puede enseñarnos, para enredarse en áridas disquisiciones sobre las lenguas indígenas de América ó sobre el parentesco del vascuence con el turco. Todo esto es sin duda de más alarde erudito que provecho ni amenidad; y por grande que sea (y lo es sin duda) la importancia de la obra que el Dr. Fernández y González está publicando sobre los *Primitivos pobladores históricos de la Península Ibérica*, la mayor parte de los lectores profanos hubiéramos preferido ver salir de su docta pluma alguna obra de asunto menos primitivo y tenebroso, por ejemplo, una historia (que no tenemos aún) de la literatura arábigo-hispana, ó una historia general de los musulmanes de España desde el punto en que la dejó Dozy. Es lástima que en España la mayor parte de los esfuerzos eruditos se pierdan en empresas que de puro arduas, remontadas é inaccesibles al vulgo, vienen á resultar casi estériles.

Este apego del Sr. Fernández y González á la investigación de las cosas más difíciles per-

judica bastante, no sólo á la amenidad, sino á la unidad de su eruditísimo discurso de ingreso en la Academia Española. Trátanse en él dos puntos manifiestamente inconexos, á pesar del lazo artificial que entre ellos ha querido establecer el autor, y suficientes cada uno de por sí, no ya para una disertación, sino para un libro. Con la materia sólida y abundante que hay en las 64 páginas del presente discurso, hubiera podido cualquier escritor de más *malicia* literaria que el Sr. Fernández (de los que en Francia, por ejemplo, abundan tanto) componer dos ó tres volúmenes de muy agradable lectura, sobre la influencia de las lenguas y literaturas orientales en la nuestra. Pero nuestro Decano, que tantas cosas sabe, quizá olvida ó descuida una sola, y es el arte de hacer valer por la exposición animada y lúcida el prodigioso caudal de su doctrina. Tantos datos, tantos nombres, tantas fechas, acumuladas en tan corto espacio, se estorban mutuamente, y acaban por engendrar confusión en el ánimo del lector más atento.

La primera parte del discurso huelga, ó poco menos. Si el asunto era tratar de la cultura semítica y de su influjo en la nuestra desde los tiempos más remotos, lo primero que históri-

camente se ofrece á la consideración son las colonias fenicias y los cartagineses ó libio-fenices; materia que el Sr. Fernández y González hubiera podido explanar con la peculiar competencia geográfica y epigráfica que todo el mundo le reconoce. Pero, lo repito, el Sr. Fernández y González no gusta de empresas relativamente fáciles para un hombre de su cultura, y ha preferido internarse en los misteriosos senderos de la lengua éuskara, que tiene, no sé por qué, el raro privilegio de hacer tropezar á cuantos se ocupan en la interpretación de sus enigmas. No diré yo (¡grande impertinencia sería!) que el Sr. Fernández y González tropiece; al contrario, me parecen sus conclusiones muy ajustadas al común sentir de los más expertos filólogos, y muy distantes, por lo mismo, de los sueños y desvaríos con que todavía suelen obsequiarnos algunos vascófilos celtistas y sanscritistas de España y Francia. Pero si es cosa bien averiguada que el vascuence no pertenece á la familia de las lenguas aryanas, no es menos cierto que tampoco se la puede considerar como lengua semítica, á lo menos en la acepción más usual y corriente de esta palabra, por la cual todo el mundo entiende el hebreo, el árabe, el siriaco y otras lenguas tales, pero

muy pocos entienden el *sumir-acadio*, que las inscripciones de Caldea nos han revelado. Si el vascuence, como razonadamente afirma el señor Fernández y González, es la lengua de un pueblo de la Edad de Piedra; si los antropólogos que él cita (1) encuentran tan gran parecido entre los antiguos esqueletos vascos y las osamentas africanas de las tumbas de Beni-Hassán, y se inclinan á mirar el actual pueblo vascongado como la unión de un pueblo afín al berberisco y de otro pueblo boreal análogo al finés ó al lapón, y aun le encuentran semejanzas externas con el tipo de los Morduinios y de los Pielas Rojas; si la lengua hablada por este pueblo es positivamente lengua de aglutinación, y las analogías que se descubren en su estructura y aun en su vocabulario son con el turco y el húngaro, con las lenguas tártaras, con las americanas, con el *sumir-acadio*, y, en suma, con todo lo que suele calificarse de *turanio* ó de afín al turanismo, hemos de inferir que el vascuence pertenece á un período lingüístico anterior lo mismo á las lenguas arya-

(1) Especialmente el Sr. Aranzadi en su importante memoria *El Pueblo Euscalúna* (San Sebastián, 1889). Yo en esto ni entro ni salgo, y buena pedantería fuera en un profano tener opinión en semejantes cosas.

nas que á las semíticas, pero en el cual existían sin duda gérmenes arjos y gérmenes semíticos, que luego en la edad de flexión se fueron fijando y diferenciando. Nuestra absoluta incompetencia en estas materias nos obliga á pasar de largo por esta primera parte del discurso del Sr. Fernández y González, en que principalmente abundan las comparaciones entre el vascuence y el turco. La demostración parece perentoria, y viene á confirmar, como dicho queda, la opinión más aceptada hoy entre los doctos. El descubrimiento y estudio del grupo turanio ha venido á modificar profundamente las conclusiones tradicionales y clásicas de la filología comparada, acortando cada vez más la distancia antes infranqueable entre el aryanismo y el semitismo, y haciéndonos adivinar la edad misteriosa y crepuscular que precedió á su separación definitiva, y la primitiva civilización que educó juntamente á arjos y semitas.

El asunto propio y peculiar del discurso del Dr. Fernández empieza con la invasión de los árabes, porque de todo el semitismo anterior (fenicios, primitivas colonias judías, etc.) no puede afirmarse con seguridad ni influencia en la lengua, ni contacto literario.

Materia es esta de la influencia arábiga en que, por falta de método y de formalidad científica, ha solido caerse en opuestas exageraciones, las cuales por supuesto no han solido nacer entre los arabistas propiamente dichos, que sabían bien á qué atenerse en este punto, sino entre los *dilettantes* de erudición arábiga ó cristiana, á quienes el fervor del primer descubrimiento ó bien antagónicos fanatismos, dañosos por igual á la recta y libre indagación de la verdad histórica, han solido traer á consecuencias extremas é igualmente absurdas. Lo racional hubiera sido empezar estudiando á fondo lo que se debatía, antes de arrojarse á construir teorías sobre datos incompletos, aislados, mal conocidos y hasta mal comprobados á veces. Pero cuando la pasión religiosa ó política se mezcla en estos asuntos, y viene en ayuda de la pereza histórica, los errores se endurecen y hacen callo en la voluntad y en el entendimiento, matando hasta el deseo de la verdad, que es natural impulso de todo espíritu sano. Hay hombre que en obsequio á sus principios doctrinales se cree obligado á negar toda cultura á los árabes, considerándolos como unos bárbaros feroces; y hay quien, por el extremo contrario, niega toda civilización propia

á la Europa cristiana, y sólo á los árabes considera como maestros universales que disiparon las tinieblas de la barbarie. Grandes temas de Ateneo ó de Juventud Católica, aunque afortunadamente van ya pasando de moda.

Ha de decirse, en descargo de los que tan de ligero han solido fallar en asunto de tanta monta, que las fuentes accesibles al no arabista que desee tomar alguna idea de la cultura arábigo-hispana, no son muchas ni están muy divulgadas, y además en casi todas ellas suelen andar englobadas las cosas de la España musulmana con las de Oriente. El *Lexicon Bibliographicum* del famoso compilador turco Jachi-Jalfa, publicado con traducción latina por Fluegel, es quizá la más importante de todas como libro de consulta; pero nunca las bibliografías pueden sustituir á la historia literaria, aunque sean su indispensable punto de partida. Esto mismo, y aun más, ha de decirse de la obra de Casiri, grande esfuerzo para su tiempo, y meritoria en éste, especialmente por los extractos históricos, pero no exacta siempre é inferior ya á las exigencias científicas de nuestra época. Los estudios de Hammer Purgstall, además de referirse á Oriente en la mayor parte de su contexto, empiezan á pasar

por anticuados, y su autor por guía confuso y poco seguro. Schack hizo un libro de vulgarización amenísimo, que seguramente ha ganado en su primorosa versión castellana, pero se limita á la poesía y á la arquitectura. Para la medicina, y aun para el movimiento científico en general, tenemos al Dr. Leclerc; para los naturalistas, á Wüstenfenld (1); para la filosofía, los libros bastante divulgados de Munk y Renán dan extensa noticia de Averroes y aun de Avempace y de Aben-Tofail, cuya famosa novela (que es sin duda el producto más original del genio filosófico entre los musulmanes) puede leerse en la versión latina de Pocke. Los orientalistas que en nuestro siglo han restaurado la historia de la España musulmana, ya extranjeros como el incomparable Dozy, á quien (cualesquiera que sean sus errores de pormenor en materia no arábica) nunca pagará nuestra historia lo mucho que le debe; ya españoles como Gayangos, Lafuente Alcántara, Fernández y González, Simonet, Eguílaz, Codera..... han atendido en primer término á la parte histórica y lingüís-

(1) *Geschichte der Arabischen Aerzte und Naturforscher.* (Goettingen, 1840.)

tica, que era lo que por el momento urgía, y sólo por incidencia á la literaria. Apenas recuerdo más excepciones que un discurso de Moreno Nieto sobre los historiadores árabes, una tesis doctoral de Eguílaz sobre los principales géneros poéticos, y el reciente discurso inaugural de Ribera en la Universidad de Zaragoza sobre los establecimientos de enseñanza entre los musulmanes.

Por el contrario, la historia literaria de los judíos españoles puede decirse que está completamente explorada y conocida hasta en sus detalles, gracias á los innumerables estudios y publicaciones de Luzzato, Munk, Sachs, Geiger, David Cassel, Kayserling, Neubauer, Zunz, Benedettis y otros muchos. Y el que no tenga tiempo ó voluntad de internarse en tan copiosa biblioteca, encontrará un resumen lleno de animación y de viveza en la *Geschichte der Juden* de Graetz, especialmente en los tomos v y vi.

Es claro que al Sr. Fernández y González, ocupado por tantos años en la redacción de los dos catálogos escurialenses, que á cada momento le obligan á recurrir á todas las fuentes de la erudición oriental, no sólo no se le ha ocultado ninguno de estos libros vulgares y

corrientes, sino que bien puede afirmarse que ha pasado por delante de sus ojos toda monografía y todo artículo de revista que en algo se refiera á estas materias. Pero la principal y más curiosa parte de su trabajo es indudablemente labor de primera mano, *contribución propia*, como ahora se dice.

El autor empieza por declarar que la cultura de los musulmanes españoles no comienza con la invasión bereber, sino que ha de contarse desde el momento en que las gentes sirias (no *serias*, como por errata atroz se lee en el discurso), acaudilladas por Baleg, llegaron á la Península. Los sirios habían representado el elemento civilizador en el califato de Bagdad, y ellos fueron también los iniciadores del cultivo artístico y literario en la España árabe, contribuyendo también á ello los mozárabes y los *muladíes* ó renegados, en grado que todavía no puede precisarse, pero que fué notable sin duda, aunque no tan exclusivo como parece que da á entender el Sr. Simonet en la muy docta introducción de su *Glosario Hispano-Mozárabe*. La fundación de la monarquía de los Omeyas, desligando á Córdoba de su dependencia política respecto de Oriente, aceleró este desarrollo de las artes del espí-

ritu, y de la magnificencia y suntuosidad en todas las manifestaciones de la vida, y determinó el carácter, en alguna medida propio y autonómico, de la cultura mahometana en España. Su primera manifestación fué la arquitectura, y puede decirse que la vida espiritual de los árabes españoles comienza el día en que se puso la primera piedra de la aljama cordobesa. Hay que confesar que los más sazonados frutos de la poesía, de la filosofía y de la ciencia no se lograron propiamente en tiempo del califato cordobés, sino más adelante, en las pequeñas monarquías llamadas *reinos de taifas*, pero es cierto que el impulso venía desde Abderramán I, aunque necesitase por ley natural todo ese tiempo para desenvolverse.

En esta parte del discurso relativa al Califato, noto, entre otros puntos de gran curiosidad, el nombre del primer poeta árabe-andaluz de nombre conocido, Abbes ben Nassih el Gifari; las noticias relativas al músico sirio Zeriab, *arbiter elegantiarum* en la corte de Abderramán II, é inventor de la quinta cuerda del laúd; la introducción del estudio de las Matemáticas en tiempo del emir Muhammad, bajo el magisterio de Al-Leitsi y del físico Aben Firnás, fundador de una fábrica de

cristales; el viaje de un judío español del siglo IX á la China, recientemente publicado por Schwab en la *Revue de Géographie*; los peregrinos versos de un poeta toledano del año 853 de nuestra era, que parecen aludir á la brújula ó calamita como cosa conocida y de uso frecuente; ciertos ensayos de locomoción aérea de que Almacari da cuenta; y gran número de noticias artísticas que prueban haber sido poco severos los musulmanes de Al-andalus en lo de no admitir representaciones de figuras humanas y de animales, puesto que de uno y otro género las había en los palacios de Medina-Azahra, traídas de Constantinopla por el insigne mozárabe Arib, más conocido por su nombre cristiano de Recemundo; extraño personaje que fué á la par Obispo de Iliberis, embajador de Abderrahmán III en la corte de Otón el Grande, médico, matemático, astrónomo y meteorologista, autor del famoso calendario agrícola de Andalucía, que publicó *Libri*, y traductor y adicionador de la *Isagoge Arithmetica* de Nicolao de Gerasa. Este enciclopédico personaje había sido en Oriente discípulo de Alkindi, y bastaría por sí solo para probar que los mozárabes ó cristianos fieles de Andalucía no se limitaron á conservar la de-

generada tradición latino-visigótica, sino que tomaron parte grande y eficaz en el movimiento propio de la cultura musulímica, sin renunciar por eso á su fe religiosa. Considerado como escritor científico, Recemundo es de los más antiguos entre los árabes españoles, y es preciso llegar al madrileño Moslema, contemporáneo de Almanzor, para encontrar un sabio de tanta monta. Moslema, introductor en nuestra Península de la enciclopedia en cuarenta tratados de los *Hermanos de la sinceridad ó pureza* de Bassora, abre nueva era en la cultura española con la misteriosa doctrina recibida en las escuelas de Persia; y de él probablemente arranca, no sólo el movimiento astronómico y matemático, sino también el filosófico que en los siglos XI y XII, después de la disolución del Califato, iba á dar sus frutos más maduros en el *Régimen del solitario* del zaragozano Avempace, en la novela del *Filósofo Autodidacto* del guadijeño Aben-Tofáil, y en la grande enciclopedia del cordobés Averroes, segundo Aristóteles de los musulmanes.

Fácilmente se comprenderá que esta filosofía, de origen alejandrino, ya mística, ya racionalista, é informada por conceptos tales

como el de la emanación, el de la unidad del entendimiento agente y el de la eternidad del mundo, contradictorios de todo en todo con los dogmas capitales del teísmo musulmán, tenía que ser de vida muy precaria y desaparecer rápidamente ante cualquier recrudescencia del fervor religioso, alimentado á la continua por las invasiones africanas. Así sucedió, en efecto; pero otra raza semítica, dotada de condiciones muy superiores para la especulación filosófica, recogió la herencia.

El albor de la cultura intelectual entre los israelitas españoles despunta en el siglo x, como es notorio, merced al establecimiento por Rabi Moseh ben Hanoc de la Academia cordobesa (émula victoriosa en breve tiempo de sus hermanas mayores, las de Susa y Pumbedita, en Oriente), y á la privanza y valimiento que logró con el gran califa Abde-rahmán III su médico y ministro discretísimo Hasdai ben Saprut, gran protector de las gentes de su raza. Merced en parte á su generoso influjo, el círculo de los estudios judaicos, casi limitado hasta entonces á la interpretación de la Biblia y del Talmud, comienza á ensancharse notablemente á imitación y ejemplo de lo que florecía entre los árabes; y entonces es

cuando Menahen ben Saruk de Tortosa y Dunax ben Labrat echan las bases del estudio científico de la gramática hebrea, respetadas en todo lo esencial por la filología moderna. Aplicado con tanta firmeza á la disciplina gramatical el poderoso instrumento del análisis, no podía menos de aguzar y estimular los entendimientos para especulaciones de orden más elevado; y, en efecto, muy pronto se ve á los judíos invadir con gloria el campo de la metafísica y el de la ciencia experimental; movimiento que en los siglos XI y XII (que son la edad de oro de su historia ibérica) coincide con el prodigioso desarrollo de su poesía lírica religiosa, superior en elevación ideal á la de todos los pueblos de la Edad Media, incluso Provenza. Esta poesía es fruto propio y espontáneo de la Sinagoga; pero por algo, y quizá por mucho, entraron en ella conceptos de orden filosófico y cosmológico, derivados de las escuelas profanas y extraños de todo punto á la tradición talmúdica. Así se da el hecho de ser á un tiempo estos poetas los más grandes líricos y los más profundos y célebres pensadores de su raza, exceptuando solamente á Maimónides, en quien la calidad de poeta no aparece, aunque sí las de médico y naturalista, unidas

á las de teólogo y filósofo, autor de una profunda reforma en la educación religiosa de su pueblo. Pero fuera de este grande espíritu, tan conciliador y armónico, tan superior en penetración y originalidad á Averroes, y comparable á Santo Tomás en algunos respectos de posición y método, los demás representantes de la filosofía judaica son poetas y grandes poetas, sin que se vea diferencia notable entre el contenido de su prosa y el de sus versos. La misma unción religiosa hay en los diálogos del *Cuzari* de Judá Leví, que en su grandioso himno para la mañana del día del gran ayuno. El mismo numen dictó á Aben-Gebirol la poesía filosófica del *Keter Malkuth* y la metafísica poética de *La Fuente de la Vida*.

No se puede negar que los hebreos, así en el campo de la filosofía como en el del arte lírico, se aventajaron en breve plazo á sus maestros; pero no hay duda tampoco que la cultura de los árabes fué su primera escuela y la base de toda su educación secular y profana, influyendo hasta en la parte técnica de su poesía, como lo prueba el doctrinal teórico de Aben-Ezra, y el mismo nombre de *Diván* que suele asignarse á las colecciones. Todos los grandes escritores hebreos de ese tiempo fue-

ron bilingües y aun trilingües algunos; casi todos son conocidos por un doble nombre, árabe y hebreo; y en árabe fueron primitivamente escritas obras tan capitales como *La Fuente de la Vida*, de Aben-Gebiról, y la *Guía de los que andan perplejos sobre el recto camino*, de Maimónides. Durante cierto tiempo, y salvas las diferencias religiosas que siempre dan peculiar tono y sabor á los libros de los judíos, puede afirmarse que ambas literaturas se confunden, y que llegaron á noticia de los cristianos como si fuesen una sola.

De todo esto habla el nuevo académico con mucho acierto y erudición, aunque no sé si con el mejor método, sin duda por el empeño de ceñirse estrechamente á la cronología, lo cual le obliga á mezclar especies inconexas que impiden abarcar de una sola ojeada todo el conjunto. Y por eso quizá no lucen bastante aquellos rasgos en que principalmente conviene fijar la atención por lo significativos ó por lo extraños. Tal conceptúo la sorprendente aparición (en que Dozy reparó el primero) del idealismo amoroso, de una especie de petrarquismo más humano que el del Petrarca, en el bellissimo libro *De los Amores*, del cordobés Aben-Hazm, primera novela íntima que en

los tiempos medios puede encontrarse, una especie de *Vita Nuova*, escrita siglo y medio antes de Dante, para dar testimonio, contra vulgares y arraigadas preocupaciones, del grado de pureza y profundidad afectiva á que, si bien por excepción, podían llegar, no ciertamente los árabes puros, sino los musulmanes andaluces de origen español y cristiano, como lo era este gran polígrafo Aben-Hazm, autor también del más interesante documento que poseemos sobre la historia literaria de la escuela árabe; curiosísima carta crítica y bibliográfica que, traducida al inglés, puede leerse en el *Almaccari*, de Gayangos, y que el Sr. Fernández y González compara muy atinadamente con la famosa del Marqués de Santillana al Condestable de Portugal.

Mucha curiosidad ofrece también todo lo que se refiere al desarrollo y cultivo de la novela entre los árabes y judíos peninsulares. Resulta que la forma actual del *Antar*, el más famoso libro de caballerías arábigo, debe atribuirse á un médico español residente en Damasco, y que el género tuvo en España imitaciones de carácter muy indígena y muy aproximada á la de los libros de caballerías europeos, sin que pueda decirse todavía con seguridad

de qué parte estuvo la iniciativa y la influencia; porque si la aparición de estos cuentos en árabe es bastante tardía, tampoco entre los cristianos de España madrugó mucho tal género de ficciones, ni puede citarse ejemplo original de ellas antes del siglo XIV. De otros cuentos de diverso género, pero no menos peregrinos, nos da razón el Sr. Fernández y González, haciéndonos desear que cumpla su propósito de formar una colección selecta de los que se encuentran esparcidos en libros misceláneos y enciclopedias históricas, al modo de la de *Los Caminos y los Reinos* del rey de Niebla Obaid al Becrí, citada y utilizada en la *Grande et General Estoria* de nuestro Rey Sabio. Á este grupo de ficciones pertenecen *La Hija del Rey de Cádiz*, *El Gigante de Loja*, *El Falso Anacoreta*, *Los Palacios de la Reina Doluca*, *Los Amores del caballero gallego*, *La Ciudad de Latón* y otras análogas no menos sabrosas, cuya tradición se perpetúa, en pleno siglo XVI, en los libros aljamiados de los moriscos.

Ni fueron extraños tampoco los judíos de la Península á estas aficiones novelescas, á pesar de la severidad con que los doctores de su ley solían mirar el cultivo de la literatura frívola

y profana. Los novelistas judíos de nuestra Edad Media, aunque mucho más escasos que los poetas líricos, no son indignos de consideración. Novela filosófica es, en rigor, el *Kuzari*, donde no sólo se descubre el origen de la parábola de los tres anillos que leemos en Boccacio, y, por tanto, del *Nathan el Sabio*, de Lessing; sino que la idea del conflicto y controversia entre las tres *leyes* ó religiones, aunque resuelto naturalmente con diversa conclusión, pasa como tema predilecto á muchos libros de Ramón Lull, especialmente al *Del gentil y los tres sabios*, y también en el *De los Estados* de D. Juan Manuel deja huella. Pero hubo además, entre nuestros israelitas, colecciones de novelas enteramente profanas, á imitación de las *Macamas* ó *Sesiones* árabes de Hariri. Entre estos Decamerones hebreos de los siglos XII y XIII se cuentan las 50 *Saracosties* ó novelas zaragozanas de Aben el Asterconi; el *Tachkemoni* del cordobés Salomón Aben Sacbel, libro que hoy llamaríamos humorístico, en que se narran las múltiples ilusiones y falacias de que fué víctima el protagonista Asser en el proceso de sus aventuras amorosas, hasta encontrarse, finalmente, con una muñeca en lugar de la bella dama á quien

tan ansiosamente perseguía; los clásicos diálogos de *Heman el Ezrahita* y *Heber el aventurero*, en que Alharizi, el más celebrado autor de *Macamas* hebreas, concede largo espacio á la crítica literaria, entremezclándola con el relato novelesco, y, finalmente, *El Príncipe y el Dervis*, del filósofo barcelonés Abraham ben Hasdai, la cual no es otra cosa que la leyenda de Buda, tan popular en la literatura cristiana con el nombre de *Historia de Barlaam y Josafat*, primera aunque remotísima fuente de *La Vida es sueño*.

Si tanto interés ofrece todo lo relativo á cuentos y novelas de origen oriental (aun sin mentar las dos grandes colecciones de apólogos indios universalmente conocidas), no es pequeño el que presenta la aparición tardía, pero indudable, de dos géneros de poesía lírica semi-popular, cuyo mayor florecimiento parece haber coincidido con el dominio de los reyes de Taifas. Estos dos géneros de poesía, por lo común erótica y báquica, caracterizados, según los arabistas enseñan, por el empleo de la doble rima y por otras particularidades métricas que forzosamente en toda traducción desaparecen; y caracterizada principalmente por el desenfado con que sus autores hacen alarde de

infringir todos los preceptos coránicos sobre la abstinencia, y por el tono mucho más suelto y menos retórico que el de los poetas del califato imitadores de la lírica ante islámica, son las *muaxajas* y los *cejales*, composiciones exclusivamente españolas, al parecer, é influídas acaso por la poesía vulgar de los cristianos, como lo prueba el hecho de ser muchas de ellas obras de renegados ó *muladies*, de uno de los cuales, llamado *Aben Kuzman* ó Guzmán, nos queda un *Diván* entero, que bien valdría la pena de ser traducido y publicado. Pero los arabistas propenden poco á traducir libros de amena literatura; y eso que algunos bien podrían darles elegante forma literaria, como el mismo Sr. Fernández y González lo hace en las muy lindas, aunque desgraciadamente escasas, traducciones en verso que en esta parte de su discurso intercala.

Presentado ya el bosquejo de la cultura hispano-arábica é hispano-judaica, procede el Sr. Fernández y González á estudiar en la última parte de su trabajo el modo y forma en que se comunicó á los reinos cristianos. Con rara erudición descubre vestigios de esta influencia hasta en los siglos más oscuros: palabras de estirpe arábica ó hebrea en privilegios

y donaciones de los reyes asturianos y de los condes de Castilla; sin contar, por supuesto, con el abandono nunca total, pero sí creciente, del latín entre los muzárabes, que en realidad fueron un pueblo bilingüe, como lo prueban las obras de Recemundo, la traducción árabe de la Biblia del *Almatrán* de Sevilla, la de los cánones de la Iglesia española del presbítero Vicente, y grandísimo número de escrituras que en el Archivo Histórico Nacional se custodian.

Pero verdadero influjo intelectual de los pueblos semíticos sobre los cristianos independientes no puede reconocerse antes del hecho capital de la conquista de Toledo. Y aquí, como en todas partes, aparecen como medianeros los judíos, á quienes su peculiar estado social ponía á un tiempo en contacto con las dos razas que se disputaban el dominio de la Península, y los constituía en intérpretes naturales de latín y arábigo. El primer poeta castellano de nombre conocido (¿quién lo diría?), es muy probablemente el excelso poeta hebreo Judá Leví, de quien consta que versificó, no solamente en su lengua, sino en árabe y en la lengua vulgar de los cristianos. Yo no he visto hasta la fecha composición suya entera en

verso castellano, porque su copioso *Diván* nunca ha sido enteramente publicado; pero en los extractos y traducciones parciales que de él se han hecho, no es raro encontrar palabras y aun versos enteros castellanos extrañamente mezclados con el texto hebreo. Sirvan de ejemplo aquellos dos que en la edición de Geiger (*Divan des Castilier Abul Hassan*, pág. 141) se alcanzan á leer, aunque desfigurados por un copista probablemente italiano que confundió el *dálet* con el *resch*:

Venit la fesca iuvencennillo
¿Quem conde meu coragion feryllo?

Así conjeturo que pueden leerse estos versos, cuya interpretación es realmente difícil. *Iuvencennillo* parece un diminutivo femenino al modo provenzal: *jovencita*. Y si *fesca* es error del copista por *fresca*, de lo cual no respondo, parece que estos dos versos, de los cuales el segundo es gallego más bien que castellano, dan este sentido:

«Venid, fresca jovencita.
¿Quién esconde mi corazón herido?»

Todo induce á creer que, en los orígenes más remotos de la poesía castellana, alguna parte, mínima quizá, hay que reconocer á los hebreos, y en la escasez grande de noticias que

sobre nuestras antigüedades literarias tenemos, ¿quién sabe si podrá abrirnos nuevos horizontes esa misteriosa Retórica y Poética de Moisés ben Ezra, que en la biblioteca Bodleyana de Oxford existe, y que, según dicen, trata no solamente de la poesía hebrea y árabe, sino también de la vulgar neolatina: cosa nada improbable?

Aunque fué Toledo la ciudad clásica en que se efectuó el cruzamiento del saber oriental con el de Occidente, y fué el reinado del emperador Alfonso VII la fecha memorable de este movimiento decisivo para la cultura del mundo moderno, no puede negarse que ya antes, y en otros comarcas de España, se habían hecho notables, aunque aislados, esfuerzos de aproximación. El nombre del converso de Huesca Pedro Alfonso (Moseh Sephardi) es el primero que ocurre á la memoria, y con él su libro famoso de apólogos y cuentos, *Disciplina Clericalis*, por el cual unánimemente se le otorga el título de patriarca de los autores de novelas cortas en el Occidente cristiano, y primer introductor del apólogo indio. Hubo también en la corte barcelonesa de Ramón Berenguer el Grande un albor de renacimiento científico con los trabajos matemáticos y astro-

nómicos del judío Abraham Savasorda y el italiano Platón de Tívoli. Entonces se tradujeron libros tan importantes como la *Ciencia de las Estrellas*, de Albategni; los *Esféricos*, de Teodosio; el *Tetrabión*, de Ptolomeo; el libro del astrolabio del cordobés Assofar, discípulo de Moslema, y las *Tablas y Capítulos de las Estrellas*, de Ibrahim el Fesari; y se escribieron otros, al parecer originales, de aritmética, geometría y agrimensura.

Tuvo, pues, predecesores el Arzobispo don Raimundo; pero siempre á él y al Emperador, de quien fué Canciller, les corresponde la mayor gloria por lo intenso, y casi pudiéramos decir febril, del movimiento de traducciones y comentarios que se desarrolló por su iniciativa y bajo sus auspicios. El arcediano de Segovia Domingo González (*Dominicus Gundisalvi*) y el judío converso Juan Hispalense, son los dos grandes obreros de esta labor inmensa. Colaboraron juntos en muchos libros; pero luego parece haberse repartido el campo, segun sus particulares aficiones, escogiendo el arcediano la parte de Filosofía, y el judío la de Matemáticas y Astronomía. Mientras el primero facilita á los escolásticos la comprensión de los principales tratados de Avicena, de Alfarabi,

de Algazali y de *La Fuente de la vida* de nuestro Avicibrón, y se lanza luego en alas de éste á filosofar por cuenta propia, demostrando verdadera pujanza metafísica en sus libros originales *De processione mundi*, y *De Unitate*, donde reaparecen, subidas de punto, todas las temeridades especulativas del misticismo alejandrino, todos los teoremas capitales de la *Elevación Teológica* de Proclo (por donde viene á ser progenitor, más ó menos consciente, del panteísmo moderno); Juan de Sevilla revela el Algebra á los cristianos, y lanza de una vez en la corriente científica los principales tratados astronómicos griegos y árabes, el *Quadripartito* y el *Centiloquio* de Ptolomeo, y el *Libro de las Figuras* de Tabit-ben-Cora, las obras de Alfergan y del cordobés Alcabi-cio, y otras innumerables. ¡Momento, en verdad, memorable y supremo para el porvenir de la cultura moderna! Aunque éste sólo tuviese España en la historia de la ciencia, ya no sería lícito prescindir de nosotros al escribirla. Fué entonces Toledo, desde el emperador Alfonso VII hasta Alfonso el Sabio, la metrópoli de las ciencias misteriosas y de la oculta filosofía, el primer foco del saber experimental, el gran taller de la industria de los traductores,

el emporio del comercio científico de Oriente. Cuantos ardían en sed de poseer aquellos tesoros acudían allí desde los más remotos confines de Europa, y ávidamente se procuraban traducciones ó las emprendían por su cuenta: así Adelardo de Bath, Herman el Alemán, Miguel Scoto (principal propagandista del averroísmo), y sobre todos Gerardo de Cremona, traductor de 71 obras científicas de astronomía y matemáticas, de ciencias naturales y medicina.

De este primer florecimiento cosmopolita ó europeo se derivó otro más peculiarmente español, el cual se caracteriza por el uso constante de la lengua vulgar, aplicada antes que otra ninguna de las lenguas romances á la alta especulación científica, así en Castilla como en Cataluña. Comienza esta nueva fase en los reinados de San Fernando y de D. Jaime el Conquistador, iniciándose tímidamente con catecismos político-morales (*Llibre de la Saviesa, Libro de los doce Sabios, Flores de Philosophía, Libro de los buenos proverbios, Poridat de Poridades*, etc.), imitados ó traducidos, á lo menos en parte, de fuente arábica, y con las dos más célebres colecciones de apólogos y cuentos de procedencia indostánica, el *Calila*

y *Dina* y el *Sendebár*. Crece la corriente y se dilata poderosa en la monarquía científica de Alfonso X, nuevo Salomón cristiano, por quien la sabiduría desciende del solio para aleccionar á las muchedumbres en modo y estilo oriental con los preceptos de una cierta *filosofía regia*; al mismo tiempo que con asombrados ojos empiezan á deletrear los arcanos del firmamento, conforme al sistema indio del *Sindhanta*, traído á nuestra Península por el antiguo Moslenia. Si el elemento árabe en la *Crónica general* debe reducirse á límites exiguos, en cambio es muy considerable en la *Grande et General Estoria*, y aun en la parte doctrinal de las Partidas, é impera casi solo en el *Libro de los Juegos*, en los tres *Lapidarios*, en los *Libros del saber de Astronomía* y en otros muchos, así de recreación como de ciencia.

No con menos pujanza se manifiesta, ya por imitación, ya por reacción, en las obras de Raimundo Lulio, tan conocedor de la lengua árabe como de la propia, hasta el punto de poder escribirlas indistintamente; gran promovedor del estudio de las letras orientales como arma principal para la controversia religiosa y antiaverroísta en que andaba empe-

ñado. Si su filosofía, con ser tan profundamente original, presenta innegables vestigios de la Lógica de Algazali, la forma novelesca que dió á algunos de sus mejores tratados parece un reflejo de la literatura oriental: la traza del *Libro del Gentil y de los tres Sabios* recuerda inmediatamente la del *Cuzari*; los apólogos del *Libro de las Bestias* proceden, en su mayor parte, del *Calila y Dina*.

Imitador á un tiempo de Raimundo Lulio y de los orientales, pero con una gracia de estilo propia y peculiar suya que hace de él el escritor más personal, más simpático y más literario de los tiempos medios, D. Juan Manuel presta forma castellana en el *Libro de los Estados* á la leyenda budista de Barlaam y Josafat, á la vez que renueva cristianamente el tema del *Cuzari*; y en el *Libro de Patronio* no sólo da albergue á los principales cuentos de origen asiático que en las anteriores colecciones figuraban, sino que introduce nuevas anécdotas, de carácter esencialmente histórico y origen arábigo-español indudable, como las relativas á la reina Romayquia; mostrando conocimiento directo de la lengua de los sarracenos, como podía esperarse de quien por tantos años había guerreado contra ellos como

adelantado del reino de Murcia y frontero contra Granada.

Igual noticia del habla y costumbres de los mahometanos hay que reconocer en el Archipreste de Hita, ora se atiende á la enumeración que hace de los instrumentos músicos que convienen á los *cantares de arábigo*, ora á las palabras de dicha lengua que oportunamente ingiere en varias partes de su relato poético, por ejemplo, en la respuesta de la mora al mensaje de Trota-conventos. Consta, por otra parte, que escribió cantares para *troteras* ó danzadoras moriscas, cuyas relaciones con nuestros poetas de vida airada en los siglos XIV y XV debían de ser frecuentes é íntimas más de lo justo, como lo prueban el caso de Garci Ferrandes de Ierena, que renegó por amores de una juglaresa mora, ó más bien por codicia del gran tesoro que la suponía; y el de Alfonso Alvarez de Villasandino, quien declara en sus versos que por una *gentil criatura del linaje de Agar pondría en aventura su anima pecadora*.

Pero aun reconociendo en la obra miscelánea de nuestro mayor poeta de los siglos medios, evidentes huellas de orientalismo, especialmente en los apólogos, no voy tan lejos

como el Sr. Fernández y González, cuando supone que el libro de los amores del Archipreste está compuesto en forma de *macama* y á imitación de las *macamas* árabes y judías. La forma de novela autobiográfica parece tan natural y cómoda, que sin necesidad de imitación directa ha debido ocurrirse á ingenios de muy diversos tiempos y naciones; y si hemos de llamar *macama* á todo relato de aventuras descosidas sin más unidad que la persona del protagonista narrador de la historia, *macama* será el *Satyricon* de Petronio, y *macama* el *Asno de Oro*, de Apuleyo, y *macamas* todas nuestras novelas picarescas, y hasta los *Reisebilder*, de Enrique Heine, serán también una especie de *macama*.

El período culminante de la influencia oriental en España, por lo que toca á la amena literatura, es sin disputa el siglo XIV, en que crece el número de judíos cultivadores de la lengua castellana, y uno de ellos, el rabí Don Sem Tob de Carrión, aclimata en nuestro Parnaso cierto género de poesía didáctico-moral, *gnómica* ó sentenciosa, evidentemente derivada de aquellas éticas en verso que en la literatura hispano-judaica de los Gebiroles y Ben Ezras abundan tanto. Pero á fines de aquel

siglo, desde los días del canciller Ayala, el orientalismo cede visiblemente el paso á la imitación clásica, la cual domina casi sin rival en el siglo xv, aun en varones de purísima estirpe hebrea como el obispo de Burgos don Alonso de Cartagena. Varias causas hubo para esto, siendo la principal la profunda decadencia á que había llegado en su postrer refugio de Granada la cultura musulmana, que nada nuevo podía aportar á la civilización occidental, á la cual se habían incorporado ya todos sus elementos útiles. La historia fué el género que resistió más tiempo entre los árabes: lo prueba en el siglo xiv el grande ejemplo de Aben Jaldun (español de origen, ya que no de nacimiento) cuyos famosos *prolegómenos*, que constituyen una especie de aparato enciclopédico para la historia universal, demuestran que ni siquiera de espíritu crítico estuvieron desamparados los musulimes. Pero el granadino Aben-Aljatib, último escritor de gran renombre entre los árabes andaluces, es ya de evidente decadencia, si bien por el gran valor histórico de las noticias que consigna, por el número y variedad de sus escritos y por la feliz casualidad de haberse conservado íntegros los principales, es de los que más mere-

cen y han obtenido la atención de la crítica.

Menos decadente la literatura de los judíos, había recibido, no obstante, un golpe mortal con las restricciones puestas al estudio de la filosofía y otras materias profanas, y con la condenación fulminada por las sinagogas de Cataluña y Provenza contra el *Guía de los perplejos* de Maimónides, cuyo racionalismo exegético comenzaba á parecer peligroso á los más autorizados rabinos. Volvieron, pues, los estudios, aunque no sin protesta de muchos, al antiguo cauce *misnático* y talmúdico, y cualesquiera que fuesen los conatos de independencia en las escuelas de Gerona, de Segovia, de Toledo, y entre los místicos y cabalistas, nada de ello importó mucho, y por de contado nada apenas trascendió fuera del recinto de la Sinagoga, hasta que coincidiendo con los tiempos de la expulsión aparece la ilustre familia de los Abarbaneles, memorable aún más que por lo que contribuyó á la conquista de Granada, por el libro de la *Philographia Universal* ó *Diálogos de Amor* con que León Hebreo trajo nueva savia al platonismo del Renacimiento, fundiéndole con la tradición judaico-alejandrina y con algunos conceptos de la filosofía escolástica, nada desconocida de los judíos

del siglo xv, como lo prueba el hecho de haber traducido al hebreo Alí ben Yusaf Habilio de Monzón algunos libros de Santo Tomás, de Escoto y de Guillermo Occam. El comercio intelectual proseguía siendo recíproco, á despecho de incendios y saqueos de aljamas, devastaciones y matanzas, y á despecho de la preocupación sectaria moderna, que inventa abismos donde no los hubo.

De todas estas y otras muchas cosas trata más ó menos rápidamente, pero siempre con datos positivos y seguros, el Sr. Fernández y González, prescindiendo, en obsequio á la brevedad, de otros puntos que tiene bien conocidos y estudiados, tales como la curiosísima literatura jurídica de las *Leyes de Moros*, la muy copiosa literatura aljamiada, no sólo religiosa sino poética y novelesca, de los moriscos (tan ilustrada ya merced á las publicaciones de Gayangos, Müller, Stanley, Saavedra y Guillén Robles), y la literatura que en lengua castellana y en todos géneros cultivaron los judíos de origen español refugiados en Holanda y otras partes durante los siglos xvi, xvii y aun xviii, siguiendo, á pesar de su alejamiento, los cambios de gusto que se verificaban en la Península, como lo prueban el ejemplo de

Moseh Pinto Delgado, que á ratos parece discípulo de Fray Luis de León, y el de Miguel de Silveira, Antonio Enríquez Gómez y Levi de Barrios, tenebrosos imitadores de Góngora y Quevedo. Esta reacción ó influencia contraria de la lengua y literatura española sobre los pueblos semíticos, que conduce sucesivamente á escribir en castellano á mudejâres, moriscos y judíos, creando tres pequeñas literaturas, mixtas de oriental é ibérico, merece por sí sola un atento estudio, y sin duda por eso no ha querido el Sr. Fernández y González englobarle en su tema, ya inmenso de suyo.

Esta misma consideración, sin duda, y la de existir ya base firme en los glosarios de Engelmann y Dozy, Simonet y Eguílaz, le ha hecho insistir poco en la enumeración de los elementos árabes y hebreos que han entrado en nuestro léxico y en nuestra gramática. Nótese que, á diferencia de los filólogos anteriores, el señor Fernández y González propende á acrecentar este caudal y á suponerle mucho más rico de lo que generalmente se estima.

Tal es (entendido y expuesto á nuestro modo y adicionado con algunas consideraciones y noticias que nos han parecido pertinentes al asunto) el riquísimo contenido del dis-

curso del Sr. Fernández y González. En él está, no sólo planteada, sino definitivamente resuelta, sin alharacas ni declamaciones indignas de la ciencia, tesis tan importante y compleja como la de la influencia oriental en el pensamiento y en el arte de nuestro pueblo. Esta influencia es innegable en la arquitectura, donde sus alarifes transmitieron á los nuestros el único tipo de construcción peculiarmente español de que podemos envanecernos. Lo es también en diversas artes é industrias suntuarias. Puede presumirse muy racionalmente en la música, aunque este punto no haya sido dilucidado todavía con la atención y competencia debidas.

Es nula ó casi nula, y aun puede suponerse influencia contraria, en la poesía lírica propiamente dicha; lo cual no se opone á la transmisión accidental de algún cantarillo, y aun á la semejanza aparente ó real de ciertos tipos de versificación popular. Todavía puede negarse con más resolución en lo tocante á la poesía narrativa, que entre nosotros fué esencialmente histórica, hija del terruño castellano, aunque de las canciones francesas recibiese estímulo y ejemplo. Sólo tres ó cuatro romances, de los *fronterizos* de última época, el de

Abenamar, *Abenámar*..... la lamentación por la pérdida de Alhama, y pocos más, tienen sabor oriental ó puede conjeturarse con verosimilitud que de Granada proceden. Donde es forzoso no sólo admitirla, sino proclamarla fuente casi única, es en el cuento y en el apólogo, no por inventiva de los árabes (que en rigor nunca han sido pueblo de mucha imaginación), sino por la misión histórica que tuvieron y cumplieron de recoger en Persia, en Siria y en Egipto la primitiva y misteriosa tradición del apólogo indio, que no ha perdido aún su profunda virtud simbólica, y continúa siendo la leche espiritual con que aun los pueblos más cristianos educan á sus hijos.

No puede decirse que las fuentes históricas árabes fuesen desconocidas á nuestros cronistas de la Edad Media, pero es cierto que hicieron muy poco uso de ellas. Lo mucho que en la *Grande et General Estoria* procede del árabe, no son fragmentos de historia, sino verdaderos cuentos. La *Historia Arabum* del arzobispo D. Rodrigo, el trozo de la *General* concierne al sitio de Valencia, las traducciones portuguesa y castellana del moro Rasis, son excepciones harto solitarias para que pueda

deducirse acción notable de la historiografía musulmana sobre la nuestra.

Pero en la filosofía y en las ciencias, ¿quién podrá negar la eficacia y prestigio del elemento oriental, á menos de cerrar voluntariamente los ojos á la luz de la historia? La introducción de los textos árabes en las aulas de Occidente inicia un nuevo período en el desarrollo de la Escolástica, que gracias á ellos entra por primera vez en posesión íntegra de la enciclopedia aristotélica, si bien imperfectamente traducida y comentada. Los nombres de Alfarabi, de Alkindi, de Avicena, de Avempace, de Avicibrón y de Averroes son aún más familiares á los doctores de la Edad Media que los grandes nombres de la ciencia clásica. La palabra *averroismo* llegó á ser sinónimo de racionalismo y libre pensamiento, y desde el siglo XIII hasta el XVI fué el símbolo de la incredulidad filosófica, la bandera de todos los disidentes. Todas las herejías metafísicas que fermentaron en el seno de la Escolástica después del siglo XII proceden, ó de Averroes, ó de Avicibrón comentado por el arcediano Gundisalvo, que es probablemente la misma persona que el llamado *Mauricio Hispano*. No se trata aquí del fondo de las doctrinas, sino de su valor histórico in-

negable: *oportet hæreses esse*, y sin la invasión de esta filosofía hispano-semítica, ni Santo Tomás hubiera tenido que escribir la *Summa contra gentes*, ni nuestro inmortal Ramón Martí el *Pugio Fidei*, ni hubiera emprendido Raimundo Lulio su novelesca cruzada contra los averroístas, que le condujo á la creación de su sintética filosofía.

Y si por los errores con que vino mezclado se tiene en menos el contingente filosófico aportado por los árabes, no sucederá lo mismo con aquella parte positiva de la ciencia que está sobre toda discusión y todo sistema. Aun limitándonos á nombres españoles, bórrese de la historia de la Astronomía el de Azarquiel, de la historia de las Matemáticas el de Geberben-Aflah, de la historia de la Botánica el de Aben Beithar, de la historia de la Medicina y de la Cirugía los de Abulcassis y Avenzoar, y se verá á qué poco queda reducida la historia de estas ciencias en la Edad Media. Querer poner enfrente de estos monumentos de ciencia positiva y experimental las pobres compilaciones latinas anteriores al siglo XII, último residuo de la penuria científica en que siempre vivieron los romanos, es obstinarse en errar á sabiendas; y cuando á tal propósito se invocan,

por ejemplo, las *Etimologías* de San Isidoro, diríase que los que tal hacen quieren burlarse del Santo bendito, que no necesita que se le atribuyan méritos fantásticos para ser, sin disputa, la más grande personalidad intelectual del siglo VII en toda Europa. ¡Pero medrada estaría la ciencia moderna si en sus primeros pasos no hubiese encontrado más fondo que los extractos que San Isidoro hizo de Varrón, de Plinio, de Suetonio ó de Solino, los cuales tampoco fueron propiamente hombres de ciencia, sino compiladores eruditos!

El celo intemperante es siempre mal consejero. Dios hace salir el sol de la ciencia y del arte sobre moros, judíos, gentiles ó cristianos, creyentes ó incrédulos, según place á sus inexcrutables designios; y no es indicio de piedad, sino de orgullo farisaico, pretender para los cristianos por el mero título de tales la posesión exclusiva de aquellos dones del orden natural que no son incompatibles con el error teológico, ni aun con la voluntaria ceguedad del espíritu degenerado que se empeña en arrancar de sí propio la noción de lo divino. Nunca he podido comprender á los extraños apologistas que, con negar toda clase de ciencia é ingenio á los adversarios de la fe, creen

haber obtenido sobre ellos la más cumplida victoria. Válgales, no obstante, su buena intención, y en defecto de otro elogio, no les ha de faltar aquel, por cierto notable, que el burgense D. Pablo de Santa María hizo del famoso arcediano de Ecija Hernán Martínez, que con sus sermones amotinaba al pueblo de Sevilla contra los judíos: *in litteratura simplex sed laudabilis vitæ*. Y no hay duda que la vida laudable vale más que la buena literatura.





ÍNDICE.

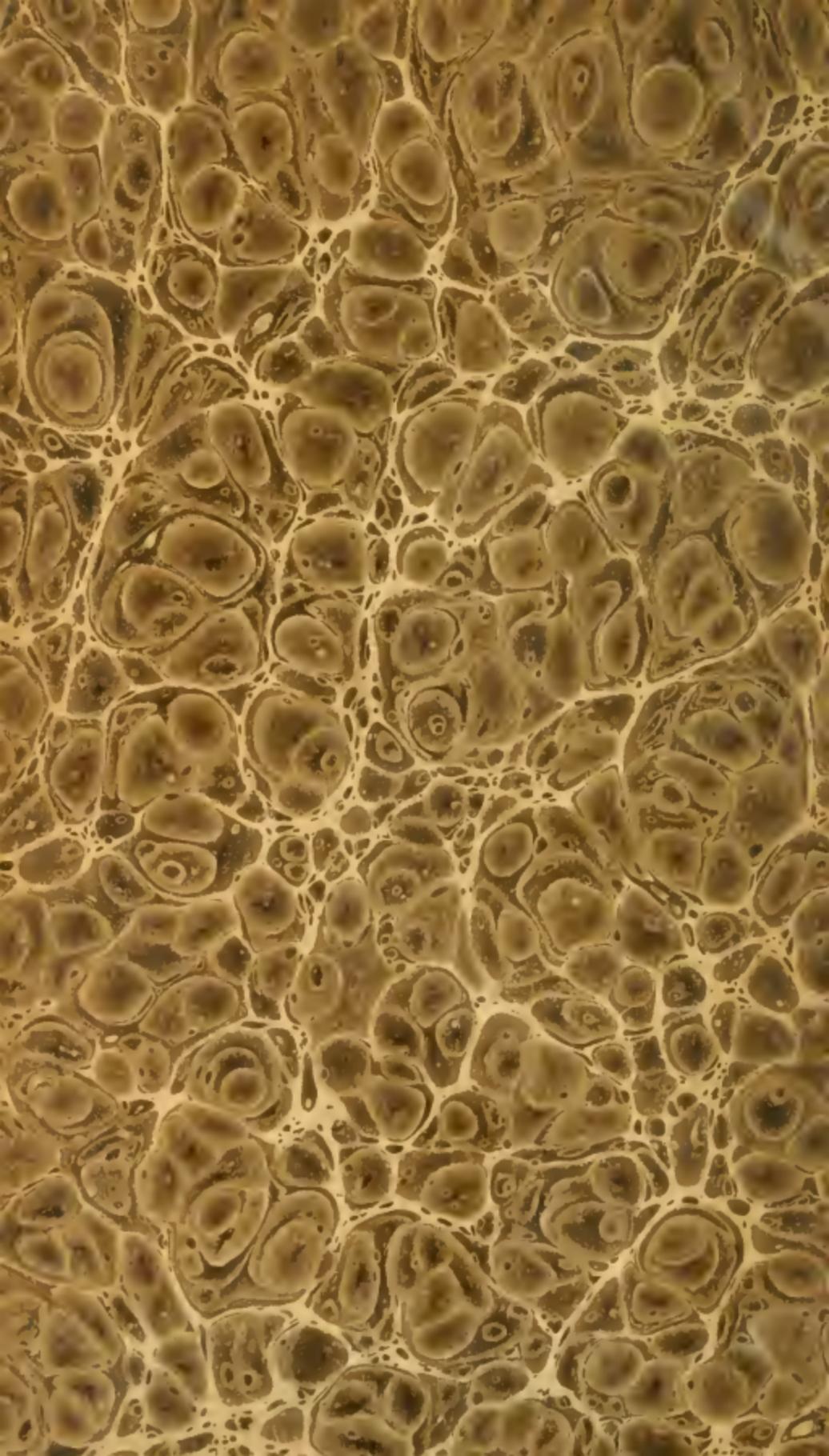
	<u>Páginas.</u>
Cuadrado y sus obras.....	3
La Celestina.....	75
El Alcalde de Zalamea.....	107
Tirso de Molina.....	131
De los historiadores de Colón.....	201
Lope de Vega y Grillparzer.....	307
Enrique Heine.....	341
De las influencias semíticas en la literatura española.....	353



*Este libro se acabó de imprimir en Madrid
en el Establecimiento tipográfico
« Sucesores de Rivadeneyra »
el día 15 de Junio
de 1895.*







LS.H.
M5423e

121179

Author **Menéndez y Pelayo, Marcelino**

Title **Estudios de crítica literaria. Vol. 2**

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

